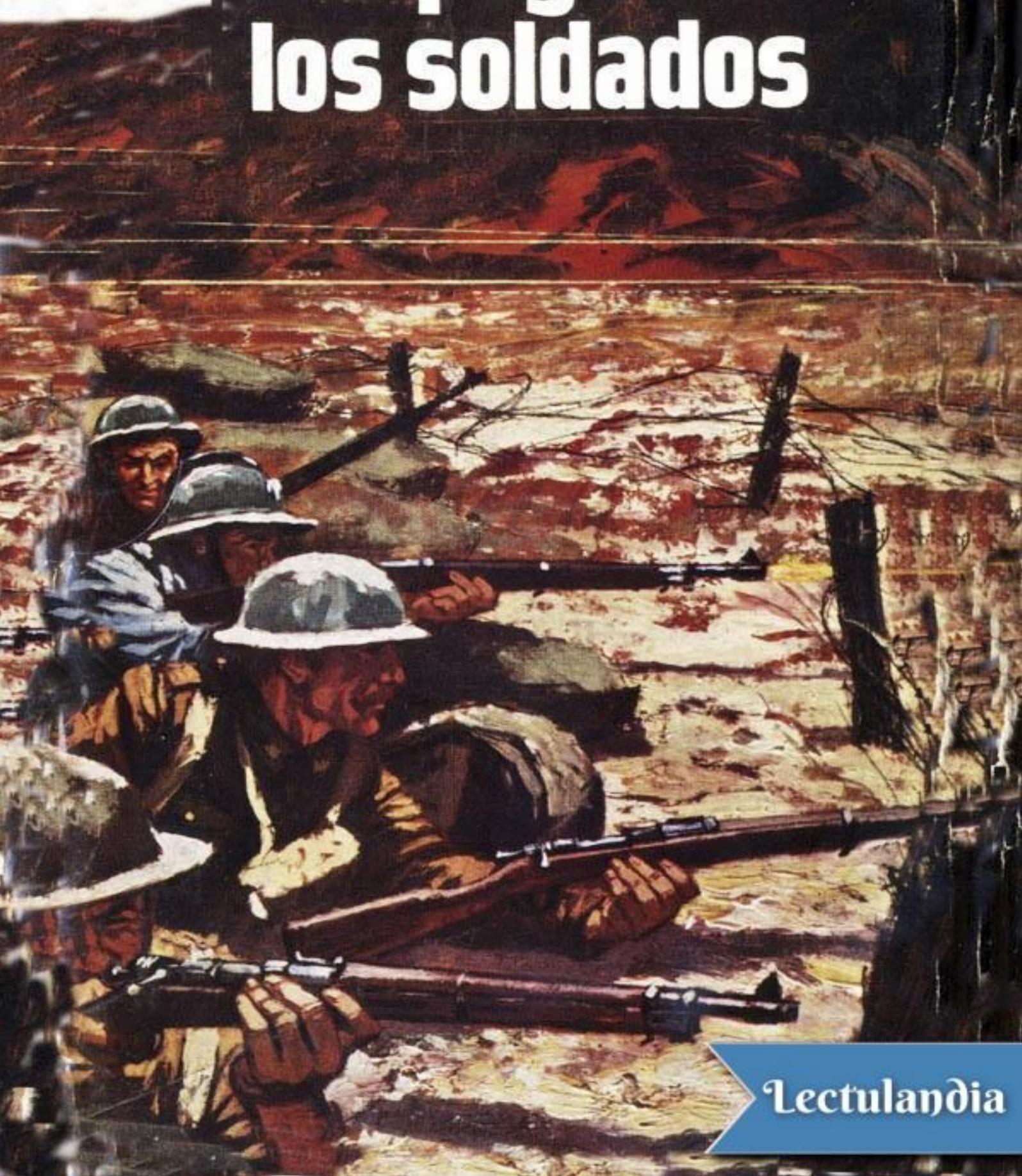




WILLIAM FAULKNER

La paga de los soldados



Lectulandia

La paga de los soldados es la historia del regreso de un aviador herido a Georgia, al término de la Primera Guerra Mundial, acompañado de un veterano de guerra y una viuda cuyo esposo ha muerto en el conflicto. Poco imagina el aviador, sumido en un silencio casi permanente y en la ceguera, que su prometida le ha sido escasamente fiel durante su ausencia, y que la viuda descubrirá dentro de sí sentimientos insospechados...

Primera novela de Faulkner y, según la crítica, una de las mejores obras surgidas de la Primera Guerra Mundial.

Lectulandia

William Faulkner

La paga de los soldados

ePUB r1.0

Pepotem2 14.11.13

Título original: *Soldier's pay*
William Faulkner, 1926

Editor digital: Pepotem2
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

1

AQUILES. —¿Te afeitaste esta mañana, cadete?

MERCURIO. —Sí, señor.

AQUILES. —¿Con qué, cadete?

MERCURIO. —Con la navaja de reglamento, señor.

AQUILES. —Está bien, cadete.

De una vieja comedia (hacia 19...).

Lowe, Julián, número..., que fue cadete aviador de la Fuerza Aérea en el Escuadrón tantos de tantos, más conocido por «Ala Solitaria» en otros ases en embrión de la escuadrilla, contemplaba el mundo con disgusto, como un enfermo de ictericia. Sus quejas eran las mismas que las que aquejaban a más de uno con mejores botas que las tuyas, desde el Comandante de Escuadrilla, pasando por los generales, hasta los aliñados oficiales de una estrella (para no mencionar a esas inverosímiles bestias del campo de aviación que los franceses llamaban pulcramente «aviadores aspirantes»); todos le habían echado la guerra encima.

Triste y disgustado, se recostaba sobre el asiento, sin disfrutar siquiera de la prerrogativa de viajar en Pullman, dando vueltas, sobre el pulgar, a la gorra y su tantas veces maldecida cinta blanca.

—Has estado empinando el codo, ¿eh? —dijo Yaphank, acercándose para olfatearlo—. De regreso y apestando deliciosamente a whisky malo.

—¡Vete! —gruñó, y Yaphank le hizo una reverencia, quitándole de un manotazo la torturada gorra.

—¡Naturalmente, mi general...! O, ¿debo decir tooniente general? ¡Ah, perdón, señora! Fui víctima de un ataque de gases cuando limpiaba las letrinas y desde entonces no veo muy bien. ¡A Berlín! ¡Sí, claro! ¡Vamos a Berlín! ¡Allá voy, Berlín! Yo te conozco. ¿Y tú? Soy el soldadísimo soldado... ¿Número? Ni miles ni centenas: cero a cero a la izquierda. Joe Gilligan, siempre tarde para la revista, tarde para la página y tarde para el desayuno, cuando el desayuno se atrasa. La estatua de La Libertad no me conoce, pero si llega a verme tendrá que dar la media vuelta.

Bajo una ceja levantada en ángulo, el ojo del cadete Lowe miraba hacia arriba.

—Oye, ¿qué estás bebiendo?

—Hermano, no lo sé. Al tipo que hace esta bebida le dieron una medalla en el Congreso el pasado martes, porque presentó un plan para acabar con la guerra: quiere

reunir a todos los holandeses del ejército y hacerles beber, durante cuarenta días, tanto de este licor como puedan aguantar. ¿Ves? ¡Para arruinar cualquier guerra! ¿Entiendes lo que se propone?

—¡Ya lo creo! Que no se den cuenta de si están en la guerra o en un baile. ¿Verdad?

—¡Claro que no pueden darse cuenta! Todas las mujeres están bailando. Yo tenía una muy buena, pero me dejó: «¡Por Cristo, tú no sabes bailar!». Y yo le dije: «¡Demonios, sí sé!». Estuvimos bailando hasta que ella dijo: «Oye. ¿Qué eres tú?». Y yo repliqué: «¿Para qué quieres saberlo? Puedo bailar tan bien como cualquier general, mayor y hasta sargento, porque acabo de ganar cuatrocientos en una partida de póquer». Ella dijo: «¡Ah!, ¿los ganaste?». Yo le respondí: «Seguro. Quédate conmigo, nena». Pero yo no se los iba a enseñar y entonces se acercó aquel tipo y le dijo: «¿Bailas ésta?». Ella contestó: «Sí, seguro, porque lo que es este pájaro no baila». Bueno, aquel tipo era un sargento, el más grande que he visto en mi vida. Te diré. Me hizo recordar lo de aquel individuo de Arkansas que se peleó con un negro y un amigo le dijo: «Hombre, me han dicho que ayer mataste a un negro». Y él contestó: «Sí, pesaba cien kilos». ¡Como si fuera un oso! ¿Comprendes?

Se dejó mecer por los vaivenes del coche, cayendo sobre el cadete Lowe, que refunfuñó:

—¡Por el amor de Cristo!

—Así es —contestó el otro—. Pero no te hace daño. Yo lo he probado. Desde luego mi perro no lo toca, pero es que el pobre adquirió malas costumbres cuando frecuentaba el Cuartel General. Es el único trofeo de guerra que he conseguido y bueno por cierto, al que ningún otro perro rabón^[1] se atrevió a molestar por no hacer el saludo. Oye, ¿no quieres hacerme el favor de tomar un traguito de cualquier cosa para espantar los somníferos relentes de esta condenada comarca? ¡En honor mío, vaya! Te aseguro que después de los dos primeros tragos ya no se nota el mal sabor. Siento nostalgia... Como en un garaje. ¿Has trabajado en un garaje?

Echado en el suelo, entre los dos asientos, se hallaba el compañero de viaje de Yaphank, luchando por encender un cigarrillo húmedo y casi deshecho. «Como la devastación de Francia», pensó el cadete Lowe dejando correr su memoria sobre las granujientas reminiscencias de un tal capitán Bleyth, piloto de la R. A. F., enviado especialmente para reforzar durante algún tiempo a la democrática escuadrilla.

—¡Caramba! ¡Pobre soldado! —exclamó su amigo con voz llorosa—. ¿No es un infierno esta guerra? ¡Eh! Te lo pregunto.

Trató de llamar la atención del otro con suaves golpecitos de la pierna, pero ante su silencio empezó a darle débiles patadas.

—¡Muévete, viejo marinero! ¡Muévete! ¡Condenado bastardo! ¡Ay, pobre Jerks...
[2] o algo parecido! (Lo oí en una comedia, ¿saben? Es una frase muy bonita).

¡Vamos! ¡Despierten! Aquí está el general Pershing, que viene a tomar un trago con sus pobres soldados. —Dirigiéndose al cadete Lowe—: ¡Mírenlo! ¿No les parece que se debate hundido en la depravación?

—La batalla de Cuuñac (batalla de Cognac) —masculló entre dientes el que estaba adormilado en el suelo—. Diez hombres muertos, tal vez quince. Quizás un centenar. En casa las pobres criaturas estarán gritando: «Alicia, ¿dónde estás?».

—¡Eso es! ¡Alicia! ¿Dónde diablos estás? ¿Y la otra botella? ¿Qué demonios has hecho con ella? ¿La tienes escondida para tragártela en casa cuando llegues?

El hombre que estaba en el suelo comenzó a lloriquear:

—¡Me insultas! Me calumnias como nadie me había calumniado antes. ¿Me acusas de esconder algo tan valioso? Pues bien, aquí me tienes en cuerpo y alma para responderte. Haz lo que quieras conmigo. ¡Estrújame! ¡Exprímeme!

—Sí, te voy a exprimir hasta que te saque un litro de vinagre —tartamudeó el otro, mientras se encontraba ocupado en buscar algo detrás del asiento. A poco se irguió triunfante, con una botella llena en la mano—. ¡Alerta! —gritó—. El rumor de la batalla y el relinchar de la caballería se acercan, pero ¿conseguirán nublar esta despreciable cabeza? ¡No...! De todos modos me hubiera gustado ver uno de esos caballos que relinchan. No creo que sólo hubiera yeguas. ¡Vuestra suprema majestad! —con grandes ceremonias presentaba la botella—. ¿Seríais tan amable que os dignarais condescender amablemente para honrar a estos buenos peregrinos en tierra extraña?

El cadete Lowe aceptó la botella, bebió un sorbo, hizo un buche y escupió. El otro, que le había echado el brazo a la espalda, le daba cariñosos golpecitos sobre ella.

—Vamos, vamos, que no sabe tan mal.

Extendió el brazo para rodearle los hombros, mientras que con la otra mano le acercaba la botella a los labios. El cadete hizo un gesto de asco, indicando que no bebería más, y se agitó para desprenderse del abrazo.

Prueba otra vez. Vamos. Yo no te suelto. Bebe ahora.

—¡Jesucristo! —suspiró el cadete Lowe volviendo la cabeza. Los otros pasajeros comenzaban a interesarse en lo que sucedía, y Yaphank trató de calmarlo con grandes gestos.

—Vamos, vamos, nadie te va a hacer daño. Estás entre amigos. Nosotros, los soldados, tenemos que estar unidos en un país extraño como éste. Vamos, bebe. Ya sé que no vale nada, pero no tienes por qué escupirlo como acabas de hacer.

—¡Mil diablos, hombre! Yo no puedo beber eso.

—¡Caramba! ¡Ya lo creo que puedes! Mira, piensa en las llores. Piensa en tu pobre madre de cabellos blancos, llorando inmóvil ante la puerta y con su viejo corazón desgarrado. Escucha: piensa que tendrás que volver a trabajar cuando

regreses. La guerra es un infierno. ¿Ves? Yo, por lo menos habría llegado a cabo si hubiera durado un año más. —¡Diablos! Te aseguro que no puedo.

—Y yo te aseguro que sí puedes —le dijo amablemente su nuevo amigo metiéndole de repente el gollete de la botella en la boca y empinándola.

No le quedaba otro remedio que dejarse bañar en licor o tragárselo, de modo que optó por lo último. Mientras retenía el líquido en la boca, sus entrañas le subían por el esófago, se arremolinaban en la garganta y luego bajaban a sacudidas, arrastrando consigo el nauseabundo líquido.

—¡Lo ves! No es nada del otro mundo, ¿verdad? Ten en cuenta que a mí me da más pena que a ti ver cómo mengua mi buen licor. Aunque hay que admitir que tiene cierto gusto a gasolina, ¿no es cierto?

El ultrajado estómago del cadete Lowe se agitaba entre sus amarras musculares como un globo cautivo. Eructó y sus intestinos se enroscaron en un éxtasis apasionado. Su amigo volvió a meterle la botella en la boca.

—¡Bebe rápido! Tienes que proteger tus inversiones.

Sus inundadas entrañas se conmovieron con espasmos de protesta, y mientras el licor le subía y bajaba por el esófago y sentía correr por las venas el fuego del alcohol, apareció el guarda del coche Pullman, mirándolos a todos con disgusto.

—¡Fiiiir-mes! —rugió Yaphank poniéndose de pie—. ¡Aquí tenemos a la oficialidad! ¡De pie, señores, y saluden a este almirante! —Tomó la mano del guarda y la estrechó entre las suyas, reteniéndola—. ¡Compañeros!, este hombre estuvo al mando de la escuadra —dijo—. Cuando el enemigo intentó conquistar Coney Island^[3], él estaba allí o, con toda seguridad muy cerca, entre Chicago y la costa por lo menos. ¿Verdad?

—Cuidado, señores, no hagan eso... —pero se interrumpió porque Yaphank le había besado la mano.

—Ahora prosiga su camino, sargento, y no vuelva hasta que la cena esté servida.

—Escúchenme, señores. Tienen que portarse bien. Van a ensuciar todo el tren.

—Vaya tranquilo, capitán. Con nosotros, su tren está tan seguro como lo estaría su propia hija.

El hombre que estaba dormitando en el suelo se agitó y Yaphank lo maldijo entre dientes.

—¿No puedes estarte quieto? Oiga: este tipo cree que ya es de noche. ¿Por qué no le dice a alguno de sus empleados que vengan a acostarlo? Aquí está estorbando.

El guarda, convencido de que Lowe era el único sereno, se dirigió a él.

—¡Por amor de Dios, soldado! ¿Puede usted ayudarme?

—Por supuesto —repuso el cadete Lowe—. Vaya usted tranquilo, que yo me ocuparé de ellos. Son buenos muchachos.

—Bueno, pero hábleles, dígales algo, porque yo no puedo entrar en Chicago con

todo el ejército borracho en mi tren. ¡Dios mío, cuánta razón tenía el general Sherman!

Yaphank miraba fija y desdeñosamente al guarda. Luego se encaró con sus compañeros:

—¡Soldados! —dijo con mucha solemnidad—. Es evidente que aquí no nos quieren. Esta es la recompensa que recibimos por entregamos en cuerpo y alma al país cuando nos necesita. ¡Sí, señores! Aquí no nos quieren y este señor ha llegado hasta el extremo de protestar porque viajamos en su tren. Escuche usted: suponga que nosotros no hubiéramos acudido presurosos a la llamada de la nación. ¿Sabe qué clase de tren conduciría ahora? ¡Un tren lleno de alemanes! ¡Un tren colmado de tipos comiendo salchichas, bebiendo cerveza y con rumbo a Milwaukee! ¡Eso es lo que usted tendría!

—Quizá fuera preferible a llevar mi tren lleno de tipos que, como ustedes, probablemente no saben a dónde van —replicó el guarda un tanto amoscado.

Muy bien —contestó Yaphank—. Si ésa es su manera de pensar, nos bajaremos de su condenado tren. ¿Cree usted que éste es el único tren que hay en el mundo?

No, no —se apresuró a responder el guarda—, de ninguna manera. No los estoy echando del tren. Sólo quiero que permanezcan callados y se porten bien para no molestar a los demás pasajeros.

Las personas que ocupaban los asientos próximos se agitaron en ellos sin saber qué hacer y desviaron la vista del rostro macilento del cadete Lowe, al que habían estado observando con curiosidad.

—¡No! —rugió Yaphank con mucha vehemencia—. ¡No, señor! Usted ha negado la hospitalidad de su tren a los soldados de su patria y nosotros nos vamos, haciendo la observación de que esperábamos mejor trato. Lo tuvimos en Alemania y hasta en Texas. —Mirando a Lowe agregó—: ¡Soldados, bajaremos del tren en la próxima estación! ¿No le parece, general?

—¡Dios mío! —suspiró el guarda—. Si acaso tenemos otra paz no sé lo que harán con los ferrocarriles. Ya sé que la guerra es terrible, pero esto, ¡Dios mío...!

—Vaya usted, vaya —le dijo Yaphank—. Déjenos por ahora. Como probablemente usted no querrá detener el tren para que bajemos, nos veremos obligados a saltar por la ventanilla. ¡Que me hablen de gratitud! ¿Dónde está la gratitud cuando los trenes no se detienen para que bajen los pobres soldados? Ya sé en qué va a parar todo esto: llenarán los trenes con desdichados soldados para precipitarlos a todos en el océano Pacífico. ¡Así no tendrán que darles de comer nunca más! ¡Pobres soldados! Woodrow, tú no los hubieras tratado de esta manera.

—¡Eh! ¿Qué está usted haciendo?

Pero Yaphank no prestaba atención a sus palabras. Se hallaba muy ocupado en abrir la ventanilla con una mano mientras con la otra arrastraba sobre las rodillas de

sus compañeros una barata maleta de cartón. Antes de que el guarda o Lowe pudieran impedirselo, la había arrojado por la ventana y gritaba:

—¡Fuera todo el mundo!

—¡Oye! ¡Esa maleta que has tirado era la mía!

—Ya lo sé. ¿Y qué? ¿No bajas tú con nosotros? Vamos a echarlas todas fuera, y cuando el tren vaya más despacio, saltaremos nosotros.

—Pero tú has tirado mi maleta —protestó el otro.

—¡Sí, hombre, sí! Te he evitado la molestia, eso es todo. No te enfades, si quieres puedes arrojar la mía por la ventanilla; y después, nuestro general Pershing y el Almirante pueden echar fuera las tuyas mutuamente. Usted debe de tener una gran bolsa, ¿no es cierto? —preguntó al guarda—. ¡Denme otra maleta, pronto, así no tendremos que caminar tanto condenado kilómetro!

—¡Soldados, escúchenme! —imploró el guarda; y el cadete Lowe, que había estado pensando en el Elba, en los gruñidos de sus intestinos y en el fuego del alcohol que lo invadía lentamente, observó con curiosidad los bordados de oro en la gorra del guarda. La visión de Nueva York pasó ante sus ojos, reducida y confusa entre brumas doradas; era inminente la llegada a Búfalo, tal vez antes del ocaso.

—¡Soldados, escúchenme! —repitió el guarda con voz implorante—. Uno de mis hijos está en Francia. Es marinero. Su madre no ha tenido noticias tuyas desde octubre. Haré cualquier cosa por ustedes, muchachos, entiéndanlo; pero, ¡por amor de Dios!, pórtense decentemente.

—¡No, no y no! —replicó Yaphank—. Usted nos ha negado la hospitalidad y nos iremos. ¿Cuándo se detiene el tren? ¿O es que tendremos que saltar?

—¡De ninguna manera! Ustedes se quedan aquí. Siéntense, pórtense bien y verán cómo todo sale a pedir de boca. Pueden permanecer en el coche y, por supuesto, no hay ninguna necesidad que bajen.

Se alejó presuroso, contoneándose por el pasillo del coche, y el adormilado, que seguía en el suelo, se quitó el deshecho cigarrillo de la boca para repetir con voz soñolienta:

—Has arrojado mi maleta por la ventanilla.

Yaphank tomó por el brazo al cadete Lowe y le dijo:

—Oye, ¿no es esto como para desalentar a cualquiera? Estoy tratando de encauzar a este tipo por el sendero de su nueva vida y ¿qué recompensa tengo? ¡Quejas y más quejas! Después se dirigió a su compañero:

—Sí, hombre, he arrojado tu maleta por la ventanilla, y ¿qué importa? Espera hasta que llegemos a Búfalo y luego pagas un dólar para que te la vayan a buscar.

—Pero has sido tú el que ha arrojado mi maleta por la ventanilla —insistió el otro.

—Sí, señor. He sido yo. La he tirado por la ventana. ¿Está claro? ¿Qué hacemos

ahora?

El compañero de Yaphank comenzó a agitar brazos y piernas para incorporarse de su incómoda posición y luego, asido al marco de la ventana, se asomó por ella, descansando todo el peso de su humanidad sobre los pies del cadete Lowe.

—¡En nombre de Cristo! —exclamó éste, empujando al otro sobre el asiento—. ¡Fíjate dónde pones las patas!

En voz baja balbució el hombre:

—¿Qué? Yo me bajo —explicó con voz más clara, haciendo nuevos esfuerzos para levantarse. Cuando se puso de pie, dando tumbos, resbalando y agitando los brazos sin saber dónde agarrarse, se precipitó por la ventana abierta sacando medio cuerpo por ella.

El cadete Lowe, de un manotazo, le cogió por el faldón de la camisa.

—¡Vaya! ¡Ven acá, maldito loco! No debes hacer eso.

—¿Y por qué no? —inquirió Yaphank—. ¡Ya lo creo que puede! ¡Déjalo saltar si quiere! De todas maneras creo que se queda en Búfalo. ¡Diablos! ¡Seguro que se mata!

—¡Dios mío! —repetía el guarda, que, en el colmo de su agitación, regresaba corriendo.

Echándose sobre la espalda de Lowe, se abrazó a las piernas del que estaba con medio cuerpo fuera de la ventana, balanceándose laxamente, con los brazos caídos, inerte como un saco de patatas. Yaphank tiraba de Lowe y hacía todos los esfuerzos posibles para quebrantar el abrazo del guarda.

—¡Déjenlo solo! —decía—. ¡Estoy seguro que no saltará!

—Pero yo no puedo correr el riesgo, ¿comprende? ¡Cuidado, hombre, cuidado! ¡Vamos! ¡Ayúdenme a tirar de él!

—¡Oh, por Cristo! —volvió a exclamar Lowe resoplando y soltando la presa—. Deje que se tire.

—Naturalmente —comentó Yaphank—. Les aseguro que me gustaría verlo saltar. No sé por qué tratan de impedirselo si su deseo es reunirse con su condenada maleta. Además, no es de la clase de tipos que están bien en nuestra compañía; es mejor deshacerse de él. ¡Ayudémosle a saltar! —e inclinándose empujó con el hombro el cuerpo de su compañero.

La gorra del supuesto suicida voló por los aires y el viento que arremolinaba sus cabellos debió de despejar momentáneamente las brumas de su cerebro, porque empezó a forcejear para entrar de nuevo en el coche. Había cambiado de idea. Sus compañeros le ofrecieron una cariñosa resistencia.

—¡Vamos, que no se diga ahora que pierdes el valor! ¡Vamos! ¡Salta!

—¡Auxilio! —gimió inútilmente el hombre, agitando los brazos en el viento, y el guarda repitió: «¡Auxilio!» como un eco, asiéndose con más fuerza a las piernas del

otro, mientras dos alarmados pasajeros y el calmoso camarero negro acudían en su ayuda. Entre todos superaron los débiles esfuerzos de Yaphank y tiraron del hombre, que ya estaba efectivamente alarmado, hasta meterlo en el coche para arrojarlo luego sobre uno de los asientos. El guarda cerró la ventana con gesto severo.

—¡Caballeros! —se dirigía a los dos pasajeros—. Hagan el favor de sentarse aquí e impidan, por todos los medios, que lo echen por la ventana. Haré bajar a los tres en cuanto lleguemos a Búfalo. Podría detener el tren y hacerlos bajar ahora mismo, pero temo que lo maten cuando se queden a solas con él. ¡Henry! —dijo en tono autoritario al camarero negro—. Ve inmediatamente al coche correo y dile al telegrafista que ponga un telegrama a Búfalo para que envíen a alguien a esperar a dos locos que viajan en el tren.

—¡Eso es, Henry! —intervino Yaphank—. Incluye también en el telegrama que lleven una banda y tres botellas de whisky. Diles que si no tienen banda propia, que alquilen una cualquiera. Yo pago. —Extrajo del bolsillo de su pantalón una masa informe de billetes y, desenrollando uno, lo entregó al negro—. ¿También tú quieres banda? —preguntó a Lowe—. ¡No! —se respondió a sí mismo—. No vale la pena. Puedes utilizar la mía si quieres. ¡Vamos! ¡Vete a poner ese telegrama!

—*Si'ñor* capitán —balbució el negro, mostrando sus dientes blancos como si un piano se hubiera abierto de repente.

—¡Cuidado con ellos! ¡Vigílenlos! —recomendó el guarda a los dos pasajeros—. Tú, Henry, ¡espérame! —gritó echando a correr detrás de la chaquetilla blanca que desaparecía por el fondo del coche.

El compañero de Yaphank, pálido y sudoroso, empezaba a sentirse enfermo; Yaphank y Lowe se acomodaron en el asiento mostrando en el rostro una sonrisa afable pero también cierto aire de beligerancia. Los recién llegados se mantenían erectos, apoyados hombro con hombro para infundirse valor, y aunque un tanto preocupados, decididos a cumplir con su misión. Los demás pasajeros dejaron que sus cabezas recuperaran la posición normal, aparentando despreocuparse del asunto, y hundieron las narices en libros y periódicos, mientras el tren corría inflexible entre las brumas del ocaso.

—¡Muy bien, señores! —exclamó inesperadamente Yaphank con voz cordial, que invitaba a la conversación.

Los dos señores que no vestían uniforme se pusieron rígidos como si una corriente eléctrica hubiese recorrido su cuerpo y uno de ellos se atrevió a decir en tono conciliador:

—Vamos, un poco de calma —mientras daba golpecitos con la mano sobre la rodilla de Yaphank—. Quédese quietecito, soldado, que nosotros cuidaremos de ustedes. Puede estar seguro de que nosotros, los norteamericanos, sabemos apreciar lo que ustedes han hecho.

—Hhhhank White —murmuró entre dientes el otro soldado, que se sentía morir.

—¿Eh? —preguntó Yaphank.

—Hank White —repitió el otro, medio dormido. Inmediatamente, Yaphank, con los ojos chispeantes y desbordando cordialidad, tomó la mano de uno de los pasajeros que lo vigilaban y se la estrechó efusivamente, al tiempo que exclamaba:

—¡Bueno, bueno! ¡Bendito sea Dios! ¡Que me condene si no es éste, en cuerpo y alma, mi viejo amigo Hank White! Crecimos juntos. ¡Caramba, Hank, oí decir que habías muerto o que tenías un negocio de pianos o algo parecido! ¿No te han despedido, verdad? Como veo que no llevas el piano contigo...

—No señor, no —respondió el hombre que no vestía uniforme muy alarmado—. Se equivoca usted. Me llamo Schluss y me dedico a la venta de ropa interior para señoras.

De algún bolsillo especial sacó una tarjeta impresa y se la entregó a Yaphank.

—¡Vaya! ¡Qué bien! Dígame —y se inclinó confidencialmente hacia él—. ¿No lleva usted por casualidad alguna señora de muestra? ¿No? Me lo temía. No importa; ya le conseguiré una en Búfalo. No se trata de una venta, ¿comprende?, sino, como pudiéramos decir, de un alquiler para pasar el rato. ¡Horacio! —se dirigía al cadete Lowe—. ¿Dónde está la botella?

—¡Aquí, mi comandante! —respondió éste desabrochándose la camisa y sacando la botella, que Yaphank tomó con gesto acariciador, ofreciéndosela a los dos caballeros sentados frente a él—. Piensen ustedes en algo lejano y beban de prisa.

—Vaya. ¡Muchas gracias! —dijo el llamado Schluss tomando la botella y ofreciéndosela cautelosamente a su compañero. Ambos bebieron un sorbo y devolvieron la botella; luego Yaphank y el cadete Lowe bebieron varios sorbos sin interrupción.

—Tengan cuidado, muchachos —advirtió Schluss.

—Sí, señor —contestó el cadete Lowe bebiendo de nuevo sin respirar y pasando la botella a Yaphank.

—¿El otro soldado no bebe? —preguntó el hasta entonces silencioso pasajero, indicando al compañero de viaje de Yaphank, que dormía apelotonado en el extremo del asiento. Su amigo lo sacudió para que despertara y el otro fue derrumbándose poco a poco; primero cayeron los brazos y las piernas y, luego, todo el cuerpo se deslizó hacia el suelo, donde quedó inerte.

—He aquí un ejemplo de los terribles efectos que produce el demonio del alcohol —comentó Yaphank con solemnidad, y bebió otro trago.

Lowe, después de imitarlo, ofreció la botella a los pasajeros.

—¡No, no! —rechazó Schluss enérgicamente—. ¡Ni una gota más por el momento!

—Esto no quiere decir nada —explicó Yaphank—. Se le fue la mano, eso es todo.

—Él y Lowe observaron atentamente a los dos pasajeros—. Dentro de poco se le pasará. Transcurrieron algunos segundos de silencio y de miradas escrutadoras, hasta que el llamado Schluss tomó la botella.

—¡Así me gusta! —exclamó Yaphank con satisfacción—. Ahora todo está en regla. —Inclinándose hacia el cadete Lowe le explicó—: Por un momento creí que estos señores iban a ofender nuestro uniforme, pero no era ésa su intención, ¿verdad?

—¡Naturalmente que no! Nadie respeta más que yo a los uniformes. Me hubiera gustado ir al frente con ustedes, créanlo, pero es necesario que alguien se quede a velar por la buena marcha de los negocios, cuando los muchachos se han ido, ¿no es cierto?

La pregunta iba dirigida al cadete Lowe.

—Yo no sé —respondió éste con cierta cortés beligerancia—. Nunca tuve ocasión de hacer negocios.

—¡No exageres! —dijo Yaphank—. No todos somos tan jóvenes y afortunados como tú.

—¿Afortunado, yo? —protestó el cadete Lowe.

—Bueno. Si no quieres hablar de eso, calla. Tenemos cosas más importantes en qué pensar.

—Naturalmente —asintió Schluss—. Todos tenemos alguna preocupación y mucho en qué pensar.

Tomó la botella y bebió largamente. Su compañero dijo:

—¡Bébaselo todo!

—¡No, muchas gracias! Tengo bastante.

—Beba usted también —ordenó Yaphank—. ¿Quiere que llame al guarda para decirle que usted nos pide que le demos whisky?

El pasajero silencioso devolvió la botella apresuradamente y, dirigiéndose a su compañero, le preguntó preocupado:

—¿Por qué actuará de esa manera tan extraña?

—No es nada —contestó Schluss—. No tiene importancia. Oigan, muchachos: beban todo lo que quieran que nosotros cuidaremos de ustedes.

El otro pasajero asintió con la cabeza, y Yaphank exclamó:

—¡Creen que estamos tratando de envenenarlos! ¡Creen que somos espías alemanes!

—¡Por Dios, señores! ¡De ninguna manera! Cuando veo un uniforme, lo respeto como si fuera mi madre.

—Entonces, beba con nosotros.

Schluss bebió tan apresuradamente que se atragantó, luego pasó la botella a su compañero. Este bebió tanto que el sudor empezó a brotarle de la frente.

—¿Por qué ése no bebe nunca? —volvió a preguntar, y Yaphank miró

compasivamente a su dormido compañero.

—¡Ay! ¡Pobre Hank! —exclamó—. Me temo que el infeliz esté listo. Este es el fin de una vieja amistad.

El cadete Lowe dijo: «¡Claro!», viendo dos Hanks igualmente dormidos en el suelo, y el otro siguió perorando:

—¡Contemplen ese rostro varonil y bondadoso! El y yo crecimos juntos. Cuando niños recogíamos flores en los prados; él y yo, juntos, hicimos del batallón de carreteros de peso medio lo que era y, juntos él y yo, devastamos toda Francia. ¡Mírenlo ustedes ahora! ¡Hank! ¡Amigo mío! ¿No reconoces mi voz apagada por el llanto, ni la mano que acaricia con suavidad tu frente? ¡General! —agregó después con voz sonora dirigiéndose a Lowe—, ¿tendría usted la amabilidad de hacerse cargo de los restos? Ya he dispuesto que estos dos amables caballeros se detengan en el primer establo que encuentren, para comprar una collera de mula (porque una herradura me parece poco) hecha de margaritas y violetas, con las iniciales H. W. en no-me-olvides.

Schluss, haciendo pucheros, pasó un brazo sobre los hombros de Yaphank.

—Calma, amigo mío. Resignación. La muerte es sólo un tránsito. Tranquilidad. ¡Bebamos un trago y nos sentiremos mejor!

—¡Caramba! ¡Ya lo creo que sí! —repuso Yaphank—. Veo que usted tiene buen corazón, compañero. ¡Muchachos! ¡Acudan a la voz de fuego!

Schluss se limpió el rostro con un pañuelo sucio y perfumado, y todos bebieron largamente. Entre brumas doradas de crepúsculo y alcohol, Nueva York desaparecía a lo lejos y Búfalo se insinuaba brioso e imponente. Los hombres, alentados con nuevo y ardiente fuego, advirtieron de pronto la estación. El pobre Hank dormía a pierna suelta, hecho un ovillo.

El cadete Lowe y su compañero, fuertes de estómago, se pusieron de pie sin dificultad y ayudaron a los dos pasajeros. Schluss mostró cierta resistencia a ponerse de pie, asegurando que aquello no era Búfalo, porque él conocía muy bien a Búfalo, donde había estado muchísimas veces. Le dijeron que sí, que estaba bien, y lo sostuvieron erguido mientras el guarda pasaba frente a ellos, dirigiendo una mirada de desconfianza. Lowe y Yaphank se pusieron la gorra y sostuvieron cada uno al correspondiente pasajero, y los cuatro echaron a andar por el pasillo dando traspiés.

—Me alegro de que mi hijo no tenga edad para ser soldado —observó con acritud una señora que se abrió paso entre ellos con dificultad.

—Oye. ¿Qué hacemos con aquél? —preguntó Lowe a Yaphank.

—¿Quién? —inquirió éste por encima del hombro de Schluss, que se había abrazado a su cuello.

—Ese que se ha quedado allá —contestó Lowe señalando el asiento que ocuparan.

—¡Ah! ¡Ese! Llévatelo tú si quieres.

—¡Oye! Pero, ¿no iba contigo?

Ante las puertas del coche contemplaron el bullicio y el humo de la estación, y por los vidrios de las ventanillas vieron desfilar las apresuradas cabezas de la gente y las gorras negras de los empleados del ferrocarril. Yaphank acomodó el peso del pasajero Schluss en el hueco de su brazo y respondió:

—Por cierto que no. ¡Diablos! ¡Si no lo había visto en mi vida! Ya se ocupará de él el camarero.

Medio a rastras llevaron a los dos pasajeros por el pasillo del coche siguiente y, gracias a la diabólica astucia de Yaphank, descendieron por donde nadie los esperaba. Con sus compañeros a cuestas se abrieron paso entre la gente y luego formaron una conmovedora barrera en el andén. Schluss rodeó con su brazo el cuello de Yaphank.

—Escuchen, amigos míos —inició con mucho énfasis, aunque con palabras entrecortadas y voz pastosa—. Ya saben mi nombre y «dirección». ¡Óiganme bien! Yo'os voy a demostrar *qu'América'precia* lo que ustedes han hecho. ¡L'*antigua* gloria se «estendió» por tierra y mar! ¡N'ay nada de lo que yo tengo que mis amigos los soldados no posean también! ¡Nada! Y si ustedes no fueran soldados, los querría igual, porque los dos me gustan. Les juro que me gustan mucho.

—¡Ya lo creo que sí! —asintió Yaphank, esforzándose por mantener de pie al señor Schluss.

Tan pronto como divisó a un agente de policía, encaminó los vacilantes pasos de su compañero hacia el guardián del orden. Lowe, arrastrando también al pasajero silencioso que le había tocado en suerte, echó a andar detrás suyo.

—¡Maldita sea! ¿No te aguantan las piernas? —dijo furioso al hombre que sostenía con sus brazos; pero los ojos de éste lo miraban llenos de una tristeza indefinida y sumisa, como los de un perro—. Por lo menos intenta andar —suspiró el cadete Lowe, cuya ira se había disipado ante aquella mirada. Yaphank se había detenido y hablaba con el agente:

—¿Busca a dos borrachos, mi sargento? ¡Aquí los tiene! Estos dos hombres estaban fastidiando a todos los pasajeros del coche. ¿No podrían tomarse medidas para evitar molestias a los soldados de la patria? Cuando no son los sargentos, son los borrachos.

—Me gustaría encontrar al hombre capaz de molestar a un soldado —replicó el agente de policía—. Circulen.

—Pero oiga usted, estos hombres son peligrosos. ¿Para qué están ustedes si no es para mantener la paz y el orden?

—¡Circulen, he dicho! ¿Quieren que los lleve a la comisaría? —Comete usted un error, sargento. Estos son los que usted busca.

El agente murmuró con cautela, mirando interesado a los cuatro personajes.

—¿Los que busco?

—¡Sí, hombre! ¿No recibió nuestro telegrama? Se lo mandamos con tiempo para que viniera a esperarnos a la llegada del tren.

—¡Vaya! Entonces éstos son los locos, ¿eh? ¿Dónde está el muchacho al que querían matar?

—¡Ya lo creo que están locos! ¿Le parece a usted que un hombre en su sano juicio se pondría en este lamentable estado por gusto?

El agente de policía se quedó mirando perplejo a los cuatro individuos.

—Me parece que todos ustedes están borrachos —dijo—. ¡Váyanse! Circulen o los meto en la cárcel.

—Muy bien, vamos allá. Si tenemos que ir a la cárcel para deshacernos de estos extraviados, iremos y se acabó.

—¿Dónde está el jefe del tren?

—Está con el doctor, atendiendo al herido.

—¡Señores! ¡Cuidado con lo que dicen! ¿Están tratando de bromear conmigo?

Yaphank desprendió bruscamente de su cuello los brazos del señor Schluss y, sacudiéndolo con energía, le dijo:

—¡Vamos, sosténgase de pie!

Schluss, intentando abrazarlo de nuevo, murmuró entre dientes:

—Te quiero como a un hermano.

Yaphank lo sostenía por los hombros mientras lo señalaba al agente con un gesto:

—¿Ve usted? ¡Mire qué pareja! Además hay un hombre herido en el tren. ¿Se va usted a quedar aquí sin hacer nada?

—Creía que se estaban burlando de mí. Entonces, ¿son éstos, verdad?

Con el pito que llevaba colgando de una cinta negra, dio un silbido breve y al instante apareció corriendo otro agente de policía.

—Aquí están, Ed; vigílalos mientras yo subo al tren para ver qué se hace con el muerto. Soldados, ustedes me esperan aquí. ¿Entienden?

—Seguro, sargento —contestó Yaphank, y, mientras el agente corría con trote pesado por el andén, seguido de las miradas curiosas de la muchedumbre, tomó por el brazo a los dos pasajeros ebrios diciéndoles, al tiempo que los dejaba en manos del otro agente llamado Ed:

—Bueno, muchachos. Aquí está la «poli», que viene por ustedes para llevarlos a ver el desfile. Quédense con este señor, mientras el otro oficial y yo regresamos al tren para buscar al guarda y al camarero. Seguramente ellos también tienen algo interesante que decir.

Schluss alargaba los brazos tratando de desprenderse de la mano del agente, que lo tenía agarrado por el hombro.

—Te quiero como a un hermano —gimoteaba—. Todo lo que tengo es tuyo.

Pídeme lo que quieras.

—Sí, hombre, sí —respondió Yaphank con aire de fastidio—. Mucho ojo con ellos, capitán; los dos están endiabladamente locos. Ustedes quédense tranquilos con este buen hombre.

—¡Ea! —gritó el agente Ed, que con cada brazo sostenía a uno de los borrachos—. Ustedes se quedan aquí también.

Del tren surgían voces iracundas y de pronto, la cara del guarda como una luna roja a punto de reventar, se asomó por la ventanilla.

—Me gustaría quedarme para verlo estallar —murmuró Yaphank para su colete.

El agente, arrastrando a los dos pasajeros ebrios, se acercaba lentamente, gritando entre resoplidos:

—¡Vengan, vengan aquí!

Pero Yaphank había cogido por el brazo al cadete Lowe y lo hacía caminar de prisa a lo largo del andén.

—Vamos, general, vamos rápido. ¡Hasta la vista, señores! ¡Andando, muchacho!

Todavía se oyó la voz del agente Ed, que gritaba:

—Alto ahí. ¡Deténganse! —cuando ya los dos soldados caminaban en dirección contraria a la gente que corría para ver lo que estaba sucediendo y, muy pronto, estuvieron fuera del andén, perdidos entre el atareado ir y venir de los pasajeros. Tras las monumentales puertas de la estación, la ciudad cortaba nítidamente la línea de sus edificios sobre el cielo invernal, iluminado por los últimos resplandores de la tarde. En la oscura y uniforme masa de edificios, las luces parecían pájaros ateridos con alas petrificadas, o notas musicales detenidas en su vuelo; toda su fealdad iba apareciendo tras un velo de mágico colorido que se corría con un rumor de alas. Ante ellos se presentaba la perspectiva de una abundante y caliente comida para sus vacíos estómagos y de una fría noche invernal.

Sin embargo, la primavera estaba por alguna parte; tal vez llegara del sur, empujada por el viento, como una canción olvidada. Ambos, sorprendidos por la magia del cambio, quedaron inmóviles, husmeando la escondida primavera en el aire frío, porque acababan de nacer a un mundo nuevo y desconocido; sentíanse pequeñitos, pero con la certeza de que para ellos también habría allí algo nuevo y extraño. Ambos se avergonzaron de aquella ilusión, mutuamente adivinada, y el silencio se hizo insoportable.

—¡Bueno, camarada! —exclamó Yaphank con su acostumbrada exuberancia y palmeando cariñosamente al cadete Lowe sobre la espalda—. Estas son unas maniobras a las que no habremos de asistir, ¿eh?

*¿Quién acudió presuroso en defensa del país
y lo ha lamentado desde entonces?*

¡Cadete!

*¿Quién se priva de citar a las muchachas
mientras los bisoños gobiernan el mundo?*

¡Cadete!

Con abundante comida llenándoles el estómago y una botella de whisky calentándose bajo el brazo del cadete Lowe, subieron al tren.

—¿Adónde vamos? —quiso informarse éste—. Estoy seguro de que este tren no va a San Francisco.

—Presta atención a mis palabras —dijo Yaphank—. Me llamo Joe Gilligan. Mi nombre es Gilligan, G-i-l-l-i-g-a-n, J-o-e, Joe Gilligan. Mis antepasados conquistaron Minneapolis, que estaba en manos de los irlandeses, y adoptaron un nombre holandés, ¿comprendes? ¿Conoces a alguien llamado Gilligan, capaz de conmoverte? ¡Escucha! Si quieres ir a San Francisco, ve. Tanto si quieres ir a San Pablo, como si quieres ir a «Omijou». (Omaha), yo no me opondré. A mí me da lo mismo y te aseguro que me encargaré de que llegues bien a tu destino, más aún, me puedo encargar de que vayas a esos tres lugares si así lo deseas, pero ¿por qué demonios se te antoja ir tan condenadamente lejos como San Francisco?

—A mí, no —repuso muy serio el cadete Lowe—. Yo, particularmente, no quiero ir a ninguna parte. Este tren me gusta muchísimo. ¿Qué más da? Yo hubiera preferido hacer la guerra aquí mismo, ¿sabes? Mi familia vive en San Francisco; por eso voy para allá.

—¡Es claro! —concedió el soldado Gilligan—. A veces, un tipo quiere ver a su familia, sobre todo cuando no vive con ella. Yo no te lo censuro, al contrario, te admiro más por ello. Pero, óyeme, muchacho; puedes ir a tu casa cuando quieras, en cualquier momento. En fin lo que quiero decir es que me gustaría echar antes una mirada a esta nación por la que hemos combatido.

—¡Demonios! ¡Yo no puedo! Desde el día del armisticio, mi madre me manda diariamente un telegrama para recomendarme que vuele bajo, con muchas precauciones, y que regrese a casa tan pronto como esté desmovilizado. Te apuesto a que es capaz de haberle teleografiado al presidente, pidiéndole que me dispense del servicio lo antes posible.

—¡Pues, claro! ¡Ya lo creo! ¿Qué puede igualar al amor de una madre? Fuera de un trago de whisky, por supuesto. ¿Dónde está esa botella? No me habrás traicionado, ¿verdad?

—Aquí la tienes —y el cadete Lowe ofreció la botella con gesto displicente al

soldado Gilligan, que oprimió con impaciencia el botón del timbre para llamar al camarero.

—¡Claudio! —dijo al negro que apareció de improviso—. Trae dos vasos y una botella de soda, zarzaparrilla o algo por el estilo. Hoy estamos entre caballeros y nos comportaremos como tales.

—¿Para qué demonios quieres vasos? —preguntó el cadete Lowe—. De la botella bebimos ayer y no podemos quejarnos.

Recuerda que nos hallamos entre extraños y debemos respetar sus costumbres por salvajes que sean. No estaría bien beber ahora como lo hicimos ayer. Espera hasta que te conviertas en un viajero experimentado y recordarás estos detalles. ¡Dos vasos, Otelo!

El camarero, muy tieso dentro de su chaquetilla almidonada, era como un símbolo de la corrección.

—No se puede beber en este coche. Hay que ir al coche-salón.

—¡Vamos, Claudio, por Dios! Ten un poco de corazón.

—No se permite la bebida en este coche; vayan al salón si quieren beber —y se alejó con mucha dignidad por el silencioso pasillo, sacudiendo los asientos que encontraba vacíos. El soldado Gilligan se encaró con su compañero:

—¡Bueno! ¿Qué te parece? Esa no es forma de tratar a los soldados. Fíjate bien en lo que te digo, general, ésta es la que se ha llevado peor de todas las guerras.

—¡Diablos! ¡Bebamos de la botella!

—¡No! ¡Eso nunca! Hagamos de este asunto una cuestión de honor. Recuerda: debemos evitar que insulten nuestro uniforme. Tú espérame aquí mientras voy a hablar con el guarda. ¡Oye! ¿Compraste los billetes?

*Los oficiales recibieron la orden de partida
y sus esposas se están dando la gran vida ...*

El cielo cargado de nubes y la tierra difuminándose tristemente en la monotonía de una niebla gris; grupos de árboles, casas aisladas y postes, desfilaban de vez en cuando ante la ventanilla del tren y las ciudades, como burbujas de sonidos de ultratumba, aparecían suspendidas sobre alambres de acero.

*¿Quién muerde los barrotes de su calabozo
y manda al infierno las guerras del gobierno?
¡Cadete!*

Gilligan regresaba hablando con un desconocido.

—Con cuidado, Charles.

«Debí haberme figurado que se conseguiría otro», pensó el cadete Lowe despegando la cara de la ventanilla. Vio un cinturón de cuero, unas alas de plata y, al ponerse de pie, encontró un rostro joven, desconocido e irreconocible, en todo caso, porque una atroz cicatriz oblicua lo deformaba. «¡Por Dios!», se dijo, sintiendo un principio de náusea, que dominó en seguida. Hizo el saludo y el otro le echó una mirada rápida que a él le pareció escrutadora. Gilligan, que lo sostenía por un brazo, lo ayudó a sentarse. El hombre torció la cabeza hacia arriba en un ángulo inesperado para mirar con sorpresa a Gilligan, murmurando un «Gracias» ronco.

—Tooniente —empezó a decir el eufórico soldado con su característica distorsión de la palabra—, aquí tiene usted al orgullo de la nación. Mi general, toca el timbre para que el camarero traiga agua con hielo; el tooniente se siente mal.

El cadete Lowe oprimió el botón del timbre mirando las insignias, condecoraciones, alas, escudos y cintas, sintiendo renacer inconscientemente en su fuero interno aquella rivalidad que existe entre el soldado norteamericano y los oficiales de alto rango de cualquier nacionalidad, sin preguntarse siquiera por qué andaba viajando por América aquel oficial británico ni en qué condiciones. «Si yo hubiera tenido más edad o más suerte, podría ser como él», pensó con amargura.

El camarero hizo su silenciosa aparición.

—No se bebe en este coche, ya lo he dicho.

Gilligan extrajo un billete y lo sostuvo entre los dedos, haciéndolo crujir.

—No, señor. En este coche, no.

Entonces se dio cuenta de que había un tercer hombre y se inclinó sobre él como para reconocerlo, mirando después con profunda desconfianza a Gilligan y a Lowe.

—¿Qué han hecho con él? —preguntó.

—¿Con quién? ¡Ah! Es un extranjero perdido que he encontrado por ahí. Pero óyeme, Ernesto...

—¿Perdido? No, no está perdido. Es de Georgia y yo estoy encargado de cuidarlo. ¡*Ca'tan, seor!* —se dirigía al oficial—. ¿Está usted bien con estos soldados?

Gilligan y Lowe se miraron desconcertados.

—¡Cristo! ¡Yo creía que era extranjero! —cuchicheó aquél.

El oficial levantó la vista a la ansiosa faz del camarero.

—Sí —dijo—. Son buenos muchachos.

—¿Quiere quedarse aquí o prefiere que le arregle su cama y lo lleve a acostar?

—¡Déjalo aquí! —intervino Gilligan—. Quiere un trago.

—No puede beber. Está enfermo.

—Tooniente, ¿quiere usted beber?

—Sí. Quiero beber.

Pero no le conviene el whisky, *seor*.

No dejaré que beba mucho. Ya tendré cuidado. Ahora, andando. Queremos vasos.

El camarero empezó a decir de nuevo:

—Pero es que él no debe...

—¡Caramba, tooniente! —interrumpió Gilligan exasperado—. ¿No puede usted conseguir que este amigo suyo nos traiga unos vasos?

—¿Vasos?

—Sí. No quiere traerlos.

—¿Quiere usted vasos para beber, *Ca'tan*?

—Sí, hombre. Tráenos vasos, por favor.

—Está bien, *Ca'tan*. —Se detuvo todavía para decirle a Gilligan—: Usted lo cuidará, ¿verdad?

—Naturalmente, hombre. Ve tranquilo.

Cuando el negro se alejó, Gilligan miró con envidia a su nuevo compañero.

—Parece que es necesario haber nacido en Georgia para obtener buen servicio en este tren —contestó—. Yo he llegado hasta el extremo de enseñarle un billete, pero él lo ha mirado sin pestañear.

Dirigiéndose a Lowe, agregó:

—Oye, generalito. ¿No te parece bien que nos quedemos con el tooniente? Puede sernos muy útil, ¿sabes?

—De acuerdo —contestó Lowe—. Dígame, señor, ¿en qué tipo de aviones volaba usted?

—¡Oh, por amor de Cristo! —interrumpió Gilligan—. Olvídate de eso, por ahora. Estuvo devastando Francia, si quieres saberlo. Ahora no piensa más que en descansar, ¿verdad, tooniente?

Bajo la máscara torturada que le imponía la cicatriz, la mirada del hombre era ansiosa y azorada, pero no desprovista de una luz bondadosa. El camarero reapareció con vasos y una botella de gaseosa. Traía también una almohada, donde apoyó la cabeza del oficial, y de un asiento vacío extrajo otras dos, obligándolos, con bondadosa rudeza, a recostarse sobre ellas y a descansar el cuerpo. Se había transformado en un personaje oficioso que, como el Destino, incluía a los tres hombres en sus actividades con absoluta imparcialidad, por no decir indiferencia. El rudo Gilligan, poco acostumbrado a esos mimos, había adoptado un aire huraño y no tardó en protestar:

—¡Eh! ¡Déjeme tranquilo, George! Ya ablandaré yo la almohada a golpes. No te preocupes. Pero antes quiero darle el golpe a esta botella. ¡Eh! ¡Déjame sitio!

El camarero desistió de sus intentos de suavizarle la existencia y, antes de alejarse, habló con el oficial:

—¿Está todo bien, *Ca'tan*?

—Sí, todo está bien, gracias —respondió el enfermo y, dándole una palmada en el brazo, agregó—: Trae otro vaso para que también tú puedas tomar un trago.

Gilligan había descorchado ya la botella y escanciaba el licor en los vasos; la gaseosa los llenó con un silbido de serpiente.

—¡Arriba y a ellos, señores!

El oficial cogió su vaso con la mano izquierda, y Lowe advirtió entonces que tenía la derecha paralizada, encogida y seca.

—¡Salud! —dijo levantando el vaso.

—Lo mismo digo —respondió Lowe, e inmediatamente sintió sobre el rostro su mirada curiosa.

Le observaba con interés, y sus claros e inteligentes ojos habían perdido momentáneamente el aire azorado que los enturbiaba. Bajó la vista para mirar la gorra con la cinta blanca que Lowe tenía sobre una rodilla y, al levantar la mirada, se advertía de nuevo aquel velo que la oscurecía. A Lowe le pareció ver un ligero movimiento en su boca como formulando una silenciosa pregunta, y se apresuró a responder:

—Cadete, sí, señor —y sintió caldeársele el pecho con el secreto placer, ya olvidado, de pertenecer al cuerpo de aviación.

Sin duda el esfuerzo había sido muy grande para el enfermo, porque su mirada, completamente sin luz, estaba de nuevo perdida en el vacío. Gilligan hizo chocar su vaso con el de sus compañeros.

—Ya que hay que blindar, yo brindo por la paz. Dicen que los cien primeros años son los más difíciles de pasar.

Y allí estaba de nuevo el camarero, presentando su vaso para que le sirvieran. «Otro burro en el sembrado», pensó Gilligan echándole whisky.

El negro acomodó la almohada en la que el oficial apoyaba la cabeza y le preguntó si estaba bien así o si quería otra almohada.

—No, no. Gracias. Está bien así.

—Entonces, no beba demasiado. Recuerde que está usted enfermo.

—Tendré cuidado.

—Está bien, hombre —intervino Gilligan—. No lo dejaré beber más de la cuenta.

—Permítame, entonces, que corra las cortinas para que la luz no le hiera los ojos.

—No. La luz no me molesta. Puedes irte. Ya te llamaré si te necesito.

Con el instinto propio de los de su raza, el hombre de color comprendió que su solicitud estaba llegando al punto de la falta de tacto, pero el aspecto del enfermo era tan miserable que todavía insistió:

—De seguro que usted no ha avisado a sus padres para que vengan a recibirlo al tren. ¿Por qué no me deja avisarles? Yo le cuidaré hasta que baje, pero ¿quién le cuidará después?

—Por ahora estoy bien, te digo. Cuídate hasta que baje del tren, después ya me las arreglaré.

—Si usted lo dice... Algún día le diré a su padre lo que ha hecho usted en este viaje. Debería portarse mejor, *Ca'tan*, *seor*. Sí, *seor*. Ustedes, caballeros —se dirigía a Gilligan y a Lowe—, llámenme si se pone mal.

—¡Vaya, hombre! ¡Vete de una vez! ¡Maldita sea! ¡Ya te llamaré si no me siento bien!

Gilligan se había quedado mirando las espaldas almidonadas del negro que se alejaba apresuradamente y luego fijó la vista en el oficial.

—Tooniente, ¿cómo se las arregla para...? —comenzó a preguntarle, pero se interrumpió porque el enfermo tenía los ojos clavados en él, aunque sin verlo.

Apuró su vaso y, mientras lo llenaba junto con el del cadete Lowe, éste insistió como un perro que sigue el rastro:

—Dígame, señor, ¿qué tipo de aviones manejaba usted?

La mirada enigmática del oficial se posó sobre él, pero no hubo respuesta, y Gilligan se apresuró a decir:

—¡Eh! Déjalo en paz. ¿No ves que ni él mismo quiere acordarse? ¿Crees tú que te acordarías con una cicatriz como ésa? Olvídate de la guerra. ¿Eh, tooniente?

—Yo no sé —tartamudeó el oficial—. Es mejor tomar otro trago.

—¡Ya lo creo que sí! ¡Venga esa botella, generalito! —y mientras Lowe llenaba los vasos, le murmuró al oído—: No te preocupes, no lo hace con intención. Creo que necesita dejar que sus pensamientos corran por otros sitios para no caer en el remolino de los recuerdos. Todos tenemos horribles recuerdos de la guerra. Yo mismo perdí una vez ochenta y nueve dólares en una partida de dados y, además de aquella pérdida, tuve que perder lo de Chatoterí, como es público y notorio, que dicen los literatos. Por lo tanto, bebamos un poco más de whisky.

—¡Salud! —murmuró el oficial sin levantar siquiera el vaso.

—¿Qué quieres decir con eso de Chateau Thierry? —inquirió Lowe, que se sentía pueril por el sabor amargo que le había dejado el desengaño de sentirse deliberadamente ignorado por uno con quien el destino había sido más pródigo que con él.

—¿Te refieres a Chatoterí?

—Me refiero a un lugar donde tú nunca has estado, si quieres saberlo.

—Yo estuve allí en espíritu, querido mío. Esto es lo que cuenta.

—Es la única forma en que podías estar, porque ese lugar no existe.

—¡Demonios si existe! Pregúntale al tooniente si no tengo razón. ¿Eh, tooniente?

Pero ya estaba dormido. Le miraron el rostro joven y, sin embargo, viejo como el mundo detrás de aquella horrible cicatriz. Hasta la continua superficialidad de Gilligan le abandonó por un momento.

—¡Dios mío! —exclamó suspirando—. Se sienten náuseas sólo con verlo. Me

pregunto si ya sabe cómo tiene la cara. ¿Te imaginas lo que dirá su familia cuando lo vean, o su novia si la tiene? Te apuesto cualquier cosa a que la tiene.

El territorio de Nueva York volaba bajo el tren. Dentro del coche había llegado la tarde y así lo anunciaban las manecillas del reloj; pero fuera, el horizonte gris permanecía inmutable.

Gilligan continuó:

—Si acaso tiene una novia, ¿sabes lo que hará en cuanto lo vea?

El cadete Lowe, sintiendo la inutilidad de todo esfuerzo, preguntó:

—¿Qué?

Nueva York se alejaba rápidamente mientras el teniente Mahon dormía cobijado en sus arreos marciales. «¿Dormiría yo así —pensó el cadete Lowe— si tuviera alas de plata y botas, dormiría yo así?». Las alas se abrían hacia abajo, con gracioso giro, por encima de una cinta de seda. Púrpura, blanco, púrpura (descansando simbólicamente) en el bolsillo superior de la chaqueta sobre su corazón. Todavía se detuvo en la observación de los picos de una corona entrelazada con tres letras: R. A. F., y dejó que su mirada subiera hasta la faz deforme del durmiente.

—¿Qué? —repitió.

—Lo mandará a paseo, muchacho.

—¡Vamos, hombre! No creo que haga eso.

—Sí, lo mandará a paseo. Tú no conoces a las mujeres. Tan pronto como la novedad y las primeras emociones de su regreso hayan pasado, aparecerá algún pájaro que se quedó haciendo dinero o un mozalbete de pantalones ajustados y botas brillantes, que no tuvo tiempo de llegar a ninguna parte donde lo hirieran, como tú o como yo, por ejemplo.

El camarero había regresado y observaba al hombre dormido.

—¿Cómo está? No se ha puesto enfermo, ¿verdad? —musitó.

Le hicieron señas de que todo iba bien, y el negro se limitó a arreglar la posición de la cabeza del durmiente sobre la almohada.

—Ustedes, señores, cuídenlo bien y no dejen de llamarme si necesita algo. Está muy mal.

Gilligan y Lowe, mirando respetuosamente al oficial, hicieron signos afirmativos con la cabeza, y el camarero corrió las cortinas.

—¿Quieren más soda?

—Sí —contestó Gilligan adoptando el cuchicheo del negro. Este se retiró.

Los dos soldados se recostaron contra el respaldo del asiento en silenciosa camaradería, la desesperada camaradería de aquellos cuyas vidas se inutilizaron a través de los cumplidos errores de los acontecimientos diarios, de las tristes y desalentadoras circunstancias. El camarero regresó con la soda y, mientras los dos bebían calladamente, el territorio de Nueva York se convirtió en el de Ohio. Gilligan,

el dicharachero, el superficial y poco serio, se entendía con un sueño particular, mientras que el cadete Lowe, demasiado joven y ya espantosamente desilusionado, sufría todas las penas de los Jasones del mundo que vieran hundirse sus naves antes de zarpar del puerto... Detrás de la cicatriz, el oficial dormía con todo el disfraz de sus alas, sus cueros y sus bronces. Una mujer vieja, agria y fea, se detuvo para preguntar:

—¿Está herido?

Gilligan despertó de su sueño.

—Mírele la cara —respondió de mala gana—. Creo que estaba sentado en el regazo de una vieja y se cayó.

—¡Qué insolencia! —murmuró la anciana envolviéndole en una mirada fulminante—. Pero ¿no ven ustedes que este hombre está enfermo? ¿Cómo lo dejan ahí sin hacer nada? —Sí, señora. Estamos haciendo todo lo posible por él. Ante todo, lo dejamos tranquilo.

La vieja fea y Gilligan sostuvieron la mirada sin pestañear durante largo rato; después, ella la desvió hacia Lowe, el joven con aire belicoso y desalentado. Volvió a mirar a Gilligan y luego habló, recurriendo al inflexible sentimiento humanitario que da el dinero:

—Se lo diré al jefe del tren. Este hombre está enfermo y necesita cuidados.

—Muy bien. Sí, señora. Pero dígame al jefe que si viene ahora a molestar, le rompo la maldita cara.

La vieja se irguió y cruzó los brazos mirando a Gilligan con terrible severidad a través del velo que caía de su sombrero negro de última moda. Fue entonces cuando se oyó la voz de una mujer joven:

—Déjelos usted tranquilos, señora Henderson. Le aseguro que están cuidándole muy bien.

Era alta y morena. Si Gilligan o Lowe hubieran visto las ilustraciones de Aubrey Beardsley, dirían que el artista había enloquecido por este tipo de mujer, tantas veces la había dibujado cubierta con los matices del pavo real o vaporosa y blanca entre opulentos árboles e inverosímiles fuentes de mármol. Gilligan se levantó.

—Así es, señorita. Está perfectamente con nosotros, y ahora duerme tranquilo. Está también al cuidado del camarero —no sabía por qué daba todas estas explicaciones— y nosotros lo acompañaremos hasta dejarlo en su casa. Por ahora procuramos que descanse. Gracias por su solicitud.

—Sin embargo, hay que hacer algo —insistió la mujer vieja, antes que la joven, tomándola por el brazo, la llevara pasillo abajo, hablándole en voz baja, mientras el tren se deslizaba entre la luz vespertina. (¡Naturalmente! Ya era la tarde. El reloj pulsera del cadete Lowe lo indicaba así. Hubiera podido ser cualquier otro período bajo el sol, pero era la tarde. Tarde o mañana, alba, ocaso o noche, ¿qué le importaba

al oficial? Dormía).

—¡Maldita vieja bruja! —rezongó Gilligan en voz baja, para no despertarlo.

—Hay que cambiar la posición de su brazo —dijo la joven, que había regresado. Asió la mano para extender el brazo, que tenía doblado bajo el cuerpo. (Su mano también. Señales escrofulosas de huesos bajo la piel agrietada.)—. ¡Ay, su pobre rostro! ¡Qué horrible! —agregó mientras levantaba la cabeza para arreglarle la almohada.

—Va usted a despertarlo, señorita —advirtió Gilligan, pero ella le ignoró, y él, que esperaba ver despertarse al enfermo, tuvo que admitir su derrota, mientras la muchacha decía:

—¿Va lejos?

—Vive en Georgia.

Gilligan y el cadete Lowe, viendo que la joven no tenía intención de pasar de largo, se pusieron de pie. Lowe notó su palidez, que le daba un aire distinguido, su cabellera negra, la roja cicatriz de la boca, el vestido oscuro de buen corte, y tuvo la envidia de un adolescente por el dormido oficial. Ella, después de haberlo mirado por una fracción de segundo, lo ignoró completamente. ¡Qué personalidad! ¡Qué dominio sobre sí misma! ¡Con cuánta elegancia ignoraba a los dos!

—Por supuesto que solo no podrá llegar a su casa —declaró enfáticamente—. ¿Ustedes viajan con él?

—Sí —aseguró Gilligan.

Lowe también quería decir algo, una cosa oportuna que se le quedara impresa en la memoria, algo que le revelara para que ella se diera cuenta al menos de su existencia. Pero ya estaba mirando los vasos y la botella que él —sintiéndose completamente desdichado— balanceaba desmañadamente en una mano.

—En cambio, ustedes lo están pasando muy bien, según veo —observó.

—Tragos de veneno, señorita. ¿No quiere usted un poco?

El cadete Lowe, envidiando secretamente la audacia de Gilligan y su presencia de espíritu en situaciones tan difíciles, tenía los ojos prendidos de la boca de la joven, que estaba mirando hacia el fondo del coche.

—Creo que sí, gracias. Beberé un poco si tienen otro vaso.

—¡Por supuesto! Generalito, toca el timbre.

Cuando ella se sentó al lado del dormido teniente Mahon, los dos soldados ocuparon sus asientos. Parecía..., no; era joven y posiblemente le gustaba bailar, pero al mismo tiempo algo la envejecía, como si ya hubiera experimentado todo. «Está casada y tiene unos veinticinco años», pensó Gilligan. «No pasa de los diecinueve y es soltera», opinaba Lowe para sí mismo. Ella los estaba mirando.

—¿A qué rama del ejército pertenece usted, soldado?

—Cadete aviador —respondió con cierta suficiencia y lentitud—. De servicio en

la Fuerza Aérea.

Era una niña, sólo que parecía de más edad.

—¡Ah, entonces es usted quien lo cuida, naturalmente! El también es aviador, ¿verdad?

—Mire sus alas de plata —contestó Lowe—. La Real Fuerza Aérea Británica. Valientes muchachos ellos también.

—¡Demonios! —dijo Gilligan—. No es ningún extranjero.

—No se necesita ser extranjero para estar con las fuerzas británicas o con las francesas. Acuérdate de Lufbery. Estuvo con los franceses hasta que llegamos nosotros.

La muchacha le miró y Gilligan, que en su vida había oído hablar de Lufbery, se alzó de hombros y dijo:

—Sea lo que sea, para nosotros es lo mismo, ¿verdad? Si quiere ser extranjero, que lo sea. Déjalo estar.

—Creo que es americano y que con ustedes está muy bien —opinó la muchacha.

Reapareció el camarero preguntando:

—¿Cómo está el *Cap'tan*? —advirtiendo, sin demostrar ninguna sorpresa, como es costumbre entre los de su raza, que una mujer se había unido al grupo.

—Está muy bien. Está perfectamente —respondió ella.

El cadete Lowe pensaba: «Apuesto a que le encanta bailar». Ella siguió hablando:

—No podía estar en mejores manos que en las de estos señores.

«Qué penetración tiene —pensó Gilligan—. Seguramente que ya ha conocido desengaños».

—Creo que puedo beber en este coche, ¿verdad?

El camarero la miró, dudando por un momento.

—Sí, señora —dijo—. Voy a traerle soda fresca. ¿Usted lo cuidará también?

—Sí, por el momento.

Se inclinó hacia ella.

—Yo también soy de Georgia.

—¡Ah, sí! Yo soy de Alabama.

—Sí, señora. Tenemos que cuidar y proteger a los nuestros, ¿no es verdad? Le voy a traer un vaso inmediatamente.

El oficial seguía durmiendo. El negro regresó con rapidez, haciendo signos para que nadie se moviese; se fue y los tres hablaron en un murmullo. Nueva York fue Ohio y Ohio se convirtió en una hilera de idénticas casitas con un mismo hombre fumando y escupiendo entrando por una misma puerta. Allí estaba Cincinnati y, bajo la blanda caricia de la mano femenina, el oficial se despertó.

—¿Llegamos ya? —preguntó.

En la mano de la muchacha no había más que una sortija de oro y ningún otro

anillo de compromiso. «Tal vez lo haya empeñado —pensó Gilligan—. Pero no parece necesitada».

—Generalito, corre a buscar la gorra del tooniente.

Lowe saltó por encima de las rodillas de Gilligan mientras éste hablaba con el oficial.

—Aquí tiene a una vieja amiga nuestra. Le presento a la señora Powers.

Ella le tendió ambas manos, ayudándolo a ponerse de pie. El camarero se hallaba allí de nuevo.

—Donald Mahon —pronunció el oficial, sin ningún matiz en la voz.

El cadete Lowe, seguido por el camarero, volvió con la gorra, el bastón, un abrigo grueso y dos alforjas de cuero. El negro ayudó al oficial a ponerse el abrigo.

—Voy a buscar su abrigo, señora —dijo Gilligan, pero el camarero se le había adelantado.

Su abrigo de color claro era grande y pesado. Se lo puso descuidadamente. Gilligan y el cadete Lowe recogieron su equipaje reglamentario. El camarero entregó la gorra y el bastón al oficial y desapareció por el fondo del coche cargado de maletas. La muchacha miraba hacia ambos extremos del coche.

—¿Dónde están mis...?

—Sí, señora.

El camarero los llamaba desde la puerta del fondo, asomando su cara negra entre los hombros agitados de los pasajeros.

—Sí, señora. Yo tengo todas sus cosas.

Ciertamente las tenía todas, ya reunidas en el andén, y sus negras y amables manos bajaron al oficial enfermo con mil cuidados y precauciones.

—Que ayuden a bajar a ese hombre —decía el guarda del tren asomado a una ventanilla, pero el teniente Mahon ya estaba abajo.

—Cuide usted de él, señora.

—Sí. Cuidaré de él.

Echaron a andar por el andén, y el cadete Lowe miró hacia atrás para admirar al camarero, que, atento y servicial, como siempre, se ocupaba de otros pasajeros. Parecía haberse olvidado completamente de ellos. Habiéndose quedado atrás, desvió tristemente la vista de la chaquetilla blanca del camarero, atareadísimo ahora bajando maletas y recogiendo monedas, para posarla sobre la espalda del oficial con su abrigo y su bastón, notando particularmente cómo caía hacia atrás la gorra para dejar al descubierto todo el cicatrizado rostro, y se maravilló de las cosas que suceden con los de su especie. Pero sus pensamientos, junto con la agitación general de la llegada se fundieron en la suave agonía de la tarde que llenaba una calle estrecha, abierta entre muros de piedra y luces; Gilligan, dentro de sus raídos pantalones de pana, y la muchacha, metida en su grueso abrigo, sosteniendo cada uno por el brazo al teniente

Donald Mahon, recortaron nítidamente sus siluetas en el arco gigantesco del portón.

3

La señora Powers estaba en la cama, consciente de su cuerpo cobijado por sábanas extrañas y oyendo apagados ruidos nocturnos del hotel —pasos ahogados por las mullidas alfombras de los corredores, el discreto abrir y cerrar de las puertas, y, en algún rincón remoto, la pulsación de una máquina— que llegaban hasta ella con esa extraña propensión que tienen los sonidos (inadvertidos en cualquier otra parte) de amplificarse y revestirse de misterio para mantener despierto al huésped en el lecho anónimo de un hotel. Su cuerpo y su conciencia se esfumaban, recalentados por el vaho tibio y familiar del suelo y, mientras alargaba los miembros para formar con ellos una cuna en el colchón y caer de lleno en la inconsciencia del dormir, en su corazón empezó a rebosar una tristeza lejana y perturbadora.

Como una ráfaga de aire acudió el pensamiento de su marido —muerto en Francia tan joven— y su exasperante insistencia la atemorizaba, porque sabía que un destino frívolo la había engañado; era como una broma que a nadie hace gracia. Precisamente cuando había decidido (fríamente) que ambos debían aprovechar el histerismo universal para obtener un breve éxtasis uno del otro; precisamente cuando había decidido (fríamente) que ambos estaban mejor separados, sin nada que corrompiese el recuerdo de los tres días que pasaron juntos, y así se lo había dicho por escrito, deseándole mucha suerte; precisamente entonces se le hizo saber en forma por demás fría e impersonal que había muerto en combate. Tan fría e impersonalmente como si Richard Powers, comandante de un batallón de infantería en la División tantos de tantos, fuese otro.

Y ella, siendo joven, debía conocer de nuevo todos los horrores de la partida, el apasionado deseo de prenderse, adherirse a una cosa concreta en las tinieblas del mundo, a despecho de los departamentos de guerra. ¡Ni siquiera había recibido su carta! En cierta manera, había sido una infidelidad dejarlo morir cuando todavía creía en ella, por muy cansado que estuviera —que ambos estuvieran— del amor.

Al girar su cuerpo sintió sobre los muslos el roce de las sábanas, como agua entibiada por su calor. «¡Ay, maldita, maldita sea! ¡Qué jugarreta me hicieron!». Recordó aquellas noches en que ambos habían tratado de arrancar de raíz todos los mañanas del mundo. «Dos sucias jugarretas», aseguró. «De todas maneras, ya sé lo que voy a hacer con el dinero de su seguro», siguió pensando, al tiempo que se preguntaba vagamente qué diría Dick de todo aquello si lo supiera y si le importara.

La redondez de su hombro se interpuso en su visión. Las curvas insinuantes de su cuerpo cubierto, acentuadas en la parte superior, iban disminuyendo hacia los pies de la cama; echada de espaldas, mirando el túnel de su habitación, observando

detenidamente los ángulos impalpables de los muebles, tuvo la sensación de que afuera había un rumor de primavera que llegaba hasta ella filtrándose a través del yeso de las paredes. Por el tubo de la ventilación desbordaban las profecías sobre el abril que habría de volver al mundo. Como un idiota incurable, vendría al mundo, que había olvidado a la primavera. La puerta blanca que comunicaba las dos habitaciones adoptó la forma de un travesaño al recortarse en un mudo plano luminoso, y ella, obedeciendo a un primer impulso, se levantó y se puso la bata.

La puerta de comunicación se abrió silenciosamente bajo la presión de su mano. La pieza, igual a la suya, ofrecía en la luz difusa de la lamparilla de mesa una sugerencia de muebles idénticamente indefinidos. Podía oír con claridad la respiración tranquila del teniente Mahon. En la penumbra halló el botón para encender la luz central y pudo ver cómo éste dormía bajo su cicatriz. La luz cruda y súbita sobre los párpados cerrados no le molestó, y ella comprendió por instinto, vio como en un relámpago lo que sucedía y por qué sus movimientos eran irresolutos e incompletos.

—Está quedándose ciego —se dijo, inclinándose sobre él. Dormía. Casi al mismo instante se oyeron ruidos en la puerta de entrada. Se irguió con rapidez y los ruidos cesaron. No tardó en abrirse la puerta con el «clic» de la llave y apareció Gilligan, que llevaba colgando de un brazo al cadete Lowe con los ojos vidriosos y completamente borracho. Enderezando dentro de lo posible a su compañero, Gilligan hizo una reverencia versallesca.

—Buenas noches, señora.

Lowe dijo algo ininteligible, babeando, y Gilligan prosiguió:

—Mire usted en qué estado traigo a este marinero solitario. «¡Navega solo, oh tú, valiente y orgulloso marinero!» —dijo a su carga, y nuevamente el cadete Lowe masculló palabras incomprensibles. Sus ojos eran como dos ostras.

—¿Qué? —preguntó Gilligan—. ¡Arriba! Pórtate como un caballero y dile algo a esta hermosa señora.

Las palabras líquidas del cadete Lowe salían burbujeantes de su boca y la señora Powers solicitó silencio con un «¡Chissst!» prolongado y poniendo su índice sobre los labios.

—¡Ah! —exclamó Gilligan con genuina sorpresa—. El tooniente está dormido. ¿Para qué querrá dormir a estas horas? Con inquebrantable optimismo el cadete Lowe intentó hablar de nuevo y Gilligan, que por fin había comprendido, dijo:

—Vamos. Eso es lo que quieres, ¿verdad? ¿Por qué no lo decías? Quiere irse a la cama, aunque yo no sé por qué —explicó a la señora Powers.

—Allí es donde mejor puede estar —comentó ella, al tiempo que Gilligan, con los minuciosos cuidados de un embriagado, conducía a su compañero a la otra cama y, con exageradas precauciones lo echaba sobre ella. Lowe dio un gruñido y un

respingo, mientras trataba de volverse hacia la pared, pero Gilligan, tirándole de los pies, lo dejó estirado boca arriba. Le quitó los zapatos y, tomando uno en cada mano, los dejó bajo la mesa. La mujer se había acercado a los pies de la vecina cama de Mahon y, apoyando su larga cadera contra el duro barroto de metal, se quedó mirándolo hasta que él terminó de descalzar a su amigo. Lowe, libre ya de la opresión de los zapatos, gruñendo y suspirando, se revolcó en el lecho, y luego, de cara a la pared, quedó inmóvil y silencioso.

—¿Estás muy borracho tú también, Joe?

—No mucho, señora. ¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo al tooniente?

Mahon dormía tranquilo; Lowe con sobresaltos.

—Quisiera hablar contigo, Joe. Se trata de él —agregó rápidamente al advertir su mirada picaresca—. ¿Quieres escucharme o prefieres irte a la cama y dejar la conversación para mañana?

Gilligan sacudió la cabeza, irguió el cuerpo y abrió mucho los ojos para demostrar que estaba en sus cabales.

—A mí me viene muy bien hablar ahora. Siempre a las órdenes de una dama.

Rápidamente ella se decidió:

—Entonces ven a mi cuarto.

—¡Cómo no! Déjeme encontrar la botella y seré suyo. Mientras buscaba la botella, ella regresó a su habitación, y cuando él se le reunió estaba sentada sobre el lecho, envuelta en una manta y abrazando sus rodillas con ambos brazos. El soldado acercó una silla.

—Joe, ¿sabes que se está quedando ciego? —dijo sin preámbulos.

Su rostro, que había adquirido una expresión dura, volvió a humanizarse al momento, y él, tratando de enfocar aquella cara en la perturbada visión, respondió con calma:

—Sé más que eso. Está muriéndose.

—¿Cómo?

—Sí, señora. Si alguna vez he visto la muerte en la cara de un hombre, es en la suya. ¡Mundo maldito de Dios!

El juramento salió espontáneo y bronco.

—¡Chisst! —hizo ella.

—Sí, me olvidaba. Ya me callo.

Extendió las piernas y se agitó bajo la manta, cambiando la posición del cuerpo para desentumecerlo, lo que le hizo sentir la dureza de la cabecera de la cama de hierro. Volvió a preguntarse por qué todo era como era y por qué arrastra uno tras sí a ciertas personas para que irrumpen en su intimidad, por qué esas personas mueren y por qué uno arrastra todavía a otras... «¿Será mi muerte así, triste y exasperante? ¿Soy fría por naturaleza o es que ya he derrochado todas las moneditas de mis

emociones y no me es posible sentir las cosas como los demás? ¡Dick, Dick! ¡Horrible muerto!».

Gilligan estaba sentado muy tieso sobre su silla y, debido a las brumas del alcohol, tenía dificultades para enfocar sus ojos, ya que, como mal ajustadas lentes de una cámara, no lograban captar los objetos con claridad. Las luces formaban un círculo, una órbita; ella, con dos caras, estaba sentada en una cama doble, rodeando con cuatro brazos sus dos pares de rodillas.

«... ¿Por qué no puede ser el hombre completamente feliz o completamente desgraciado? Es que siempre es una mezcla débil y tibia de las cosas. Es lo mismo que beber cerveza cuando se necesita un licor fuerte... o un sorbo de agua. Ni una cosa ni la otra».

Se movió ligeramente, apretando la manta contra su cuerpo. La primavera, el rumor de la primavera, que penetraba por el tubo de la ventilación, y en el cuarto del hotel los vapores de la calefacción, sugerían un invierno agonizante.

—Bebamos un trago, Joe.

Gilligan se levantó con mucho cuidado y, echando a andar muy erguido, tomó la jarra de agua y los vasos con deliberada lentitud, dejándolos después sobre la mesita que ella había acercado al lecho. Preparó las bebidas; pero, antes de coger su vaso, ella ya había bebido de un golpe la mitad del suyo. Le ofreció un cigarrillo y se lo encendió.

—Este mundo es una porquería, Joe.

—Tienes toda la razón, ¡maldita sea! Y morir no es lo peor.

—¿Morir?

—Me refiero a ese muchacho. Es posible que no muera con suficiente rapidez.

—¡Ay! ¡No morir pronto!

—Me da muchísima pena, ¿sabes? Tiene una novia allá, en Georgia. Una muchacha de su pueblo, tal vez su vecina, con quien sus padres le comprometieron cuando era muy joven, antes de partir para la guerra. ¿Sabes lo que hará esa muchacha en cuanto le vea la cara?

Hizo la pregunta mirándola fijamente. Ahora, el rostro de la señora Powers ya no era doble, y su pelo, negro y reluciente, era muy hermoso. La boca parecía una cicatriz.

—No, no, Joe. No puede hacer eso. No hará semejante cosa. Se irguió sobre el lecho y la manta resbaló de sus hombros. Ella se cubrió de nuevo mirándole significativamente. Él hizo un esfuerzo de voluntad para romper el círculo de las cosas visibles, y dijo:

—No quieras engañarte a ti misma. He visto su fotografía y he leído la última carta que le escribió.

—¡No puede habértelas enseñado! —exclamó ella con rapidez.

—No importa. Yo las he visto.

—¡Joe, has estado mirando sus cosas!

—¡Diablos! ¿No estamos tratando de ayudarlo? Supongamos que yo haya hecho algo que no está estrictamente de acuerdo con los Santos Cánones; ¿y qué? Sabes perfectamente que puedo ayudarlo, siempre y cuando no permita que unos escrúpulos absurdos detengan mi camino. Si estoy seguro de tener razón y de estar haciendo lo que debo, no habrá nada que me detenga.

La sorprendió mirándole con cierta admiración, pero siguió hablando sin detenerse a pensar el porqué:

—Quiero decir que, tanto tú como yo, sabemos lo que tenemos que hacer por él, pero si dejamos que un caballeresco «no hagas esto» o un «no hagas aquello» irrumpen en nuestra manera de proceder, no podremos ayudarlo. Su situación es especial, ¿no es así?

—Lo que no entiendo es por qué estás tan seguro de que ella lo despreciará.

—¡Vamos! Ya te he dicho que he leído su carta. Está llena de frases manidas acerca de los caballeros del aire y el heroísmo de las batallas y todas esas cosas que, las más endiabladamente románticas e ilusas, olvidan tan pronto como pasa la emoción, el arrebató de la excitación; los uniformes y las heridas ya no están de moda y se convierten en una molestia.

—Pero, ¿no te parece que das mucho por sentado? No la has visto en tu vida.

—He visto su fotografía. Es una de esas niñas muy bonitas, ligeras e inconstantes, con mucho pelo. Precisamente, como yo imaginaba a la mujer que se había comprometido con él.

—¿Cómo sabes si siguen comprometidos? Tal vez ella lo haya olvidado y él, posiblemente, ya ni la recuerda. Puede ser.

—No. No puede ser así. Todo estaría arreglado si él la hubiera olvidado, pero está ansioso por volver y estar con sus padres y su gente; eso se debe a que está empeñado en creer que todavía existe algo en este mundo que no anda al revés. Quedaron en silencio un buen rato, y luego Gilligan empezó a hablar de nuevo pausadamente:

—Me hubiera gustado conocerlo antes. Es la clase de hijo que yo hubiera querido tener —y apuró el medio vaso de licor que le quedaba.

—Joe. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—¿Cómo has aprendido a conocer tan bien a las personas?

El tono de su voz revelaba interés y, además, le estaba mirando atentamente.

El apenas sonrió.

—No es sabiduría —dijo—. Es hablar simplemente de las cosas que pasan por mi cabeza. Creo que lo he conseguido a fuerza de práctica. Hablando demasiado.

Adoptó de nuevo su tono sardónico:

—Hablo tanto, que tarde o temprano tengo que decir algo acertado. En cambio, tú no hablas mucho.

—No. Muy poco —admitió ella.

Se movió perezosamente y la manta se abrió, dejándola cubierta tan sólo por la sutil tela del camisón. Al levantar los brazos y torcer el busto para cubrirse de nuevo, se reveló entero su esbelto muslo, la pierna, el tobillo torcido por la posición y el pie desnudo.

Gilligan, sin moverse y sin cambiar de tono, dijo:

—Casémonos.

Rápidamente terminó de envolverse en la manta, sintiendo ya un principio de disgusto consigo misma.

—¡Bendito seas, Joe! ¿No sabes que soy casada?

—¡Ya lo creo! Pero no tienes marido. Yo no sé dónde está o lo que has hecho de él, pero, ahora, no tienes marido.

—Caramba. Empiezo a tenerte miedo, Joe; sabes muchísimas cosas. Tienes razón; mataron a mi marido el año pasado.

—Mala suerte —comentó Gilligan, mirándola inquisitivamente.

Y ella, volviendo a saborear la débil y cálida tristeza, hundió la cara entre las rodillas levantadas, rodeándolas con sus brazos. Mala suerte. Eso es lo que fue. Eso es lo que continúa siendo. Hasta la pena resultaba falsa ahora. Levantó su pálido rostro enmarcado por el negro cabello y mostrando la roja cicatriz de la boca.

—Joe —dijo—. Esa es la más sincera fórmula de condolencia que he recibido. Ven acá.

Gilligan se acercó a la cama y ella le tomó la mano, apoyándola sobre su mejilla. Luego levantó la cabeza para mirarlo, sacudiendo la melena negra.

—Eres un buen chico, Joe. Si sintiera deseos de casarme con alguien, ahora mismo me casaría contigo. Siento mucho haberte puesto aquella trampa, Joe.

—¿Trampa? —preguntó éste pasando una mano sobre su cabello. Después exclamó—: ¡Ah! —sin comprometerse para nada.

—Pero todavía no hemos decidido lo que hay que hacer con ese pobre muchacho —dijo ella arrebujiándose en la manta y luego se acomodó sobre la cama—. Eso es precisamente lo que quería discutir contigo. ¿Tienes sueño?

—¡No! —respondió Gilligan con vehemencia—. En este momento creo que no volveré a dormir nunca.

—Ni yo tampoco. —Se acostó apoyando la cabeza contra la cabecera—. Ven. Acuéstate aquí, a mi lado, y hablemos para ver qué se decide.

—Sí, por supuesto —accedió—, pero será mejor que me quite los zapatos para no estropear la cama del hotel.

—¡Al diablo con las camas del hotel! —exclamó ella—. ¡Pon las patas encima!

Gilligan se acostó boca arriba, poniendo ambas manos sobre los ojos para protegerlos de la luz. Después de algunos segundos de silencio, ella comenzó a hablar:

—Bueno. ¿Qué vamos a hacer?

—Ante todo, tenemos que llevarlo a casa —contestó Gilligan—. Mañana, a más tardar, enviaré a los suyos un telegrama. Su padre es un pastor, ¿sabes? Es esa condenada muchacha lo que me preocupa. Necesitamos que le deje morir en paz. Después de eso, no sé lo que hay que hacer. Yo puedo saber ciertas cosas —aclaró—, pero, después de todo, las mujeres sois más imaginativas y sabéis adivinar mejor. Estáis más cerca de lo real y de lo justo de cuanto yo pueda hacer o decir que hagamos.

—No creo que nadie pueda hacer más de lo que tú has hecho. Si se tratara de apuestas, siempre apostarí por ti.

Levantó las manos cruzadas sobre sus ojos y dio vuelta a la cabeza sobre la almohada para mirarla.

—No sé, no sé. Hasta ahora he servido para algo, pero se necesita tener algo más que sentido común. Oye, ¿por qué no te vienes con el generalito y conmigo?

—Eso quería pedirte, Joe.

Su voz le llegaba apagada a través de la cortina de sus manos, que tenía nuevamente sobre la cara.

—Creo que he tenido intención de unirme a vosotros desde un principio.

(Ella está enamorada de él). Gilligan respondió enfáticamente:

—Muy bien. Ya sabía que tú harías lo que es debido. Los tuyos no tendrán nada que decir, ¿verdad?

—No. Pero, ¿cómo andamos de dinero?

—¿Dinero?

—Sí... Para lo que él pueda necesitar. Tal vez enferme en cualquier parte. Tú lo sabes.

—Hice una hermosa limpieza general en la última partida de póquer y no he tenido tiempo de gastarlo todo. El dinero siempre viene bien. De eso no hay duda.

—Sí, el dinero va bien. ¿Sabes que tengo el del seguro de mi marido?

Se había quedado en silencio, protegiéndose los ojos con las manos. Sus piernas macizas, forradas de pana, se extendían rectas sobre el lecho, rematadas por unos zapatones deformados. Ella levantó de nuevo las rodillas y se abrazó a ellas, agitándose dentro de la manta. Pasaba el tiempo.

—¿Duermes, Joe?

—En fin de cuentas, el mundo es muy gracioso, ¿no es verdad?

Hizo la pregunta por detrás de sus manos y sin moverse.

—¿Gracioso?

—Sí, mujer. Un soldado se muere, te deja el dinero de su seguro y tú gastas ese dinero ayudando a otro soldado para que muera tranquilo. ¿No tiene gracia?

—¡Ya lo creo que sí...! Todo tiene gracia. Todo es gracioso. (Querido muerto, Dick). (Mahon durmiendo bajo su cicatriz). (Dick, mi enamorado).

A través de la capa de su cabello, notaba la dureza de la cabecera; sentía el movimiento de los huesos de sus largas piernas contra los brazos que los apretaban, que los circundaban; veía su cuarto frío e impersonal como una tumba señalada de antemano (para recibir tantos, tantos disgustos, ilusiones, pasiones y deseos que allí habían muerto), suspendida por encima de un mundo de alegría, de dolor y de ansia de vivir, muy por encima de los árboles impenetrables, ocupados tan sólo de la fecundidad y de la primavera. (Dick, Dick. Muerto: horrible Dick. Una vez fuiste vivo y joven y apasionado y feo, después fuiste muerto, querido Dick: tu carne, tu cuerpo que yo amaba; tu cuerpo hermoso, joven y feo, querido Dick, es un hervidero de gusanos, una masa de carne corrompida. Adorado Dick).

Gilligan Joseph (a) Joe, que había sido un soldado, un demócrata por convicción y numerado como un preso, dormía al lado de una mujer bella y tenía puestas las botas (que le habían sido entregadas gratuitamente por los demócratas de más rango entre los demócratas), inocente y desmañado, sobre los blancos lienzos alquilados, ajenos e immaculados.

Ella se desprendió de la manta y alargando el brazo hundió la habitación en las sombras. Se deslizó entre las sábanas, recostando su mejilla en la palma de la mano. Gilligan, imperturbable, roncaba y la habitación oscura se llenaba de un ruido hogareño y familiar. (Dick, amado y espantoso muerto...).

4

En la habitación contigua, el cadete Lowe despertó, tras un sueño caótico, abriendo los ojos y mirando con un desprendimiento sin igual, tan ajeno como si fuera Dios, las luces que ardían a su alrededor. No tardó en recordar que tenía un cuerpo y supo dónde estaba; hizo un esfuerzo y giró la cabeza sobre la almohada. En la otra cama un hombre dormía tras su cara horrible. (Yo soy Julián Lowe. Yo como, yo digiero, yo evacúo. Yo he volado... Este hombre... Aquel hombre está dormido bajo una gran cicatriz... ¿Dónde nos encontramos...? ¡Oh Dios, oh Dios!: tener noción del cuerpo, del estómago).

Deslizando una de sus manos sobre el pecho, llegó a tocarse la cara sin cicatrices. En ella no había daños que lamentar. Cerca de él, sobre una silla, estaba su gorra cruzada por una cinta blanca; sobre la mesa, la gorra del otro con su corona de fieltro levantada como una cresta, con iniciales de bronce. Paladeó el sabor amargo de su boca sin hacer caso a las insistentes reclamaciones de su estómago. «¡Haber sido él!»,

gimió con la boca contra la almohada. «¡Tan sólo haber sido él! Que se lleve mi cuerpo sano y fuerte. Que se lo lleve. ¡Tener alas sobre mi pecho! Tener alas: ¡y tener su cicatriz! ¡Mañana aceptaría la muerte!».

Sobre una silla, el capote de Mahon exhibía el bolsillo izquierdo con alamares de oro y las alas escapándose de un círculo de iniciales bajo una corona; las alas tenían las puntas torcidas hacia atrás, como si los hilos del bordado las hubieran detenido cuando iban a elevarse; el símbolo de un deseo.

¡Ser él; haber conseguido las alas y también la cicatriz! Se volvió bruscamente hacia la pared, lleno de apasionado desengaño, como la zorra herida que devora sus propias entrañas. Gimiendo y babeando, el sueño se fue adueñando de él y empezó a soñar de nuevo.

5

AQUILES. —¿Qué preparativos harías para un vuelo a través del país, cadete?

MERCURIO. —Llenar el tanque de combustible y vaciar la vejiga, señor.

AQUILES. —Está bien, cadete.

De una vieja comedia (hacia 19...).

El despertar del cadete Lowe se produjo bien avanzado el día y cuando Gilligan penetró en la habitación y empezaba a vestirse, al tiempo que lo observaba severamente.

—¿Qué tal, campeón?

El teniente Mahon estaba durmiendo todavía con su cicatriz y el capote seguía sobre la silla. Encima del bolsillo superior izquierdo, las alas se lanzaban en su vuelo dorado, abriéndose hacia abajo sobre una cinta de seda. Púrpura, blanco, púrpura.

—¡Oh, Dios! —gimió Lowe.

Gilligan, con la seguridad que le daba su bienestar físico, se detuvo de pronto en mitad de un movimiento enérgico para comentar:

—Veo que no estás muy bien, muchacho. Quédate en cama. Yo salgo ahora para buscar el desayuno. Te quedarás aquí hasta que el tooniente se despierte, ¿eh?

Saboreando la amargura de su boca, el cadete Lowe gimió de nuevo, y Gilligan le miró con benevolencia.

—No hay peligro de que te escapes, ¿verdad? Vuelvo pronto. La puerta se cerró tras él y Lowe, con el pensamiento puesto en la frescura del agua, se levantó y caminó tambaleándose a través de la habitación hacia la botella de agua. El agua estaba buena, pero tan pronto como le cayó en el estómago se sintió enfermo. Con

pasos inseguros regresó a la cama. Dormitando olvidó a su estómago, pero soñando lo recordó y volvió a despertarse. Sentía una inflamación dolorosa en la cabeza. Entre brumas pudo distinguir las formas de los pies de su cama y, sintiendo de nuevo la necesidad del agua, dio vuelta sobre la almohada y vio otra idéntica a la suya y la suave línea de una bata de seda color violeta inmóvil junto al lecho. Inclined sobre la indiferente horizontalidad de Mahon, la señora Powers ordenaba:

—¡No te levantes!

Lowe dijo que no, cerrando los ojos y abriéndolos otra vez, después de paladear su saliva amarga, para ver a través de sus pupilas enrojecidas el cuerpo largo y esbelto de la muchacha. Abrió los ojos a la luz y a sus espléndidas caderas, cuyas curvas se perdían en los pliegues de la tela. Con un esfuerzo podría ver sus piernas y tobillos; incapaz de llevarlo a cabo, prefirió pensar; sus pies también debían estar allí. Cerró los ojos para imaginar mejor lo que debía decir para que su boca se juntara con la de ella.

—¡Oh, Dios! —gimió, con la seguridad de que nadie podía estar tan enfermo como él y con la certeza de que ella le diría que lo amaba si tuviera alas y una cicatriz y...

«¡Al diablo con los oficiales!», pensó con rabia, mientras se dormía otra vez.

Al diablo con los mentecatos poderosos. Al diablo con los bisoños que tienen mando. Yo no sería un maldito oficial bisoño. Preferiría ser un sargento. Mejor sería un mecánico. ¡A engrasar las máquinas, cadete! ¡Diablos, sí! ¿Por qué no? La guerra ha terminado. ¡Qué bien, qué bien! ¡Oh, Dios...! ¡Su cicatriz, sus alas...! ¡Por última vez!

En un instante se encontró metido dentro de un mono, aspirando el olor a lubricante y caminando entre el brillo mate y gracioso de las superficies pulidas. Sintió una ráfaga de aire, tuvo en su mano una palanca que hacía girar en el horizonte una especie de tubo en cruz que parecía un avión; el avión había quedado con el morro apoyado sobre la línea del horizonte, como se pone un rifle en el borde de la trinchera. ¡Cristo! ¿A mí qué me importa? Veía levantarse el morro del avión hasta que el horizonte quedó escondido por él y entonces apareció el arco gracioso de un ala en vuelo descendente, que iba descubriendo de nuevo la línea del horizonte y que abruptamente se detenía, mientras el mundo loco giraba vertiginosamente alrededor de una silla cubierta con una guerrera gris.

—Es claro. ¿A ti qué te importa? —decía una voz familiar con un vaso lleno de whisky—. Bébetelo eso, generalito —dijo, colocándole el vaso debajo de las narices.

—¡Oh, Dios! Llévate eso de aquí. Quitá. Retíralo.

—Vamos. Bébetelo eso. Te sentirás mucho mejor. El tooniente ya se ha levantado y está desayunando, y también la señora Powers. ¿Para qué te emborrachas, campeón?

—¡Oh, Dios! No sé —contestó apretándose la cabeza y mirándole con angustia —. ¡Déjame solo!

Su compañero le hablaba muy de cerca:

—Bébetelo. Vamos.

El cadete Lowe lo mandó al infierno apasionadamente.

—Déjame tranquilo. Ya se me pasará.

—Ya lo creo. Tan pronto como bebas esto.

—No puedo. Vete.

—Tienes que poder. ¿Quieres que te desnude? —preguntó Gilligan con mucha suavidad.

Le puso la mano bajo la barba y le levantó la cara con amable rudeza. Un movimiento brusco de Lowe dejó en libertad su rostro, pero Gilligan le apretó entonces el brazo contra la espalda y lo levantó en vilo.

—¡Déjame en paz! —imploró.

—No. ¿Quieres quedarte aquí para siempre? Tenemos que irnos. No podemos permanecer aquí toda la vida.

—Pero yo no puedo beber eso. —Sus entrañas se retorcieron frenéticamente y sintió náuseas—. ¡Por Dios, déjame solo!

—Campeón —le dijo Gilligan apretándole el brazo—, tienes que beber. Es preferible que lo hagas tú solo porque si no te lo meteré por el gástrico con vaso y todo. ¡Toma!

El borde del vaso estaba entre sus labios, de modo que bebió atragantándose y esperando vomitar en cualquier momento. Pero una vez tragado, el líquido produjo una sensación agradable y refrescante en sus agitadas entrañas. Un extraño calorillo le subía a la cabeza y perlas de sudor brotaban de su frente, cuando Gilligan retiró de sus labios el vaso ya vacío. Mahon, completamente vestido aunque sin el cinturón, se hallaba sentado frente a la mesa; Gilligan desapareció por una puerta y él, un tanto tembloroso pero bastante reconfortado, se levantó. Todavía quiso beber un poco más. El rumor del agua saliendo a borbotones por los grifos parecía un trueno que procedía del cuarto de baño, que se abrió dando paso a Gilligan, que gritaba:

—¡Adelante, muchacho! —y le empujó hacia las nubes de vapor—. ¡Vamos, muchacho! ¡Adelante!

Cuando las agujas del agua quemaron sus espaldas, miró su cuerpo abriendo la infinita cortina plateada de la lluvia que descendía de la ducha, y olió el aroma fresco del jabón; su habitación estaba detrás del muro de baldosas blancas; estará sola... alta y roja, blanca y negra... hermosa. ¡Se lo diré ahora mismo! Enérgicamente frotaba el joven y recio cuerpo con la aspereza de la toalla. Resplandeciente de humedad y de juventud, cepilló sus dientes y el cabello y, ya fuera, bajo la mirada serena y desconcertante de Mahon y la sardónica de Gilligan, bebió otro trago. Se vistió

rápidamente, atento a los movimientos de la mujer en el otro cuarto. «Tal vez esté pensando en mí», se dijo, metiéndose en los estrechos pantalones de pana. Quedó sorprendido al darse cuenta de que el oficial le estaba mirando afablemente con una sonrisa insinuada en su cara deforme.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Nunca me sentí mejor —respondió, queriendo echarse a cantar—. Oye: creo que anoche dejé mi gorra en la habitación de la señora Powers —dijo a Gilligan—. Voy a buscarla.

—Tu gorra está aquí —contestó éste con mala intención y mal disimulada ironía, sacándola de debajo del cinturón del teniente, que estaba sobre la mesa.

—Bueno, pero yo quiero hablar con ella. ¿Qué me dices a eso? —preguntó el cadete Lowe alerta, fresco y reluciente como un gallo de pelea.

—Naturalmente, generalito —convino Gilligan—. Ella no puede negarse a hablar con uno de los salvadores de la patria. —Golpeó con los nudillos la puerta de comunicación—. ¿Señora Powers?

—Dígame.

—El general Pershing quiere hablar con usted... Sí, claro... Muy bien... —Se volvió, abriendo la puerta—. ¡Adelante, campeón!

Lowe, enfurecido, ignoró su guiño picaresco y entró precipitadamente en la habitación contigua. Estaba sentada en la cama, con la bandeja del desayuno sobre las rodillas. Como no estaba completamente vestida desvió la vista con delicadeza, pero ella le reconfortó saludando con mucha naturalidad.

Le indicó una silla, que él acercó al lecho, tomándose tanto cuidado en disimular la dirección de sus miradas que sus movimientos se hicieron notablemente torpes. Ella, que estaba al tanto de la situación, le ofreció café rápidamente, y él, que se sentía con valor debido al whisky que le hervía en las venas y con hambre por el licor que le ahondaba el estómago vacío, la miró sonriendo al aceptar la oferta y tomar la taza.

—Buenos días —dijo con estudiada cortesía, tratando de aparentar más de sus diecinueve años.

(¿Por qué se avergonzarán de su edad los de diecinueve años?). «Me trata como a un niño», se dijo mohíno, pero atreviéndose a mirar con creciente osadía la curva de sus hombros y preguntarse, con mucho interés, si llevaría medias. «¿Por qué no habré dicho algo al entrar? Algo alegre, algo gracioso, algo íntimo. Escucha: desde el momento en que te vi, mi amor por ti es como... mi amor fue como... mi amor por ti... ¡Dios mío!, si no hubiera bebido tanto anoche podría decirle: mi amor por ti, mi amor, es como...». Se encontró de pronto ante sus brazos que se movían dejándolos al descubierto al caer las anchas mangas de la bata, mientras decía que sí, que estaba contento de que la guerra hubiera terminado y añadiendo que tenía 47 horas de vuelo

con algunos combates, que habría obtenido sus alas de plata en dos semanas más y que su madre lo estaba esperando en San Francisco. «Me trata como a un niño», se repetía exasperado, advirtiendo la línea de la espalda y el sitio pujante donde estaban sus pechos.

—Tu cabello es negrísimo —dijo, y ella se apresuró a preguntar:

—Lowe, ¿cuándo te irás a casa?

—No sé. ¿Por qué tengo que ir? Creo que primero echaré un vistazo a todo el país.

—Pero, ¿y tu madre?

Se dio cuenta de que le estaba mirando.

—¡Oh, vamos! —contestó con displicencia—. Ya sabes cómo son las mujeres; siempre le están molestando a uno.

—Lowe, ¿qué sabes tú de esas cosas? ¡Las mujeres! Tú no estás casado, ¿verdad?

—¿Casado, yo? —preguntó con más vehemencia de la necesaria—. ¿Yo, casado? Es claro que no, y tú lo sabes muy bien. He tenido muchas novias, naturalmente, pero casado... ¿Cómo has podido pensar que yo estuviera casado? —inquirió con mucho interés.

—Bueno. No sé. Porque te veo tan... tan maduro.

—¡Ah! Esos son los efectos de la aviación. Volando se hace uno así. Mira si no a ese oficial.

—Eso será, entonces. Ya había notado algo distinto en ti. Tú también habrías sido un as si te hubieras encontrado con los alemanes, ¿no es cierto?

La miró como un perro al que golpean. Le había abierto la llaga y de nuevo le inundaba el corazón un sentimiento de fracaso y desilusión. Y ella, con sinceridad, manifestó:

—Lo siento. No quería hacerte daño, pero de todas maneras creo que tú hubieras sido un as de la aviación y que no es culpa tuya si no pudiste llegar más que a cadete. Hiciste lo posible, lo sé.

—¡Oh, Cristo! —exclamó todavía herido—. ¿Qué diablos quieren las mujeres a fin de cuentas? Yo soy tan buen aviador como cualquiera de los que estuvieron volando en el frente, o de cualquier otra manera. —Se quedó sentado mohíno y silencioso, soportando su mirada bondadosa. De pronto se levantó—. Oye, ¿cómo te llamas?

—Margaret —respondió la muchacha, que lo veía acercarse decidido hacia la cama—. ¿Un poco más de café? —preguntó haciéndole parar en seco—. Has olvidado la taza allí, sobre la mesa.

Antes de darse cuenta, había girado para recoger la taza y se la presentó para que le sirviera el café que no quería beber. Tenía la noción de que sus modales, su comportamiento, eran los de un imbécil y, siendo joven, estaba hondamente resentido

de ello. «¡Maldita sea!», pensó con rabia sentándose nuevamente en la silla, disgustado y silencioso. «¡Al diablo con todas ellas!».

—Te he ofendido, ¿no es verdad? —preguntó ella al cabo de unos momentos de silencio—. ¡Pero Lowe, muchacho, es que me siento mal, muy mal, y tú venías a hacerme el amor!

—¿Por qué se te ocurre eso? —quiso saber el cadete, todavía triste pero un tanto alarmado.

—No sé por qué, pero las mujeres siempre comprendemos esas cosas. En este momento no quiero que me hagan el amor. Ya se lo he dicho a Gilligan.

—¿Gilligan? ¡Condenado imbécil! Lo mataré si te ha molestado. Dímelo.

—No, hombre. No me ha ofendido en lo más mínimo, ni tú tampoco. Al contrario, creo que es halagador. ¿Por qué me ibas a hacer el amor? Ya pensabas en eso antes de venir aquí, ¿verdad?

Lowe se lo dijo todo con la sinceridad de la inexperiencia:

—Ya lo pensé en el tren cuando te vi por primera vez. Al verte supe que eras la mujer para mí. Dime: tú no quieres a ese oficial más que a mí porque tiene medallas, alas y una cicatriz, ¿verdad?

—Vaya, hombre; claro que no.

Lo miró inquisitivamente, calculando, y luego agregó:

—El señor Gilligan asegura que ese hombre se está muriendo.

—¿Muriendo? —y repitió—: ¿Se está muriendo? Ese tipo se las arregla para adelantárseme siempre, ¡maldita sea! Por si no fuera bastante tener alas y una cicatriz, ahora se muere. ¡Margaret! —gritó con un acento de desesperación tan profundo que ella lo miró compadecida. (¡Era tan joven!)— ¡Margaret! ¡Tú estás enamorada de él!

(Lo declaró sabiendo que si él fuera mujer lo estaría).

—Te aseguro que no. No estoy enamorada de nadie. A mi marido lo mataron en el Aisne, ¿no lo sabías?

Le hablaba con mucha ternura.

—Margaret —repitió, sinceramente triste y amargado—. Yo me hubiera dejado matar o herir allí mismo como él, ¿no lo sabes?

—Naturalmente que lo sé..., querido mío.

Levantó la bandeja del desayuno y la puso sobre la cama.

—Ven acá.

El cadete Lowe se levantó y se acercó murmurando:

—Yo hubiera sido como él si me hubieran dado la oportunidad.

Lo atrajo hacia ella, obligándolo a sentarse sobre el lecho. Él se daba cuenta cabal de que estaba actuando como el niño que no quería ser, pero le era imposible evitarlo. El desengaño y la desesperación que lo invadían, como un cáncer, prevalecían ahora sobre todas sus emociones. De pronto, apoyó una mejilla en las rodillas de Margaret

y le rodeó las piernas con los brazos.

—Yo quisiera ser como él. —Confesaba mucho más de lo que había pensado—. Con gusto me quedaría con su cicatriz.

—Y ¿morir como él?

¿Qué era la muerte para el cadete Lowe, sino algo cierto, grande y triste? Veía una tumba abierta y él tendido dentro con sus botas, un cinturón, las alas de plata sobre el pecho y una venda ensangrentada en la frente... ¿Qué más podía pedírsele al Destino?

—¡Sí, sí! —respondió anhelante.

—Tú también has volado. —Le acariciaba la cara hundida entre sus rodillas, el cabello—. Hubieras sido como él, pero tuviste mejor suerte, eso es todo. Quizá tú volaras con tanta pericia que no pudieron derribar tu avión como el suyo. ¿Has pensado en eso?

—No sé. Creo que hubiera dejado que me derribaran si hubiera podido así ser como él para que tú me amaras. ¡Tú le amas!

—Te juro que no. —Le levantó la cabeza con las dos manos para verle el rostro—. Si yo le amara te lo diría. ¿No me crees?

Sus ojos le obligaban a creerla y la creyó.

—Entonces, si no le amas, ¿puedes prometerme que me esperarás? Muy pronto seré mayor y trabajaré como un demonio para hacer dinero.

—¿Qué dirá tu madre a todo esto?

—¡Diablos! No tengo por qué estar pendiente de ella todo el tiempo como un niño. Ya tengo diecinueve años, la edad tuya, y si no le gusta se puede ir al infierno.

—¡Lowe! —exclamó ella horrorizada, pero sin aclarar que tenía veintidós años—. ¿Cómo te atreves? Te irás a casa para decírselo a tu madre. Yo te daré una nota para ella y luego me escribirás contándome qué te dijo.

—Yo prefiero irme contigo.

—Querido mío. ¿Qué objeto tendría eso? Llevaremos al oficial hasta su casa. Está enfermo. ¿No ves que no podemos hacer nada ni decir nada hasta dejarlo con los suyos y que, entretanto, tú servirías de estorbo?

—¿De estorbo? —repitió, herido de nuevo.

—Tú sabes muy bien lo que quiero decir. No podemos tener otros problemas ni quebraderos de cabeza hasta dejarlo instalado en su casa. ¿Comprendes?

—Sí, pero ¿no le amas?

—Te juro que no. ¿Estás satisfecho?

—¿Estás enamorada de mí, entonces?

Tomándole la cara entre ambas manos, la recostó de nuevo entre sus rodillas.

—Querido, querido niño mío —murmuró casi a su oído—. No te lo voy a decir... todavía.

Otra vez tuvo que contentarse con eso. Así permanecieron en silencio durante largo tiempo y luego él suspiró:

—¡Qué bien hueles!

Ella movió las piernas y le puso las manos sobre los hombros.

—Levántate y ven a sentarte aquí conmigo —ordenó, y cuando lo tuvo cerca le apretó la cara entre las manos y lo besó. Tras otra larga pausa le acarició los cabellos y le dijo:

—¡Ahora te irás a casa inmediatamente!

—¿Tengo que irme? —preguntó con cierta indiferencia.

—¡Sí, tienes que irte! Hoy mismo. Manda un telegrama a tu madre. Yo escribiré una nota para que se la lleves.

—Tú sabes muy bien lo que dirá, ¡qué diablos!

—Sí, ya lo sé. No tienes hermanos ni hermanas, ¿verdad?

—No —respondió, sorprendido por lo inesperado de su declaración. Ella se movió muy lentamente para que comprendiera que ya era tiempo de que la soltara y él se incorporó y se quedó sentado en la cama—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo había adivinado. Ahora te irás, ¿verdad? Prométemelo.

—Bueno, me iré. Pero volveré a tu lado muy pronto.

—Sí. Estaré esperándote. —Le ofreció la mejilla distraídamente y Lowe se la besó como ella esperaba; frío y lejano. Le acarició la cara y luego puso las manos sobre sus hombros—. Querido mío. —Y lo besó como lo hubiera hecho su madre.

—Oye: los que están prometidos no se besan así.

—¿Cómo se besan los que están prometidos?

Lowe se precipitó contra ella y la estrechó entre sus brazos sintiendo moverse los dos omoplatos bajo sus manos ansiosas y la besó en la boca usando la técnica que había aprendido. Ella soportó su beso durante un momento y luego se desprendió.

—¿Así se besan los que están prometidos? —preguntó riéndose—. Me gusta más así —y volvió a tomarle la cara entre las manos para tocar su boca con la suya muy suavemente—. Ahora, júrame que irás a telegrafiarle a tu madre inmediatamente.

—¿Me escribirás?

—Por supuesto. Prométeme que te irás hoy mismo, a pesar de lo que Gilligan pueda decirte.

—Te lo prometo —respondió mirándole la boca—. ¿No puedo besarte otra vez?

—Cuando nos casemos —dijo, y él comprendió que la entrevista había concluido y que no le quedaba otro recurso que el de irse.

Sabiendo que ella estaba mirándole, cruzó la habitación con paso firme y resuelto, sin mirar hacia atrás.

Allí estaban de nuevo Gilligan y el oficial. Mahon le saludó:

—¡Buenos días, compañero!

Gilligan, para saborear su manjar predilecto, le dio la espalda observándole con el rabillo del ojo y riéndose para sus adentros, con mucha sorna, del aire altanero y belicoso que ofrecía en aquellos instantes. Se dio vuelta para mirarlo largo rato.

—Ya has hecho tu conquista, ¿eh, campeón?

—¡Vete al demonio! —replicó Lowe—. ¿Dónde está esa botella? Me voy a casa hoy mismo.

—Aquí la tienes, generalito. Bebe un buen trago. ¿Te vas a casa, eh? Nosotros también, ¿verdad, tooniente?

Capítulo 2

1

Jones, Januarius Jones, que había nacido por descuido quién sabe de quién — inscrito como Jones por orden alfabético— en el mes de enero por una conjunción del calendario y de la biología, llamado Januarius por la malvada conjunción de su estrella y la necesidad de comer y de vestirse, Januarius Jones, con su maltrecho traje de franela gris, había ingresado recientemente a las clases de latín en el colegio de la Parroquia y estaba recostado contra los hierros forjados de la verja por la cual trepaban las madreselvas, verde con estrellas en embrión, mirando las actividades del mes de abril sobre un macizo de jacintos. El rocío se conservaba todavía sobre la hierba, y las abejas, bajo el sol matutino, visitaban las flores del manzano mientras las golondrinas cruzaban la palidez del cielo, lleno de viento, como las vibrantes notas de un instrumento de cuerda.

Un rostro, dividido por la perpendicular de un cordel, de donde estaba suspendida una plomada de albañil, le contemplaba por detrás de los ángulos brillantes formados por los brazos geométricos de los tirantes metálicos de un andamio. El pastor, jefe de la rectoría, le dijo:

—Buenos días, muchacho.

Su calva relucía sobre el muro cubierto de hiedra, por encima del cual sobresalía la gracia consumada de una aguja de campanario con su cruz, que semejaba encorvarse contra la bóveda del cielo, por donde corrían las nubecillas.

Januarius Jones, abismado en mirar la ilusión del lento movimiento de derrumbe de la aguja del campanario, dijo:

—Mire cómo cae, señor.

El sol daba de lleno en su juvenil cara redonda.

El pastor horticultor le miró con benévola curiosidad:

—¿Quién cae? ¡Ah, supongo que estarás viendo un aeroplano! ¡Mi hijo estuvo en la aviación durante la guerra! —Salió de entre los andamios y surgió gigantesco dentro de los pantalones negros y los zapatos deformes—. ¡Hermoso día para volar! —agregó haciendo con la mano una pantalla para los ojos—. ¿Dónde está?

—No, señor —replicó Jones—. No se trata de un aeroplano, señor. En un momento de imperdonable distracción me he referido a la aguja de su campanario, señor. Siempre, desde muy niño, me he deleitado mirando las agujas de las torres y de las cúpulas, cuando las nubes corren por encima de ellas. La ilusión de la caída lenta es perfecta. ¿Nunca lo ha experimentado usted, señor?

—Para decirte la verdad, sí que lo he experimentado, aun cuando de ello hace...

déjame pensarlo... más años de los que quisiera recordar. Pero quien viste mis ropas tiene propensión a dejar que se atrofie su propia alma en el celo de buscar el bienestar para otras almas que...

—... que aparte de no merecer la salvación, la rechazan.

Jones había completado la frase y el pastor le amonestó severamente. Los gorriones aleteaban bulliciosos entre la hiedra. El agrietado muro de la rectoría era un sueño de junquillos y trepadoras. «Aquí tendría que haber niños», pensó Jones, y como había terminado la amonestación, dijo:

—Le pido perdón humildemente, señor, por mi petulancia. Puedo asegurarle que yo... que yo... he aprovechado la situación sin ningún motivo ulterior.

—Lo comprendo perfectamente, hijo. Mi reprimenda tenía el mismo espíritu. Hay ciertos miramientos que debemos observar en este mundo: uno de ellos es la extrema deferencia que se debe tener, aunque sea en apariencia, por estas ropas que yo llevo, aunque indignamente tal vez. He llegado a la conclusión de que a nosotros, particularmente, nos incumbe la... ¿Cómo diría yo...? Aquello de...

*Integer vitae scelerisque purus
non eget Mauris iaculis neque arcu
nec veneratis sagittas Fusce, pharetra...*

comenzó a decir Jones.

El pastor prosiguió el poema con perfecta coordinación:

*... sive per Syrtis iter aestuosas
sive facturus per inhospitalem
Causasum vel quae loac fabulosas
lambit Hydaspes.*

Concluyeron a dúo, recitando al galope y en crescendo. Durante el largo silencio que siguió, quedaron de pie, frente a frente, mirándose con entusiasmo.

—Pero, ven aquí. Entra, muchacho —exclamó el pastor. Sus ojos brillaban de júbilo—. ¿Podría yo dejar al huésped esperando en la puerta? —La verja de hierro forjado se abrió de golpe y la mano terrenal del pastor cayó pesadamente sobre el hombro de Jones—. Ven. Subamos a la aguja.

Era muy agradable caminar sobre el césped. Una miriada de abejas vacilaba entre las flores del trébol y las del manzano.

De la masa gótica de la iglesia elevábase la torre con su aguja, como una plegaria de bronce imperecedera, inmaculada en su ilusión de ruina lenta bajo nubes jóvenes.

—Mi único feligrés sincero —iba murmurando el pastor, con la luz del sol

formándole un halo dorado alrededor de la calva. La misma luz iluminaba la cara redonda de Januarius Jones, que semejaba un espejo circular, donde faunos y ninfas hubieran ido a mirarse cuando el mundo era joven—. ¿He dicho feligrés? Pues mucho más que eso. Por cosas así, los hombres pueden acercarse a Dios. ¡Cuán pocos son los que lo saben! ¡Cuán pocos, ay, cuán pocos!

Contempló sin parpadear el cielo lleno de sol; ahogada en sus ojos se hallaba una desesperanza, que desde hacía mucho tiempo se había enfriado y aquietado.

—Muy cierto. ¡Sí, señor! Pero nosotros, los de nuestra edad, tenemos la creencia de que si podemos entrevistar a alguien fácilmente, sin ceremonias y sin intervención de un secretario o cosa por el estilo, es que ese alguien no merece la pena de ser entrevistado. Compramos nuestra salvación y tratamos el negocio como si compráramos un terreno. Nuestro Dios —siguió diciendo Jones— no necesita ser compasivo, no necesita ser muy inteligente, pero, ante todo, debe tener dignidad.

El pastor levantó una mano enorme y sucia.

—No, no —objetó sacudiéndola en el aire—. Eres injusto. Pero ¿quién ha podido hallar la justicia entre los jóvenes o, ya que viene al caso, cualquiera de esas virtudes macizas con las que nosotros bregamos hasta que se nos endurecen el alma y las arterias? Solamente los hombres maduros y los ancianos necesitan de reglas y leyes para sumar a sus vidas algo de la belleza que les niega el mundo. Sin esas leyes que nos amparan, los jóvenes nos despojarían sin piedad, como los antiguos piratas despojaban a los buques en alta mar.

Calló y en silencio caminaron algunos pasos. Vislumbrábanse las sombras intermitentes de las hojas nuevas, y los trinos de los gorriones, ebrios entre la hiedra, eran sonoras chispas de sol.

El pastor prosiguió:

—Si yo tuviera en mis manos las riendas de este mundo, establecería un cierto límite (digamos la edad de treinta años) y, al traspasarlo, el hombre quedaría automáticamente relegado a un plano en donde su mente no sería ya perturbada por los vanos recuerdos de las tentaciones que no pudo resistir ni por la belleza que no pudo conservar para sí. Pienso que los celos son los que nos impulsan a impedir que los jóvenes hagan las cosas que no tuvimos el valor o la oportunidad de hacer y que ya no podemos hacer.

Jones, que se preguntaba cuáles serían las tentaciones que él no pudo resistir y que pasaba revista a las mujeres que no pudo haber seducido, quiso conocer el plan completo del pastor y preguntó:

—Después, ¿qué? ¿Qué les quedaría por hacer a los desdichados que pasaran de los treinta?

—En el plano adonde entrarían no habría factores físicos perturbadores como la luz del sol y el espacio y los pájaros en los árboles, sino cosas triviales y sin

importancia como el bienestar físico, la comodidad: comer, dormir y procrear. «¡Qué más quisieras tú! —pensó Jones—. Eso sería lo ideal». Según creía en aquellos momentos, un hombre podía pasar muy contento toda su vida comiendo, durmiendo y procreando. Hasta llegó a detestar ardientemente en su fuero interno que el pastor (o cualquiera capaz de imaginar un mundo y una vida que consistiera únicamente en alimento, sueño y mujeres) hubiera tenido el poder de cambiar las cosas y que él, Jones, tuviera siempre treinta y un años. El pastor, sin embargo, sustentaba opiniones diferentes.

—¿Qué harían para pasar el tiempo? —preguntó Jones, tan sólo por el placer de ponerle en aprietos, porque en realidad estaba pensando en lo que podían hacer los otros, los menores de treinta años, privados de comer, de dormir y de fornicar.

—La mitad estaría fabricando toda clase de objetos para uso diario y la otra mitad se dedicaría exclusivamente a la fabricación de monedas con que comprar esos objetos. Naturalmente, tendría que haber un lugar donde se guardaran tanto las monedas como los objetos para que así se proporcionara empleo a muchos. Otros, tendrían que labrar la tierra.

—Sí, muy bien. Pero ¿cuál sería el destino final de las monedas y de los objetos? No habría de pasar mucho tiempo sin que usted tuviera un museo monumental y un banco gigantesco, repletos ambos de cosas inútiles e innecesarias. Y ésa es, precisamente, la maldición de nuestra civilización actual: las cosas. Las posesiones nos esclavizan, nos exigen trabajar por lo menos ocho horas por día o cometer ilegalidades para mantener esas cosas en buenas condiciones, pintadas o vestidas a la última moda y llenas de combustible o de whisky.

—Muy cierto. Esto, a pesar nuestro, nos lleva a las tristes realidades del mundo tal cual es. Inútil decir que ya había previsto las dos contingencias que me señalas. El exceso de monedas sería fundido para obtener metal con que fabricar las monedas y —su rostro asumió tal expresión que parecía como si fuera a revelar el más intrincado misterio— las amas de casa podrían utilizar el excedente de los objetos como combustible para sus cocinas.

«¡Viejo imbécil!», pensó Jones, mientras decía:

—¡Maravilloso, sencillamente magnífico! ¡Usted haría las cosas perfectamente, señor! De acuerdo con los gustos de mi corazón.

El pastor le miró con benevolencia:

—Ah, muchacho, no digas eso. No hay nada que se acomode al corazón de los jóvenes. Los jóvenes no tienen corazón.

—Pero, señor, esto linda con un delito de lesa majestad. Yo creía que había declarado una tregua entre las ropas que usted viste y las que yo visto.

Las sombras cambiaban con el movimiento del sol y una rama proyectó la suya sobre la frente amplia del pastor: un Jehová coronado de laureles.

—¿Cuáles son tus ropas?

—Son... éstas... —comenzó a decir el joven.

—Son pañales todavía, querido muchacho. Perdóname tú también —agregó rápidamente al observar la cara compungida. Su brazo, pesado y firme como una rama de encina, cayó sobre sus hombros—. Dime, muchacho, ¿cuál crees tú que es la más admirable de las virtudes?

Jones, ya aplacado, respondió prontamente:

—La arrogancia sincera —para regocijo del pastor, cuya risotada resonó como el tañido de una enorme campana en el pacífico rincón soleado y consiguió dispersar a los gorriones, que se elevaron de la hiedra como hojas secas levantadas por el viento.

—Seremos buenos amigos, ¿eh, muchacho? Ven, te haré una concesión: voy a enseñarte mis flores. Tú eres lo bastante joven para saber apreciarlas sin que sientas necesidad de hacer comentarios.

Valía la pena visitar el huerto y el jardín. Una doble fila de rosales bordeaba el sendero de piedrecillas grises, que corría hacia la luz del sol bajo el sombrío puente de dos encinas arqueadas. Más allá, recortándose contra un muro de inquietos álamos en apretada hilera, se erguía la columnata de un templo griego cuya gracia espigada no disminuía la de los altos y flexibles álamos agitando su túnica verde pálido, como las figuras femeninas de un friso. Contra un cerco blanco, las lilas prometían asemejarse a las monjas desfilando por el claustro y los jacintos azules balanceaban sus mudas campanas soñando con Lesbos. Sobre una alta celosía, la viscaria empezaba a arder con lentas llamas invertidas y, por aquel sendero de fuego, desembocaron finalmente junto a un enorme y solitario rosal. Las ramas, gruesas, nudosas y arrugadas por la edad, se alzaban retorciéndose como un pesado pedestal de bronce que sostuviera un mar de sutiles pétalos de oro pálido. Las manos del pastor se tendieron sobre la planta con sosegada pasión, como si fueran a acariciarla.

—Aquí lo tienes —dijo solemnemente—. Es mi hijo y es mi hija, la esposa de mi alma y mi alimento, es mi mano derecha y es mi mano izquierda. Cuántas veces pasé noches enteras a su lado (cuando lo había descubierto antes de tiempo) quemando papeles para alejar los hielos de las madrugadas frías. Recuerdo vivamente que una vez me hallaba en la ciudad vecina, donde debía asistir a una conferencia. El tiempo (era en el mes de marzo) había sido espléndido y yo le había quitado al rosal todos los capuchones y techos que lo protegían de las heladas invernales, dejándolo a la intemperie. Las puntas de sus ramas nuevas estaban hinchadas. ¡Ah, hijo mío! ¡Te aseguro que ningún mozo aguardó la llegada de su amante con mayor impaciencia que yo esperaba aquellas primeras flores de este rosal! (¿Quién fue aquel ilustre pagano de la antigüedad que mantuvo junto a su lecho la exquisita copa bizantina hasta gastarle los bordes a fuerza de besarla? Es una analogía). Pero ¿qué estaba yo diciendo? ¡Ah, sí! Había dejado el rosal a la intemperie cuando partí a la ciudad para

asistir a las reuniones. El tiempo seguía siendo perfecto, pero en el último día de la conferencia las oficinas meteorológicas vaticinaron un cambio brusco. El señor obispo estaría presente. Yo me aseguré de que, viajando en los trenes más rápidos, no podía materialmente ir a casa y volver a tiempo, así es que alquilé un coche para que me llevara y trajera. El cielo se había cubierto y empezaba a hacer frío. A cinco kilómetros escasos de mi jardín, nos encontramos con un río cuyo puente había sido destruido. Después de muchos gritos y de agitar de brazos, llamamos la atención de un hombre que araba en la ribera opuesta y que acudió en mi ayuda atravesando el río en un bote. Hice prometer al conductor que me esperaría, crucé el río en el bote del campesino y, corriendo más que caminando, llegué a esta rectoría, a este jardín, para cubrir mi rosal. Después me dirigí apresuradamente al río cruzándolo de nuevo en bote, y regresé a la ciudad a tiempo para asistir a la conferencia. Aquella noche —su cara resplandecía, ensombreciendo a la rubicunda de Januarius Jones— nevó copiosamente.

Recostado con placidez sobre la hierba fresca, los párpados cerrados contra el sol y llenando a tuestas su pipa, el joven comentó:

—Ciertamente su rosal le ha correspondido. Hace mucho tiempo que usted lo cuida, ¿no es verdad? Se llega a amar instintivamente las cosas que se conocen desde largo tiempo. Por su parte, no se interesaba particularmente en el cultivo de las flores.

—Tengo razones de más peso que ésa. En esta planta se halla aprisionada buena parte de mi juventud. Es como el vino encerrado en un cántaro, pero con la diferencia de que mi cántaro se renueva.

—¡Vaya! —suspiró Jones con resignación—. Entonces, aquí hay una historia.

—Sí, hijo mío, una larga y triste historia. Pero me parece que tú no estás cómodo echado ahí...

—¿Quién puede estar cómodo en este mundo —se precipitó ansiosamente por la brecha que se le ofrecía— a menos que esté dormido? Es la constante fatiga provocada por el inevitable contacto del hombre con la tierra lo que lo mantiene en pie, sentado o acostado; es el cansancio, el temor a ese cansancio, el que agita de continuo al espíritu con un cúmulo de vanidades. Si un hombre, si un solo hombre pudiera librarse de la fuerza de gravedad que concentra todo su peso en el punto de apoyo de su cuerpo sobre la tierra, ¿qué no sería capaz de hacer? Se convertiría en un dios, señor de la vida y de la muerte y causa de que los dioses más altos temblaran en sus tronos; se elevaría hasta los mismos umbrales del infinito como un caballero armado que llegase a las puertas de un castillo. Pero tal como están las cosas, el hombre se ve siempre obligado a soportar el angustioso dilema de por qué todas las cosas hechas en partes iguales de fuego, aire, agua y omnipotencia, son tan condenadamente sólidas y pesadas.

—Eso es verdad. El hombre no puede permanecer en una misma posición durante

un lapso suficientemente largo para ponerse a pensar. Pero, como te iba diciendo sobre este rosal...

—¡Mire a ese abejorro! —interrumpió Jones apasionadamente y luchando por ganar tiempo—. Tan sólo el aire lo sostiene. ¡Qué dignidad; qué unidad de propósito en todos sus movimientos! ¿Qué puede importarle si Smith es gobernador o no? Tanto le da que el pueblo elija anualmente a un grupo de ineptos que no saben nada de nada (aparte de que no tienen una especial inclinación a sudar) para que se encarguen, con toda impunidad, de los asuntos públicos.

—Pero, hijo mío; ¡estás al borde de la anarquía!

—¿Anarquía? Sí, claro. La mano de la Providencia, encallecida de tanto contar dinero. Eso es anarquía.

—Por lo menos admites la mano de la Providencia.

—¡Yo qué sé! Lo cierto es que no sé.

Con el sombrero echado sobre los ojos y la pipa asomándole bajo el ala, sacó una caja de fósforos. Extrajo uno y lo restregó, pero como no encendiera, lo arrojó despreciativamente sobre un macizo de violetas. Sacó otro y lo restregó contra el borde de la caja.

—Por el otro lado —murmuró el pastor.

Jones dio vuelta a la caja y el fósforo se encendió.

—¿Dónde encuentra usted aquí la mano de la Providencia?

El humo empezaba a salir por debajo del ala del sombrero. Agachado, recogiendo con mucho cuidado los fósforos que habían caído sobre las violetas, el pastor respondió:

—La encuentras en todas partes, hijo mío: es la que permite al hombre labrar y beneficiarse del producto que la tierra le otorga, para poder comer. ¿Crees que el hombre sería capaz de labrar la tierra si pudiera quedarse cómodamente sentado? Aun aquella parte del cuerpo que el Creador le dio para que se sentara, le sirve con ese propósito por un tiempo muy limitado y, una vez transcurrido, aquella parte se rebela y mueve una red de cables para que el hombre se levante y cargue con toda su osamenta fatigada y carne magullada, para ir a depositarla a otra parte, con el mismo resultado. Para el hombre no hay ayuda, no hay refugio, sino en el sueño.

—¡Pero no es posible que duerma más de una tercera parte de su vida! —señaló Jones con complacencia—. Y no es eso lo peor, sino que muy pronto ni siquiera podrá dormir ese tercio. La raza se está debilitando, degenerando. Ya no podemos soportar tanto sueño como soportaban nuestros más cercanos antepasados (geológicamente hablando, se entiende), ni siquiera tanto como soportan nuestros más ancianos contemporáneos. Porque nosotros, los llamados civilizados modernos, concentramos nuestras energías en el ejercicio del cerebro y las arterias en vez del estómago y el sexo, como lo hacían nuestros progenitores y algunos de nuestros más

voluntariosos contemporáneos.

—¿Voluntariosos?

—Sí, señor. Desde el punto de vista social. Doe sostiene que Doe y Smith pueden y deben hacer esto y aquello, porque Smith cree que Smith y Doe pueden y deben hacer esto y aquello.

—Ah, sí.

El pastor levantó de nuevo los ojos bondadosos hacia la luz del sol. El rocío se había evaporado de las plantas y los junquillos y los narcisos comenzaban a adormilarse como muchachas cansadas después del baile.

—Debe de ser casi mediodía. Entremos: puedo ofrecerte refrescos y un almuerzo ligero, si no tienes otros compromisos. Jones se alzó de su lecho de hierba, muy a pesar suyo.

—No, no. Mil gracias. No quiero molestarle.

La afabilidad del pastor era verdaderamente conmovedora.

—No es ninguna molestia. Por el momento estoy solo.

Jones se mostraba reacio en aceptar. Tenía verdadera pasión por la comida y un instinto muy especial: no necesitaba sino pasar frente a una casa para que su instinto le informara si allí se comía o no se comía bien. Gastronómicamente hablando, su instinto no reaccionaba favorablemente ante la idea de almorzar en casa del pastor.

Sin embargo, el enorme anciano le dominaba con su inagotable afabilidad; no podía resignarse a admitir un «no» por respuesta. Se agarró del brazo de Jones y sus sombras unidas cruzaron el prado y siguieron a los dos personajes por el sendero, para desaparecer cuando ambos se refugiaron tras el gracioso ventanal en forma de abanico, de cristales opacos y oscurecidos por la falta de limpieza. Después de la inmaculada desnudez de la mañana en el jardín, el interior del salón era una noche con vagas espirales de fuego rojo. Jones, cegado por un instante, tropezó de lleno con un objeto y el asa de un balde le atrapó una pierna, oprimiéndola con fuerza. El pastor, que llamó con un grito ensordecedor a una tal Emmy, lo agarró en el aire y lo sostuvo por un brazo, manteniéndolo en vilo, y mientras él, como una Venus trastornada, se desprendía del balde con una sacudida de la pierna, pensó exasperado: «¡Este hombre parece una grúa!». Por fin consiguió poner los pies en el suelo, sintiendo pegársele a las piernas la tela del pantalón.

Un nuevo rugido del pastor llamó a Emmy. Desde los fondos oscuros de la casa se obtuvo una tímida respuesta, y apareció una figura haciendo signos para que se fueran y la dejaran sola. Las grandes voces del pastor resonaban en los estrechos confines de la casa como olas en una cueva. Al abrir una puerta, provocó una inundación de luz y arrastró al empapado Jones hacia su estudio.

—No te pediré disculpas —empezó a perorar el pastor— por la escasez de comodidades que puedo ofrecerte. Por el momento estoy solo, ¿comprendes?

Además, nosotros, los filósofos, nos contentamos con pan para el estómago y no para el paladar, ¿eh? Pero, ¡entra, entra!

Jones estaba desesperado, con los pantalones mojados y la perspectiva de pan tan sólo para el estómago. Sólo Dios podía saber lo que aquel mastodonte entendía por pan para el estómago y no para el paladar. Desperdicios, seguramente. En lo que a alimentos se refería, sus inclinaciones eran más que estéticas o filosóficas, sibaríticas. Permanecía en pie, con aspecto desconsolado, dejando escurrir su pantalón.

—¡Pero, muchacho, estás empapado! —exclamó su anfitrión—. ¡Ven aquí! ¡Quítate esos pantalones!

Jones protestó débilmente, pero un nuevo rugido del pastor reclamando a Emmy ahogó por completo sus protestas.

—Voy, voy, tío Joe, tan pronto como termine de secar el agua que han tirado.

—Por ahora, deja en paz el agua. Sube a mi cuarto y tráeme un par de pantalones.

—¡Se estropeará la alfombra!

—Eso no es irremediable. Vale la pena arriesgamos. Tráeme los pantalones. Tú, hijo mío, quítate los tuyos; Emmy te los secará en la cocina en un santiamén.

Jones era presa de un profundo desaliento. En verdad, había caído entre asaltantes morales. El pastor le asediaba con su ruda afabilidad y la mujer... ¡Oh...!, era ella quien aparecía ahora en la puerta con un par de pantalones negros colgando del brazo.

—Emmy, éste es el señor... me parece que no he oído tu nombre. Se quedará con nosotros a almorzar y, Emmy, pregunta a Cecily si quiere venir también.

La virginidad de Emmy se sobresaltó ante el espectáculo de un Jones lúbrico de gruesas y rosadas pantorrillas, mal cubiertas por los faldones de la camisa, mientras que sus honestos pantalones yacían solemnes y letárgicos, como una mancha oscura sobre la alfombra.

—Jones —dijo Januarius Jones, débilmente.

Pero Emmy ya había abandonado la estancia.

—¡Ah, es cierto! El señor Jones.

Cayó nuevamente sobre él, haciendo cosas intrincadas e inhábiles con los botones y los bordes del pantalón, hasta que Jones, honesta aunque voluminosamente cubierto, quedó de pie, semejante a una oveja en medio del huracán, soportando las recias palmadas del pastor.

—¡Ahora estás listo! —dijo éste casi gritando—. Ponte cómodo —hasta Jones encontró irónica la frase—, mientras yo busco algo que nos apague la sed.

El invitado fue recuperando su compostura en el ambiente amable del estudio, confortablemente desordenado. Sobre la alfombra, oscura, el macizo escritorio sostenía un solo jacinto nadando en una taza para té sin asa; sobre la repisa de la chimenea, abarrotada de pipas, ceniceros y resmas de papel, colgaba una fotografía. Había libros por todas partes: en los estantes, en el quicio de las ventanas, sobre las

sillas, en el suelo. Advirtió varios volúmenes del Antiguo Testamento en griego, un deprimente libro sobre leyes internacionales, las obras blancas de Jane Austen y «Les Contes Drolatiques», en estrecha amistad o entregados a una larga caricia de mutuo estímulo. El pastor volvió con una jarra de vidrio azul llena de leche y dos tazones. Del cajón del escritorio sacó una botella de whisky escocés.

—¡Para mojar el gaznate! —anunció con gesto que quería ser rufianesco e inclinándose hacia él—. Perro viejo con mañas nuevas, muchacho. Disculpa, pero tal vez no te guste esta combinación.

—Tomaré un sorbo para probar —dijo.

—Sí, eso es. Pruébalo. Si no te gusta, estás en libertad de emplear cualquier fórmula propia en la mezcla.

El brebaje era mucho mejor de lo que había pensado. Lo saboreó con deleite.

—¿No había mencionado usted a un hijo, señor?

—Se llamaba Donald. Su avión fue derribado en Flandes la primavera última.

Se levantó para descolgar la fotografía que estaba encima de la chimenea y entregársela a su huésped. El muchacho representaba unos 18 años y estaba sin americana y con el cuello desabrochado. Jones estudió detenidamente el largo rostro, terminado en una barbilla angulosa y delicada, así como los ojos enormes, de mirar suave, bajo una mata de cabellos rebeldes. Sus propios ojos eran el extremo opuesto, claros, agudos, con luces amarillas, obscenos y añejos en el vicio, como los de un chivo.

—En ese rostro se puede leer la muerte —comentó.

El pastor tomó la fotografía y la contempló largo rato.

—Siempre aparece la imagen de la muerte en los que tienen el espíritu joven, en los eternamente jóvenes. Su muerte o la de otros y... el deshonor. Pero la muerte siempre está allí. ¿Y por qué no? ¿Por qué habrían de desear la muerte únicamente las rosas marchitas?

Se quedó inmerso en sus sueños lúgubres durante algunos instantes; luego agregó:

—Un compañero suyo nos envió sus cosas.

Dejó la fotografía sobre el escritorio, y del cajón sacó un cofrecillo metálico. Con sus manazas tanteó la cerradura.

—Permítame, señor —se ofreció Jones, con la certidumbre de que su ofrecimiento era completamente inútil, porque seguramente el pastor realizaba a diario aquella operación.

La cerradura cedió y quedaron dispersas sobre el escritorio las cosas inverosímiles que contenía el cofre: una ajada camisa, un muñeco vestido de papel con cara melancólica, un botón de jacinto momificado. Con toda la delicadeza de que era capaz, el pastor tomó el capullo seco, que se hizo polvo entre sus dedos.

—Vaya. Qué descuido imperdonable —lamentó recogiendo con mucho cuidado en un sobre los restos pulverizados del jacinto—. A menudo deploro el tamaño de mis manos. Creo que debería tenerlas otro que pudiera usarlas para algo más que hojear libros y limpiar la tierra de malas hierbas. Las manos de Donald, por el contrario, eran muy pequeñas y muy finas; como las de su madre; era muy diestro para usarlas. Hubiera podido ser un cirujano maravilloso. Acomodó frente a la fotografía de su hijo todos los objetos que había en la caja. De este modo pareció cumplir con un ritual. Una vez hubo terminado se cubrió la cara con las dos manos abiertas, entregándose al destrozado sueño de su hijo. Parecía que estaba aspirando un humo embriagador.

—En verdad que hay vida y hay muerte y hay deshonra en su cara. ¿Has visto a Emmy? Hace años, por el tiempo en que se hizo esta fotografía... Pero ésa es una antigua historia, que más vale olvidar. Es posible que hasta Emmy la haya olvidado... Mira, no lleva americana, cuello ni corbata, Cuántas veces, después que su madre lo había hecho vestir correctamente, aparecía así en la calle, en la iglesia, en las reuniones o ceremonias, llevando el cuello, la americana, la corbata y hasta el sombrero en las manos. Cuántas veces le oí decir: «Es que hace mucho calor». No, no tenía buena educación en el sentido que los manuales dan a la palabra; si obtuvo alguna enseñanza escolar fue porque quiso ir a la escuela; las lecturas que hizo, porque quería leer. Nunca pude inculcarle la voluntad. ¿Era voluntad lo que necesitaba? Su atrofia emotiva, su gangrena... —apartó las manos del rostro y miró a Jones—. ¿Qué dices tú? ¿Tuve o no razón? ¿Crees que pude educar a mi hijo de acuerdo con un tipo determinado?

—¿Conformar esa cara con un tipo determinado? Imposible. —(De manera que Emmy había sido deshonrada, una vez por lo menos.)— Nadie podría hacerlo. —(Me las debe esa virgen sin virginidad.)— Es como si usted quisiera vestir a un fauno con levita y chistera.

De lo más hondo del pecho del pastor salió un suspiro.

—¡Ah, señor Jones! ¿Quién puede saberlo?

Lentamente iban guardando las cosas en el cofrecillo, y luego se quedó con éste entre las manos.

—Mientras más viejo soy, señor Jones, más se afirma mi convicción de que apenas si aprendemos algo al pasar por este mundo y que no aprendemos nada, absolutamente nada, que pueda ayudarnos o sea particularmente beneficioso para nosotros. ¡Sin embargo...!

Suspiró de nuevo profundamente y guardó el cofre en el cajón.

Emmy, la virgen a medias, hizo una entrada silenciosa.

—¿Qué quiere usted de postre, tío Joe? ¿Helado o pastel de fresas?

Ruborizándose, evitaba mirar a Jones.

El pastor observó a su invitado significativamente.

—¿Qué prefiere, señor Jones? Aunque ya sé cómo les gusta a los jóvenes el helado. Sin duda no me equivoco al pensar que prefiere el helado.

Pero Jones, que era hombre entendido y de mucho tacto entre los de su generación, así como aficionado al buen comer, tenía la particular habilidad de anticiparse a las reacciones de los demás en lo que a alimentos se refería. Por eso dijo:

—Si usted no tiene inconveniente, señor, comamos el pastel de fresas.

—¡Pastel de fresas, Emmy! —ordenó regocijado el pastor, y Emmy se retiró—. Quiero que entiendas —dijo después, mirando con apologética gratitud a su invitado— que cuando un hombre envejece, cuando deja de usar su estómago para que el estómago lo use a él (lo mismo que los otros apremios físicos que se debilitan y declinan) sus predilecciones hacia los alimentos adquieren una posición preeminente, aunque perniciosa.

—No me tiene que explicar nada, señor —aseguró Jones—. Yo, personalmente, prefiero el pastel de fresa o cualquier postre natural al helado.

—Entonces tienes que volver a visitarme en la época de los duraznos. Podré ofrecerte una tarta de ellos con crema... ¡Ay, miserable de mí...! En verdad, el estómago ha logrado un predominio absoluto de mi persona.

—¿Y por qué no, señor? Los años nos despojan de los ímpetus sexuales, ¿por qué no dejar que llene el vacío la afición a ciertos manjares?

El pastor miraba con cierta severidad benévola.

—Te estás volviendo falaz, hijo mío. La vida del hombre no debe estar colmada únicamente de impulsos sexuales y ansias de manjares succulentos, ¿no te parece?

En esto se oyeron pasos menudos y rápidos sobre el piso encerado del salón, y la voz ligeramente gutural de una muchacha que entró exclamando: «¡Buenos días, tío Joe!», y que empezó a cruzar el despacho, caminando con aire gracioso, sin fijarse en que allí estaba también el joven Jones. Cuando lo vio se detuvo bruscamente, semejando al pájaro que de pronto cambia la dirección de su vuelo. Él se levantó y desvió su mirada de admiración. La muchacha reanudó la marcha con más gracia y tan insinuante, que resultó casi teatral debido a la plena conciencia que tenía de los movimientos de su cuerpo. Cuando llegó al escritorio, se inclinó, como se hubiera inclinado un álamo joven empujado por el viento, para ofrecer su mejilla al beso del pastor. Los ojos de chivo de Jones la tenían presa en una ambarina mirada.

—Buenos días, Cecily —dijo el pastor levantándose—. Te esperaba más temprano en un día como éste, aunque ya sé que las muchachas deben conceder las

horas precisas al sueño, que las embellece, sin tener en cuenta el estado del tiempo. Hablaba con una jovialidad elefantina.

—Este es el señor Jones, Cecily. La señorita Saunders, el señor Jones.

El mencionado señor se inclinó con obesa y expresiva gracia cuando ella se volvió para mirarlo de frente, pero, al notar su expresión de azoramiento, casi de estupor reprimido, sintió verdadero pánico. Recordó que llevaba puestos los voluminosos pantalones del pastor y su sangre ascendió encendiéndole el cuello para luego concentrarse en las orejas, porque sabía que no sólo presentaba un aspecto ridículo, sino que ella supondría, con toda razón, que usaba esas prendas habitualmente. La muchacha parecía haberse quedado sin habla, y Jones maldecía enconada y lentamente al afable pastor para sus adentros. Condenado imbécil: primero aparecía Emmy, que no estaba tan mal, y él sin pantalones de ninguna especie; luego una muchacha desconocida, pero encantadora, y él ridículamente cubierto con ropas que, con toda seguridad, servirían a un elefante. El maldecido pastor estaba hablando suave y serenamente, como si fuera el Destino.

—Sí, hija. Te esperaba más temprano, porque había decidido dejarte cortar algunos jacintos.

—¡Ah, tío Jones! Me parece sencillamente ma-ra-vi-llo-so.

Su voz había cambiado y ahora se oía un tanto enronquecida, como la vibración de gruesas cuerdas de oro. Desviaba sus fascinados ojos de la estrafalaria figura de Jones, quien empezaba a sentir un desprecio feroz por el viejo y la muchacha, al tiempo que el sudor humedecía su cabello.

—¿Por qué no habré venido más temprano? Pero ya sabe que yo siempre hago lo contrario de lo que debo hacer, como habrá podido observar el señor... Jones, al verme llegar con retraso para mis jacintos.

Lo miró de nuevo, como quien mira a una bestia extraña y, entonces, la confusión de Jones se convirtió en ira. Fue ésta lo que le hizo encontrar su lengua:

—Sí —dijo—, es una lástima que no haya venido más temprano; por lo menos me hubiera encontrado con una indumentaria mucho más adecuada que esta que luzco ahora.

—¿Cómo dice usted? —preguntó la muchacha.

El pastor le miró con sorprendida afabilidad, y luego comprendió:

—¡Ah, sí, es verdad! El señor Jones ha sufrido un ligero percance y se ha visto obligado a usar mis ropas.

—Gracias por decir que me he visto obligado, señor —repuso Jones complacido por el giro que tomaban las cosas—. Así es, señorita. He tropezado con ese balde de agua que el reverendo deja en la tenebrosa entrada de su casa, sin duda con el propósito de que sus feligreses sientan verdadera necesidad de la ayuda del cielo desde su primera visita.

Quería explicarlo todo detalladamente, como hacían los antiguos griegos, dando por sí mismo el golpe de gracia a su dignidad.

—Supongo que usted ya estará acostumbrada a la presencia de ese balde en sitio tan inoportuno y puede evitarlo.

La joven movía los ojos desde el rostro furioso y sofocado de Jones al sonriente y bondadoso del pastor, sin saber qué hacer, y acabó por echarse a reír alegremente.

—Discúlpeme —dijo poniéndose seria de pronto—. Sencillamente, no me ha sido posible evitarlo. Usted me disculpará, ¿no es cierto?

—Sí, claro está. También Emmy se ha divertido con mi accidente. A propósito, señor, ¿cree usted que Emmy se habrá sentido muy ultrajada u hondamente impresionada al ver mis desnudas p...

La muchacha se apresuró a detener lo que le parecía podía ser una grosería por parte de aquel señor Jones, tan extraño, diciendo al pastor en voz muy alta:

—Así es que le has enseñado tus flores al señor Jones, ¿verdad, tío Joe? Señor Jones, debe usted de sentirse halagado, porque ésa es una especial concesión que rara vez hace tío Joe.

Hablaba con mucha suavidad, mirando picarescamente al pastor. Era graciosa y falsa como un soneto.

—El señor Jones es un hombre muy célebre, según creo. ¿Por qué no me habías dicho que conocías hombres famosos?

El pastor dejó oír de nuevo su sonora risotada.

—¡Vaya, vaya, señor Jones! Parece que me ha estado ocultando algo. —(«No tanto como quisiera», pensó el joven.)— No tenía idea de que fuera usted un personaje.

La pereza, cualidad esencial en el temperamento de Januarius Jones, le impidió, una vez más, acalorarse en discusiones inútiles, y respondió amablemente.

—Ni yo tampoco, señor.

—Vamos. No trate de esconder la luz de su genio, señor Jones. A las mujeres les encanta la fama. Le aseguro que son capaces de ver a través de los muros.

—¡Tío Joe! —reconvino ella, asustada por esta observación inconveniente.

—Tal vez puedan ver a través de los muros, pero no a través de los hombres, porque entonces no se casarían nunca. Evidentemente, Jones había recuperado su sangre fría. La muchacha se mostró agradecida por su salida. Su mirada demostraba ya un ligero interés (¿de qué color tiene los ojos?).

—¡Ah! Ya sé de dónde procede la fama del señor Jones: es una autoridad en mujeres.

La vanidad de éste se hinchó un poco y sintió gran alegría cuando el pastor, diciendo: «Ustedes perdonen», fue a buscar una silla al salón vecino. Ella apoyó su cadera contra el filo del escritorio y sus ojos (¿son grises o azules?) se encontraron

con la mirada amarilla y audaz del joven, siendo ella la que bajó la vista cuando él empezaba a deleitarse en el encanto de la línea de su boca. «Esto será fácil», pensó. El pastor regresaba con una silla en la mano para ofrecerla a la muchacha, que la ocupó, y cuando el anciano volvió a sentarse frente al escritorio, Jones se acomodó de nuevo en el amplio sillón. «Qué largas piernas tiene», se dijo, admirando, al mismo tiempo, cómo el vestido blanco modelaba las líneas de su torso. Ella, sospechando que la estaba estudiando con la mirada, levantó la vista iracunda.

—De manera que el señor Jones es casado —exclamó, mientras lo miraba de una manera tan particular que el joven se estremeció como si lo hubieran tocado. «Ya te tengo, nena», pensó vulgarmente, y contestó en voz alta:

—No. ¿Qué le hace suponer eso?

El pastor llenaba su pipa y los contemplaba con beatitud.

—¡Ah, seguramente he comprendido mal!

—No. No ha sido ésa la causa de que haya pensado en mí como en un hombre casado.

—¿No?

—Ha pensado así porque a usted le gustan los hombres casados.

—¿Me gustan?

En su voz no se advertía ni enojo ni interés, sino una absoluta frialdad, tan marcada, que le pareció ver desvanecerse el ínfimo interés que le había demostrado antes.

—¿No le gustan?

—Usted, mejor que nadie, debería saberlo.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó Jones.

—¿No es usted una autoridad en asunto de mujeres? —replicó ella con esa dulce ingenuidad que le sentaba tan bien. Jones sentía ganas de estrangularla y decidió permanecer mudo. El pastor aplaudió.

—¡Jaque mate, señor Jones!

«Que vuelva a sorprenderla mirándome y ya verá...», se prometió Jones, pero ella se negaba a mirarlo. Permaneció sentada, en silencio, soportando sus miradas severas y rabiosas, y poco después tomó la fotografía que estaba sobre el escritorio y quedó mirándola largo rato; luego volvió a dejarla en su sitio y alargó el brazo sobre el escritorio para poner la mano sobre las del pastor.

—La señorita Saunders estaba comprometida para casarse con mi hijo —explicó éste en honor de Jones.

—¿Ah, sí?

Examinaba su perfil altivo y esperaba ansiosamente que lo mirara otra vez.

Emmy, la virgen infortunada, apareció en la puerta.

—Ya está, tío Joe —anunció, y desapareció inmediatamente—. ¡A comer! —

pronunció el pastor levantándose. Sus invitados lo imitaron.

—Yo no puedo quedarme —dijo la muchacha, pero cedió a la presión del brazo del pastor, que la encaminaba al comedor—. Digo que no debería quedarme.

Cruzaron el salón oscuro, y allí Jones examinó atentamente los pliegues del vestido blanco, que cambiaban infinitamente según sus pasos, e imaginó sus besos, maldiciéndola entre dientes. Ella se detuvo ante la puerta del comedor, retirándose hacia un lado, cortésmente, como lo haría un caballero ante una dama. El pastor se detuvo también y, forzosamente, Jones lo imitó, desarrollándose frente a la puerta un paso de comedia francesa para ver quién pasaba primero. En uno de los momentos más agitados, Jones sintió contra el dorso de su mano las carnes sueltas y duras de la cadera y pudo advertir la mirada aguda y furiosa que le dirigió. Por fin entraron los tres al comedor.

—He conseguido que me miraras —masculló Jones entre dientes cuando pasó junto a ella, y el pastor, que no estaba enterado de nada, dijo:

—Siéntese aquí, señor Jones.

La semivirginal Emmy esperaba de pie, con los ojos bajos, seguramente ofendida por el recuerdo de las desnudas piernas de Jones. Este se la quedó mirando largo rato, diciéndose que ya se las pagaría después, y luego se sentó ante un mantel immaculado. El pastor ocupó su puesto a la cabecera de la mesa.

—Cecily no come mucho —reveló trinchanto un ave—, de manera que usted y yo tendremos que soportar el peso. Pero creo que se puede confiar en nosotros, ¿eh, señor Jones?

La joven puso los codos sobre la mesa frente a él. «De ti también daré buena cuenta», se prometió Januarius Jones, siniestramente; pero ella seguía ignorando su amarilla mirada. Por cierto que sí. Quería emplear con ella el viejo procedimiento —que siempre le dio buen resultado en el colegio cuando estudiaba un pasaje difícil— de cercarla con el pensamiento; pero el caso es que ella parecía ignorarlo en forma tan absoluta, que empezó a sentirse intranquilo, preguntándose si sería posible que estuviera equivocado. «Pero de todas maneras, pronto lo sabré», se dijo con la intención de calmarse.

—Cuando la señorita Saunders nos ha interrumpido con su encantadora presencia —seguía estudiando su rostro— estaba usted diciendo, señor, que yo le parecía falaz. Quiero aclarar que uno siempre debe hablar en términos generales sobre determinados actos. Sólo...

—¡Señor Jones! —exclamó el pastor.

—¡Señor Jones! —dijo ella como un eco—. ¡Qué hombre tan terrible es usted! Realmente, tío Joe...

Jones la interrumpió enérgicamente:

—En lo que respecta al beso, le diré que a las mujeres no les interesa

particularmente quién las bese. Lo único que les importa es el beso en sí.

—¡Señor Jones! —repitió la muchacha mirándole esta vez fijamente. Luego, estremeciéndose de disgusto, miró hacia otro lado.

El pastor aprovechó el silencio para decir su aforismo:

—Vamos, vamos, que hay damas presentes.

Jones retiró su plato vacío; la mano seca de Emmy se lo llevó y puso en su lugar otro con un trozo de pan dorado bañado en crema y coronado de fresas. «Que me condenen si la miro», pensó para sus adentros, y trató de cumplir su juramento clavando los ojos en el pastel. Pero los de la muchacha miraban al vacío, entre azules, grises, verdes y fríos, como el agua del mar. Fue Jones quien dejó de contemplarla para que no pudiera sorprenderlo. Ella se había dado vuelta hacia el pastor y hablaba con él en voz baja sobre las flores del huerto. A él se le ignoraba y, un tanto amoscado, hundió la cuchara en el pastel cuando Emmy apareció otra vez. De aquella mujer emanaba una aguda hostilidad, como podía advertirse en las miradas cargadas de suspicacia que clavaba, ya en Jones, ya en la joven. Inesperadamente anunció:

—Una señora quiere verle, tío Joe.

El pastor dejó su cuchara sobre el plato.

—¿Quién es, Emmy?

—No sé, no la conozco. Está esperando en el despacho.

—¿Le has preguntado si había almorzado? Hazla pasar a esta habitación.

(Sabe que la estoy observando). Jones saboreaba una pueril sensualidad mezclada con cierta irritación.

—No quiere nada de comer. Me ha dicho que no desea molestarle hasta después del almuerzo, pero creo que es mejor que vaya usted ahora a ver qué quiere.

Emmy se retiró.

Antes de abandonar su asiento el pastor se limpió la boca con la servilleta:

—Creo que debo ir. Ustedes espérenme aquí hasta que regrese. Llamen a Emmy si necesitan algo.

Jones permaneció en silencio, haciendo girar un vaso entre los dedos, hasta que, por fin, ella se volvió hacia su figura inclinada.

—De manera que usted es soltero y famoso —observó.

—Soy famoso porque soy soltero —respondió mirándola amenazante.

—Y la cortesía, ¿a qué se debe?

—A lo que usted prefiera.

—Francamente, preferiría que fuera más cortés y menos famoso.

—¿La tratan a usted siempre con cortesía?

—Siempre o... casi siempre.

Como él no replicara, inquirió:

—¿No cree usted en el matrimonio?

—Sí, mientras no intervenga en él una mujer.

Ella se alzó de hombros con indiferencia. Para Jones, era sencillamente aparecer como un imbécil ante aquella muchacha que ya tenía catalogada entre las «idiotas incurables», y por eso se ruborizó y sintió deseos de golpear a alguien.

—Usted me detesta ¿no es verdad? —preguntó de pronto.

—No, hombre, no —respondió ella sin ninguna emoción—. No detesto a nadie y me gusta cualquiera que crea que todavía hay algo que no sabe.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

(¿Son azules o son grises?). Jones era partidario de la técnica atrevida con las mujeres, y por eso se levantó con la intención de eliminar a la mesa que mediaba entre ellos. Quería atacarla por el flanco derecho. La mesa se agitó con un tintineo de vasos y sintió vivamente el deseo de ser más ágil y más airoso en sus movimientos. Aquellos tres veces malditos pantalones eran los culpables de todo. La pobre muchacha, en realidad, no tenía la culpa, pensó queriendo hacer justicia. «¿Qué hubiera yo pensado de ella si, de buenas a primeras, me la encuentro metida en un camisón de su mamá?». Advirtió su cabello rojizo y la línea suave de su espalda. (Le pondré las manos sobre los hombros, dejándolas resbalar por sus brazos y, cuando se dé vuelta...).

Cuando se oyó el tintineo de las copas, ella estaba diciendo:

—¿Le ha dicho algo de Donald el tío Joe? —(«¡Al diablo!», pensó Jones.)— Tiene gracia —agregó la muchacha retirando su silla de la mesa—. Los dos hemos pensado en levantarnos al mismo tiempo. —Se puso de pie cuando Jones llegaba, y su silla levantó una nueva barrera entre ellos—. Ahora usted se sienta aquí y yo iré a sentarme allá.

—¡Buscona! —dijo Jones con furia reconcentrada, y los ojos verdiazules lo inundaron otra vez con su mirada submarina.

—¿Por qué dice eso? —preguntó ella con calma y cierta curiosidad. Jones, que ya había conseguido dominar sus emociones, creyó advertir que había despertado nuevamente su interés. (Estaba en lo cierto)—. Ya sabe por qué lo he dicho.

—Son pocos los hombres que saben que a las mujeres les gusta que les hablen así, con rudeza.

Al hacer esta observación le miraba con picardía. «Me pregunto si quiere a alguien —se decía Jones—. Creo que no; lo mismo que el tigre, sólo ama la carne».

—Yo no soy como los otros hombres —manifestó.

Le pareció ver un chispazo de burla en su breve mirada; pero cuando quiso comprobarlo, estaba bostezando con mucha delicadeza. Por fin, ya la tenía clasificada en el reino animal: hamadriade, el simio elegante y esbelto de piel pintada.

—¿Por qué no vendrá George a buscarme de una vez? —preguntó como respondiendo a las cavilaciones del joven y dándose golpecitos en los labios con las

puntas de sus dedos—. Me molesta muchísimo esperar.

—¿Quién es George, si puedo preguntarlo?

—¡Claro que puede preguntarlo!

—Bueno, ¿quién es? (De todas maneras no me gustan las de su tipo). Yo creía que estaba llorando todavía al lamentado muerto.

—¿El lamentado muerto?

—Ese Henry u Oswald, o como sea. Ese tipo con cara de zorro...

—¡Ah! ¡Donald! ¿Se refiere a Donald?

—Sí, ése. Resignémonos a que se llame Donald.

Ella lo miró con seriedad. (Ni siquiera puedo hacerla enojar).

—¿Sabe que es imposible tratar con usted?

—Tal vez sea así —respondió él sintiendo de nuevo ascender por la espina dorsal la irritación que le había hecho cometer tanto disparate—. Pero recuerde que no era yo el que estaba comprometido con Donald y que George no viene a buscarme a mí.

—¿Por qué se irrita? ¿Porque no le dejo ponerme las manos encima?

—Tenga usted presente, señorita, que, de haberlo querido, hubiera puesto las manos donde deseara.

—¿Ah, sí?

La acentuación que dio a la pregunta fue completamente burlona.

—¡Sí! ¿No lo cree?

Su propia voz le daba alientos.

—No... No sé. Pero, ¿de qué le hubiera servido?

—De nada. Por eso no he querido intentarlo.

Sus ojos le anegaron de nuevo en ondas verdes. Diversos objetos de plata vieja brillaban difusamente sobre una mesa oscura, con la luz que se filtraba por un ventanal en forma de abanico, con cristales opacos, idéntico al que había a la entrada de la casa. La mancha blanca de su vestido, al otro lado de la mesa, hería sus ojos, y al cerrarlos imaginó las piernas largas y espigadas, semejantes a los remos de Atlanta.

—¿Por qué se empeña en engañarse? —soltó ella inesperadamente.

—Por la misma razón que tú.

(Se ha apoderado de la oportunidad).

—¿Yo?

—Sí, tú. Desde un principio has querido que te besara y ahora mismo te tomas tantas molestias y das tantos rodeos para conseguirlo.

—¿Sabe usted? —dijo mirándolo especulativamente—. Creo sinceramente que le aborrezco.

—No lo dudo. Yo sé muy bien que te detesto.

Giró en la silla para darle la espalda, y en toda su actitud se advertía un cambio brusco: se había desinteresado completamente de todo cuanto él pudiera decirle.

—¿Por qué no vamos al despacho?

—Sí, vamos. El tío Joe debe de haber terminado su entrevista.

Se levantó y se quedó mirando fijamente a la muchacha por encima de los platos sucios. Ella permaneció sentada.

—Bueno —dijo.

—Después de usted, señora —replicó Jones con burlona cortesía.

—He cambiado de idea. Esperaré aquí a George y charlaré un rato con Emmy, si usted no tiene inconveniente.

—¿Por qué con Emmy?

—Y ¿por qué no con Emmy?

—Ah, ya veo. Con ella te sientes a salvo, porque seguramente no querrá ponerte las manos encima. Es eso, ¿verdad?

Por una fracción de segundo ella le miró, luego bajó los ojos.

—Lo que en realidad quieres decir es que prefieres que me vaya, ¿verdad?

—Como quiera —repuso la muchacha acomodándose en la silla, cogiendo un bizcocho y sirviéndose un vaso de agua. Jones echó a andar alrededor de la mesa, moviéndose pesadamente dentro de los pantalones ajenos. La muchacha permaneció inmóvil, y sólo cuando él estuvo muy cerca alargó el brazo. Entre las palmas de sus manos, gruesas y húmedas, sintió moverse los huesos frágiles de la mano de Cecily. Manos flácidas, inútiles, pero delicadas y hermosas a pesar de su falta de carácter. Su misma fragilidad le detuvo como un cerco de piedra.

—Emmy —dijo ella levantando apenas la voz—. Ven aquí un momento, quiero enseñarte una cosa.

Emmy los miró con disgusto desde la puerta, y Jones se apresuró a decir:

—¿Quiere usted traerme mis pantalones, por favor?

Después de observar a uno y otro, y sin tener en cuenta la mirada suplicante de la muchacha, Emmy partió sin decir nada. (Por lo visto, ésa tiene sus propios asuntos en qué pensar). Jones puso ambas manos sobre los hombros de Cecily.

—¿Ahora qué vas a hacer? ¿Llamar a tío Joe?

Ella le miró de frente, pero como si estuviera detrás de una barrera inaccesible. La ira que agitaba a Jones se acentuó y sus manos agarraron el vestido.

—¡Cuidado con la ropa, por favor! —Su tono daba escalofríos—. Aquí tiene, ya que no puedo evitarlo.

levantó su cara hacia él. Jones sintió vergüenza de su proceder, pero su vanidad infantil no le permitía detenerse. Su rostro, una serie de planos profundos y sin rasgos, se nubló ante sus ojos, quedando reducido a una niebla brillante. Su boca permaneció inmóvil y se entregó con fría docilidad. De la niebla brillante volvieron a surgir las piezas delicadas, profundas, sin carácter y remotas que formaban su rostro, mientras él, avergonzado de sí mismo, pero más irritado que nunca, decía

irónicamente:

—¡Muchas gracias!

—No hay de qué. Si le ha gustado, me doy por satisfecha —se levantó—. Déjeme pasar, por favor.

Se hizo a un lado, casi con timidez. Aquella indiferencia fría y cortés era insoportable. ¡Qué solemne imbécil había sido! ¡Lo había echado todo a perder!

—Señorita Sau... aunders —comenzó a tartamudear—. Yo... yo. Perdóneme. No crea usted que ésa es mi manera de comportarme. Se lo juro.

Bajó la cabeza esperando y, al poco tiempo, como no oía ningún ruido ni advertía movimiento alguno, levantó la vista. Allí estaba todavía, como un tallo o un árbol joven, con la cadera apoyada contra el filo de la mesa. Había en ella algo frágil, inconsistente —porque ni el vigor ni la fuerza eran necesarios— y, sin embargo, fuerte, así como el álamo es fuerte por su misma carencia de fuerza: se sabe que tiene vida y que su ser delicado y diáfano se nutre de aire, sol y miel y que hasta su digestión es una función hermosa... Mientras la miraba, pasó por su rostro algo así como una sombra. Fue aquella parte indeterminada entre sus ojos y su boca encantadora y petulante o, tal vez, el pleno descanso que insinuaba la posición de su cuerpo, lo que le obligó a lanzarse sobre ella. Retuvo fijos sus ojos dentro de los suyos de chivo, dejando que las manos resbalaran lentamente por los brazos y fueran a unirse donde se ahueca la espalda. No advirtió que la puerta se había abierto hasta que ella arrancó su boca de la suya, y torciendo el cuerpo, se desprendió de su abrazo. El pastor se balanceaba en la puerta, mirando la habitación sin reconocerla. «No nos ha visto», se dijo Jones escrutando su cara. ¿Qué sucederá?

—Está enfermo —dijo en voz alta.

El anciano empezó:

—Cecily...

—¿Qué pasa, tío Joe? —Su voz estaba ahogada por el temor—. ¿No está usted bien?

Se acercó a él. El pastor seguía balanceando su cuerpo, agarrado con ambas manos al marco de la puerta.

—Cecily, ¡Donald vuelve a casa! —dijo.

3

Muy pronto se dejaron sentir los sutiles efluvios antagónicos que inevitablemente se producen en una habitación reducida donde están dos mujeres bonitas, sentadas frente a frente, examinándose mutuamente con disimulo. La señora Powers, momentáneamente empeñada en una ingrata tarea y hallándose entre extraños, tomaba toda clase de precauciones; pero Cecily, que no estaba dedicada a ninguna

clase de tareas y que se encontraba entre gente conocida, examinaba a la otra con detenimiento, usando de todos esos atributos que tienen las mujeres para obtener al primer golpe de vista una impresión instintiva, generalmente correcta, sobre el carácter, las ropas, la moral, etcétera, de otra mujer. Las miradas amarillas de Jones se posaban sobre la recién llegada a intervalos regulares para regresar siempre a Cecily, que lo ignoraba por completo.

El pastor se paseaba de un lado para el otro, haciendo temblar los muebles del estudio con sus pesados pasos.

—¿Enfermo? —tronaba—. ¡Enfermo! ¡Pero aquí lo curaremos! Que lo traigan inmediatamente a casa. Aquí, con buena comida, descanso y atenciones, lo tendremos bien en una semana, ¿verdad, Cecily?

—Sí, tío Joe. ¡Pero es que no puedo creerlo todavía! ¡Que esté vivo! ¡Que esté a punto de llegar!

Se levantó cuando el pastor pasaba frente a su silla e hizo una especie de giro, como la onda de una espiral en movimiento, para prenderse a su brazo. Fue un hermoso espectáculo.

—He aquí su mejor remedio, señora Powers —dijo el anciano acariciando la mano de Cecily con su galantería elefantina, besándola en la mejilla y mirando por encima de su cabecita rubia, la palidez contemplativa y el rostro tranquilo y vigilante de la otra mujer—. Vamos, vamos. No llores —agregó, acariciando el cabello de la muchacha.

El auditorio seguía atentamente el desarrollo de esta escena; la señora Powers con disimulado interés y haciendo cálculos para sus adentros y Jones con soma y especulativamente.

—Lloro de alegría, tío Joe. ¡Me siento tan dichosa... por usted, querido tío Joe! —giró dentro de los brazos abiertos del pastor, con la gracia de un tallo espigado, y recostó su frente sobre las negras solapas de su americana—. ¡Y pensar que todo se lo debemos a esta señora... señora... Powers! —siguió con su voz apagada, semejante al sonido de gruesas cuerdas de oro—. Ha sido tan buena en traérmelo sano y salvo cuando lo creíamos muerto. —Su mirada pasó por encima de Jones y, reluciendo como un cuchillo, se clavó en la otra mujer. («La condenada idiota cree que he tratado de quitarle a su prometido», pensó la señora Powers). Cecily se acercaba a ella siguiendo un impulso que ya había concebido y estudiado con anterioridad—. ¿Puedo besarla, señora? Era como besar la pulida superficie de una lámina de acero; la señora Powers contestó con saña:

—Ya ve usted que no tengo ningún inconveniente. Por otra parte, no hay nada que agradecerme. Yo hubiera hecho lo mismo por cualquiera tan enfermo como él, negro o blanco. Estoy segura de que usted también lo habría hecho —agregó con maligna complacencia.

—Sí, pero de todas maneras creo que ha sido un acto noble de su parte —repuso Cecily muy fríamente, exhibiendo su bien torneada pantorrilla al sentarse sobre el brazo de la silla en que se hallaba la visitante.

Jones, con aire remoto, miraba desenvolverse la comedia.

—¡Pamplinas! —exclamó el pastor inesperadamente—. La señora Powers habrá visto a mi hijo fatigado por el largo viaje. Estoy seguro de que mañana será otro hombre.

—Así lo espero —respondió la señora Powers sintiéndose repentinamente invadida por un gran cansancio al recordar el rostro devastado del muchacho, aquella horrible frente torcida y su completa inercia surgida de algún dolor constante y oculto que le iba menguando el espíritu.

«Ya es demasiado tarde», pensó con instintiva perspicacia. «¿Les diré lo de la cicatriz?», se preguntó una vez más. «Podría evitar una escena terrible, cuando esta... esta criatura (sentía el peso del cuerpo de la muchacha contra su hombro) lo vea de nuevo. Pero no. No diré nada», decidió por fin, estudiando los movimientos del pastor, que se habían vuelto ágiles, casi felinos ante la felicidad de volver a ver a su hijo. «¡Qué cobarde, qué estúpida soy! Joe debía haber venido. El sabe que yo siempre hago tonterías de esta especie».

El pastor estaba frente a ella ofreciendo una fotografía que ella tomó y contempló en silencio. Era una cara delgada, larga, con la serenidad de lo silvestre, la apasionada serenidad siempre alerta de un fauno, y aquella muchacha, apoyada en el brazo del pastor como en una rama de encina, creyendo, o mejor dicho, fingiendo creer que estaba enamorada de aquel muchacho, de su ilusión. «No, no y no. No quiero juzgar mal. Tal vez lo esté... tanto como sea capaz de estar enamorada de alguien. Después de todo es cosa de novela romántica eso de saber que el amado murió en la guerra y luego enterarse de que no murió y que regresa inesperadamente a sus brazos y es un héroe. ¡Qué suerte tiene esta muchacha al desempeñar el papel de heroína! Hasta Dios la ayuda... ¡Envidiosa! Es bonita y tú estás celosa. Eso es todo. Eso es lo que sucede —pensó, sintiendo plenamente su amargo cansancio—. Por eso me irrita saber lo que está pensando de mí: que lo he estado persiguiendo, que estoy enamorada de él. ¡Oh, sí! ¡Estoy enamorada de él! ¡Quisiera tener su destrozado rostro contra mi pecho, hundido entre mis pechos, y que no volviera a despertarse jamás! ¡Al diablo con esta mujer! ¡Qué atroz confusión hay en todo esto! Y ese gordo aburrido y mohíno que está allí, con unos pantalones prestados, que la mira constantemente con sus ojos amarillos, sin parpadear..., como un chivo. Estoy segura de que ha estado pasando el tiempo con él».

—... tenía 18 años por entonces —estaba diciendo el pastor—. Se empeñaba en no usar corbata ni sombrero. Su madre no pudo obligarlo. Lo vestía correctamente, eso sí, pero en cualquier ocasión, por ceremoniosa que fuera, aparecía sin cuello y en

mangas de camisa.

Cecily, restregándose como un gato contra el brazo del anciano, exclamó:

—¡Ay, tío Joe! ¡Lo quiero tanto!

Jones, como otro gato grande, pesado y arrogante, haciendo chisporrotear los ojos amarillos, mascullaba palabrotas obscenas. El pastor seguía hablando y Cecily parecía perdida en graciosas meditaciones, pero la señora Powers medio oyó y medio vio las palabras gruesas saliendo de los labios temblorosos de Jones que, al levantar la vista, se encontró con su oscura mirada. Trató de resistirla, pero sus ojos eran dardos despiadados y parecía que lo estaban traspasando de parte a parte, de manera que bajó los suyos y empezó a manosearse los bolsillos en busca de la pipa.

La bocina de un automóvil lanzó, desde la calle, su prolongado aullido gutural y Cecily se desprendió del brazo del pastor.

—Ahí está... ahí está un amigo nuestro. Saldré a decirle que se vaya y regresaré en seguida. ¿Me disculpa, tío Joe?

—¿Cómo? —dijo el pastor interrumpiendo su relato—. ¡Ah, sí, por supuesto!

—Con su permiso, señora Powers. —Caminó hacia la puerta y sus ojos tropezaron con los de Jones—. Con su permiso, señor Jones.

—Conque George tiene coche, ¿eh? —dijo en voz baja cuando pasaba junto a él—. Yo sé muy bien que no volverás.

Lo miró fríamente y, al cerrar tras ella la puerta del despacho, oyó de nuevo la voz del pastor que reanudaba su relato... sobre Donald, naturalmente. «Y ahora, estoy de nuevo comprometida para casarme», pensó complacida, imaginándose la cara que pondría George cuando se lo dijera. «Y esa odiosa mujer alta y morena. ¡Víbora! Le ha estado haciendo el amor... o él a ella. Creo que debe ser lo último por lo que sé de Donald. Bueno, los hombres son así. No se puede evitar. Tal vez desee quedarse con las dos...». Bajó a saltitos los escalones de piedra entrando en la luz del sol que la acarició con deleite como si fuera su hija predilecta. «¿Me gustará tener un esposo, ser una esposa? A veces me lo pregunto. ¿Y tener en la misma casa otra esposa además de mi esposo? ¿O tener dos maridos? Me pregunto si tendré uno siquiera o si me casaré algún día... Creo que sí. Me parece que vale la pena probar aunque tan sólo sea por una vez. Me gustaría verle la cara a ese gordo horroroso si me oyera decir lo que estoy pensando. ¿Por qué habré dejado que me besara? ¡Vaya!».

George había sacado medio cuerpo por la ventanilla del automóvil para ver su paso lento y ondulante.

—¡Ven, ven! —la llamaba.

Pero ella no aumentó la velocidad de su marcha. Cuando estaba próxima, él abrió la portezuela del automóvil, sin molestarse en bajar.

—Vaya, mujer, ¿por qué has tardado tanto? —preguntó quejumbroso y mohíno—.

Ya empezaba a estar inquieto al ver que no salías.

—Es que no voy contigo —explicó ella posando delicadamente su mano sobre la abierta portezuela.

A la luz del mediodía, su vestido blanco irradiaba una luz que los ojos no podían soportar. Parecía pesado de tanto sol. George se preguntaba cómo podía ella, tan frágil, llevar aquel vestido. Detrás de su blanca figura, pasado el prado, se insinuaba otro gesto igual —la fragilidad en peligro de desmoronarse por el peso de la luz— en un árbol: era un álamo.

—¿Qué?

—No voy contigo. Mi prometido regresa hoy.

—¡Oh, no me molestes con bromas estúpidas! ¡Vamos, sube!

—Donald llega hoy a esta casa —insistió ella mirándolo con atención.

El gesto risueño de la cara de George desapareció, dejándola vacía como un plato lavado; luego se insinuó en él una mueca de disgusto, pronto ahogada por otra de asombro.

—¡Pero si está muerto! —exclamó estúpidamente.

—¡Pues está vivo! —respondió ella sonriendo con dulzura—. Una señora que lo acompaña en el viaje se ha adelantado para anunciarnos su llegada. El tío Joe está contentísimo.

—Vamos, vamos, Cecily. Estás tratando de tomarme el pelo. —Te juro que no. Estoy diciéndote la verdad.

La cara de George, fresca y rubicunda, se hallaba ante ella como una luna hermosa, hechicera y vacía como una promesa. De pronto, se llenó con una expresión de miedo.

—¡Diablos! ¡Si tienes cita conmigo para esta noche! ¿Qué piensas hacer?

—¿Qué puedo hacer? Para entonces, Donald estará aquí.

—Entonces, todo ha terminado entre nosotros, ¿no es así? Lo miró con curiosidad, pero sólo por un instante. Qué extraño que fuera aquel muchacho tonto, prácticamente un desconocido, quien le hiciera comprender la inminencia de la llegada de Donald. Hasta este momento no había sentido ningún temor; ahora decía que sí con la cabeza, comenzando a sentirse triste y perdida sin remedio.

Él había sacado un brazo por la portezuela abierta y la tenía agarrada por la mano.

—¡Entra! —ordenó.

—¡No, no, George! No puedo —protestó tratando de zafarse. Él la sujetó con más fuerza—. ¡Me estás lastimando, George!

—Ya lo sé —dijo con tristeza en la voz—. Sube. Ven aquí.

—No, George. No puedo. Tengo que regresar.

—Dime por lo menos cuándo te veré.

Sus labios temblaban. Se compadecía a sí misma.

—Yo no sé. ¿Cómo puedo saberlo? Por favor, George, ¿no ves lo desdichada que soy? —El azul oscuro de sus ojos no tenía nada de gris, ni tampoco de verde. La luz del sol, al sombrear la curva del talle, destacaba la línea vigorosa de su cintura (¿por qué parece tan frágil?) y el brazo desnudo, sujeto por la mano de George, era fuerte —. ¡Por favor, déjame!

—¿Vas a subir de una vez o quieres que baje para meterte dentro?

—¡Tengo ganas de llorar! Voy a echarme a llorar dentro de un instante. Es mejor que me dejes ir.

—¡Ah, maldita sea! ¡No hagas esas cosas! No me hagas caso. Yo no quería hacerte llorar. Sólo quiero saber cuándo voy a verte. Tenemos que vemos si todo ha de terminar entre nosotros, ¿verdad? Vamos, entra. Yo siempre he sido bueno contigo.

Ella suspiró con satisfacción.

—Bueno, subiré. Pero sólo daremos una vuelta a la manzana, ¿eh? Tengo que volver inmediatamente. —Levantó un pie hasta el estribo del automóvil—. ¿Me lo prometes? —insistió.

—Sí, mujer. Alrededor de la manzana nada más. ¡No voy a raptarte si tú no quieres!

Subió al coche y partieron inmediatamente. Ella echó una mirada rápida a la casa del pastor. Había una cara en la ventana del despacho: una cara redonda.

George dio la vuelta en la primera esquina y condujo el coche por una tranquila callejuela bordeada de árboles y de altos muros cubiertos de hiedra y madreselva. De pronto lo detuvo y ella protestó:

—¡No, George! ¡Sigue adelante!

Pero él había apagado el motor.

—Por favor —repitió la muchacha y él, girando en el asiento, la miró de frente.

—Cecily —dijo—. Te estás burlando de mí, ¿no es cierto? Ella, con movimientos rápidos, dio vuelta a la llave para encender el motor mientras con el pie trataba de hacerlo arrancar. George le agarró las muñecas con fuerza.

—¡Mírame! —Nuevamente sus ojos eran azules—. Te estás burlando de mí, ¿no es cierto?

—No. No sé. No sé nada. Ay, George, querido mío, todo ha sucedido tan rápidamente que no sé qué pensar. Cuando estábamos en el salón, hablando de él, sentía una gran alegría al saber que regresaba, a pesar de esa mujer vestida de negro que le acompaña, y me sentía complacida al pensar en mi compromiso con un hombre que será famoso. Entonces me parecía que yo lo amaba, era lógico amarlo... Pero ahora no me siento dispuesta al matrimonio con él, ausente durante tanto tiempo y enredado con esa mujer cuando venía hacia mí. No sé qué hacer. Voy... voy a echarme a llorar —terminó diciendo echándose sobre el respaldo del asiento y hundiendo el rostro en el hueco de su brazo doblado. George le acarició la espalda y

trató de atraerla hacia él para que reposara sobre su pecho. Ella lo rechazó.

—No, no. ¡Llévame a casa!

—Pero, Cecily...

—No quiero que me toques. Estoy prometida para casarme. Tal vez quiera casarse mañana mismo y no tendré más remedio que aceptar.

—Pero tú no puedes casarte con él. Tú no le amas.

—Tengo que casarme. Te digo que tengo que casarme con él. —¿Le amas?

—Llévame a casa del tío Joe. Te lo suplico.

Él, más fuerte que ella, acabó por atraerla hacia sí y la abrazó estrechamente sintiendo el movimiento de sus huesos menudos y sus carnes firmes bajo la tela del vestido.

—¿Le amas? —volvió a inquirir.

Ella hundió el rostro en su pecho, acomodándolo bajo la americana.

—¡Mírame! —Pero se negó a levantar la cabeza y él tuvo que obligarla, alzándole la cara con la mano—. ¿Le amas?

—¡Sí, sí! —gritó casi con rabia, mirándole a los ojos desde muy cerca—. Ahora, llévame a casa.

—Estás mintiendo. No te casarás con él.

Las lágrimas empezaron a brotarle nuevamente a los ojos.

—Sí, me casaré. Tengo que casarme. Lo está esperando desde hace mucho tiempo y el tío Joe también lo espera. Te digo que ése es mi deber.

—Amor mío, tú no harás nada de eso. Es a mí a quien amas, ¿no es cierto? Tú sabes muy bien que es así y que no puedes casarte con él. —Ella le echó los brazos al cuello y recostó su cara sobre el pecho, echándose a llorar otra vez—. No llores, mujer. No te casarás con él. Te casarás conmigo.

—George, no puedo —pronunció entre sollozos—. ¿No comprendes que sólo puedo casarme con él?

Jóvenes los dos y sintiéndose horriblemente desgraciados, se abrazaron apasionadamente. La tarde, que se había vuelto herrumbrosa, después de una mañana deslumbrante, yacía a su alrededor en los jardines y casas solitarias. Hasta los gorriones estaban adormilados, y en la aguja del campanario las palomas se arrullaban monótonas, remotas. Cecily levantó su rostro bañado en lágrimas.

—¡Bésame, George!

La humedad de sus labios era deliciosamente salobre: sus dos rostros habían quedado pegados, mejilla contra mejilla, hasta que ella retiró el suyo tratando de mirarle a los ojos frente a frente.

—Este ha sido mi último beso, George.

—¡No puede ser! —protestó él apretándola entre sus brazos con vigor. Ella se resistió un momento, luego lo besó apasionadamente.

—¡Amor mío!

—¡Mi amor!

Se desprendieron. Ella se arregló el vestido y el cabello, y con un minúsculo pañuelo se secó, en un santiamén, las lágrimas.

—Ya está. Ahora me siento mejor. Condúzcame usted a casa, noble caballero.

—¡Vamos, Cecily..., Cecily mía...! —protestó de nuevo, queriendo abrazarla. Pero esta vez fue firme y fríamente rechazado.

—Nada más. Nunca más. Llévame a casa.

—¡Cecily, tú...!

—¿Quieres que baje y regrese a pie? Puedo hacerlo, ¿sabes? Es muy cerca.

George encendió el motor y condujo el coche con mucha lentitud. Ella, viéndolo tan triste, le acarició el pelo dejando que sus dedos se entretuvieran allí hasta que dieron vuelta por la calle de la rectoría. Cuando bajó frente a la verja del jardín, George hizo su última y desesperada tentativa.

—¡Cecily, por amor de Dios!

Ella miro por encima del hombro, y vio su cara angustiada.

—No seas tonto, George. Naturalmente que seguiré viéndote. No estoy casada... todavía.

Bajo el sol herrumbroso del atardecer, su vestido blanco era un débil resplandor de trémula luz meridiana, que se amoldaba a las líneas del cuerpo con los movimientos de su andar, y que la acompañaba de la luminosidad vespertina a las sombras iluminadas de la casa. Subía los escalones de piedra. Ya en la puerta se volvió para mirarlo, sonrió y saludó con la mano. Después, el débil resplandor de su vestido blanco se desvaneció detrás de un ventanal en forma de abanico con cristales opacos por la edad y la falta de limpieza, dejando a George que contemplara el prado vacío y el oscuro huerto, lleno de esperanza, de desesperación y de fracasada lujuria juvenil.

Desde la ventana, Jones la vio partir en el automóvil. Su cara redonda, enigmática como la de un dios oriental, y los ojos claros, obscenos, carentes de emoción, se reflejaban en los vidrios. «Eres una buena pieza», pensó con desilusionada admiración. «Te la cedo... Llévatela, noble George». Estaba todavía mascullando cosas contra ella cuando aquella otra mujer de pelo negro, de aspecto perverso e insinuante, interrumpió las inacabables reminiscencias del pastor sobre la niñez y la juventud de su hijo recuperado, para sugerir que ya era hora de que todos fueran a la estación.

Fue entonces cuando el pastor se dio cuenta de la ausencia de Cecily, que en aquellos momentos se hallaba en un automóvil estacionado en una callejuela solitaria, llorando sobre el hombro de un caballero que no se llamaba Donald. Jones, el único que se hallaba al tanto de su marcha, sin saber por qué, no se sentía dispuesto a

revelarlo. Un tanto amoscado, el pastor declaraba que Cecily —en aquellos momentos besaba a un hombre que no se llamaba Donald— había hecho muy mal en irse cuando la solemnidad del momento requería su presencia. Pero la otra mujer («Puedo apostar lo que quieran a que es mala como el infierno», se dijo Jones) le interrumpió nuevamente para insinuar que era mejor así.

—¡Pero es que debe acompañarnos a la estación a recibirlo! —protestó el pastor con profundo disgusto.

—No, no. Recuerde que está enfermo y que cuantas menos emociones reciba, mejor para él. Es conveniente que los dos se encuentren en privado.

—¡Ah, eso sí! Tiene usted muchísima razón. Siempre hay que confiar en las mujeres para estos asuntos, señor Jones. A propósito, creo conveniente que usted espere aquí, ¿no le parece?

—Naturalmente, señor. Esperaré a la señorita Saunders para explicarle por qué se han ido ustedes sin ella. Sin duda se preocupará cuando lo sepa.

Después de que el taxi se los llevara a la estación, Jones permaneció inmóvil, mirando al jardín con gesto triste y cargando como un autómatasu pipa. De pronto, se puso a caminar sin rumbo por las habitaciones, deteniéndose ante todas las ventanas para mirar al exterior, chupando furiosamente su pipa. Al cruzar el despacho, se detuvo para empujar con la punta del pie los restos de un fósforo a fin de ocultarlo debajo de la alfombra; después, decididamente, reanudó la marcha hacia el escritorio del pastor. Abrió y cerró dos cajones antes de encontrar lo que buscaba. La botella achatada de vidrio negro. Volvió a dejarla en su lugar, limpiándose la boca con el dorso de la mano, y entonces se oyeron los pasos rápidos y menudos de la muchacha sobre las baldosas de la terraza, junto con el rugido amortiguado de un automóvil que se alejaba. Al abrirse la puerta enmarcó su frágil sorpresa.

—¡Vaya! ¿Dónde están los otros?

—¿Tan pronto de vuelta? ¿Qué ha sucedido? ¿Han tenido algún percance? —preguntó Jones con un acentuado sarcasmo. Sus ojos (¿grises?) se posaron sobre él como un pájaro—. ¿Los otros? Se han ido a la estación; a la estación del ferrocarril; a ese lugar donde llegan los trenes, ¿sabes? Creo que un hijo, o algo así, de tu tío Joe, llega en uno de esos trenes. Regresa a casa. ¡Buenas noticias! ¿No te parece? Pero ¿qué haces ahí parada? ¡Entra, mujer, entra! Entró con ciertos titubeos y sin quitarle los ojos de encima. —¡Vamos! Entra. No voy a comerte.

—¿Por qué no me han esperado?

—Seguramente porque han creído que tú no tenías ganas de ir. ¿No ha sido ésa la impresión que has dejado al partir sin decir nada?

En el silencio de la casa se oía el reloj como una respiración medida, y los ajetreos de Emmy, en alguna parte, se dejaban oír, también, remotamente. Aquellos sonidos la tranquilizaron y avanzó algunos pasos.

—Usted me ha visto partir en el automóvil, ¿no les ha dicho dónde estaba?

—Les he dicho que estabas en el baño.

Ella entró rápidamente en el salón y se aproximó a Jones mirándolo con interés, sabiendo que no mentía.

—¿Por qué has dicho eso?

—Adonde tú fueras, era asunto tuyo, no mío. Si hubieras querido que ellos lo supieran, se lo habrías dicho tú misma. Vivamente interesada se sentó para estudiarlo más cómodamente.

—Eres un hombre extraño, distinto...

Jones se sentía incómodo y dio algunos pasos de un lado a otro sin saber qué hacer.

—¿Por qué soy extraño?

Cecily se levantó.

—No sé exactamente por qué... Tú me detestas y, sin embargo, acabas de decir una mentira por mí.

—¡Diablos! ¡No creas que me importa decir una mentira! Ella estaba especulando sobre las posibles consecuencias de los actos de Jones.

—Me parece que serías capaz de cualquier cosa si supieras que con ello ibas a obtener algún provecho.

Mirándolo fijamente a los ojos, se fue acercando a la puerta del despacho.

Los malditos pantalones del pastor dificultaban sus movimientos, pero a pesar de ello, su agilidad era sorprendente. De todos modos, ella le llevaba cierta ventaja; su misma frágil fortaleza hacía sus movimientos más vivos; por eso, después de dar un salto prodigioso, se encontró ante la madera de la puerta que acababa de ocultar su vestido blanco. Oyó el ruido de la llave al girar de la cerradura y su risa burlona.

—¡Maldita sea tu alma!

Pronunció el juramento entre dientes pero sin emoción, como si cumpliera un ritual; sin embargo, no tardó en gritar desaforadamente:

—¡Abre esa puerta, abre!

La hoja barnizada de la puerta permanecía sorda e inescrutable, cruelmente burlona también, porque desde sus profundidades pulidas y brillantadas le enviaba el blanco y redondo reflejo de su cara. Detuvo la respiración para oír, pero no llegó hasta él más ruido que el de un reloj que marchaba inexorablemente en algún rincón de la casa.

—¡Abre esta puerta, buscona! —repitió a gritos.

No hubo respuesta. «¿Se habrá ido?», se preguntaba agudizando los sentidos y pegándose a su imagen deformada, Narciso de sí mismo, en la tabla pulida. Pensó en las ventanas y, caminando de puntillas, cruzó la habitación para encontrarse con telas metálicas y rejas macizas detrás de los cristales. Regresó al centro del despacho, sin

tratar siquiera de acallar sus pasos, y se detuvo sintiendo que la ira iba invadiéndolo de nuevo y maldiciendo con saña a la muchacha. Fue entonces cuando vio moverse el picaporte en la cerradura de la puerta. Con otro salto prodigioso quedó nuevamente pegado a su imagen deforme, gritando:

—¡Abre la puerta, buscona, o la rompo a patadas!

Se oyó el ruido de la llave y empujó rabiosamente la hoja para encontrarse cara a cara con Emmy que traía sus pantalones colgados del brazo y le miraba con ojos antagónicos y ligeramente asustados.

—¿Dónde...? —empezó a preguntar Jones cuando Cecily salió de entre las sombras, sonrojada y risueña, balanceándose como una amapola en su tallo.

—¡Jaque mate, señor Jones! —dijo él mismo burlonamente, imitando al pastor en un agudo falsete—. ¿Sabes qué...?

—Sí —cortó Cecily con rapidez agarrándose del brazo de Emmy—. Díganoslo aquí afuera, en la terraza.

Las dos mujeres se encaminaron hacia la terraza y Jones las siguió a su pesar, pero admirando, cada vez más, a la muchacha. Ella y la enmudecida Emmy lo precedieron hasta una amplia mecedora donde ambas se sentaron sin soltarse, brazo con brazo, dejando que la luz del atardecer buscara intersticios entre la tupida viscaria de botones lila. La luz de la tarde corría entre las ramas de la enredadera como hilos de plata que, reunidos en un chorro, inundaba a las dos mujeres meciéndose plácidamente y haciéndolas despedir, de sus respectivas telas de seda y algodón, reflejos de sol en planos móviles.

—Siéntese, señor Jones —dijo Cecily usando de sus más encantadoras inflexiones de voz—. Cuéntenos algo de usted. Tenemos tanto interés en conocerle, ¿verdad, Emmy?

Esta miraba para todos lados con el rabillo del ojo, atenta y silenciosa como un animal.

—Emmy, mi muy apreciado Jones, ha perdido toda su interesantísima conversación y, admirándolo tanto, como todas las mujeres (sencillamente no podemos evitarlo, señor Jones), está, naturalmente, ansiosa por escucharle.

Jones había encendido un fósforo para su pipa y lo protegía del viento entre sus dos manos ahuecadas; en sus ojos aparecieron dos llamitas saltando y rebulléndose hasta que se convirtieron en dos puntitos brillantes.

—¿A qué se debe su silencio, señor Jones? Tanto Emmy como yo quisiéramos asimilar algo de lo mucho que usted ha aprendido en su activa carrera amorosa. ¿Verdad que si, Emmy querida?

—No. No diré nada. No quiero echarle a perder la sorpresa —respondió Jones con mucha calma—. Está usted a punto de obtener información amplísima sobre el asunto personalmente, por no decir en carne propia. En cuanto a la señorita Emmy, ya

tendré tiempo de darle algunas lecciones más adelante y en privado.

Emmy seguía mirándolo con una acentuada desconfianza.

Cecily:

—¿En carne propia, dice usted?

—Sí. ¿No va usted a casarse mañana? Podrá aprender todo lo que quiera con Oswald. Estoy seguro de que está capacitado para enseñarle, sobre todo teniendo en cuenta que ha estado viajando con una compañera que lo mantiene bien entrenado. Por fin te han pescado, ¿eh?

El rostro de Cecily mostrábase compungido y su cuerpo se estremecía. Su aspecto daba lástima; era tan delicada, tenía tanta necesidad de cuidados y de mimos que Jones, sintiéndose masculino y sentimental, se dijo de nuevo que era un solemne imbécil y un bruto. Encendió otra vez su pipa y Emmy, dando muestras de que poseía el don de la palabra, exclamó:

—¡Ahí vienen!

El taxi se había detenido ante la verja del jardín y Cecily se levantó para echar a correr hacia los escalones de la terraza, donde se detuvo. Jones y Emmy se levantaron también y ésta desapareció silenciosamente mientras cuatro personas descendían del taxi e iniciaban el avance por el sendero de diminutas piedras grises. «De manera que es ése», pensó Jones acercándose a Cecily, vigilándola y admirándola, frágil y firme sobre el escalón más alto, con las manos sobre el pecho. «¡Bien por ella!».

El grupo se acercaba dominado por la calva del pastor. Algo había cambiado en su porte y en su forma de caminar; se diría que toda su edad le había caído de golpe en las espaldas, por sorpresa, como un salteador de caminos. «De seguro que el muchacho está muy mal», se dijo Jones. Aquella mujer alta y perversa, la señora de tal, se había adelantado y ya subía los escalones con los brazos tendidos hacia Cecily.

—Venga aquí. Venga conmigo, querida —dijo agarrándola por un brazo—. Entremos. Donald no está bien y la luz le lastima los ojos. Espérela dentro y él la verá mejor. ¿Viene usted?

—No, no. Aquí me quedo. ¡Hace tanto tiempo que lo espero...!

La otra mujer parecía bondadosa y se veía que actuaba con buena intención, pero ¿a qué tanta insistencia por llevarse a la muchacha, casi arrastrándola, hacia la puerta? Pero Cecily, reacia a entrar, volvió la cabeza por encima de su hombro gritando:

—¡Tío Joe! ¿Qué pasa? ¿Está muy enfermo?

La cara del pastor, gris con estrías amarillas, parecía hecha de nieve sucia. Al subir los escalones, sus temblorosas piernas tropezaron y Jones acudió a sostenerlo con el brazo.

—Gracias, compañero —dijo el tercer hombre, que llevaba uniforme de soldado y cuya mano sostenía a Mahon por el codo. Los tres subieron las escaleras y, cruzando

la terraza con paso lento, entraron en el salón oscuro, bajo el ventanal en forma de abanico.

—Dame la gorra, tooniente —murmuró el de uniforme de soldado, y el otro se quitó la galoneada gorra de aviador y se la entregó.

Se oyeron unos pasos rápidos cruzando la habitación vecina y se abrió la puerta del despacho, provocando una inundación de luz que alumbró de lleno al grupo de hombres. Cecily penetró gritando:

—¡Donald, Donald! ¡Esta mujer dice que tu cara está def... oooooh! —terminó con un aullido de fiera herida cuando lo vio de cerca.

La luz, a su espalda, recortaba su silueta esbelta y se filtraba por los cabellos claros formando un halo; su vestido se abrió semejando un nimbo, un óvalo blanco donde cayó su cuerpo, como un álamo derribado. Por muy rápido que fuera el movimiento de la señora Powers, que acudió a sostenerla, no pudo evitar que su cabeza golpeará contra el filo de la puerta abierta.

Capítulo 3

1

Mirando desde la puerta al interior de la habitación de donde acababa de salir, la señora Saunders dijo:

—Deja a tu hermana tranquila. Ya está mejor. Ven aquí.

El joven Robert Saunders, incomodado, pero optimista, entró de lleno una vez más en la antigua batalla entre padres e hijos, todavía con esperanzas después de las invariables derrotas pasadas.

—Pero ¿es que no puedo hacerle una pregunta perfectamente lógica? Sólo quiero saber por qué su cicatriz le...

—Ven aquí. Ven con tu madre.

—Pero es que yo quiero saber por qué su cicatriz...

—¡Robert!

—Pero, mamá... —protestó plañideramente y como último intento desesperado.

Su madre le tomó del brazo y lo empujó fuera del dormitorio.

—Vete. Baja al jardín y dile a tu padre que venga aquí. Vamos, ¡vete!

Partió de mala gana y exasperado contra su madre. Aquella buena mujer se habría alarmado de haber podido leer los pensamientos de su hijo menor, pero, afortunadamente, era incapaz de leerlos. «Todas las mujeres son iguales», se dijo el joven, generalizando como lo habían hecho tantos hombres antes que él y como seguirían haciendo tantos más después. Él no tenía intención de hacer daño a la gatita asustada de su hermana.

La comparación era perfecta. Cecily, libre de ropas, yacía patética entre lienzos blancos, rodeada por aromas mezclados de agua de colonia y vapores de amoníaco, y con una toalla enrollada a la cabeza como turbante enmarcando su cara frágil. Su madre, segura de que Robert se había ido, cerró la puerta y acercó una silla al lado de la cama para examinar el rostro primoso y un tanto pálido de su hija, el temblor de sus pestañas sobre el arco de las mejillas; sus brazos tendidos a lo largo del cuerpo, modelándolo al estirar las sábanas; sus delicadas muñecas surcadas de venas azules y sus largas y finas manos, desmayadas, con las palmas hacia arriba, a ambos lados de sus caderas. Entonces, el joven Robert Saunders, sin saberlo, tuvo su desquite.

—Hijita: ¿cómo tenía la cara?

Cecily se estremeció, dando vuelta a la cabeza sobre la almohada.

—¡Ay, no, mamá! ¡Por favor, no! ¡No quiero pensar en ello!

(Yo sólo quería hacerle una pregunta perfectamente lógica).

—No. Nunca más, nunca más. Si tuviera que volver a verlo, yo... yo... me

moriría. No puedo soportarlo, no puedo ni quiero recordarlo.

Ahora estaba llorando incontroladamente, como una criatura, sin tratar de esconder el rostro. Su madre abandonó el asiento para inclinarlo sobre ella.

—Vamos, criatura, vamos. No llores más o te pondrás enferma de veras.

Le acarició los cabellos con mucha ternura y metió dentro del turbante algunos mechones que caían sobre las sienes. Se inclinó más para besar su mejilla.

—Lo siento muchísimo, querida. ¿Por qué no tratas de dormir? ¿Quieres que te suba una bandeja con comida a la hora de la cena?

—No. No podría comer nada. Déjame sola y me sentiré mejor.

La señora Saunders permaneció allí todavía un momento, retenida por la curiosidad. (Sólo quiero hacerle una pregunta perfectamente lógica). Hasta ella llegó el timbre del teléfono y, con un último golpecito sobre la almohada, completamente inútil, se retiró de la habitación. Al levantar el auricular advirtió a su marido que cerraba la puerta del jardín por donde acababa de entrar.

—¿Sí...? La señora de Saunders... ¡Ah! ¿George...? Muy bien, gracias... ¿Cómo está usted...? No, mucho me temo que no puede ser... ¿Cómo...? Sí, pero no se siente bien..., más tarde quizá... No. Esta noche, no. Llame mañana... Sí, sí. Eso es. Muy bien... Gracias. ¡Hasta luego!

Pasó por el salón, oscuro y fresco, y salió a la terraza, dejando que su encorsetada figura se echara, trabajosamente, sobre una mecedora mientras su marido, con el sombrero y una ramita de hierbabuena en la mano, subía los escalones de piedra. Era el vivo retrato de Cecily en masculino y con un poco más de carnes; los mismos rasgos y el mismo aspecto hermoso y delicado, con vagos indicios —¡quién sabe dónde!— de laxitud en las fibras morales. En otros tiempos había sido elegante, vistiendo con la más estricta corrección, pero ahora, sin perder su natural, vestía con cierto descuido: llevaba un traje ligero de franela gris y los zapatos sucios de tierra. Su cabello se arremolinaba todavía juvenil y rebelde sobre su cabeza y tenía los ojos de Cecily. Sus conciudadanos, al tiempo que envidiaban su posición social y financiera en la comunidad, no sentían simpatía alguna hacia él y le consideraban con cierta desconfianza.

—¡Tooobiiii! —gritó acercando una silla y sentándose junto a su mujer.

—¡Escúchame, Robert! —empezó a decir ella con mucha decisión—. Donald Mahon está en su casa.

—El gobierno se ha ocupado de mandar el cadáver, ¿eh?

—No. Ha venido por sus propios medios. Ha llegado en el tren esta misma tarde.

—¿Eh? ¡Caramba! ¡Pero si estaba muerto...!

—Pues no lo está. Cecily lo ha visto. Un joven gordo muy extraño, que no conozco, la ha traído a casa en un taxi porque se había desmayado y se sentía muy mal. Ella habla de una cicatriz o no sé qué. La pobre criatura perdió el conocimiento

debido a la emoción. Yo la metí en cama inmediatamente. No he podido saber quién era aquel joven gordo tan singular —terminó diciendo con cierta irritación.

Tobi, negrísimo dentro de su chaquetilla blanca, apareció con un balde de hielo picado, agua, azúcar y una botella de cristal con whisky. El señor Saunders estaba sentado mirando curiosamente a su mujer.

—Bueno. ¡Que me condenen! —dijo por fin. Y otra vez—: ¡Que me condenen!

Su mujer se mecía en la silla muy complacida por las noticias sensacionales que le había dado. No tardó el señor Saunders en salir de su estupor. Se agitó en su asiento. Restregó las hojas de hierbabuena entre los dedos y tomando un trozo de hielo lo untó con la masa verde y perfumada, echándolo todo en un vaso alto. Asimismo vertió dos cucharadas de azúcar y una generosa porción de whisky añadiendo un poco de agua. Mientras movía lentamente la mezcla con una cuchara larga, miraba fijamente a su esposa.

—¡Que me condenen! —exclamó por tercera vez.

Tobi recogió la jarra de agua y se fue.

—De manera que ha vuelto a casa. Vaya, vaya. Me alegro por el pastor. Es un tipo muy bueno.

—Debes de haber olvidado lo que esto significa.

—¿Eh?

—Para nosotros.

—¿Para nosotros?

—Cecily está comprometida para casarse con él.

El señor Saunders no dijo nada porque estaba ocupado en beber, dejar el vaso en el suelo, al alcance de su mano, y en encender un cigarrillo.

—Bueno —dijo por fin—. Dimos nuestro consentimiento, ¿no es verdad? Ahora no podemos retractarnos. —Un pensamiento le vino a la cabeza—. ¿Quiere casarse todavía?

—No sé. Le ha producido una impresión tan grande a la pobre muchacha su regreso. La cicatriz sobre todo. Pero ¿tú crees que es un buen partido?

—Yo nunca he creído que fuera un buen partido. Yo no era partidario de que se casaran.

—¿Me estás echando la culpa a mí? Piensas que yo insistí para que se comprometieran, ¿no es cierto?

El señor Saunders, aleccionado por larga experiencia, dijo:

—Todavía no está en edad para casarse...

—No digas tonterías. ¿Qué edad tenía yo cuando me casé contigo?

Levantó de nuevo el vaso.

—Fuiste tú la que insistió:

La señora Saunders, meciéndose muy de prisa, lo miraba con disgusto y él se dio

cuenta, entonces, de que había dicho una estupidez.

—¿Qué te hace creer que no es un buen partido?

—Eres imposible, Robert. Hay veces... —suspiró profundamente y luego, como quien explica las cosas a un niño con exasperación por su estupidez, pero con cariño, dijo—: Mira. Un compromiso en tiempo de guerra y un compromiso en tiempo de paz son cosas diferentes. Por cierto que yo no entiendo cómo ese muchacho se atreve a esperar que ella mantenga su palabra.

—Pero, vamos a ver, Minnie. Escúchame: si él se fue a la guerra con la convicción de que ella lo esperaba para casarse y regresa esperando que lo acepte, la situación no tiene remedio y a ellos no les queda más solución que casarse. Y si ella todavía quiere casarse con Donald, te prohíbo que trates de convencerla de lo contrario, ¿me entiendes?

—Pero ¿es que tienes la intención de obligar a tu hija a que se case? Tú mismo acabas de decir que es muy joven todavía.

—Fíjate que he dicho si ella quiere. Y, a propósito, el muchacho no está cojo o lisiado, ¿verdad?

—No sé, no sé. ¡Cecily se ha echado a llorar cuando he tratado de averiguarlo!

—Algunas veces, Sis se porta como una tonta. Pero tú ándate con mucho cuidado en estos asuntos.

Levantó el vaso y bebió largamente, después de lo cual dio varias chupadas furiosas al cigarrillo.

—Te digo una cosa, Robert. Muchas veces no te entiendo. Tienes en la cabeza la idea de obligar a tu hija a casarse con un hombre que no tiene nada, que puede estar medio muerto y que probablemente no querrá trabajar. Sabes cómo son esos ex soldados.

—Tú eres la que quiso casarlos. Yo, no. ¿Es que tienes algún otro partido para ella?

—Sí, señor. Por si quieres saberlo, ahí está el doctor Gray. La quiere mucho, y también Harrison Maurier, ese muchacho de Atlanta. Me parece que Cecily está interesada por él.

Con muy poca elegancia, el señor Saunders gruñó:

—¡Bonita porquería! ¿Ese Maurier? Yo no recibiría en mi casa a esa porquería de ninguna manera. El cabello perfumado y cigarrillos largos por todas partes. No, señora. Es mejor que busques otro.

—Yo no estoy buscando a nadie. Lo único que quiero es que tú no la obligues a casarse con ese Mahon.

—Yo no la obligaré. Ya te lo he dicho. Bastante he aprendido contigo para que intente yo ahora obligar a una mujer a hacer algo. ¡Dios me libre! Por lo tanto, si ella quiere casarse, yo no le diré que no. Con Mahon o con quien ella quiera. Minnie

quedó en silencio, meciéndose plácidamente en la silla, y él terminó de beber. Las encinas del jardín estaban inmóviles, como petrificadas para recibir la última luz del ocaso, y en la palidez del cielo se había tejido una red de ramas inmóviles como un arrecife de corales en el fondo del mar. Una rana entonó su monótono croar, creyendo que todo el Este era un gran lago verde, sereno como la eternidad. Tobi apareció sin interrumpir el silencio.

—La cena está servida, señora Minnie —dijo susurrando.

La brasa del cigarro trazó un arco hasta un macizo de flores blancas, al pie de la terraza.

—¿Dónde está Bob, Tobi?

—No sé, señora. Estaba en el jardín hace un rato, pero no he vuelto a verlo desde entonces.

—Mira a ver si lo encuentras. Dile que antes de venir a la mesa se lave la cara y las manos.

—Sí, señora.

Abrió la puerta para que los esposos entraran en la casa, dejando afuera la luz del ocaso que vibraba con su suave voz, llamando a Bob en el jardín.

2

Pero el joven Roberto Saunders no podía oírlo. En aquel momento estaba escalando un alto muro que cortaba en dos la palidez del cielo por encima de su cabeza. Conquistado el baluarte, se dejó resbalar por él hacia el otro lado, pero como sus pantalones le ofrecían resistencia, tomó impulso con una inclinación del cuerpo y aquéllos cedieron, aceptando su destino con un gemido desgarrador, y acompañaron a su dueño en la caída. Había quedado tendido boca abajo y con las piernas abiertas, sobre la hierba fresca, sintiendo un ardor penetrante en sus tiernas asentaderas. Con satisfacción lanzó un juramento de hombre maduro y se puso de pie. Con un pronunciado retorcimiento del torso y el dislocamiento de la cadera, trató de verse la parte posterior herida. «¡Maldición!», exclamó dirigiéndose a la luz verde del ocaso. «Tengo siempre tan mala suerte. Y todo es culpa de Cecily por no decirme lo que ocurre». Con los dolores de su cuerpo creyó haber pagado todas las deudas que los hermanos del mundo hayan tenido con sus hermanas, sin que a aquéllas les quedara ya ningún derecho. Gimiendo al inclinarse, recogió el objeto que había tirado al caer del muro y, cojeando, cruzó el prado de la rectoría en dirección a la casa, mojándose el borde de los pantalones con el rocío. Brillaba la luz en la ventana de una habitación alta que no se había usado desde que él tenía memoria, y sintió latirle el corazón aceleradamente. ¿Se habría ido a la cama tan temprano? Pero no, todavía había esperanzas, porque en el barandal de la terraza se veían unos pies masculinos y,

flotando en la oscuridad, el extremo rojo de un cigarrillo. Suspiró satisfecho. Ese era él. Subió tranquilamente los escalones de piedra, diciendo:

—¡Hola, Donald!

—¡Hola, coronel! —respondió el que estaba sentado en la terraza.

Acercándose, pudo advertir que el que había respondido usaba ropas de soldado. «Es él. Ahora podré verle», pensó regocijado sacando la linterna de mano que llevaba en el bolsillo y lanzando el rayo de luz directamente sobre la cara del soldado. ¡Caramba! Su desilusión fue amarga. ¿Tuvo alguien una suerte tan condenada como la suya? Era indudable que no le quedaba nada por hacer en este mundo, porque era víctima de una extraña maldición y todo le saldría mal.

—¡Usted no tiene ninguna cicatriz! —declaró con desprecio—. ¡Usted no es Donald! ¿Verdad?

—Tienes razón, compañero. No soy Donald. Pero oye, ¿por qué no diriges la luz hacia otro lado?

Apagó la linterna desilusionado y a poco empezó a quejarse:

—Nadie me dice nada. No quieren decirme nada. Yo sólo quiero saber cómo es esa cicatriz, pero nadie quiere decirme nada. Oiga, ¿se ha ido a dormir?

—Sí, ya está en la cama. Estas no son horas para ver su cicatriz.

—¿Y qué tal mañana por la mañana? —preguntó lleno de esperanzas—. ¿Podré vérsela entonces?

—No sé. Vamos a esperar hasta mañana.

—¡Oiga! —quería comunicar sus ideas sintiéndose inspirado—, le diré lo que podemos hacer: mañana, a eso de las ocho, cuando vaya a la escuela, usted se las arreglará para que se asome a la ventana, y como yo pasaré por aquí, podré verlo. Ya me cansé de preguntar a Sis, pero ella no quiere decir nada.

—¿Y quién es Sis, compañero?

—Es mi hermana. Es muy mala. Si yo hubiera visto su cicatriz, se lo diría, ¿no es cierto?

—Claro que sí. ¿Cómo se llama tu hermana?

—Su nombre es Cecily Saunders, como el mío, sólo que el mío es Robert Saunders. Usted me ayudará a ver la cicatriz, ¿verdad?

—¡Oh... Cecily...! Sí, por supuesto. Déjalo de mi cuenta, coronel.

El muchacho exhaló un suspiro de satisfacción, pero no se fue.

—Dígame, ¿cuántos soldados viven aquí?

—Más o menos, uno y medio, compañero.

—¿Uno y medio? ¿Están todos vivos?

—Sis te lo dirá. Pregúntaselo.

—¿Cómo puede haber un soldado y medio si están todos vivos?

—Pregúntaselo al Departamento de Guerra. Ellos saben cómo se las arreglan.

El joven Saunders quedó pensativo porque todavía no quería irse.

—Caramba, me gustaría que hubiera soldados en mi casa. ¿Usted cree que podría conseguir algunos?

—Sí, hombre. ¿Por qué no?

—¿Podríamos? ¿Cómo? —preguntó ansioso.

—Tu hermana sabe cómo. Pregúntale a ella.

—¡Bah! Esa no me dice nada.

—Sí te lo dirá. Pregúntaselo.

—Bueno, se lo preguntaré —accedió sin muchas esperanzas, pero con algo de optimismo—. Y ahora me voy. Seguramente estarán esperándome asustados porque no saben dónde estoy —explicó bajando los escalones—. Adiós, señor —agregó amablemente.

—Hasta luego, coronel.

«Mañana veré su cicatriz», iba pensando con deleite. «Me pregunto si Sis sabe en realidad cómo conseguir soldados».

«Esa no sabe nada, pero tal vez sepa algo de eso. Desde luego las mujeres nunca saben nada de nada, así es que no confío en que me ayude a conseguir soldados para que vivan en mi casa. De todas maneras, mañana veré su cicatriz».

La chaquetilla blanca de Tobi apareció como un espectro en la noche joven mientras el pequeño Robert subía los escalones de su casa hacia el rectángulo amarillo de la iluminada puerta. La voz del negro se dejó oír con sus cadencias melosas, aun cuando regañaba:

—¿Por qué no llega a la hora de cenar? Su mamá le va a tirar de los pelos y a mí también si llega tan tarde como ahora. Me ha ordenado que lo buscara y que lo llevara a lavarse antes de ir al comedor. Vaya al baño y yo les diré que ha llegado.

Con paso rápido caminó por el corredor en dirección al cuarto de baño, pero se detuvo ante la puerta del dormitorio de su hermana para gritar por la cerradura:

—Sis, Sis, mañana veré la cicatriz. Para que lo sepas.

Poco después, lavado y hambriento, entró en el comedor. Andaba de lado, luego de frente, otra vez de lado y a continuación para atrás, desarrollando así una intrincada maniobra que había premeditado para que nadie pudiera verle el pantalón roto. Bajó los ojos mirando el mantel para no encontrarse con la mirada severa de su madre.

—Robert. ¿Dónde has estado?

—Me he encontrado a un soldado, mamá, y me ha dicho que también nosotros podíamos tener un soldado aquí en casa.

—¿Un qué? —preguntó su padre, detrás de una cortina de humo.

—Un soldado.

—¿Soldado?

—Sí, señor. Él me lo ha dicho.

—¿Quién?

—Ese soldado que vive donde está Donald. Me ha dicho que nosotros también podemos tener soldados viviendo aquí.

—¿Cómo?

—No ha querido explicármelo. Pero me ha dicho que mi hermana Sis sabía cómo conseguimos un soldado por lo menos. El señor y la señora Saunders se miraron significativamente por encima de la ensortijada cabeza del joven Robert, que se había inclinado sobre el plato, engullendo la sopa con mucho ruido.

3

A bordo del «Frisco Limited».

Missouri, 2 abril de 1919

Querida Margaret:

Quisiera que me echaras tanto de menos como yo a ti. Bueno, te diré que no me divertí mucho en San Luis. Estuve nada más que medio día. Esta no es más que una nota breve para recordarte que tienes que esperarme. Me dio mucha pena tener que dejarte tan pronto después de lo que pasó entre nosotros. Una vez haya visto a mi madre y atendido algunos asuntos de negocios, volveré a tu lado inmediatamente. Trabajaré como un condenado para ti, Margaret. Este endemoniado tren se mueve tanto que no puedo escribirte más extensamente, aunque quisiera. Bueno, dale mis saludos a Gilligan y dile que no se rompa las costillas sacando pecho hasta que yo llegue. Te amaré siempre.

Con amor:

Julián.

—¿Cómo se llamaba aquel niño, Joe?

La señora Powers, esbelta y elegante dentro de uno de sus sencillos vestidos oscuros de líneas rectas, estaba reclinada sobre el barandal de la terraza, tomando el sol. La juguetona brisa matutina revolvía la tela de su falda como una corriente de agua que llevara el sol con ella. En la cúpula y en la aguja del campanario, las palomas parecían mosaicos de plata o pinceladas de pintura suave. El declive del prado, desde el borde de la terraza hasta la verja, extendía su superficie gris por el rocío, con la mancha violenta de un negro en camiseta y pantalones azules que empujaba una máquina de cortar el césped, la cual dejaba tras sí una franja más oscura, como si estuviera desenrollando una alfombra. De las hojas giratorias surgía

una fuente de agujitas verdes que se quedaban pegadas a los pantalones del negro.

—¿Qué niño?

Gilligan estaba incómodo dentro de su traje nuevo de gruesa sarga y el cuello almidonado, y, sentado en los escalones, fumaba pensativamente un cigarrillo. Por toda respuesta, ella le entregó la carta, y él, haciendo correr el cigarrillo por los labios hasta dejarlo en la comisura izquierda y entrecerrando un ojo para librarlo del humo, leyó la carta de cabo a rabo con mucha parsimonia.

—Se llama Lowe. Yo le llamaba campeón.

—Sí, naturalmente: Lowe. Desde que nos dejó he tratado muchas veces de recordar su nombre y nunca había conseguido hacerlo.

Gilligan devolvió la carta.

—Un buen muchacho, ¿no es cierto? Tú rechazaste mis más afectuosos sentimientos para aceptar los suyos, ¿recuerdas? La falda mecida por el viento acariciaba sus largas piernas. —Vamos al jardín. Tengo ganas de fumar un cigarrillo.

—Puedes fumártelo aquí. Al pastor no le importa, te lo aseguro.

—Ya sé que no, pero lo hago en consideración a sus feligreses. ¿Qué pensarían al ver una mujer alta y morena fumando un cigarrillo en la terraza de la rectoría a las ocho de la mañana?

—Dirían que eres una de esas francesas... o qué sé yo, que el tooniente te ha traído consigo y nada más. Tu buen nombre quedaría hecho polvo después de que las gentes se ocuparan un poco de ti.

—Mi buen nombre es asunto tuyo, no mío, Joe.

—¿Asunto mío? ¿Qué quieres decir con eso?

—Siempre son los hombres los que se ocupan por el buen nombre de las mujeres, porque son ellos los que nos dan ese buen nombre. A nosotras, en realidad, no nos interesa mucho. Lo que tú entiendes por un buen nombre, es para nosotras como un vestido demasiado transparente para poder usarlo con comodidad. Ven, vamos al jardín.

—Tú no crees ni una palabra de lo que estás diciendo —espetó Gilligan, y ella sonrió débilmente sin volver la cara hacia él.

—Ven —repitió bajando las escaleras.

Dejaron atrás un delirio de gorriones y el dulce aroma de la hierba seca, para internarse por un sendero de piedrecillas grises, entre dos hileras de rosales. El sendero pasaba bajo el puente de dos encinas arqueadas y seguía después un muro donde se agrupaban otras rosas.

Gilligan caminaba a sacudidas y con tiento, siguiendo los pasos largos de Margaret. Siempre que estaba entre flores se sentía incómodo, como si hubiera entrado en una habitación llena de mujeres; le venía un extraño malestar y se preocupaba por su cuerpo y por su andar desmañados; le parecía estar caminando

sobre arena. Por todo esto, tenía la seguridad de que no le gustaban las flores.

La señora Powers, por el contrario, estaba a sus anchas, oliendo el aire, tocando el rocío sobre los capullos y las hojas con la punta de los dedos. El sendero se perdía entre los macizos de violetas al torcer hacia una cerca que encerraba a las lilas. Se detuvo al lado de un banco de hierro verde bajo la magnolia, mirando el follaje verde oscuro, de donde salió revoloteando un pajarillo.

—Allí hay uno, Joe, mira.

—¿Un qué? ¿Un nido?

—No, un capullo de magnolia. Es pequeñito, pero en una o dos semanas se abrirá. ¿Conoces los capullos de magnolia?

—Claro. No sirven para nada si los cortas. Apenas los tocas, se vuelven negros donde los has tocado. Se marchitan.

—Eso sucede con todas las cosas, ¿no te parece?

—Sí, pero muy pocos lo saben. ¿Crees que el tooniente Mahon lo sabe?

—No sé... Me pregunto si tendrá la oportunidad de llegar a tocar esta flor.

—¿Para qué querría tocarla? Ya tiene una que se le está poniendo negra entre las manos.

Al principio le miró sin comprender. Sus ojos negros, su boca roja como una flor de granado. Después exclamó:

—¡Ah, sí...! Magnolia... Yo la hubiera comparado más bien con... una orquídea o algo parecido. De manera que a ti te parece una magnolia, ¿eh?

—No sé, pero una orquídea de ninguna manera. Dicen que las orquídeas son raras, pero las encuentras en todas partes; sin embargo, una como ella no la encontrarás ni en Illinoi (Illinois) ni en Dinver (Denver).

—Debes estar en lo cierto. No puede haber otra como ella en parte alguna.

—No sabría decirlo, pero si no hay ninguna, ya hay una de más.

—Sentémonos aquí, Joe. ¿Dónde está mi cigarrillo?

Sentada en el banco verde, alargó el brazo hacia él para tomar el cigarrillo que le ofrecía de su paquete. Se lo encendió antes de sentarse a su lado.

—Así es que, según tú, no se casará con Donald.

—Ahora no estoy muy seguro. Estoy cambiando de parecer sobre el asunto. Creo que no querrá perder la oportunidad de casarse con lo que considera un héroe, aunque sólo sea para evitar que otra se lo lleve.

(«Me refiero a ti», pensó).

(«Se refiere a mí», se dijo ella).

—No se casará con él si sabe que está a punto de morir —aseguró la señora Powers.

—Pero ¿qué sabe ella lo que es morir? Te aseguro que no es siquiera capaz de imaginar que puede envejecer y, por supuesto no le pasará por la cabeza el

pensamiento de que pueda morir alguien que le interese vivo. Te apuesto lo que quieras a que ya tiene la certeza de que le podrán remendar la cara para que no se le vea la cicatriz.

—Joe, eres un sentimental. ¿Supones que se casará con él porque se lo prometió, porque él confía en ella y porque es una «buena mujer»? Joe: eres un ángel.

—No, señora —replicó con calor—. Soy malo como un demonio y tan duro como el que más: tengo que ser así —vio con asombro que ella se estaba riendo y también sonrió complacido—. Bueno. Te estás burlando de mí, ¿eh? De todos modos, ahora no es esa muchacha lo que me preocupa. Es el viejo pastor. ¿Por qué no le dijiste que su hijo estaba muy enfermo antes de que lo viera?

Ella respondió con mucha femineidad:

—¿Y por qué me mandaste a mí por delante en vez de venir tú mismo? Te advertí que echaría a perder las cosas.

Lanzó el cigarrillo enérgicamente sobre el césped y puso la mano en uno de sus brazos.

—No me atreví, Joe. ¡Si hubieras visto su cara; si lo hubieras oído hablar! Parecía un niño, Joe. Me enseñó todas las cosas de Donald: fotografías, un rifle de juguete, una prenda de mujer y hasta un capullo de jacinto que se había llevado a Francia. Y allí estaba aquella muchacha y todos los demás. Sencillamente, no pude decir nada. ¿Crees que hice mal?

—Ahora no tiene importancia. Sin embargo, me pareció una crueldad dejar que se enterara tan bruscamente, en la estación, delante de todo el mundo. De todas maneras nos las arreglamos como mejor pudimos, ¿no es verdad?

—Sí. Siempre hemos hecho lo que nos parecía mejor para él. Yo quisiera poder hacer un poco más.

Su mirada se perdió en la luz y fue más allá de los árboles, donde las abejas estaban ya trabajando. A lo lejos, al otro lado del jardín y de la calle, y tras otro muro cubierto de hiedra, asomaba la copa de un peral como un candelabro de muchas ramas, donde se apiñaban las flores blancas, blancas... Se estremeció al salir de su sueño y cruzó las piernas.

—Y aquella muchacha, desmayándose y gritando. ¿Qué te pareció...?

—Eso ya lo esperábamos. Mira, por ahí viene Otelo, como si estuviera buscándonos.

Se quedaron mirando al negro, que poco antes habían visto empujando la máquina de cortar el césped y que ahora avanzaba por el sendero de piedrecillas grises, arrastrando sus zapatones anchos. Al verlos se detuvo.

—*Seor Gillium, seor*. El reverendo dice que si puede ir para allá. Está en la casa.

—¿Yo?

—¿Es *usté* el *seor Gillium*?

—Sí, claro. —Se levantó—. Con tu permiso. ¿Vienes tú también?

—Ve a ver lo que quiere. Yo iré dentro de un rato.

El negro arrastraba los pies delante de él y la máquina de cortar la hierba había reanudado su canto metálico cuando Gilligan subía los escalones de piedra hacia el pastor, que le esperaba en la terraza. Su rostro envejecido estaba tranquilo, pero, evidentemente, había dormido mal.

—Discúlpame si te molesto, amigo mío; pero Donald se ha despertado y yo no estoy familiarizado con sus ropas y manera de vestirlo. Todas sus ropas de civil las regalé cuando... cuando...

—Naturalmente, señor —respondió Gilligan sintiendo gran piedad ante el rostro gris del anciano—. ¡No lo reconoce todavía! Le ayudaré con mucho gusto.

El pastor, con sus movimientos torpes, hubiera querido seguirle, pero Gilligan ya estaba subiendo las escaleras con largas zancadas. Vio venir a la señora Powers por el sendero del jardín y bajó hacia el prado para reunirse con ella.

—¡Buenos días, señor! —respondió ella alegremente después de que el anciano la hubo saludado—. He estado admirando sus flores y espero que usted no me reprenderá por ello.

—De ninguna manera, de ninguna manera, mi querida señora. Un viejo como yo siempre se siente halagado cuando se admiran sus flores. Los jóvenes están convencidos de que sus emociones son las únicas cosas dignas de admiración: las muchachas usan los vestidos de sus hermanas mayores, no porque los necesiten, sino para divertirse o tal vez para despertar en ellas la ilusión del hombre que admiró en otra aquel vestido; pero cuando envejecemos, pierde toda importancia lo que somos para dar lugar a lo que hacemos. Yo nunca he podido hacer nada, excepto cultivar flores, y creo que ese orgullo que tengo es un sentimiento puramente femenino, que ha crecido oculto en mí. Había pensado envejecer con mis libros y entre mis rosas: habría leído hasta que mis ojos no pudieran resistir la lectura, y después me hubiera sentado al sol. Ahora, como mi hijo ha regresado, tengo que dejar todo eso para más adelante. Tengo verdadera ansiedad de que usted vea a Donald esta mañana. Advertirá en él una notable mejoría.

—Sí, por supuesto, tiene que ser así —asintió ella, dominada por unos deseos locos de echarle los brazos al cuello. ¡Pero era tan grande y estaba tan absorto en su esperanza!

En el ángulo de la casa crecía un arbolillo de hojas minúsculas, con el revés plateado, cual gotas de lluvia, como un remolino de gotas suspendido para siempre en el aire. El pastor le ofreció el brazo con su galantería pesada.

—Entremos, que nos espera el desayuno.

Emmy se había adelantado con narcisos y rosas rojas que reflejaban en un vaso el rojo de las fresas servidas en tazones azules. El pastor retiró una silla de la mesa,

ofreciéndosela.

—Cuando estamos solos, Emmy se sienta aquí, pero siempre muestra una extraña resistencia a sentarse en la mesa con extraños. No lo entiendo.

La señora Powers se sentó y Emmy se asomó a la puerta y desapareció inmediatamente y sin razón aparente. Por fin se oyeron pasos lentos en la escalera y, por la puerta abierta, vio sus piernas y luego los dos cuerpos y después la espalda del pastor, que se había levantado para recibirlos en la puerta.

—¡Buenos días! —dijo Donald, mientras miraba a su padre. (¿Es mi padre? Sí, tooniente. Es él).

—Buenos días, señor.

El pastor se quedó de pie, tenso, nervioso e impotente, mientras Gilligan sentaba a Mahon frente a la mesa.

—Aquí está también la señora Powers, tooniente.

Pasó su mirada incierta por el rostro de la mujer.

—Buenos días —dijo, volviendo la mirada a su padre.

Ella bajó los ojos, sintiendo la humedad de las lágrimas en las pestañas. «¿Qué podría hacer yo?», pensaba. «¿Qué podría hacer yo?».

Trató de comer las fresas, pero no pudo, porque estaba mirando las manos febriles de Mahon acariciando los cubiertos, tanteando disimuladamente el borde del plato con la punta de los dedos. Apenas comía. También veía a Gilligan usando saludablemente el tenedor y el cuchillo y al pastor, que con las manos cruzadas sobre el plato observaba todos los movimientos de su hijo con oscura desesperación.

Emmy apareció de nuevo, con platos limpios. Mirando para otro lado, los puso sobre la mesa sin fijarse dónde, y estaba a punto de regresar a la cocina, precipitadamente, cuando el pastor la retuvo con un gesto de su mano. Quedó inmóvil, tiesa, llena de temor, con la cabeza baja.

—Aquí está Emmy, Donald.

Mahon levantó la cabeza y posó su vaga mirada sobre el rostro de su padre. Luego sus inexpresivos ojos rozaron las saludables mejillas de Gilligan y regresaron a su plato, mientras subía lentamente la mano hacia su boca. Emmy permaneció como estaba durante algunos segundos; se le hicieron grandes los ojos negros y la sangre abandonó su rostro lentamente. Luego puso el revés de su mano, ajada y roja, sobre la boca y huyó empujando con su cuerpo la hoja de la puerta.

«No puedo soportar esto». La señora Powers se levantó sin que lo notara nadie excepto Gilligan y la siguió por la puerta de la cocina. Sobre una mesa estaba echada la pobre Emmy con la cara oculta entre los brazos. «¡Qué posición tan incómoda para llorar!», pensó, abrazándola. La muchacha se estremeció sobresaltada y se incorporó mirándola con temor. Su cara estaba roja por el llanto, húmeda, brillante y fea.

—No me ha dicho nada —murmuró entre sollozos.

—Ni siquiera conoce a su padre, Emmy. No seas tonta. Sostenía a la atribulada sirvienta por los codos, oliendo el aroma familiar del jabón ordinario.

—¡A mí, a mí! ¡Ni siquiera me ha mirado! —repetía.

Estuvo a punto de preguntar por qué tenía que reconocerla especialmente a ella, pero se lo impidieron sus sollozos desgarrados y las sacudidas de su fibroso cuerpecillo; se lo impidieron la hermandad de las lágrimas con las lágrimas y el deseo infinito de pertenecer a alguien, el ansia de abrazarse al pecho de cualquiera, luego de haber sido ambas, durante tanto tiempo, propiedad de los demás.

Frente a la ventana de la cocina se recortaba contra el cielo claro una rama nueva con un gorrión encima, y pegada, abrazada a Emmy, sintiendo el peso de su cuerpo y de su dolor compartido, saboreó una amarga oleada de lágrimas en la garganta.

«¡Maldita, maldita, maldita sea!», se dijo, dando golpecitos sobre la espalda angulosa.

4

El señor Saunders vio la alta figura del pastor frente a la oficina de correos formando el centro de un círculo de curiosos. La reunión era verdaderamente representativa, porque abarcaba todas las profesiones y, además, presentaba gran abundancia de esas inevitables comunidades de tipos mal vestidos, sin corbata, obreros de «mono» camino del taller, y mujeres con delantal, de vuelta del mercado; seres que parecen no tener prisa y a quienes cualquier suceso fuera de lo común atrae —desde la captura de un perro perdido y la caída de un negro con ataques de epilepsia, hasta el descubrimiento de que otro negro sabe tocar la armónica o que una señora gorda se dislocó el tobillo— en aquella pequeña ciudad del Sur, lo mismo que en cualquier otra del Norte, o las del Este, para el caso.

—Sí, sí, una grata sorpresa —estaba diciendo el pastor—. Yo no tenía la más leve sospecha, ningún indicio, hasta que llegó una amiga suya, con quien estaba viajando (todavía no está muy bien, ¿comprendes?) para anunciarme su llegada.

(Uno de esos tipos que manejan los aeroplanos).

(Eso es lo que yo digo: si el Señor tuviera intención de que las gentes volaran por el aire, Él les hubiera dado alas). (Bueno, por lo menos éste estuvo más cerca del Señor de lo que tú puedas estarlo en toda tu cochina vida).

La fila exterior del círculo se abrió para dar paso al señor Saunders.

(Por lo menos más cerca de lo que ese tipo pueda estar. Hereje).

Esta observación la había hecho un bautista.

El señor Saunders extendió la mano.

—Vaya, reverendo, le felicito. Estamos encantados con las buenas noticias.

—¡Ah, buenos días, buenos días! —El pastor tomó la mano extendida hacia él,

apretándola entre las suyas—. Sí. Fue una sorpresa para todos. Yo estaba ansioso por verlo. ¿Cómo está Cecily?

La pregunta fue hecha en voz baja, aunque de ello no había ninguna necesidad, porque a los dos caballeros ya nadie los atendía. Alrededor de la oficina de correos se había originado un movimiento inusitado. La correspondencia acababa de llegar, puesto que la ventanilla se había abierto, e incluso aquellos que no esperaban ninguna noticia y que no habían recibido carta en muchos meses, parecían estar seguros de recibir algo en ese momento. Las noticias propagadas por el viejo pastor habían pasado a segundo término ante la perspectiva de recibir una comunicación personal.

Charlestown, como muchísimas otras ciudades pequeñas del Sur, había sido construida alrededor del vallado que encerrara a los caballos y mulas de los primeros labradores. En el centro de la plaza estaba el palacio de justicia, un sencillo edificio de ladrillos y dieciséis bellas columnas jónicas manchadas por varias generaciones de fumadores que escupían sobre ellas al pasar. Viejos olmos rodeaban el edificio y, bajo los árboles, sobre bancos de madera carcomidos y labrados con iniciales, corazones y nombres olvidados, los padres de la ciudad, progenitores de las leyes y de los ciudadanos que creían en Tom Watson y sólo temían a Dios y a la sequía (incluyendo la ley seca), descansaban bajo sus corbatones de lazos negros y sus gastadas e inútiles medallas de los Estados Confederados de América. Como aquellos señores no tenían que dar la impresión de que estaban ocupados, dormitaban bajo los olmos o meditaban durante largos y claros días, mientras su descendencia, de todas las edades, pero no tan vieja como para dormir en público, jugaba al ajedrez, mascaba tabaco y charlaba. Un joven abogado, el empleado de la tienda de comestibles y dos tipos no individualizados, arrojaban discos de metal en pequeños agujeros abiertos en la tierra, bajo los olmos. Sobre todo eso, se extendía el temprano abril, dulcemente impregnado de atardecer.

Todos, sin embargo, tenían una palabra amable para el pastor, que pasaba del brazo del señor Saunders. Hasta los adormilados caballeros de la vieja generación se despojaban del sueño ligero de los ancianos y salían de rincones ensombrecidos para preguntar por Donald. Su marcha era casi triunfal.

El señor Saunders caminaba al lado suyo, devolviendo los saludos con aire preocupado. «Condenadas mujeres», gruñía para su fuero interno. Pasaron frente el pedestal de piedra que sostenía a un viejo soldado de la Confederación exhibiendo sus ojos de mármol perennemente rígidos en eterna contemplación.

En ese momento, el pastor repitió su pregunta y el señor Saunders contestó:

—Esta mañana se encuentra mucho mejor. Fue una lástima que se desmayara ayer, pero no es una muchacha fuerte, ¿sabe usted?

—Sí, por supuesto. Esto era de esperar. Su llegada repentina, inesperada, nos asustó a todos. Hasta el mismo Donald comprende eso, estoy seguro.

Los árboles tendían arcos verdes sobre la calle y formaban un túnel verde y de tranquilidad inmovible; las baldosas de la calle estaban manchadas de sombras. El señor Saunders sintió la necesidad de limpiarse el cuello con el pañuelo, encontrándose con dos cigarros, que sacó para ofrecer uno al pastor. Este lo rechazó con un gesto de la mano. ¡Condenadas mujeres! ¡Minnie tendría que estar aquí!

El pastor iba diciendo:

—Afortunadamente, vivimos en una ciudad hermosa, señor Saunders. Estas calles, estos árboles... Esta quietud es precisamente la que Donald necesita.

—Sí, sí. Eso es lo que necesita.

—Tanto usted como la señora Saunders podrían venir a verle esta tarde. Yo los esperaba anoche, pero recordé que Cecily estaba indispuesta. De todas maneras, fue mejor que no vinieran ayer. Donald estaba muy cansado y la señora P... Me pareció mejor llamar al médico (sólo como medida de precaución) y éste recomendó que Donald se fuera a la cama.

—Sí, sí. Ciertamente. Nosotros teníamos la intención de ir a saludarles anoche; pero, como usted dice, consideramos su estado, su primera noche en casa y también el nerviosismo de Cecily.

Podía sentir la disgregación de sus fibras morales. Sin embargo, durante la noche pasada el sentido de la gestión que le había sido encomendada le había resultado muy claro y lógico. Su mujer le había recordado sus deberes y presentó diversos argumentos definitivos, dándole, por fin, como prueba concluyente la imagen de una hija echada sobre el lecho y sacudida por el llanto. «¡Condenadas mujeres!», se repetía por tercera vez. Exhaló una bocanada de humo y arrojó el cigarro casi entero, disponiéndose a jugarse el todo por el todo.

—Acerca de ese compromiso, reverendo...

—¡Ah, sí!, yo también estaba pensando en ello. ¿Sabe usted? Creo que Cecily es la mejor medicina para él. ¡Un momento, por favor! —como si el otro hubiera querido interrumpirle—. Naturalmente la pobre muchacha necesitará tiempo para acostumbrarse a su... a él. —Se enfrentó con su interlocutor—. Tiene una cicatriz, ¿sabe usted? Confío en que puedan disimulársela, aunque estoy seguro de que Cecily llegaría a habituarse a ella. A decir verdad, dependo únicamente de ella para que haga de mi hijo un hombre nuevo en poco tiempo.

El señor Saunders se dio por vencido. «Mañana —se prometió a sí mismo—. Mañana se lo diré».

—Es natural que ahora esté un poco confundida —siguió diciendo el pastor—, pero ya se le pasará, y él, con un poco de cuidado, de atenciones y, sobre todo, con Cecily, quedará curado muy pronto. ¿Sabe usted —posó de nuevo sus ojos bondadosos sobre el señor Saunders—, sabe usted que ni siquiera a mí me conocía esta mañana cuando he entrado en su dormitorio? Después ha sabido quién era. Su

mal estado actual es pasajero, yo se lo aseguro. Además, era de esperar. ¿No cree usted que era de esperar?

—Así es. Pero, ¿qué le sucede? ¿Por qué está así?

—No quiere hablar. Su amigo, que es el que le trajo a casa, asegura que no lo sabe, que no recuerda. Esto sucede a menudo en la guerra, según me dice el joven, que también es soldado. Dice que algún día lo recordará todo. Donald perdió todos sus papeles de identidad y sólo conserva el certificado de un hospital británico dándole de alta. Pero, ¿no estaba usted diciendo algo sobre el compromiso? Disculpe mi interrupción.

—No tiene importancia. No era nada.

El sol estaba sobre sus cabezas: era casi mediodía. Encima de la línea del horizonte se levantaban unas nubes pesadas, como crema batida, presagiando lluvia para aquella tarde. Sin que el pastor lo esperase, el otro habló:

—A propósito, reverendo, ¿permite que me detenga en su casa para saludar a Donald?

—¡Naturalmente, señor Saunders! ¡Encantado! Le gustará ver a un viejo amigo. ¡Por cierto que sí, señor Saunders! Las nubes se estaban amontonando unas sobre otras. Pasaron ante el campanario y cruzaron el prado. Al subir las escaleras de piedra que conducían a la terraza de la rectoría, vieron a la señora Powers allí sentada con un libro entre las manos. Levantó la vista e inmediatamente supo quién era la visita al notar la semejanza del padre con la hija, y la presentación del pastor: «Aquí está un buen amigo de Donald, el señor Saunders», fue innecesaria. Se puso en pie, cerrando el libro sobre el índice.

—Donald está acostado. Me parece que el señor Gilligan le acompaña. Con permiso, voy a ver.

—¡No, no! ¡Por favor! —protestó el señor Saunders con vehemencia—. No quiero que lo molesten. Volveré después.

—¿Después de haber venido expresamente a verlo? Quedará muy apenado si no sube a saludarlo. A un buen amigo siempre se le puede recibir. Usted me ha dicho que el señor Saunders es un buen amigo de Donald, ¿no es verdad, reverendo?

—Sí, desde luego. Es el padre de Cecily.

—Entonces tiene que subir a ver a Donald.

Ella puso una mano sobre el brazo del señor Saunders para conducirlo.

—No, señora. ¿Cree usted, reverendo, que será prudente molestarlo ahora?

Hizo la pregunta al pastor con la esperanza de que lo salvara del difícil trance.

—Bueno. Tal vez usted tenga razón. Venga esta tarde con la señora Saunders.

Pero ella intervino obstinada:

—Vamos, vamos, reverendo. Usted sabe que Donald quiere ver al padre de la señorita Saunders a cualquier hora.

Con mano firme lo condujo hasta la puerta empujándole suavemente a través de ella, y adelantándose, después, por la escalera, seguida por el pastor y el señor Saunders. A sus golpecitos en la puerta respondió Gilligan, y ella la abrió, haciéndose a un lado.

—Aquí está el padre de Cecily para ver a Donald, Joe —dijo. Al abrirse la puerta se había inundado de luz el estrecho y oscuro corredor, y al cerrarse nuevamente, quedó privado de toda claridad, pero avanzando con cuidado en la incierta penumbra, descendió las escaleras lentamente. Hacía rato que el negro jardinero reposaba. Ahora se podía ver su máquina apoyada contra un árbol y a su conductor acostado sobre el césped con una rodilla levantada. Por la calle pasaban con exasperante lentitud los niños negros, que si bien estaban sujetos a un horario determinado, no parecían tener premura en ponerlo en práctica ni ansias de aprender. Iban y venían de la escuela a cualquier hora, llevando cestas y valijas con grandes rebanadas de pan con melaza y manteca. Algunos llevaban también libros. Por lo general, el almuerzo se devoraba en el trayecto a la escuela, cuyo profesor, un negro gordo con un lazo de seda negra en el cuello y una ligera chaqueta amarilla, solía tomar una línea de cualquier libro, desde la guía de teléfonos para abajo, y hacerla leer a los chiquillos hasta que todos la repetían a coro y de memoria. Después, los dejaba libres el resto del día.

Las gruesas nubes formaban altas montañas y habían adquirido tintes violáceos, haciendo más vivo el azul de las lagunas del cielo que dejaban entre ellas. El aire se cargaba y su soplo era espeso y opresivo. La torre de la iglesia, con su aguja, había perdido la perspectiva y se recortaba en el cielo violeta como una silueta de metal y cartón de dos dimensiones.

Las hojas de los árboles colgaban de las ramas, mustias; parecía que alguien les reclamaba la vida antes de habérsela dado por entero. La señora Powers, apoyada contra el marco de la puerta, oía el ruido que hacía Emmy colocando los platos en la mesa del comedor, y no se movió hasta que llegaron a sus oídos las voces que esperaba escuchar.

—... esta tarde vendrán usted y la señora Saunders, ¡ya está dicho!

Era el pastor quien hablaba cuando aparecieron por la puerta.

—Sí, señor. Así es —respondió el señor Saunders con indiferencia.

Sus ojos encontraron los de la señora Powers. «¡Cómo se parece a su hija!», pensaba ésta y su corazón se apretaba de angustia. «¿Habré vuelto a cometer una tontería?». Le examinó atentamente el rostro y luego suspiró con alivio.

—¿Cómo lo encontró usted, señor Saunders? —preguntó.

—Muy bien, considerando las circunstancias y su largo viaje. Muy bien.

El pastor entró en la conversación, porque no podía quedarse callado con la felicidad rebotándole del cuerpo:

—Ya lo había notado yo esta mañana; me refiero a su mejoría. Y usted también,

señora Powers, ¿no es cierto? —Sus ojos imploraban confirmación a sus palabras y ella asintió—. Debería haberlo visto ayer para darse cuenta de los maravillosos progresos hechos por su salud, ¿eh, señora Powers?

—Sí, señor; así es. Todos hemos comentado esta mañana la mejoría que se ha operado en él.

El señor Saunders, tomando el sombrero que había dejado sobre una silla al entrar, se encaminó hacia los escalones.

—Bueno, reverendo. Me alegro de que tenga al muchacho otra vez en casa. Nos alegramos mucho de ello, tanto por nosotros como por usted. Si hay algo en que podamos servir, no tiene más que decirlo —agregó con la cordialidad del buen vecino.

—Gracias, muchas gracias. No dudaría en pedirselo. Pero Donald estará pronto en situación de bastarse a sí mismo, siempre que siga las órdenes del doctor y para eso dependeremos de usted, ¿sabe?

Su voz era jovial y risueña, y sus guiños querían ser picarescos.

El señor Saunders añadió un complemento destinado a la hilaridad de los presentes, pero no hizo reír a nadie:

—Sí, señor. Ya entiendo. Tan pronto como la muchacha esté tranquila, seremos nosotros, su madre y yo, los que dependeremos de usted para que nos preste a Cecily de vez en cuando.

—Bueno, yo creo que llegaremos a un acuerdo... especialmente tratándose de un buen amigo.

El pastor rio estruendosamente. La señora Powers los miró sonriendo y alzó los hombros de manera casi inconsciente. El temor la invadió de pronto. «¡Se parecen tanto! Ella y su madre pueden hacerle cambiar de idea». Precipitadamente se acercó al señor Saunders.

—Le acompañaré hasta la verja, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, señora. Estaré encantado.

El pastor se quedó junto a la puerta, sonriendo complacido, mientras ellos bajaban los escalones cogidos del brazo.

—Siento mucho que no se quede a cenar —dijo, despidiéndolos con la mano en alto.

—Otra vez será, reverendo. Mi esposa está esperando —gritó el señor Saunders.

—Sí, otra vez será —murmuró el pastor para sí, entrando en la casa, mientras ellos cruzaban el prado.

El señor Saunders se detuvo para mirarla severamente.

—No me gusta nada ese asunto —dijo—. ¿No hay alguien que sea capaz de decirle la verdad sobre el estado del muchacho?

—A mí me gusta menos que a usted —respondió ella con firmeza—. Si hubiera

alguien que se lo dijera, ¿lo creería? ¿Ha sido preciso que alguien se lo dijera a usted para que comprendiera?

—¡Dios mío, no! Cualquiera puede darse cuenta de su estado. Yo, tan pronto como le he visto, me he sentido mal. Pero es que yo tengo un corazón de pájaro — agregó queriendo disculparse—. ¿Qué dicen los médicos?

—Nada definitivo, a no ser que ha perdido la memoria y que no recuerda nada de lo que sucedió antes del accidente. El hombre que hirieron está muerto y ésta es otra persona. Es como un niño que empieza a crecer. Lo más terrible es su enorme apatía, su visible abatimiento. Parece que no le importa dónde está ni lo que hace. Debe de haber ido rodando de mano en mano como una criatura de pecho.

—De su restablecimiento, ¿dicen algo?

Ella alzó los hombros.

—¿Quién puede decir nada sobre eso? Físicamente, no hay nada en él que un buen cirujano no pueda componer, si eso es lo que usted quiere saber.

Caminaron un rato en silencio. Luego, él añadió:

—De todas maneras, creo que deberían decírselo a su padre. —Ya lo sé; pero, ¿quién se encargará de ello? Además, ya que algún día lo tiene que saber, ¿por qué no dejarle que crea lo que quiera mientras pueda? El golpe no será más o menos fuerte en un momento dado. Es viejo y es tan bueno y está tan contento ahora. Además, Donald puede curarse, ¿sabe usted?

Mentía a sabiendas.

—Sí, es cierto. ¿Cree usted que curará?

—¿Por qué no? Es imposible que quede siempre como está ahora.

Habían llegado a la verja del jardín. Bajo sus manos, el hierro estaba áspero y tibio por el sol, pero en el cielo no había ya ni un pedacito de azul.

El señor Saunders, manoseando su sombrero, preguntó:

—Supongamos que no se cure. Entonces, ¿qué?

Ella se puso delante de él y lo miró frente a frente.

—Que se muera, ¿verdad? ¿No es eso lo que usted quiere dar a entender? — espetó brutalmente.

—Bueno, sí. Ya que usted misma lo dice.

—Eso es precisamente lo que quiero discutir con usted. Se trata de fortalecer su espíritu, eso que llaman moral, para darle alguna razón para... bueno, para vivir. ¿Quién podría hacer eso mejor que la señorita Saunders?

—Pero, señora, ¿no está usted pidiendo demasiado? Pide que arriesgue la felicidad de mi hija en una partida que bien puede darse por perdida antes de empezar.

—No me ha comprendido. Yo no pido que insista en mantener el compromiso matrimonial. Pero, ¿por qué no dejar que Cecily, la señorita Saunders, lo vea tan a

menudo como sea posible, que sea su novia, si es necesario, hasta que él vuelva a conocerla y haga un esfuerzo cualquiera por sí mismo? Entonces estará salvado. Después ya habrá tiempo para hablar de compromisos y de rompimientos. Piénselo, señor Saunders. Suponga que fuera su hijo. ¿Sería eso mucho pedir de un amigo?

Él se había quedado mirándola sorprendido.

—Tiene usted la cabeza bien puesta sobre los hombros, señora mía. De manera que yo tengo que influir para que Cecily venga a ver al muchacho a menudo, ¿no es así?

—Tiene que hacer más que eso: tiene que exigir que venga y que se porte con él exactamente igual que cuando se comprometieron. —Le agarró de un brazo—. No debe permitir que su madre lo convenza de lo contrario, ¿me entiende? ¡No debe permitirlo! Recuerde que él podría haber sido su hijo.

—¿Por qué cree que su madre va a hacer objeciones? —preguntó más sorprendido que nunca.

Ella sonrió débilmente.

—Olvida que yo también soy mujer. —Su rostro se ensombreció—. Usted no debe permitir que eso suceda, ¿me entiende? —Sus ojos suplicaban—. ¿Cuento con su promesa?

—Sí —concedió él mirándola de frente y tomando la mano que ella le ofrecía. Sintió que estrechaba la suya con fuerza, como un hombre.

—Tengo su promesa, entonces —murmuró la muchacha, mientras las gruesas gotas de lluvia que descendían de las nubes chocaban contra el suelo y las hojas de los rosales temblaban con la caricia de las mismas.

Se despidió con un gesto de la mano y echó a correr por el prado hacia la casa bajo los grises batallones de lluvia que corrían al asalto de la tierra. Sus largas piernas la llevaron en dos saltos hasta la escalera de la terraza y entró en la casa cuando la lluvia irrumpió sobre el prado como una formación de caballería con lanzas de plata.

5

El señor Saunders, echando una mirada intranquila al cielo oscuro, cerró precipitadamente la verja tras de sí y avanzó hasta encontrarse con su hijo que volvía de la escuela. El muchacho dijo sin siquiera saludarlo:

—¿Has visto la cicatriz, papá? ¿Has visto la cicatriz?

El hombre lo miró largo rato, sin responder a aquella inquieta miniatura y, repentinamente, cayendo de rodillas lo tomó entre sus brazos, apretándolo contra su pecho.

—¿Has visto la cicatriz! —dijo el joven Robert Saunders con voz acusadora, tratando de librarse del abrazo paterno, mientras la lluvia golpeaba las ramas de los

árboles, que se extendían sobre ellos.

6

Emmy tenía los ojos negros y profundos, semejantes a las semiesferas brillantes de los animalitos de juguete, y su cabello era un manojo de hebras tostadas por el sol y el viento, sin color determinado. Había algo salvaje o indómito en su cara y, sólo con verla, se suponía que aventajaba a sus hermanos en la carrera, el salto, la lucha y en trepar a los árboles y montañas; se la podía imaginar creciendo sin cuidado alguno, como un animal o como un cardo, en los umbrales de alguna cueva: no como una flor, pero tampoco como una fiera.

Su padre había sido pintor de carteles o de paredes, según la ocasión y con la inevitable tendencia de los pintores de paredes hacia el alcohol; tenía por costumbre golpear a su esposa. Esta, afortunadamente, no pudo sobrevivir al parto del cuarto hermano de Emmy, y, después de su muerte, su esposo desistió de la bebida durante el tiempo necesario para perseguir y cazar a una segunda esposa seca y huesuda que, sirviendo como instrumento de compensación, golpeaba a su marido con los leños de la estufa en sus momentos más benignos.

—Nunca te cases con una mujer —solía decir a la pequeña Emmy el molido pintor entre rudos mimos—. Si yo tuviera que nacer de nuevo, escogería un hombre sin lugar a dudas.

—¡Yo nunca me casaré! —se había prometido Emmy solemnemente, y había repetido este juramento muchas veces, sobre todo después de que Donald marchara a la guerra y las cartas que con tanto trabajo había escrito, quedaron sin respuesta. («Ahora ni siquiera me conoce ni quiere hablarme», pensó llena de amargura).

«Yo nunca me casaré», repetía, dejando caer los platos sobre la mesa. «Me moriré y ya está», agregó mirando por la ventana y viendo cómo empezaba a caer la lluvia gris y, sin embargo, brillante y luminosa como la plata. Semejaba un gran barco que avanzaba sobre el prado. El gran barco pasó ante sus ojos mientras apretaba contra el pecho el último plato que faltaba poner en la mesa. Roto el sueño, dejó el plato en su sitio y se acercó a la puerta del despacho donde todos se habían refugiado y esperaban sentados en silencio. Veía el agua correr por el cristal de las ventanas y oía caer la lluvia, imaginando un millón de pececitos corriendo por el tejado y sobre los árboles.

—¡Ya está la comida, tío Joe! —gritó desde la oscuridad del salón, al tiempo que echaba a correr hacia la cocina.

Antes de que hubieran terminado de almorzar, la tempestad había cesado. Los barcos de lluvia, empujados por el viento, se fueron hacia el Norte y dejaron tras sí tan sólo un murmullo de agua en las olas verdes de las hojas y alguna momentánea

caída de gotas, que semejaban duendecitos blancos corriendo por el césped, agarrados de la mano. Emmy no apareció con el postre.

La señora Powers se levantó.

—Voy a ver qué sucede —dijo.

—¡Emmy! —gritó el pastor, al mismo tiempo, y por segunda vez.

La cocina estaba vacía.

—¡Emmy! —llamó la señora Powers.

No hubo respuesta. Estaba a punto de regresar al comedor cuando un impulso la obligó a escudriñar detrás de la hoja de una puerta abierta en el fondo de la cocina. Rápidamente la movió, retirándola de la pared, y allí estaba Emmy mirándola con ojos de animal.

—Emmy, ¿qué te pasa? —preguntó.

Pero ella, sin decir nada, salió de su escondite y, tomando la bandeja donde estaban los platos del postre ya preparados, se la entregó.

—Es una tontería, Emmy, que te portes de esa manera. Tienes que darle tiempo para que se acostumbre de nuevo a vosotros.

Emmy se limitó a mirarla desde el otro lado de las fronteras de su desesperación y, en consecuencia, la señora Powers se llevó la bandeja con el postre al comedor.

—Emmy no se siente bien —explicó a los comensales.

—Me parece que la pobre trabaja mucho —dijo el pastor—. Siempre ha sido muy trabajadora, ¿te acuerdas, Donald?

El teniente Mahon levantó su extraviada mirada hasta el rostro de su padre.

—¿Emmy? —repitió.

—¿Te acuerdas de Emmy?

—Sí, señor —dijo con voz gutural y lejana.

7

Los vidrios de las ventanas, limpios de agua y de vapor, dejaban ver el jardín empapado por la lluvia que seguía cayendo en forma de finos hilos de plata.

Permaneció sentada ante la mesa, desmenuzando pedacitos de pan, después de que los hombres se fueron al despacho, hasta que Emmy, tras de asomar la cabeza, entró decididamente en la habitación. Entonces ella se puso de pie y le ayudó a llevar los platos sucios a la cocina, sin oír sus débiles protestas. Por el contrario, se levantó las mangas con decisión ante el fregadero.

—No, no. Déjeme a mí —protestó Emmy—. Se va a ensuciar el vestido.

—Es viejo; no importa si se ensucia.

—A mí no me parece viejo. Es muy bonito. Este es mi trabajo. Váyase y déjeme hacerlo.

—Ya lo sé, pero yo no puedo estar sin hacer nada. Me volvería loca. No te preocupes por mi vestido; yo no me preocupo.

—Usted es rica y no tiene por qué preocuparse —repuso Emmy fríamente, mirando con atención el vestido.

—¿Te gusta? —Emmy no respondió—. Creo que los vestidos sencillos, como éste, sientan bien a las mujeres como tú y como yo, ¿no es cierto?

—¡Yo qué sé! Nunca lo he pensado —replicó, abriendo el grifo para inundar la vajilla amontonada en el fregadero.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo la señora Powers a sus espaldas—. En mi maleta tengo un vestido nuevo que no me sienta bien. Cuando hayamos terminado de lavar la loza, subirás conmigo y te lo pruebas. Yo sé algo de costura y creo que podré arreglarlo para ti. ¿Qué te parece?

La espalda de Emmy se alzó imperceptiblemente.

—¿Para qué me servirá un vestido? No voy a ninguna parte y tengo ropa suficientemente buena para lavar, barrer y cocinar con ella.

—Sí, ya lo sé, pero siempre es bueno tener cosas bonitas para ocasiones especiales. Te puedo prestar mis medias y otras cosas, y también un sombrero.

Emmy echó una olla de agua caliente sobre los platos y nubes de vapor rodearon sus brazos colorados.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó de pronto comenzando a tutearla.

—Lo mataron en la guerra, Emmy.

—¡Oh! —exclamó y quedó callada, lavando los platos, hasta comprender lo que aquello significaba—. ¡Y tú tan joven y tan bonita!

Dejó de lavar para volverse a mirarla con una especie de sonrisa bondadosa: el mismo dolor. (Mi Donald también murió en la guerra).

La señora Powers aprovechó la oportunidad y se acercó inmediatamente al fregadero.

—Dame un trapo para secar la loza. Terminaremos pronto y subiremos a probarte el vestido.

Emmy sacó los brazos del agua y se los secó en el delantal.

—Espera, deja que traiga un delantal.

Un gorrión con las plumas mojadas se sacudía en la florecida rama que enmarcaba la ventana de la cocina. Emmy trajo un delantal limpio y la ayudó a ponérselo, atándole las cintas a la espalda. Las nubes de vapor volvieron a subir por sus brazos y la porcelana llegaba a las manos de la otra mujer, tibia y suave al tacto. El vidrio frotado por el trapo relucía como un diamante y una hilera de plata se apoderaba de la luz.

Al pasar frente a la puerta del despacho, vieron al pastor y su hijo de pie ante la ventana mirando en silencio al jardín y a Gilligan echado sobre el diván, fumando y

leyendo.

8

Emmy, vestida de nuevo de la cabeza a los pies, expresaba su agradecimiento con palabras entrecortadas.

—¡Qué bien huele la tierra mojada! —exclamó la señora Powers para interrumpirla—. Siéntate aquí conmigo un momento, ¿quieres?

Emmy, que estaba arrobada admirando las hermosas ropas que le había dado, despertó con sobresalto de su sueño de Cenicienta.

—No puedo —dijo—; tengo un montón de ropa para remendar. Casi lo había olvidado.

—Trae la ropa aquí y así podremos hablar mientras cosemos. Hace meses que no hablo con una mujer. Trae todo y déjame ayudarte.

Emmy la estaba mirando muy halagada.

—¿Por qué quieres hacer mi trabajo?

—Ya te he dicho que si no tengo algo que hacer acabaré por volverme loca. Vamos, Emmy, te lo pido como un favor, ¿quieres?

—Está bien. Voy a traer la ropa.

Recogió el vestido, las medias y los zapatos que se había quitado y salió de la habitación regresando a poco con un gran cesto lleno de ropa. Las dos mujeres se sentaron a ambos lados del cesto.

—¡Sus pobres calcetines de lana! —exclamó la señora Powers levantando con la mano un agujereado calcetín del pastor—. Parecen una red.

Emmy dejó escapar una risita nerviosa y breve y empezó a coser rápidamente. Caía la lluvia sobre el tejado mientras el montón de ropa limpia y remendada iba creciendo paulatinamente.

—Emmy —dijo de pronto la señora Powers rompiendo el silencio—. ¿Cómo era antes Donald? Tú le conoces desde hace mucho, ¿verdad?

La aguja de Emmy siguió yendo y viniendo con chispazos de plata y, transcurrido un tiempo prudencial, la señora Powers se inclinó sobre el cesto de ropa; entonces, poniendo la mano bajo su mentón, le levantó el rostro. Emmy torció ligeramente la cabeza y volvió a inclinarla sobre la costura. La señora Powers se levantó y corrió las cortinas oscureciendo la habitación, pero Emmy continuó cosiendo a tuestas hasta que la otra se acercó a ella y le quitó la aguja de la mano. Sólo entonces, como un animal herido, acorralado e indefenso, levantó la cabeza para mirar a su nueva amiga, con ojos en los cuales se traslucía toda la agonía de su desesperanza.

Tomándola por los brazos, la señora Powers la levantó y la mantuvo erguida.

—Ven, Emmy —dijo haciendo presión sobre los brazos, y sintiendo sus huesos

bajo los duros músculos. Sabía que, a falta de una cama o de un diván, cualquier posición reclinada conduciría a la confidencia y por eso la rodeó con su brazo por la cintura y la condujo a un viejo sillón amplio y profundo. Allí sentadas las dos muy juntas, dejando que el sonido monótono y lejano de la implacable lluvia llenara la habitación, Emmy relató su historia.

—Íbamos juntos a la escuela y allí nos encontrábamos cuando él iba a clase. Casi siempre hacía novillos. Nunca pudieron obligarlo a ir a la escuela. Andaba solo por el campo y, a veces, no aparecía en dos o tres días. También se iba por las noches. Fue una noche cuando él... cuando él...

Su voz se apagó y la señora Powers quiso ayudarla.

—¿Cuándo él qué, Emmy? ¿No crees que vas muy de prisa?

—A veces, cuando salíamos de la escuela, volvía a casa conmigo. Nunca quería llevar americana ni sombrero y su cara... su cara era... era como... como la de uno que vive siempre en los bosques, ¿me entiendes? No parecía que fuera a la escuela ni que tuviera que vestirse como los demás. Nunca se sabía cuándo se le podía ver. Entraba al aula a cualquier hora del día y muchas veces había sido encontrado muy lejos, en el campo, siendo ya noche cerrada. Algunas veces dormía en casa de los campesinos o de los peones, y otras, los negros madrugadores le veían dormido al borde de los canales o en las cunetas cubiertas de arena. Todos le conocían. Y entonces, una noche...

—¿Qué edad tenías?

—Yo tenía dieciséis años y él diecinueve. Una noche...

—Vas de prisa. Dime antes lo que sucedía entre tú y él. ¿Te gustaba?

—Me gustaba más que ninguno. Lo quería más que a nadie. Cuando éramos pequeños, los dos construíamos represas en un arroyo para desviar el agua hacia la hondonada de una peña formando un estanque donde íbamos a nadar todos los días. Era nuestro lugar secreto. Después nos tendíamos en una vieja frazada que él había llevado y dormíamos hasta despertar, regresando entonces a casa. En el verano estábamos juntos casi todo el día. Pero algunas veces se iba y nadie podía saber dónde estaba, hasta que una mañana alguien se detenía ante mi casa, llamándome. Lo malo era que yo siempre decía mentiras a mi papá cuando me preguntaba adonde había ido. Me disgustaba hacerlo y me sentía mal. Donald siempre se lo decía todo a papá. Él era más valiente que yo.

»Cuando cumplí catorce años, papá descubrió mis salidas con Donald y cómo yo le quería, y entonces me sacó de la escuela, dejándome encerrada en casa todo el día y toda la noche. Ya no podía ver a Donald. Papá me hizo prometer que no volvería a salir con él nunca, nunca más. Vino a buscarme una o dos veces y yo le dije, gritando desde la ventana, que no podía salir y él se fue. Pero una noche vino cuando papá estaba en casa.

»Salió corriendo y en la verja habló con él, diciéndole que no volviera por allí si no quería que le rompiera los huesos, pero Donald se quedó mirándolo, inmóvil, sin decir nada, sin contestar nada, ¿sabes?, pero mirándolo de arriba abajo como si papá fuera una mosca o cosa así. Entonces papá entró furioso en la casa, gritando que no iba a dejarse escupir por ninguno y que su hija no iba a andar sola con degenerados como aquel que siempre andaba medio desnudo. Me dio un bofetón y después dijo que lo perdonara y que lo sentía mucho y lloró (estaba borracho, ¿sabes?), haciéndome jurar otra vez que no vería a Donald nunca más en la vida. Yo juré, pero pensaba en cuánto nos habíamos divertido juntos y en cuánta falta me hacía. Yo quería morir.

»No volví a verle en mucho tiempo. La gente comenzó a decir que iba a casarse con esa... con esa... con ella. Yo sabía que no pensaba en mí, a él no le importaba nadie, pero cuando supe que iba a casarse con ella...

»Por las noches no podía dormir, y por eso, después de desnudarme, iba a sentarme a la puerta, en camisón, para pensar en él en la oscuridad. Fui muchas veces a mirar la luna, que se hacía más grande cada día. Y una noche, cuando la luna estaba muy grande y se podían ver todas las cosas, como de día, vi que alguien estaba parado ante la verja. Supe que era Donald y él supo que yo estaba allí porque me llamó: «Emmy. Ven aquí, Emmy».

»Yo fui hasta la verja. Fue lo mismo que en otros tiempos porque yo lo olvidé todo, hasta su matrimonio, y sólo recordé que todavía me quería, y que había venido a buscarme después de tanto tiempo. Me cogió de la mano y nos fuimos sin decir una palabra. Al poco tiempo llegamos al lugar donde se tuerce a la izquierda por entre los árboles y las malezas, dejando a un lado el camino, para llegar hasta nuestro estanque, y cuando nos arrastrábamos para cruzar el cerco de alambres de púas, mi camisón se enganchó.

»El agua se veía suave y brillante como la seda bajo la luz de la luna, y también la tierra parecía brillante y suave de manera que no se podía distinguir el agua de la arena. Nos metimos en el estanque y nadamos. Luego Donald salió para esconder sus ropas y cruzamos al otro lado del estanque, para subir hasta la cumbre de la colina. Todo estaba más bonito que otras veces y la hierba era suave y fresca bajo mis pies desnudos. Me acariciaba las piernas. De repente, Donald echó a correr. Yo podía correr igual que él cuando quería, pero, no sé por qué, aquella noche no quise hacerlo y preferí sentarme en la hierba. Podía verlo corriendo por la cresta de la colina. La luz de la luna caía sobre su cuerpo. Lo vi bajar por la colina en dirección al arroyo.

»Entonces me acosté sobre la hierba y no pude ver nada más que el cielo. No sé cuánto tiempo pasó hasta que de pronto vi su cabeza recortándose contra el cielo. Estaba mojado otra vez y yo podía ver la luz de la luna reflejada en sus hombros y en sus brazos. Me di cuenta de que me estaba mirando. No me era posible ver sus ojos,

pero los sentía como algo que me tocara. Cuando él te miraba una se sentía como un pájaro o una cosa chiquita que se levanta del suelo y se eleva por el aire. Pero aquella vez había algo más, algo distinto. Podía oírlo respirar fuerte por la carrera. Yo tenía miedo. Me parecía que todo se había muerto en el mundo.

»Y entonces él dijo:

»—¡Emmy, Emmy!

»Dijo algo más que no entendí y entonces... y entonces...

Emmy volvió la cabeza avergonzada, y la otra mujer la estrechó firmemente entre sus brazos.

—¡Y ahora ni siquiera me conoce, ni siquiera me conoce! —gimió.

La señora Powers la mantuvo abrazada hasta que terminó de llorar. Por fin, levantó la cabeza y se alisó el cabello que le había caído sobre la cara.

—¿Y entonces? —preguntó la señora Powers.

—Entonces nos quedamos allí, y yo me sentía muy bien y muy tranquila. Vinieron tres vacas, nos vieron y se fueron. Así pasó el tiempo, quedándome dormida.

»Me desperté cuando comenzaba a amanecer. Tenía calambres y sentía frío porque estaba mojada. Él se había ido. Pero yo sabía que volvería. Y regresó. Traía moras en las manos. Nos las comimos, viendo cómo crecía la luz hacia el Este. Él me dijo que era el Este. Luego, cuando las moras desaparecieron, volví a sentir la hierba fría y húmeda bajo mi espalda y a poco contemplé el cielo amarillo y helado, detrás de su cabeza.

»Poco después volvimos al estanque, a nuestro estanque, y él se puso sus ropas. Estaba haciéndose de día y quería acompañarme hasta casa, pero yo no le dejé que me acompañara; no me importaba nada de lo que me sucediera. Cuando entré por la verja, allí estaba mi papá en la puerta, esperándome».

Se quedó callada. Su breve historia parecía haber concluido. Respiraba acompasadamente como un niño, sobre el hombro de la otra.

—¿Qué pasó después, Emmy? —volvió a preguntar la señora Powers.

—Bueno. Cuando llegué a la puerta me detuve delante de él y me preguntó:

»—¿Dónde has estado? —y yo le contesté:

»—No es asunto tuyo —y él gritó:

»—Te mataré a palos —y yo repliqué:

»—Tócame si puedes.

»Pero no se movió. Creo que lo hubiera matado si hubiese intentado tocarme. Se metió en la casa y yo le seguí. Me vestí, puse todas mis cosas en una bolsa y me fui. Desde entonces no he vuelto a su casa.

—¿Adonde fuiste?

—Conseguí trabajo cosiendo para una modista que se llamaba la señora Miller.

Me dejó dormir en la tienda hasta que pude reunir algo de dinero. Hacía poco tiempo que estaba allí cuando una mañana entró el señor Mahon. Me dijo que Donald le había contado lo que sucedió entre nosotros, que se había ido a la guerra y que él había venido a buscarme. Desde entonces he estado aquí. Ya no volví a verle y ahora él no me conoce, ni siquiera me conoce.

—Pobrecilla —se condolió la señora Powers.

Le alzó la cara: estaba tranquila, descansada. Ella se sentía igual o mejor quizá. De repente, se puso de pie y reunió toda la ropa en la cesta.

—¡Espera, Emmy! —exclamó, pero ya se había ido. Encendió un cigarrillo y, sentada en el amplio sillón que se prestaba a las confidencias, se quedó mirando la gran habitación hundida en la penumbra, con su heterogénea colección de muebles. El cigarrillo se consumió entre sus dedos y entonces se levantó para retirar las cortinas de la ventana: la lluvia había cesado y largas lanzas soleadas agujereaban el aire recién lavado, sacando chispas a la tierra sofocada por los árboles en llanto. Aplastó el cigarrillo contra el suelo y, al bajar las escaleras, advirtió unas espaldas desconocidas y el pastor que abría la puerta y la miraba al volverse, diciendo:

—No puede darnos muchas esperanzas para la vista de Donald.

El visitante se había ido y el pastor cerró la puerta.

—Pero no es más que un médico rural. En Atlanta conseguiremos un especialista. Quería seguir alentándolo y le acariciaba las solapas.

Fue entonces cuando vio a la señorita Cecily Saunders caminando delicadamente por el sendero de piedrecillas grises.

9

Con unos calzones cortos de seda pálida y blusa fina, color naranja, Cecily estaba en su habitación, echada de través sobre el sillón con la cabeza recostada en uno de los brazos y las piernas desnudas colgando por el otro, leyendo un libro pequeño. Su padre, que había abierto la puerta sin llamar, se quedó mirándola con muda desaprobación. Ella sostuvo su mirada durante largo rato y luego bajó las piernas, sentándose correctamente y alzándose de hombros.

—¿Es que las niñas de hoy se sientan desnudas para leer, como lo haces tú? —preguntó el señor Saunders con voz fría.

—Tal vez yo no sea una niña decente —respondió ella, altiva y colérica.

Su padre la contemplaba asustado mientras se envolvía en una bata diáfana y transparente.

—Supongo que así te considerarás vestida, ¿verdad?

—De todas maneras, papá, tú no deberías entrar en mi dormitorio sin llamar.

—No volveré a hacerlo si sé que voy a encontrarte de esa manera.

Sabía que estaba creando una atmósfera poco propicia para decirle lo que tenía que decir, pero creyó obligación suya continuar:

—¿Puedes imaginarte a tu madre sentada en su habitación a medio vestir, como tú?

—No había pensado en eso —se apoyó con aire agresivo contra la repisa de la chimenea—, pero creo que puede hacerlo si quiere.

—Quiero hablar contigo, Sis —dijo con tono serio, sentándose.

Ella advirtió el cambio y fue a colocarse en el suelo, al pie de la cama, cruzando las piernas bajo sus muslos, a la manera oriental, disponiéndose a escucharlo con mirada hostil. «Qué poco hábil soy», pensaba el señor Saunders, mientras se aclaraba la garganta.

—Se trata del joven Mahon.

Ella le miró fijamente.

—Lo he visto esta tarde.

Le estaba obligando a hablar y hablar sin que ella dijera nada. ¡Condenada diablilla! Qué sorprendente habilidad tienen los hijos para hacer más difíciles las admoniciones paternas. Hasta el joven Bob estaba desarrollando rápidamente ese defecto. Los ojos verdes de Cecily le miraban sin expresión alguna. Para colmo, ahora extendía el brazo y se apoderaba de una lima para las uñas que estaba sobre la mesita de noche. La tempestad había cesado y la lluvia era sólo un murmullo en las hojas mojadas. Cecily contemplaba embebida el movimiento gracioso de sus manos al pulirse las uñas.

—Te digo que he visto a Mahon esta tarde —repitió su padre con cólera creciente.

—¿Lo has visto? ¿Cómo está?

El tono de su voz era tan dulce, tan inocente, que el señor Saunders suspiró aliviado. Dirigió una mirada rápida, penetrante, para ver si estaba fingiendo, pero había bajado la cabeza y la tenía inclinada dulcemente hacia un lado para mirarse el brillo de las uñas. Sólo pudo verle el cabello en el que la luz jugaba con reflejos rojos, el declive de sus mejillas y la línea del mentón.

—Ese muchacho está muy enfermo, Sis.

—¡Su pobre padre! —lamentó ella, ocupada en pulirse las uñas—. Debe ser muy terrible para él, ¿no es cierto?

—Su padre no lo sabe.

Levantó la cabeza para mirarle, rápidamente. Sus ojos eran gris oscuro, muy oscuro. El señor Saunders comprendió que ella tampoco lo sabía.

—¿Que no lo sabe? —repitió Cecily—. ¿Cómo puede ignorarlo con esa cicatriz tan a la vista? —Palideció, llevándose una mano al pecho—. ¿Quieres decir que...?

—¡No, no! —se apresuró a explicar el señor Saunders—. Quiero decir que su padre cree... que él... que su padre no cree que él... Quiero decir que su padre se

olvida de que el viaje le ha fatigado muchísimo. —Terminó precipitadamente y quiso seguir hablando, sin darle tiempo a que pensara—. Sobre eso precisamente quería hablarte.

—¿De mi compromiso para casarme con él? ¿Cómo puedo casarme con él si tiene esa cicatriz? ¿Cómo puedo? Dímelo.

—No, hija, no. No estás comprometida con él, si tú no quieres. No pensemos en tu compromiso por ahora. Pero, entiéndeme: quiero que lo sigas viendo hasta que esté bien.

—Pero, papá, yo no puedo. Sencillamente, no puedo.

—¿Por qué, Sis?

—¡Su cara! No puedo soportarla. —Su propio rostro, de rasgos delicados, se había fruncido con un gesto de disgusto al recordar las angustias pasadas—. ¿No comprendes que no puedo? Lo haría si pudiera.

—Ya te acostumbrarás, hija. Además, espero que un buen doctor pueda remendarlo de manera que no se note nada, ya lo verás. Los médicos pueden hacer cualquier cosa en estos tiempos. Pero entiende, Sis, tú eres la única que por ahora puede hacer más que cualquier médico del mundo.

Bajó la cabeza y sus brazos se asieron del barrote de la cama. Su padre, inclinándose sobre ella, la abrazó por la espalda y ambos se levantaron.

—¿No podrás hacer eso por él, Sis? Sólo se trata de que vayas a visitarle de vez en cuando.

—No podré hacerlo —gimió la muchacha—. No puedo.

—Muy bien. Entonces creo que tampoco podrás ver a ese joven Farr.

Sacudió la cabeza como si le hubieran dado una bofetada y su cuerpo se endureció entre sus brazos.

—¿Quién dice que no?

—Lo digo yo, Sis —repuso él con firmeza, pero sin denotar irritación alguna en el tono de su voz.

Los ojos de la muchacha se tornaron azules, casi negros, por la cólera que le causaba el verse contrariada.

—Tú no puedes evitar que lo vea si quiero. Sabes muy bien que no puedes.

Trataba de desasirse del abrazo paterno, pero él la estrechaba con fuerza y entonces torció enérgicamente la cabeza para no verse obligada a recostarla sobre su pecho.

—Cecily, hija. Mírame.

Hablaba con calma, y reteniéndola por la cintura con un brazo, alargó el otro para ponerle la mano sobre la cara y dar vuelta al rostro enardecido; ella se resistía y sintió el cálido aliento sobre su mano; asió la cara con fuerza y la obligó a mirarlo. Sus ojos, profundamente oscuros, chisporroteaban. «Si no puedes ver, de vez en cuando, al

hombre con quien estás comprometida y que está enfermo, que me condenen si te dejo salir con otro cualquiera».

Las marcas rojas de sus dedos habían quedado impresas en su cara y los ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—Me haces daño —gimió. El señor Saunders sentía en la palma de la mano la seda húmeda de sus mejillas y el frágil cuerpo palpitando entre el cerco de su brazo y sintió un repentino acceso de contrición. Inclinandose la levantó del suelo y, cargando con ella, se sentó sobre la cama, dejándola sobre sus rodillas y reclinando su cabeza contra el pecho.

—Vamos, vamos —murmuró a su oído, meciéndola dulcemente, acariciando la cabeza que notaba sobre su hombro—. Yo no quería ser tan duro contigo.

Ella se dejaba mimar recostada sobre su padre, llorando en silencio sobre su hombro mientras la lluvia llenaba el intervalo con leves murmullos sobre el tejado y entre las hojas de los árboles. Después de un largo lapso en que los dos oyeron voces lejanas, el ruido siniestro de las alcantarillas y el frívolo tic-tac de un relojillo de marfil sobre la repisa de la chimenea, ella suspiró, se movió y, manteniendo la cara escondida sobre el pecho de su padre, le echó los dos brazos al cuello abrazándole con fuerza.

—No volveremos a pensar en eso —dijo él besándola.

Ella le apretó más fuerte todavía y luego, resbalando por sus rodillas, corrió hacia el espejo para ponerse polvos en las mejillas irritadas. Él se levantó también y por encima de sus hombros vio su imagen borrosa en el espejo y los gestos nerviosos de sus manos.

—No volveremos a pensar en eso —repitió, abriendo la puerta.

La blusa anaranjada era una incandescencia sofocada bajo la transparencia de la bata, moldeando sus hombros estrechos. Cerró la puerta silenciosamente.

Cuando pasaba frente al cuarto de su esposa, ésta le llamó.

—¿Por qué estabas regañando a Cecily, Robert? —preguntó. Pero él aceleró el paso y sin responder bajó las escaleras casi corriendo. Muy pronto ella pudo oírlo maldiciendo a gritos a Tobi en la terraza.

Entró en la habitación de su hija y la encontró vistiéndose con mucha premura e infinitos cuidados. Había dejado de llover y el sol rompía las nubes con largas lanzas de plata, que hendían el aire inmaculado para sacar chispas a la tierra escudada bajo los árboles mojados.

—¿Adónde vas, Cecily? —le preguntó.

—Voy a ver a Donald —contestó estirando las medias y enrollándose las hábilmente sobre las rodillas.

Como si fuera andando a su pesar, Januarius Jones arrastraba los pies sobre la hierba mojada del jardín de la rectoría y rodeaba la casa para echar miradas indiscretas por la ventana de la cocina. Vio a Emmy, o mejor dicho, la espalda de Emmy y el ángulo en movimiento de su brazo que se alejaba y acercaba a su costado derecho. Subió silenciosamente los dos escalones de la puerta trasera y, sin hacer el menor ruido, entró en la cocina. La muchacha dejó la plancha sobre la mesa y dio vuelta para mirarlo con indiferencia, pero dispuesta al combate. Los desvergonzados ojos amarillos de Jones sostuvieron su mirada y abarcaron al mismo tiempo la mesa de planchar, la cesta de ropa y, por el momento, la cocina vacía.

—¡Buenas tardes, mi Cenicienta! —dijo.

—Mi nombre es Emmy —respondió ésta con tono helado.

—Así es —accedió él equitativamente—, así es. Emmy Emmelina, Emmiluna, Luna «La luna de plata sobre el mar de seda». Emmilune, Lune, «La lune ne garde aucune rancune». ¿Será posible? O tal vez prefieras: «Noir sur la lune». ¿Podrías hacer una definición más o menos hermosa que ésta? Podría pulirla un poco, por supuesto, y tú lo sabes. Aelia creía lo mismo y con mucho éxito por cierto, pero es que ella tenía una columna de mármol donde reclinarsse al atardecer y cantar sus penas usando, a manera de lira, sus cabellos de oro. Me parece que tú no tienes cabellos de oro, pero de todas maneras podrías pulir un poco tus cabellos. ¡Ah, esta inquieta generación joven! ¡Quiere pulirlo todo! No sólo los complejos de su alma sino también las formas de sus asentaderas.

Emmy le había vuelto la espalda con absoluta indiferencia y de nuevo el ángulo de su brazo se alejaba y acercaba a su costado, manejando la plancha sobre una tela estirada. Él no hacía ningún ruido, y transcurrido un tiempo prudencial, como todo estaba tan tranquilo, ella dio media vuelta para ver qué había sido de él. Allí estaba todavía y tan cerca que sus cabellos le rozaban la cara. Agarrándose a la plancha como a una tabla de salvación, lanzó un grito corto.

—¡Ah, mi altiva belleza! —rugió Jones—. ¡Ya te tengo! Declamaba en estilo vulgar y le echaba los brazos alrededor de la cintura con gesto estudiado.

—¡Déjame! —chilló Emmy mirándole furiosa.

—¡Oh, qué frase tan incorrecta! Su diálogo no se amolda a las circunstancias, señora —informó Jones—. «¡Dejadme libre, villano, si no queréis que os acontezca lo peor!», es lo que se debe decir en casos como éste.

—¡Déjame! —repitió.

—¡No! ¡No puedo soltarte hasta que me entregues todos los papeles comprometedores para el honor de mi adorada Eloísa!

—¡Déjame o te quemo la cara! —gritó Emmy hecha una furia y blandiendo la plancha.

Se miraron uno a otro por la fracción de un segundo. Los ojos implacables de la

mujer le dieron miedo y la soltó.

—Te creo muy capaz de hacerlo, ¿sabes?, y malditas las ganas que tengo de que me quemem.

—¡Atrévete y verás!

Hervía de rabia y la plancha siguió el impulso de sus sentimientos, pero él se apartó a tiempo y, de un salto, llegó a la puerta. La mano colorada de Emmy levantó los mechones que le habían caído sobre la frente; de su pecho escapaba un resoplido.

—Vete de aquí —ordenó.

Jones, abriendo la puerta con mucha calma, lamentó:

—¿Qué sucede con las mujeres de esta casa? Gatas, gatas salvajes todas ellas. A propósito, ¿cómo está el héroe moribundo?

—¡Vete de aquí! —gritó Emmy, echando mano de la plancha. Salió precipitadamente cerrando la puerta tras sí, pero volvió a abrirla para hacer una profunda reverencia desde el umbral; sólo entonces se retiró.

Al entrar en la casa se detuvo en la oscuridad para oír con atención los ruidos hogareños. El ventanal en forma de abanico proyectaba su luz difusa sobre su cara redonda; miró a su alrededor, pero no pudo ver más que una serie de líneas brillantes indicando el borde de los muebles diseminados por el salón. Hizo una larga pausa, escuchando. «No, ella no está aquí —se dijo—. No hay voces ni ruidos extraordinarios como los que ella provoca. Esa mujer está reñida con el silencio como los gatos con el agua. Cecily y silencio: aceite y agua. Y es ella la que provoca, la que hace el ruido. ¡La muy perra! ¡Como una perra, eso es! ¡Por qué haría ayer lo que hizo? ¡Pobre George! Es que trabaja tan de prisa que necesita toda una colección de tipos para mantenerla ocupada. Bueno. ¡Siempre hay un mañana..., sobre todo cuando el hoy no ha terminado todavía! ¡Adelante, Januarius, adelante! ¡Busquemos tres pies al gato!».

Al abrir la puerta del estudio, se encontró con Gilligan. No lo reconoció en el primer momento.

—¡Vaya, vaya por Dios! —exclamó después—. ¿Es que ya se ha desbandado todo el ejército? ¿Qué hará Pershing ahora, sin un soldado que le salude? Apenas teníamos hombres suficientes para librar una guerra, pero con una larga paz entre nosotros, ¡caramba, hombre!, estamos desarmados... Gilligan interrumpió fríamente el torrente verbal de Jones: —¿Qué diablos quieres?

—¿Yo? Nada. Gracias. Muchísimas gracias. Sencillamente he venido a saludar a nuestra amiga en la cocina y, de paso, a informarme sobre el estado de salud del hermano de Mercurio.

—¿El hermano de quién?

—Del joven Mahon, si usted quiere. Era un modo de hablar.

—Está con el reverendo —contestó Gilligan escuetamente—. No puedes verlo.

Giró sobre los talones.

—No importa —murmuró Jones luego que el otro hubo partido—. No importa, mi querido amigo —repitió para sí. Bostezando regresó al salón y se quedó parado ante la puerta de entrada, contemplando el jardín y llenando su pipa. Bostezó de nuevo sin disimulo. A su derecha había una puerta abierta y por ella entró en una habitación pequeña y un tanto recargada de cortinajes y adornos sobre los muebles. Pero allí había una cómoda silla, de espaldas a la ventana, y ésta ofrecía la ventaja de tamizar la luz agradablemente a través de sus cortinas de muselina y de estar provista de una repisa ancha donde se podían dejar los fósforos usados, de manera que se sentó en la amplia silla, colocó las piernas una sobre otra y se dispuso a esperar los acontecimientos.

La atmósfera de aquella estancia era deprimente: por todas partes se adivinaban retratos siniestros de antepasados de agrio rostro debido al lazo sanguíneo de algún hereditario mal de estómago. O tal vez fueran retratos del Viejo Marinero en diferentes edades antes de que perdiera el timón. (Pero no, no podía ser, porque ni comiendo pescado podrido se conseguía una cara así, cavilaba Jones negándose a aceptar el gesto evidentemente dispéptico de aquellos pintados ojos. ¡Con razón el buen reverendo cree en el infierno!). Seguramente el piano no se había abierto en varios años y si se abriera, sonaría tan mal que entonaría con las caras de los antepasados. Se levantó de mala gana y de un estante sacó una vieja edición del «Paraíso Perdido» (el libro indicado para lectura de un pecador, pensó), y con él en la mano regresó a la silla. El asiento estaba duro, pero sus asentaderas, no.

El pastor y un caballero desconocido pasaron ante su vista y se detuvieron a conversar en la puerta de entrada. El desconocido partió y entonces hizo su aparición aquella mujer de negro. Ella y el pastor cambiaron algunas palabras. Jones se dijo que, después de todo, la dama de negro estaba muy bien y tenía un porte distinguido y firme, como el que cuadraba a una mujer de carácter y...

Y allí estaba la señorita Cecily Saunders, vestida de lila pálido, con un cinturón verde, caminando con sus pasitos menudos y graciosos por el sendero de piedrecillas grises entre el césped mojado.

—¡Tío Joe! —llamaba desde fuera. Pero el pastor se había metido en el despacho. Salió la señora Powers a recibirla y ella la saludó graciosamente—. ¡Oh! ¿Cómo está usted? ¿Podría ver a Donald?

Entró en el salón y se quedó parada bajo la luz difusa del ventanal en forma de abanico. Quedó inmóvil esperando y su mirada inquieta descubrió, hacia la derecha, la vaga silueta de alguien que estaba sentado de espaldas a la ventana. Dijo: «¿Donald?» y corrió hacia el sillón como un pájaro. Con una mano se cubría los ojos y la otra la tendía hacia delante mientras avanzaba con pasos rápidos y sonoros. Se echó al suelo junto a la figura recostada y hundió la cara en su pecho.

—¡Donald, Donald! ¡Estoy tratando de acostumbrarme a ti! Haré lo posible. ¡Pero Donald, Donald: tu pobre cara! Sin embargo, lo haré, lo haré, lo haré... —repitió casi históricamente.

Sus manos nerviosas le tocaron la manga y entonces tiró de su brazo y, tomándole la mano, la acarició entre las suyas y luego la puso en la mejilla recostándose contra ella:

—¡Perdóname, ayer yo no era la misma! No quería hacer lo que hice. Por nada del mundo te haría daño, Donald. No pude evitarlo, pero te amo. ¡Donald mío, cariño mío, mío, mío! —Hundió la cabeza más profundamente en su pecho y le puso los cabellos sobre la cara—. ¡Dame tus brazos, mi bien! ¡Abrázame fuerte! ¡Hasta que vuelva a acostumbrarme a ti, abrázame!

Él la abrazó solícito y la levantó del suelo para que quedara de rodillas, pero ella seguía con la cara oculta entre las solapas de la americana. Se estremeció de repente, sorprendida sin duda por cierto aspecto familiar de aquella tela burda de franela gris y levantó la vista asustada. No era Donald; era Januarius Jones. Se puso de pie de un salto.

—¡Tú! ¡Bestia, monstruo! ¿Por qué no me lo has dicho?

—Encantadora dama, ¿quién soy yo para rechazar lo que los dioses me envían?

Ella no esperó a oírle. En la puerta estaba la señora Powers mirándolos con interés. «Ahora podrá reírse de mí», pensó furiosa. Las miradas de aquella mujer eran como puñales y su voz hiriente y dulce como miel envenenada.

—Qué imperdonable descuido el mío no haber mirado antes de entrar —empezó diciendo—. Al verla he creído, naturalmente, que Donald estaría con usted. Si yo fuera hombre, se lo aseguro, estaría cerca de usted todo lo posible. Pero yo, yo no sabía que usted y el señor... fueran tan amigos. Aunque me han dicho que los hombres gordos tienen sus atractivos. Voy a ver a Donald, si usted me lo permite.

Su cólera le daba fortaleza. Cuando entró en el despacho miró a Mahon, cicatriz y todo, sin parpadear. Saludó con mucha amabilidad al pastor, besándolo, y después se volvió, leve y graciosa, hacia Mahon, tratando de evitar que sus ojos se fijaran en la frente torcida. Él la estaba mirando también, con calma y sin emoción.

—Por tu culpa, querido, me he portado como una tonta —dijo casi murmurando y besándole levemente la boca.

Jones, ignorado por todos, arrastraba los pies por la alfombra del salón, aproximándose a la puerta cerrada del despacho. Allí se quedó escuchando, oyendo las palabras rápidas y la voz, un tanto gutural, detrás de la pulida tabla. Luego, inclinándose, miró por el agujero de la cerradura. No pudo ver nada, y como sentía que su vientre apretado le dificultaba la respiración y los tirantes le oprimían los hombros, se enderezó bajo la mirada burlona de Gilligan. Sus ojos amarillos se vaciaron de toda expresión cuando lo vio y, rodeando el cuerpo erguido, inmóvil y

beligerante del soldado, echó a andar hacia la puerta de entrada, silbando un aire marcial.

11

Cecily Saunders regresó a su casa, ardiendo con las no extinguidas brasas de su cólera. Desde la terraza, su madre la vio llegar y la llamó. Los señores Saunders estaban sentados, bebiendo un refresco.

—¿Cómo está Donald? —preguntó su madre y, sin esperar respuesta, añadió—: George Farr telefoneó después de que te fueras. Sería conveniente que solucionararas eso de una vez. Mantiene a Tobi pendiente del teléfono todo el día.

Cecily, sin responder, quiso seguir su camino y se dirigió hacia una ancha puerta abierta para entrar por ella en la casa, pero su padre la agarró por las faldas al pasar y la detuvo.

—¿Cómo está Donald? —preguntó a su vez.

—No sé, ni me importa —respondió tratando de zafarse.

—¿Cómo? ¿No has ido a su casa? —La voz de su madre tenía cierta tonalidad de sorpresa—. Yo creía que habías ido allí.

—Suéltame, papá. —Su padre le apretaba las manos, que ella retorció nerviosamente—. Necesito cambiarme de vestido. —Podía sentir sus delicados huesos—. ¡Por favor! —imploró, pero él no la soltó.

—Ven aquí, Sis.

—Vamos, Robert —interrumpió su mujer—. Has prometido dejarla en paz.

—Ven aquí, Sis —repitió el señor Saunders, y como sus brazos se habían aflojado, tiró de ellos, atrayéndola hacia el asiento. Se dejó caer con impaciencia sobre el brazo del sillón y soportó que su padre le rodeara la cintura con un brazo—. ¿Por qué no has ido a casa de Donald?

—Vamos, Robert. Recuerda que me lo has prometido —volvió a decir su mujer con voz monótona.

—Déjame tranquila, papá. —Se puso rígida dentro de su vestido lila pálido y él la retuvo con mayor firmeza—. He ido a casa de Donald —dijo.

—¿Lo has visto?

—Sí, sí. Lo he visto. Esa horrible mujer de negro condescendió por fin a dejar que lo viera unos minutos. En su presencia, naturalmente.

—¿Qué horrible mujer de negro, querida? —preguntó la señora Saunders muy interesada.

—¿Mujer de negro? ¡Ah! Te refieres a la señora... de qué sé yo. Pero, Sis, yo creía que os llevabais muy bien. Ella, por lo menos, te aprecia mucho. Es una mujer que tiene bien puesta la cabeza.

—No lo dudo, sólo que...

—¿Qué mujer de negro, Cecily?

—No dejes que Donald se dé cuenta de que a ti también te ha sorbido el seso.

—Vamos, Sis. ¿Qué estás diciendo?

—¡Oh, sí! Te imaginas que estoy diciendo tonterías —protestó apasionadamente—. Pues yo sé muy bien lo que me digo. Tengo ojos para ver. ¿No lo he visto acaso? ¿Por qué vino con él desde Chicago o desde donde estuviera? ¿Para qué está siempre con él? Y todavía esperas que yo...

—¿Quién vino con él? ¿De qué mujer estás hablando, Cecily? Robert, ¿quién es esa mujer?

Tanto el padre como la hija ignoraron completamente a la señora Saunders. El brazo firme del hombre retenía el cuerpo frágil y rígido de la muchacha.

—Pero te diré más: no me importa, lo de ella quiero decir. Ya se lo he perdonado porque está enfermo, porque ha vuelto de la guerra y porque siempre ha sido así con las muchachas, ¿sabes?, desde antes de la guerra. Pero me ha humillado en público. Esta misma tarde, él... él... ¡Suéltame, papá! ¡Déjame! —repitió implorando, agitándose y agarrada por el brazo férreo de su padre.

—Pero, ¿qué mujer, Cecily? ¿De qué mujer estáis hablando? La voz de su madre había adquirido tono de alarma.

—Sis, querida mía, recuerda que está enfermo. Yo sé mucho más sobre esa mu..., la señora... Powers, de lo que sabes tú. —Apartó el brazo de la cintura, pero con ambas manos le oprimió las muñecas—. Ahora, como una mujer sensata... —¿De qué mujer estás hablando, Robert?

La voz de la señora Saunders era aguda, casi histérica.

—... vas a descansar y a pensar sobre el asunto con toda calma para que mañana podamos hablar tú y yo.

—No. Es inútil. He terminado con él. Ya he dicho que me ha humillado delante de todos y, sobre todo, delante de ella. Se había librado por fin de las manos paternas y corrió hacia la abierta puerta.

—¡Cecily! —gritó su madre viendo un remolino de seda lila pálido girando ante sus ojos—. ¿Vas a llamar a George?

—No —respondió la joven desde adentro—. No lo llamaría aunque fuera el único hombre en el mundo. Detesto a los hombres.

Los pasitos firmes y menudos se desvanecieron por la escalera interior y se oyó una puerta cerrándose con estruendo. El señor Saunders se acomodó haciendo rechinar su sillón de mimbre.

—Vamos a ver, Robert... —dijo su mujer.

Él se vio obligado a contarle todo lo que sabía.

Cecily no hizo su aparición durante el desayuno. Su padre subió a su habitación y esta vez llamó antes de entrar.

—¿Quién es? —La voz atravesaba la madera pulida y se debilitaba, endulzándose.

—Soy yo, Sis. ¿Puedo entrar?

Al no recibir respuesta, entró. Todavía no se había lavado, y su rostro, enrojecido de tanto dormir y llorar, estaba sobre la almohada, mohíno y aniñado, medio adormecido. Todo el dormitorio estaba impregnado del íntimo reposo de su cuerpo; el olor penetraba por las narices y le azotaba las entrañas, sintiéndose intranquilo y nervioso. Se sentó al borde de la cama, preguntándose cómo debía empezar. Tomó una mano flácida. Estaba inerte.

—¿Cómo te sientes hoy?

No respondió porque empezaba a darse cuenta de su ascendencia y él siguió hablando con fingida ligereza:

—Con una mañana tan hermosa, habrás reflexionado sobre el infortunado Mahon, ¿no es cierto?

—No he pensado en él para nada. Me lo he quitado de la cabeza. Ya no me necesita.

—Te necesita más que nunca —agregó su padre con vehemencia—. Esperamos que tú seas su mejor medicina.

—Es imposible que yo sirva para eso.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Él ha traído consigo su medicina.

«Esa calma, esa calma exasperante, ese cinismo. ¿Tendré que golpearla otra vez para dominarla? Esa es la única manera de tratarlas. ¡Malditas sean!».

—¿No se te ha ocurrido que yo, con mis limitados conocimientos, puedo saber más que tú en este asunto?

Ella retiró su mano —dejando vacías las de su padre— y la escondió bajo las sábanas, sin responder y sin mirarlo.

—Te estás portando como una niña, Cecily —prosiguió el señor Saunders—. ¿Te hizo algo Donald? ¡Dímelo!

—Sencillamente, me insultó delante de aquella horrible mujer. Por otra parte, no quiero discutirlo contigo.

—Tienes que escucharme, Sis. Te estás negando a verlo cuando sabes muy bien que de ello depende su curación.

—Ya tiene allí a esa mujer de negro. Si ella no puede curarlo, con toda su experiencia, menos puedo hacer yo...

El rostro de su padre se endureció. Cecily lo miró de frente, tranquila, casi

indiferente; después se recostó hacia el otro lado, dándole la espalda.

—¿De manera que te niegas a verlo? ¿No lo verás más?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Es evidente que él no quiere verme, no quiere que lo moleste. Espero que tú no me obligarás a ir donde no me quieren, ¿verdad?

Tuvo que hacer un esfuerzo para dominar su ira y trató de hablar con calma, queriendo igualar su cínica tranquilidad.

—¿No comprendes que yo no estoy obligándote a nada; que sólo estoy esforzándome para hacer que entre la razón en tu cabeza y que ese muchacho se cure? Supongamos que se trata de Bob; supongamos que fuera tu hermano el que estuviera herido y...

—Ve a verlo tú, entonces. Comprométete con él si tanto lo quieres. Yo, no.

—¡Mírame! —ordenó con tranquila entonación, tan perfecta, que ella no se inquietó y permaneció inmóvil, dándole la espalda. Él dejó caer una mano pesada y temblorosa sobre su hombro.

—¿Me vas a pegar? —preguntó ella con la misma forzada tranquilidad y mirándole con el rabillo del ojo.

—Óyeme bien: no volverás a ver a ese George Farr, nunca más, ¿entiendes?

Los ojos de Cecily eran indescifrables: grises, verdes, azules, profundos y misteriosos como el mar.

—¿Me entiendes? —repitió.

—Sí, te entiendo.

Él se levantó. «¡Cómo se parece a mí!», se dijo. Anduvo hasta la puerta y se volvió para encontrarse con su mirada indiferente y tranquila.

—Acuérdate de lo que te digo, Sis.

Sus ojos se nublaron, inesperadamente.

—Estoy harta de los hombres. Los detesto. ¿Crees que me importa?

La puerta se había cerrado detrás de su padre y ella se quedó mirando fijamente su pintada e inescrutable superficie.

13

La señorita Cecily Saunders, vestida con un traje de hilo azul pálido, entró en la casa vecina para hacer la visita matutina. Las mujeres no la querían y ella lo sabía muy bien. Sin embargo, tenía cierta habilidad para encantarlas temporalmente con sus pretendidas perfecciones y su consumada insinceridad. Su tacto y la gracia de su presencia eran factores defensivos tan fuertes que las otras mujeres sólo osaban criticarla y zaherirla a sus espaldas. No había ninguna que se le pudiera resistir por mucho tiempo. Parecía gozar como nadie de las críticas y chismorreos de los demás, y sólo cuando ya había partido, las otras se daban cuenta de que ella había sido la

única en no decir chisme alguno o en criticar a alguien. Y para eso era necesaria muchísima habilidad. Esta vez charló ruidosa y brevemente con su vecina, que regaba las macetas en el jardín, y, luego de solicitar y recibir permiso, entró en la casa para usar el teléfono.

14

Bajo las arcadas del Palacio de Justicia el señor George Farr se paseaba nerviosamente cuando vio venir hacia él, por la callejuela sombreada de la derecha, la inconfundible figura de la señorita Cecily Saunders, notando especialmente su paso menudo, rápido y gracioso. Tragó saliva y la envolvió en una larga y profunda mirada, de lenta sensualidad. «Esta es la manera de tratarlas: la he obligado a buscarme», se dijo, olvidando que la había llamado por teléfono cinco veces en un término de treinta horas. Cuando estuvo cerca lo miró con tan perfecta imitación de sorpresa grata, lo saludó tan impersonalmente, que comenzó a dudar de sus ojos y de sus oídos.

—¡Por Dios! —dijo—. Creí que no volvería a verte. No he podido hablar contigo por teléfono.

—¿Ah, sí?

Se detuvo, creando la ilusión de una prisa repentinamente interrumpida.

—Sí, es verdad. Bueno —echó a andar—, me alegro mucho de haberte visto. Llámame un día de éstos, ¿quieres?

—Pero oye, Cecily...

Se detuvo otra vez y miró por encima del hombro con un gesto de amable paciencia.

—¿Qué?

—¿Adónde vas?

—Voy de compras. Tengo que comprar muchas cosas que me ha encargado mamá. Hasta luego.

Echó a andar de nuevo y, a cada paso, su vestido de hilo azul pálido le modelaba el cuerpo. Un camión con remolque, conducido por un negro, pasó entre ellos, lento e interminable; él llegó a pensar que no acabaría de pasar nunca, y corrió en sentido contrario para tratar de alcanzar a la muchacha.

—Ten cuidado —advirtió ella cuchicheando—. Papá debe de andar por aquí y yo no quiero que me vea contigo. Se me ha dicho que no vuelva a verte nunca más. Mis padres están contra ti.

—¿Por qué? —preguntó George sorprendido.

—No sé. Tal vez han oído decir que andas siempre con mujeres y creen que puedes hacerme algún mal. Sí, creo que es eso.

—Oh, vamos —dijo él sintiéndose halagado.

Caminaron juntos entre el tránsito. Los carros se balanceaban tirados por mulas adormiladas y, en la plaza, los caballos estaban inmóviles, cubiertos, rodeados, sumergidos por el olor de los negros sudorosos vestidos con las chaquetillas de los ex soldados; sus voces lentas, sin énfasis, despreocupadas, su risa fácil, que también tenía bajo su capa sonora algo de elemental, de triste y de paciente, se dispersaban perezosamente por la tarde.

En la esquina estaba la droguería, con su mostrador de helados y refrescos y, en los dos escaparates, enormes e idénticos globos de cristal, llenos de líquidos, que en otro tiempo fueron rojo y verde, respectivamente, pero decolorados ambos ahora en un ámbar turbio, debido a los soles de muchos veranos. Ella le puso la mano en el pecho para detenerlo.

—No darás conmigo ni un paso más, George. Te lo suplico.

—Pero Cecily...

—¡No y no! ¡Adiós!

Su mano frágil lo detenía implacable.

—Por lo menos entra conmigo a tomar un Coca Cola.

—No, no puedo. Tengo tantas cosas que hacer... Lo siento.

—Bueno, cuando termines, entonces —sugirió él como último recurso.

—No puedo prometer nada. Pero, si quieres, espérame aquí y volveré si tengo tiempo. Siempre que quieras esperarme, ¿sabes?

—Muy bien. Te esperaré, Cecily: ven, por favor.

—No puedo asegurarlo. Hasta luego.

Se vio obligado a verla alejarse, leve y graciosa, empequeñeciéndose a cada paso hasta perderse de vista entre la gente. «¡Demonios, no vendrá!», dijo para sus adentros, pero no se atrevía a partir, ni siquiera a moverse, por temor a que viniera y no le encontrara allí. Se había quedado mirando la calle por donde ella se había ido y a cada instante le parecía ver su cabeza asomar por entre las demás cabezas; muchas veces creyó contemplar su figura delicada e inconfundible. Encendió un cigarrillo y se puso a mirar los escaparates de la droguería.

El reloj del Palacio de Justicia dio las doce, y arrojó furioso contra el suelo su quinto cigarrillo. «¡Maldita sea!», dijo con los dientes apretados. «¡No le daré otra oportunidad de dejarme plantado!», pensó. Al insultarla, sintió cierto alivio y decidió entrar en la tienda, pero inmediatamente quiso salir de nuevo y empujó la puerta. Retrocedió de un salto y se pegó contra el marco para ocultarse, mientras el mozo del mostrador de refrescos, un jovencuelo con el pelo brillantado y chaquetilla blanca, preguntaba muy intrigado:

—¿De quién se esconde, compañero?

Cecily pasaba por la acera hablando con mucha animación con un joven casado

que trabajaba en la vecina tienda de ropas. Miró al pasar, pero no le vio.

Dominando apenas el furor que lo embargaba, esperó unos instantes, hasta que ella dobló la esquina, y luego se lanzó fuera de la droguería con furia incontenible. La maldijo sañudamente con palabras fuertes, ciego de ira, y el negrito que venía siguiéndole y lo llamaba por su nombre con voz monótona: «¡Sior George, sior George!», tuvo que tirarle de la manga para despertarle del rojo sueño de su cólera. Giró sobre sus talones mirando al chico con sus ojos fulminantes. —Tú, ¿qué demonios quieres?

—Traigo una carta —replicó el negrito, tendiéndosela amablemente y avergonzándolo con sus mejores modales. George tomó el papel y dio unas monedas al negrito. El mensaje estaba escrito precipitadamente en un pedazo de papel de envolver y decía: «Ven esta noche cuando mis padres se hayan ido a dormir. Tal vez no pueda salir, pero ven... si quieres».

Leyó y releyó la nota y quedó mirando largo rato la escritura nerviosa y fina, como un cortejo de arañas, hasta que las palabras bailaron ante sus ojos y dejaron de tener significado. El alivio que sentía le vaciaba el alma, lo debilitaba. Estaba enfermo de satisfacción. Todo, todo lo había olvidado; ¡todo!; el viejo y adormilado Palacio de Justicia, los olmos, los caballos inmóviles y soñolientos en la plaza, las mulas tirando de los carros, el olor coagulado de los negros y el énfasis lento de su hablar y de sus risas; todo, todo parecía distinto, alegre y hermoso bajo la indolente luz de la tarde.

Dio un suspiro hondo y largo.

Capítulo 4

1

El señor George Farr se consideraba todo un hombre. «¿Se me verá en la cara?», pensaba, examinando su hermoso rostro en los vidrios de los escaparates y escrutando las caras de los otros hombres que pasaban a su lado, imaginando ver en algunos cosas que no aparecían en los otros. Al fin tuvo que admitir que, en realidad, no podía ver nada y sintió gran desaliento, una especie de desilusión. Si cosas como ésa no se advertían en el rostro, ¿qué podría leerse en las caras de los hombres? Sería bueno que (George Farr era todo un caballero), sin decir nada, los grandes conquistadores de mujeres, como él, pudieran conocerse mutuamente de alguna manera y a simple vista; una especie de signo involuntario; una asociación automática. Por cierto que las mujeres no eran ninguna novedad para él. Pero ninguna como aquélla. Entonces le vino a la mente el agradable pensamiento de que su caso era único en el mundo; que nada semejante le había ocurrido a otro hombre; que nadie había siquiera imaginado semejante cosa. «Pero yo lo sé; de todas maneras, yo lo sé». Sonrió acordándose de su secreto y sintió un agradable sabor en la boca.

Cuando recordaba (¿Recordar? ¿Es que había pensado en otra cosa?) cómo había regresado corriendo a casa en tinieblas, llorando, se sintió superior y benigno. «Ahora, seguramente estará bien», pensó. «Creo que todas las mujeres hacen lo mismo». Sin embargo, su calma de dios olímpico se había alterado ligeramente cuando por dos veces trató en vano de comunicar con ella por teléfono y se le había desmoronado por completo aquella misma tarde cuando la vio pasar sonriente, en el automóvil de una amiga, ignorándolo por completo. «Es que no me ha visto». (Sabes muy bien que sí). «¿Es que no me ha visto!». (¿Sabes condenadamente bien que sí!).

Al caer la noche estaba al borde de la locura, en el hipotético caso de que pudiera volverse loco. Pero eso también pasó, como el sol pasa más allá de la línea del horizonte. Ya no se sentía enloquecer, sino vacío, sin entrañas, sin vísceras. No sentía nada, absolutamente nada, pero como un alma en pena se veía obligado a rondar por el rincón donde ella tendría que cruzar si fuera de compras. Y estando allí, quería irse porque sentía pánico, verdadero terror. «¿Qué sucederá si la veo con otro hombre?». Esto sería peor que la muerte, lo sabía muy bien, y por eso pensaba más y más en ello, para obligarse a partir, para correr a esconderse en alguna caverna, como una bestia herida. Pero su cuerpo seguía inmóvil.

Una y otra vez creyó verla, pero cuando resultaba ser otra sentía como si se ahogara... sentía... ¡nunca pudo saber lo que era aquel sentir! Por eso, cuando apareció, doblando la esquina, no pudo creer a sus ojos. Antes que a ella, reconoció a

su hermano, después la vio, y toda la vida se le concentró en los ojos, dejando su cuerpo como un odre vacío o como un molde de yeso. Nunca le fue posible saber cuánto tiempo estuvo allí, inconsciente, sin capacidad de sentir la dureza de la piedra donde estaba sentado, mientras ella y su hermano se movían lenta e implacablemente ante sus ojos. Su vida, o lo que fuera aquella monstruosa sensación, se le escurrió de los ojos para llenar su cuerpo, devolviéndole el dominio de brazos y piernas. Momentáneamente ciego, se levantó del banco y corrió tambaleándose a su encuentro.

—¿Qué hay, George? —dijo el joven Bob, saludándole con indiferencia, como a un igual—. ¿Vas al cine?

Ella lo miraba tímida y con algo de desprecio.

—¡Cecily! —exclamó él.

Sus ojos se oscurecieron (eran negros) y giró la cabeza para no mirarlo.

—Cecily —imploró tocándole un brazo.

Ella, al sentirse tocada, se estremeció y se encogió, retirando el brazo.

—No me toques —dijo con voz lastimera.

Su rostro estaba pálido, incoloro, y él quedó inmóvil, viendo alejarse la tela sutil de su vestido, balanceándose con las suaves articulaciones de su cuerpo. Ella y su hermano desaparecieron, dejándolo solo, y entonces sintió pena y terror sin saber lo que eran.

2

Durante nueve días escasos, el tema obligado de conversación en el pueblo fue el regreso de Donald Mahon. Los vecinos, curiosos y amables, fueron a verlo...; los hombres se mantenían de pie o sentados frente a él, respetablemente joviales y alegres: sólidos pilares de la banca y del comercio, hombres de negocios que sólo se interesaban por la guerra como un subproducto del ascenso y la caída del señor Wilson y, aun así, tan sólo por su producción en dólares y en centavos de dólares, mientras sus mujeres charlaban entre ellas sobre modas, por encima de la cicatriz y la frente torcida del pobre Mahon. Algunos de los conocidos más casuales del pastor, también fueron a verle con el cuello de la camisa democráticamente desabrochado, rumiando tabaco, y negándose humilde, pero firmemente, a quitarse el sombrero. No faltaron muchas jóvenes bonitas con las que él había bailado, a las que había cortejado en las noches de verano, pero venían tan sólo para mirarle la cara y retirarse después, rápidamente, con náuseas reprimidas, para no volver nunca más, a menos que en la primera visita su cara estuviera oculta (en cuyo caso buscaban ocasión de verla descubierta). Venían los muchachos de la escuela soñando con aventuras imposibles, y quedando desilusionados porque no quería contarles ninguna historia de

la guerra. Todos, todos iban y venían, mientras Gilligan, su fiel y disgustado mayordomo, los manejaba con habilidad imparcial y desalentadora.

—¡Lárgate de una vez! —repetía con voz de trueno ante el joven Robert Saunders, quien, junto con varios contemporáneos suyos, a los que había prometido un magnífico espectáculo en lo que a soldados deteriorados se refería, llamaba con insistencia.

—Se va a casar con mi hermana —protestaba el joven—. No sé por qué no podemos verle.

Se hallaba en la incómoda posición de uno que ha arrastrado a sus amigos hacia una mina de oro y luego no puede encontrar la mina. Los otros muchachos ya estaban mirándolo, sonriendo con desprecio, y él justificaba su posición con calor, apelando a Gilligan.

—¡Marchaos ahora! ¡Largo! El espectáculo ha terminado. ¡Marchaos!

Cerró la puerta en sus narices y la señora Powers, que bajaba en aquel momento las escaleras, preguntó:

—¿Qué pasa, Joe?

—Ese condenado chiquillo Saunders que ha traído a toda la pandilla a ver la cicatriz. Tenemos que poner fin a esto —agregó amoscado—. No es posible que todos los malditos tipos de la ciudad desfilen por su habitación para mirarle.

—Vamos, Joe. Creo que el desfile ha terminado. Todos han venido a verlo, y hasta el ridículo semanario del pueblo anunció: «El regreso de un héroe», en primera página. Tú lo sabes.

—Así lo espero —suspiró Gilligan sin esperanza—. Dios sabe que ya todos han estado aquí, por lo menos una vez. ¿Sabes una cosa? Cuando estaba entre hombres, cuando comía, dormía y vivía con ellos, no pensaba nunca en los hombres y en sus cualidades y defectos; pero desde que he vuelto a la civilización y he oído a esas mujeres dando gritos y exclamando: «¿No es horrible su cara? ¡Pobre muchacho!» y «¿Se casará con él?» y «¿La viste ayer en el centro casi desnuda?», ¡caramba!, creo que los hombres son mejores, después de todo. Puedes notar que los que fueron soldados nunca lo molestan, especialmente los que estuvieron en ultramar. Parece como si se hubieran olvidado de todo. Simplemente se trata de mala suerte. ¿Qué se le va a hacer? Así piensan ellos. Algunos fueron afortunados, otros no. Eso es todo.

Se habían quedado juntos frente a la ventana, mirando el jardín y la soñolienta calle. Varias señoras, evidentemente «vestidas de gala», iban todas en una dirección, bajo quitasoles vistosos. «Las damas de la asociación de Tal y Tal», rezongó Gilligan.

—Me parece que te estás volviendo misántropo, Joe.

Gilligan admiraba, contemplativo, su perfil suave, al nivel de sus ojos.

—¿Lo dices por lo de las mujeres y los soldados? Has de saber que cuando hablo de los soldados, nunca me refiero a mí. Yo soy tan soldado como cualquiera que

compone un reloj por casualidad es relojero. Y cuando hablo de las mujeres no me refiero a ti.

Ella lo abrazó tiernamente, dejando su brazo sobre los hombros. Era un brazo firme, fuerte y vivo, reconfortante. Él sabía que en cualquier momento podía, asimismo, echarle los brazos al cuello y que si quisiera la besaría firmemente, y que los párpados no velarían sus ojos al roce de sus labios. «¿Quién será el hombre para ella?», se preguntaba; respondiéndose que no había tal hombre después de todo. (Su hombre tendría que ser... un... gladiador o un estadista famoso o un general victorioso; alguien duro e indomable que no esperase nada de ella y de quien ella tampoco esperara nada. Sería como una pareja de dioses jugando con burbujas de oro. Y yo; yo no soy gladiador ni estadista, ni general; yo no soy nada. Tal vez por eso espero tanto de ella).

Negros y mulas. La tarde languidecía en las calles, como mujer recientemente amada. Tibia y tranquila: nada, nada... ahora que el amante se había ido. Las hojas, como gotas de agua verde, estaban suspendidas en el aire, aplastadas, diseminadas; parecían hojas recortadas de un papel verde y que habían pegado en la tarde; alguien las había soñado y luego olvidó su sueño. Mulas y negros.

Los carros pasaban arrastrándose monótonos, tirados por bestias orejadas. Negros hinchados de sueño, sobre el pescante y, sobre el carro, otros negros sobre sillas. Catafalcos pegados bajo la tarde. Erguidos, rígidos, como si los hubieran tallado en Egipto hacía ya diez mil años. El polvo se levantaba lentamente, velando su paso, como el Tiempo; las mulas tenían el pescuezo rígido y duro como trozos de gruesa manguera de goma que permitieran el balanceo rítmico de las pesadas cabezas de un lado al otro, con los ojos mirando siempre para atrás. Pero las mulas también estaban dormidas. «Deeejame doormir, que el sueño me mata. Es que en mí tengo sangre de mula: cuando ella duerme, yo duermo; cuando ella se despierta, yo despierto».

En el despacho, donde estaba Donald, su padre escribía incansablemente el sermón del día siguiente. La tarde dormitaba afuera.

La ciudad:

Regresa un Héroe...

Su cara... Es sencillamente escandalosa la forma en que se ve a esa chica, siempre pegada a ese Farr...

El joven Robert Saunders:

Pero si yo sólo quiero ver su cicatriz...

Cecily:

Y ahora, ya no soy una muchacha decente. ¡Bueno! Alguna vez tenía que ser, creo

yo...

George Farr:

¡Sí, sí! Pero si no quiere verme es porque anda con otro. ¡Ay! ¿Por qué lo haces? ¿Para qué lo haces? ¿Qué quieres? ¡Dímelo! Lo haré todo, todo, todo...

Margaret Powers:

¿No habrá nada que me conmueva las entrañas? ¿Nunca ya...? ¿No me queda nada por desear? ¿No hay nada que me punce, me agite, me mueva, más que la piedad...?

Gilligan:

¡Margaret! Dime lo que quieres. Yo lo haré. Dime...

Donald Mahon, que tenía una noción vaga del tiempo, como algo que le arrebatava cosas que no le importaba perder, contemplaba por la ventana un vacío con hojas inmóviles: una mancha luminosa y nada más.

La tarde seguía soñando lentamente en el ocaso. Negros y mulas...

Por fin, Gilligan rompió el silencio.

—Aquella vieja gorda que vino ayer dijo que enviaría su automóvil para llevarlo a pasear.

La señora Powers no respondió.

3

San Francisco, California

5 de abril de 1919

Margaret, queridísima mía:

Bueno, ya estoy en casa otra vez, llegué esta tarde. Tan pronto como he podido librarme de mi madre, me he sentado a escribirte. El hogar parece cosa buena, después de haber estado desafiando tantos riesgos y peligros junto con un montón de locos como yo. Es verdaderamente molesta la manera en que todas las chicas se vuelven locas por un aviador, ¿verdad? Conocí a un par de ellas en el tren, y no quiero contarte todo lo que hicimos. Te diré que apenas vieron la banda blanca de mi gorra se me quedaron mirando y se reían. Después me dijeron que eran de buena familia, pero no soy tan tonto. De todas maneras son buenas muchachas y hasta puede que pertenezcan a la alta sociedad. Tengo el número de teléfono de las dos y

las voy a llamar. Sólo para divertirme, ¿sabes?, porque no hay más que una mujer para mí, Margaret. Bueno; llegamos a San Francisco charlando y riendo y siempre en el departamento privado donde ellas viajaban. Esta semana las voy a conocer mejor, pues ya tengo una cita con la más bonita de ellas, sólo que me ha pedido que lleve a un amigo para su amiga. Creo que así lo haré, porque seguramente las pobres muchachas no se han divertido tanto durante la guerra como un hombre puede divertirse en las mismas condiciones. Pero yo sólo estoy pasando el tiempo con ellas, Margaret, y tú no tienes por qué ponerte celosa, como yo no estoy celoso por lo del teniente Mahon. Bueno, mi mamá quiere arrastrarme a un té y yo preferiría que me dieran un balazo a ir, sólo que ella insiste. Dale recuerdos a Joe.

Con amor:

Julián

La señora Powers y Gilligan fueron a la estación para recibir al médico especialista que venía desde Atlanta. Durante el trayecto hasta la casa, el médico escuchaba con atención el relato que hacía la señora Powers sobre los males del joven teniente Mahon.

—Pero, mi querida señora —protestó, una vez que ella hubo terminado—, me está pidiendo que cometa violación de la ética profesional.

—No, doctor, no. Es imposible que quebrante la ética dejando creer a su padre lo que él quiere creer. ¿No tengo razón?

—No, porque eso sería una violación a mi ética personal.

—Entonces, dígamelo todo a mí y yo se lo diré a su padre.

—Muy bien; así lo haré. Pero, disculpe mi curiosidad, ¿cuáles son sus relaciones con el enfermo?

—Vamos a casarnos —contestó ella mirándole tranquilamente a los ojos.

—¡Ah! En ese caso, prometo no decir delante de su padre nada que pueda intranquilizarlo.

El doctor cumplió su promesa. Después del almuerzo fue a reunirse con ella en la sombreada y tranquila terraza. Dejó a un lado su costura y él acercó una silla para sentarse, dando furiosas chupadas al cigarro hasta que la brasa ardió impetuosamente.

—¿Qué estará esperando? —preguntó de pronto.

—¿Esperando? ¿Quién?

El médico la miró fugazmente con sus penetrantes ojos grises.

—No hay ninguna esperanza para él, ¿sabe usted?

—¿Quiere decir usted para su vista?

—Prácticamente está ciego. Pero no, me refiero a él.

—Sí, también eso ya lo sabía. El señor Gilligan me lo dijo hace dos semanas.

—¡Ah! ¿Es médico el señor Gilligan?

—No. Pero no se necesita ser médico para ver esas cosas, ¿no es cierto?

—No, necesariamente. Sin embargo, creo que el señor Gilligan se extralimitó al hacer una declaración como ésa en público.

Balanceándose suavemente en la mecedora intentó ver los ojos del médico, pero en aquellos momentos tenía el rostro oculto por una cortina de humo, y, al disiparse, estaba contemplando, absorto, la ceniza de su cigarro. Así pues, prefirió dejar pasar el asunto.

—Entonces —dijo— ¿cree usted que no hay ninguna esperanza de que viva?

—No. Francamente, no hay ninguna. —Se inclinó para echar la ceniza del cigarro por encima del barandal—. Prácticamente, ya está muerto. Más que eso, habría muerto hace tres meses, si no fuera porque está esperando algo. Algo que comenzó a esperar y no ha llegado todavía; algo que empezó y quiere terminar. Es lo único que ha traído de su vida pasada a la presente y que recuerda todavía con plena conciencia. Según puedo entender, eso es lo único que lo mantiene vivo; es su asidero a la vida. —La miró de nuevo fugazmente y con penetración—. ¿Cómo la trata a usted ahora? No recuerda nada de su vida antes de que lo hirieran.

Ella contempló los ojos grises de mirada aguda y, repentinamente, se decidió a decirle toda la verdad. Él la estudiaba con detenimiento e interés, escuchando atentamente su relato.

—De manera que ahora se mezcla usted en los asuntos de la Providencia —dijo a modo de comentario.

—¿No hubiera hecho usted lo mismo? —preguntó ella defendiéndose.

—Yo nunca especulo sobre lo que hubiera hecho —respondió escuetamente—. En mi profesión no puede haber esto o aquello. Trabajo sobre los tejidos y los huesos, no sobre las circunstancias.

—Bueno, de todas maneras ya está hecho. No puedo volverme atrás. Así es que, según usted, ¿se nos irá en cualquier momento?

—De nuevo me está pidiendo que especule. Lo que le he dicho es que morirá tan pronto como esa chispa que todavía arde en él (no sé dónde, ni cómo, ni por qué) se extinga. Su cuerpo ya está muerto. Más no puedo decir.

—¿Alguna operación? —sugirió ella.

—No sobreviviría a ninguna y, en segundo lugar, hay que tener en cuenta que la máquina humana sólo puede ser remendada y compuesta hasta cierto punto. Todo lo posible se ha hecho por él; de lo contrario no estaría vivo y fuera del hospital.

La tarde no quería extinguirse. Ambos siguieron hablando en murmullo, tranquilamente, hasta que la luz del sol, en rayos laterales, halló los intersticios entre el muro de hojas de las enredaderas, cubriendo la terraza con grietas amarillas, como una lámina de mica bajo la corriente de un arroyo. El mismo negro, con la misma camiseta, iba de un lado a otro del prado, empujando la misma máquina de cortar el

césped; ocasionalmente pasaba por la calle algún vehículo, balanceándose lentamente detrás de las mulas, o raudo y despidiendo nubecillas de polvo y un nauseabundo olor a gasolina que se esfumaba en el aire de la tarde.

El pastor vino a hacerles compañía.

—Quedamos en que no se puede hacer otra cosa que dejarlo reconstruir su salud, ¿no es así, doctor? —inquirió.

—Sí, ése es mi consejo. Atenciones, cuidados, descanso, quietud hasta que recupere sus antiguos hábitos. Sin embargo, en cuanto a su vista...

El pastor levantó la cabeza lentamente para mirar los ojos grises del médico.

—Sí, ya sé —dijo—. Me doy cuenta de que perderá la vista. Pero hay compensaciones. Está comprometido para casarse con una mujer hermosísima. ¿No le parece a usted que ése es un poderoso incentivo para que cure?

—Por supuesto. Si algo puede ayudarlo, será eso.

—¿Qué opina usted? ¿Debemos apresurar el matrimonio?

—Es que... este...

El doctor quedó mudo porque no tenía costumbre de dar consejos en estos casos, pero la señora Powers acudió en su socorro.

—A mí me parece que no debemos apresurar las cosas —dijo aceleradamente—. Más vale dejar que se acostumbre a lo que le rodea poco a poco, ¿comprenden? ¿No cree usted lo mismo, doctor Baird?

—Naturalmente; reverendo, deje usted que la señora Powers le aconseje sobre esas cosas. Tengo plena confianza en sus juicios. Las mujeres saben mucho más que los médicos sobre el corazón, como víscera sentimental. Déjela que se haga cargo del asunto.

—Muy cierto, pero ya estamos en deuda con la señora Powers por los incontables servicios que nos ha prestado.

—Vamos, no diga tonterías. Yo casi he adoptado a Donald como hijo mío, con permiso del reverendo.

Por fin llegó el taxi e inmediatamente apareció Gilligan con el maletín del médico. Todos se levantaron y la señora Powers deslizó su brazo sobre el del pastor, se lo oprimió dulcemente, acariciándolo, y luego se apartó. Cuando ella y Gilligan, a ambos lados del médico, bajaban los escalones de piedra, el pastor volvió a decir, tímidamente:

—¿Está usted seguro, doctor, de que no se puede hacer nada por ahora? Naturalmente, estamos ansiosos, como usted comprenderá —agregó como para disculparse.

—No, no —repuso el doctor—. Le aseguro que él puede hacer mucho más que lo que podamos ayudarle nosotros.

El pastor quedó de pie sobre los escalones, hasta que el taxi dobló la esquina. La

señora Powers, mirando hacia atrás, pudo verlo aún sobre los escalones, contemplándolos. Después, el automóvil dio la vuelta a la esquina.

Cuando el tren estaba a punto de partir, el doctor, tomándole ambas manos, dijo:

—Se encuentra usted metida en un asunto que le causará muchos dolores, mi buena señora.

Ella le ofreció su mirada franca y amistosa y su mano firme.

—Ya he aceptado el riesgo, doctor.

—Adiós, entonces, y buena suerte.

—¡Adiós, señor —respondió ella—, y muchas gracias!

El médico tendió la mano a Gilligan.

—Lo mismo para usted, doctor Gilligan —dijo con leve ironía.

Lo vieron desaparecer por la puerta del coche y sólo entonces Gilligan, tocando el brazo de la señora Powers, preguntó:

—¿Por qué me ha llamado doctor?

—Vamos, Joe —dijo ella sin responder a su pregunta—. Vámonos andando; quiero pasar de nuevo por el bosque.

4

Endulzaban el aire los perfumes de la madera recién aserrada, cuando entraron en un claro del bosque y caminaron por las calles de una ciudad amarillo pálido, con simétricas casitas de tablas pulidas. Una hilera ininterrumpida de negros, llevando al hombro tablas amarillas por una suave rampa de tablas igualmente amarillas, se perdía en un vagón de carga donde las dejaban caer con estruendo, bajo el ojo vigilante de un hombre blanco, reclinado sobre apiladas tablas amarillas, masticando tabaco indolentemente. Los miró con curiosidad cuando pasaron del brazo, siguiendo las vías del ferrocarril e internándose después en el bosque, por el sendero de los carros.

Atravesaron vías, pasaron junto a durmientes ocultos bajo la hierba alta, y contemplaron la cortina de árboles que velaba el aserradero, pero hasta llegar al pie de la colina siguieron oyendo las voces de los negros elevándose en oleadas de risas sin sentido o trozos de canciones en tono de lamento y los apagados truenos de las tablas arrojadas contra el suelo. Silenciosos, hechizados por el encanto del bosque al declinar la tarde, descendieron la pendiente de la colina, siguiendo de nuevo las suaves curvas del camino. Al pie de la colina, un cornejo florido extendía sus ramas pálidas como una invocación a la luz en la densidad verde oscura. Parecía una monja de toca blanca en la oscuridad del claustro.

—Los negros los cortan para encender fuego porque son fáciles de derribar —dijo ella rompiendo el largo silencio—. ¡Qué lástima! ¿Verdad?

—¿Ah, los cortan? —inquirió él, distraído y sin ningún interés por la suerte de los cornejos.

Bajo sus pies, el suelo se hizo suave y esponjoso, como una alfombra mullida, y así llegaron hasta el borde del arroyo. Corría silencioso y sombrío, saliendo de los macizos de madreselvas, cruzaba el camino con suaves centelleos, e iba a perderse murmurando entre otra maleza impenetrable. Él se detuvo al borde e, inclinándose ligeramente, pudo ver a sus dos cabezas y cuerpos, reflejándose achatados en el agua verde.

—A veces me pregunto si la gente nos ve así —comenzó ella y, sin esperar respuesta, cruzó rápidamente hacia el otro lado por el puente de tablas, exclamando —: Ven, Joe.

El camino pasaba de la espesa vegetación a la luz del sol cubriéndose de arena. La marcha se hacía difícil, casi exasperante.

—Tendrás que tirar de mí, Joe.

Le cogió el brazo, sintiendo cómo se hundían los tacones y resbalaban sus pies a cada paso. Asida a su compañero, casi colgada de él, le dificultaba la marcha, hasta que él, desasiéndose, le puso la mano detrás de la espalda, empujándola con fuerza.

—Así está mejor —confirmó ella, recostándose contra su mano ancha y segura.

El camino circundaba la colina, y los árboles que bajaban la pendiente se detenían, como si aguardaran temerosos e indecisos para dar el paso que los reuniera con sus compañeros, al otro lado del sendero. El sol avanzaba entre ellos como una lluvia horizontal y, más adelante, todo el cauce verde claro del arroyo se acercaba nuevamente al camino, oyeron voces jóvenes y rumor de agua alborozadamente agitada.

Caminaron lentamente por la arena hasta que el volumen de las voces creció y pudieron distinguir algunas palabras tras la espesa cortina de hojas. La señora Powers oprimió el brazo de Gilligan para que guardara silencio y ambos se apartaron del camino abriéndose paso entre la cortina de hojas con mil precauciones, para encontrarse ante los reflejos iracundos del agua violentamente agitada, que tomaba y devolvía el sol, en un relampagueante intercambio, oro por oro. Dos cabezas redondas con los cabellos mojados se hacían doseles de plata con abanicos de agua, y en una rama, balanceándose precariamente, pronto a saltar, estaba de pie un tercer nadador. Su cuerpo tenía el color del papel viejo y era hermoso como el de un potro.

Se detuvieron al borde del arroyo, bien a la vista, y Gilligan gritó:

—¡Eh, coronel!

El muchacho volvió la cabeza rápidamente, miró a la pareja con ojos azorados y, tambaleándose, cayó como una piedra en el agua. Los otros dos, sorprendidos e inmóviles dentro del arroyo, miraban a los intrusos, pero cuando el tercer nadador reapareció en la superficie, resoplando y rojo de vergüenza, soltaron la risa, con la

poca misericordia de la juventud burlona. El tercer nadador cruzó el arroyo como una anguila y fue a esconderse entre la maleza de la otra orilla. Sus compañeros seguían riéndose y burlándose con palabras y gritos inarticulados. La señora Powers decidió:

—Vámonos, Joe. Les hemos estropeado la fiesta.

Dejaron atrás el ruido de voces, risas y agua; de nuevo en el camino, ella se cogió de su brazo, diciendo:

—No hemos hecho bien en sorprenderlos así. Ese pobre muchacho será el blanco de sus burlas durante muchos días. ¿Por qué serán tan tontas las personas?

—¡Que me condenen si lo sé, pero en verdad que son tontas! ¿Sabes quién era ese muchacho?

—No. ¿Lo conoces?

—Es su hermano.

—¿Su...?

—El menor de los Saunders.

—¡Ah! ¿Era él? Pobre chico. Siento muchísimo haberlo avergonzado delátate de sus compañeros.

Y más lo hubiera sentido de haber visto el rostro furibundo y la boca torcida del joven Robert Saunders, que mascullaba insultos espantosos contra la figura que se alejaba del brazo de aquel soldado que no le dejaba ver la cicatriz de Donald. «¡Maldita bruja! ¡Me las pagarás!», mascullaba entre dientes, mientras se vestía apresuradamente, casi llorando de furor.

El camino descendía de la colina hacia una hondonada. En ella, el sol jugaba todavía sobre las copas de los árboles, pero en el fondo sólo había cedros, oscuros y solemnes. Se oyó el graznido de un tordo y ambos se detuvieron para oír las cuatro notas y mirar las evanescentes manchas del sol en las copas de los árboles, las altas rocas y las cuevas de las colinas.

—Sentémonos a fumar un cigarrillo —sugirió ella.

Se dejó caer suavemente sobre la hierba y Gilligan se sentó a su lado, mientras el joven Robert Saunders, que los venía siguiendo colina arriba, al verlos de pronto tan cerca se arrojó al suelo, detrás de las plantas, tratando de acallar su agitada respiración. Se arrastró por el suelo para acercarse más sin ser visto. Estaba cerca, cerca, casi pegado a ellos, y convenientemente escondido por las malezas, el tronco de un cedro y las sombras. Gilligan se había recostado y miraba hacia su rostro pálido. Ella estaba sentada, fumando en silencio, con la cabeza baja, barriendo el suelo con una ramita. Su perfil sereno parecía tallado en el tronco oscuro donde se reclinaba. Sin moverse, pero sintiendo la mirada de su compañero clavada en su rostro, empezó a hablar:

—Joe: tenemos que hacer algo con esa muchacha. No podemos confiar en que el viejo pastor siga creyendo que está enferma o indispuesta. Yo tenía esperanzas de que

su padre la obligara a verlo, pero son tan parecidos que ahora...

—Yo no puedo hacer nada —interrumpió él de mal humor—. ¿Quieres que la traiga arrastrando por los cabellos?

—¿Sabes, Joe? Me parece que ése sería el mejor medio para hacerla venir.

La ramita se quebró y con ambas manos buscó otra en el suelo.

—Ya lo creo. Cuando se trata con gentes de esa clase, hay que recurrir a la fuerza.

—Desgraciadamente, estamos en plena civilización y tú no podrás traerla arrastrando por los cabellos.

—Así es —reconoció Gilligan, y siguió fumando nerviosamente hasta terminar el cigarrillo, que lanzó, trazando un arco blanco, hasta el otro lado del camino.

Durante la pausa, el tordo cantó otra vez y el joven Robert Saunders, preguntándose si estarían hablando de su hermana, se removió en su escondite, sintiendo un molesto hormigueo en las piernas. Avanzó algunos centímetros y se echó de cara al suelo, disponiéndose a escuchar. «¡Arrastrarla por los cabellos!», se dijo resoplando contra la arena y las hojillas que le cosquilleaban las narices. «¡Me gustaría verlo! ¡Demonios, cómo duele...!», y se daba vigorosos masajes en las piernas, sin remediar para nada el hormigueo.

—¿Qué haremos, Joe? Dímelo; tú lo sabes porque conoces bien a la gente.

Gilligan cambió de posición, y mientras se sentaba y se acomodaba sobre la hierba, permaneció silencioso para contestar luego, con sequedad y bastante mal humor:

—Oye, desde el momento en que nos conocimos, hemos estado pensando en ellos. ¿Qué te parece si hablamos un poco de ti y de mí para variar?

Ella abandonó su inmovilidad para mirarlo fugazmente. Su cabello negro y su boca como la flor del granado. Los ojos negros lo miraban con una luz bondadosa.

—Por favor, Joe —suplicó.

—Vaya. No pienso proponerte el matrimonio otra vez. Sólo quiero que me hables de ti y no de los demás.

—¿Qué quieres que te diga, Joe?

—Lo que te salga del pecho. Deja de pensar en el teniente durante un momento y habla... Habla y nada más.

—Lo que sucede es que te sorprende encontrar a una mujer haciendo algo sin un evidente fin material, ¿no es eso? —Él permaneció en silencio mirando al suelo por entre sus rodillas abiertas—. Joe, crees que estoy enamorada de él, ¿verdad? — («¡Uuuuy!, le ha robado el novio a mi hermana». El joven Robert Saunders avanzó varios centímetros, dejando que la arena se le metiera por el cuello de la camisa.)— ¿No es verdad?

—¡Qué sé yo! —repuso él mohíno y sin mirarla.

—¿Qué clase de mujeres has conocido?

—De la peor clase, supongo. Por lo menos, ninguna de ellas me hizo perder una noche de sueño hasta que te conocí.

—No he sido yo la que te ha hecho perder el sueño. Sucede que, al conocerme, te encontraste con una mujer que hacía lo que tú considerabas privilegio exclusivo de los hombres. Tú, Joe, tenías ideas muy bien asentadas sobre las mujeres, y yo vine a trastornarlas. ¿No es así?

Ahora ella le estaba mirando de frente, pero él tenía el rostro inclinado y los ojos clavados en el suelo; tenía la cara entre las rodillas, su cara cándida, simple, vulgar y hogareña de hombre bueno. («¿Se quedarán hablando toda la noche?», pensaba el joven Saunders. El hambre le producía un vacío muy molesto en el estómago y todo su cuerpo ardía a causa del sol, el agua, las ortigas y la arena).

La mitad del sol estaba detrás del horizonte. Las puntas de los árboles más altos absorbían toda la claridad, dejando que el resto se hundiera en una luz difusa y la hondonada donde se habían sentado se inundara de sombras, hechas con una sustancia violeta que hacía más suave el canto monótono del tordo y más pesado el silencio.

—Margaret —murmuró Gilligan por fin—. ¿Querías a tu marido?

—No sé, Joe. Creo que no... Yo vivía en un pueblo pequeño, como éste, y ya estaba harta, ¡óyelo bien!, harta de quedarme en casa toda la mañana, vestirme por las tardes tan sólo para caminar por el centro y pasar después las noches fingiendo divertirme en bailes, reuniones y paseos con los muchachos del lugar. Todas las mañanas, las tardes y las noches de todos los días, de todos los años, eran iguales. Al estallar la guerra, pude convencer a unos amigos de mis padres para que me consiguieran un puesto en Nueva York. Así entré en la Cruz Roja. Tú ya sabes cómo se trabaja allí. Entretener a los soldados, sirviéndoles refrescos, bailando con los campesinos azorados que habían sido arrebatados de sus tierras para entrar en el cuartel y, teniendo una hora de permiso en la gran ciudad, querían pasarlo lo mejor posible. Nada tan difícil como eso en Nueva York, si no se sabe cómo encontrarlo.

»Una noche, Dick (mi marido) entró en el salón. Al principio no reparé en él, pero al cabo de dos o tres piezas, lo noté particularmente interesado en mí y entonces le pedí que me contara algo de su vida. Él me lo contó todo precipitadamente como si yo fuera a interrumpirle. Estaba en un campo de entrenamiento para oficiales, cerca de Nueva York.

»Empecé a recibir sus cartas y a contestarlas. Un día, en una breve nota, me anunció que iba a la ciudad para quedarse allí hasta que partiera con destino a ultramar. Para entonces, a fuerza de escribirnos, me había acostumbrado a él, y cuando lo vi llegar con su flamante uniforme, todo cintas y estrellas, cuando vi a otros soldados saludándole con respeto, quedé admirada y hechizada, imaginando que no podría existir otro ejemplar masculino más espléndido y poderoso. Tú puedes

recordar cómo estaban las cosas por entonces; la guerra era una locura, un histerismo colectivo. Todo el país era un gran circo.

»No había noche en que no saliéramos juntos a cenar, al teatro, a bailar, y, ya de madrugada, subíamos hasta mis habitaciones de modesta empleada soltera y nos quedábamos bebiendo, charlando, fumando y descansando hasta ver apuntar el sol. También debes recordar todo aquello: los soldados hablaban de morir gloriosamente en el campo de batalla, sin creerlo y sin saber lo que era morir en la guerra. A las mujeres les sucedía lo mismo. Creo que se les contagiaba la locura idealista, como una peste, y nosotras también pensábamos morir gloriosamente en las batallas y, con esa idea en la cabeza, creíamos firmemente que no tenía ninguna importancia para nuestro mañana muerto lo que pudiéramos hacer hoy. En realidad, no creíamos que pudiera haber un mañana.

»Quiero que me entiendas bien, Joe: el que fue mi marido y yo habíamos hecho una especie de pacto sin papeles y sin palabras. Estábamos de acuerdo en que nos amábamos apasionadamente, pero también sabíamos que no era aquél un amor eterno, sino un amor breve que duraría mientras estuviéramos juntos y nada más. Queríamos obtener en muy poco tiempo toda la felicidad posible. Tres días antes de partir me propuso que me casara con él.

»Para entonces, yo había recibido propuestas matrimoniales de casi todos los soldados con quienes había bailado (lo mismo que todas las otras muchachas de la Cruz Roja), de modo que su proposición no me causó ninguna sorpresa, aunque me alegró y halagó sobremanera. Acepté inmediatamente, pero advirtiendo que tenía muchos otros admiradores y que estaba convencida de que él también conocería a muchas otras mujeres. No obstante, ninguno de los dos nos preocupábamos por esas naderías. Él me dijo que esperaba conocer a otras mujeres cuando estuviera en Francia y que no le había pasado por la cabeza la idea de exigirme que me encerrara como una monja después que él se hubiera ido. A la mañana siguiente, muy temprano, nos encontramos en las puertas del Registro Civil, nos casamos y luego yo fui a trabajar.

»Al caer la tarde, entró en el salón de la Cruz Roja para buscarme, preguntando por la señora Powers, su mujer. Yo estaba bailando con unos soldados con licencia, y mis compañeras vinieron a buscarme para felicitarnos. Celebramos una pequeña fiesta con champaña y tarta. Casi todas las chicas que trabajaban conmigo habían hecho lo mismo y me felicitaron calurosamente, burlándose un poco por los aires que me daba al haber pescado a un oficial. ¿Me entiendes, Joe? Tomábamos la cosa a broma. Se nos pagaba para entretener a los soldados con licencia y a punto de partir hacia los frentes de batalla. Nuestra tarea era la de mantener su espíritu en buen estado y era natural que, al poco tiempo de conocernos, nos hicieran proposiciones amorosas y hasta de matrimonio. Recibíamos tantas propuestas de matrimonio que ya

ni les dábamos importancia. Creo que ellos tampoco.

«Cuando pudimos escapar, me llevó a su hotel. ¡Joe, Joe...! Lo pensé entonces, como te lo digo ahora: me dije que era como una niña que se despierta en la oscuridad y tiene miedo, pero trata de consolarse repitiendo: «No está oscuro. No está oscuro». Así fue... Estuvimos juntos tres días y después partió el barco que se lo llevaba. Quedé terriblemente sola, extrañándolo, deseándolo desesperadamente. Durante muchos días dejé de asistir a la Cruz Roja y me dediqué a vagar de un lado al otro, buscando amigos que distrajeran mi soledad y sin encontrar a nadie que sintiera lástima de mí. Todas mis amigas estaban en la misma condición que yo y no podían permitirse el lujo de sentir piedad por los demás cuando tanto se compadecían a sí mismas. Pasé unos días espantosos, acosada por el terror, maldiciendo y casi odiando a Dick. Por fin volví a trabajar, entregándome por entero a mis tareas para no pensar en él.

»Naturalmente, no tardé en recibir nuevas propuestas matrimoniales y no lo pasé tan mal, dentro de las circunstancias. Poco a poco Dick se iba convirtiendo en una sombra o en una especie de héroe legendario, como George Washington. Por fin, llegué a olvidarle por completo.

»Fue entonces cuando empecé a recibir sus cartas desde Francia, dirigidas a su «querida mujercita» y hablando de cuánto soñaba y pensaba en mí. Con aquellas cartas volví a recordarlo y a desearlo y volvió la antigua amargura. Yo le escribía a diario extensas cartas llenas de amor y de deseo. Pero de pronto descubrí que el escribirle me cansaba y hasta me daba miedo empezar porque sabía que todo cuanto iba a escribir era falso. Ya no esperaba con ansia aquellos sobres sucios con sellos extranjeros que el censor había abierto previamente. Dejé de escribirle. Poco después recibí su última carta anunciándome que lo mandaban al frente y que no sabía cuándo volvería a ponerse en contacto conmigo. En aquel instante tomé una decisión: me senté a escribirle diciendo que lo mejor para los dos era separarnos, o mejor dicho, anular nuestro matrimonio, que era el único lazo que nos unía; me despedía de él deseándole mucha suerte y pidiéndole que, en recuerdo de nuestros breves momentos de felicidad, me perdonara, sin guardarme rencor, y me deseara, también él, toda la suerte del mundo y... en paz.

»Entonces, antes de que mi carta llegara a su destino, recibí la nota oficial anunciándome que había muerto en combate. Nunca recibió mi última carta. Murió creyendo que todo seguía igual entre los dos».

Hizo una pausa, contemplando la luz morada del ocaso.

—¿Ves? —concluyó diciendo—. Me quedó el remordimiento de no haber sido sincera con él. Me parecía haberlo engañado; creo que por eso estoy tratando ahora de pagar, a mi manera, lo que le hice.

Gilligan se sentía fatigado y sin ganas de hablar. Oleadas de ternura le invadían,

pero no atinaba a decir lo que quería. De pronto cogió la mano de Margaret y recostó la mejilla contra ella. La mano se volvió entre las suyas y le acarició la cara tiernamente, después se retiró. («¡Cogidos de la mano!», exclamó para sí el joven Saunders atragantándose). Margaret inclinó la cabeza para verlo de frente y buscó sus ojos con los suyos. Él permaneció inmóvil, hosco. «¡Tómala entre tus brazos ahora mismo!», se decía luchando por dominarse. «Avasállala con la fuerza de tu amor». Cuando ella sintió despertarse en él esta pasión se refugió en su frialdad, se retiró, aunque su cuerpo no se había movido.

—Eso de nada serviría, Joe. ¿No comprendes que sería inútil? —preguntó.

—Sí, lo comprendo. Vámonos.

—Lo siento infinito, Joe —dijo en voz tan baja que el joven Saunders no pudo oírla. Él estaba ya de pie y la ayudó a levantarse. Se sacudió la falda y echó a andar a su lado. El crepúsculo estaba en su apogeo, y cuando levantaron la vista les pareció estar caminando por un silencio color violeta, terso y suave como la leche.

—Lo siento, Joe. Yo quisiera... —Como él no respondiera, preguntó—: ¿No lo crees?

Él trató de caminar más de prisa, pero ella lo detuvo por un brazo y lo atrajo hacia sí. Cuando se dio vuelta, quedaron frente a frente, muy juntos. Se abrazaron. Ella estaba en sus brazos rígida, firme, mirándolo sin pestañear; era un abrazo sin sexo; él veía su cara, suave y dulcemente femenina, ante sus ojos y veía, también, sus ojos abiertos en los suyos, ansiosos y desesperados. («¡Ooooh, se están besando!», murmuró el joven Robert Saunders estirando sus miembros doloridos y levantándose para seguirlos, agachado como un indio, protegido por las plantas).

Después siguieron caminando rápidamente, cogidos del brazo, y se perdieron de vista. La noche había llegado: sólo quedaba el olor del día, las huellas del día, un rumor y el fantasma de la luz entre los árboles.

5

Entró desaforadamente en el cuarto de su hermana. Esta se estaba arreglando el cabello frente al espejo y lo vio a su través, rojo de correr, sucio y desgarrado.

—¡Vete de aquí! ¡Cochino! ¡Pareces un animal...!

Sin inmutarse, permaneció inmóvil hasta haberle dado todas sus noticias.

—Oye. ¿Sabes que ese tipo ha dicho que estaba enamorada de Donald y ella no lo ha negado y luego los he visto besarse...?

Las manos nerviosas de Cecily se detuvieron sobre su pelo y las puntas de sus dedos apenas jugaron con los mechones rebeldes.

—¿Quién?

—Esa mujer que vive en la casa de Donald.

—¿La has visto besando a Donald?

—Nooo; la he visto besando al otro soldado, a ese tipo que no tiene cicatriz ni nada.

—¿Ha dicho que estaba enamorada de Donald?

Giró tratando de agarrarle por un brazo, pero la esquivó.

—Nooo; pero ese soldado que estaba con ella ha dicho que sí, que estaba enamorada de Donald y ella no lo ha negado. Yo creo que sí que está enamorada de Donald.

—¡La muy envidiosa! ¡Ya me las pagará!

—Eso es lo que yo digo —comentó el joven Robert Saunders—. Y le he dicho cosas peores cuando ha salido de entre los árboles para sorprenderme. Por eso te lo he venido a decir, porque sabía que tú no ibas a dejar que ninguna otra mujer, te quitara a Donald.

6

Emmy dejó los fiambres sobre la mesa. La casa estaba silenciosa y oscura. Todavía no se habían encendido las luces. Se acercó con lentitud a la puerta del despacho. El joven Donald Mahon y su padre estaban sentados en la oscuridad mirando llegar la noche por la ventana, lenta y callada, como una respiración mesurada. La cabeza de Donald se recortaba contra la claridad de los cristales y Emmy, al verla, sintió oprimírsele el corazón al recordar aquella misma cabeza respirando agitada encima de ella, perfilada contra el cielo estrellado en una noche, una sola noche, hacía mucho, mucho, mucho tiempo.

Ahora sólo podía ver la parte posterior de aquella cabeza amada, y el cerebro que encerraba no tenía memoria de ella. Se deslizó en el despacho calladamente, como la noche, y se detuvo detrás de la silla, mirando el cráneo casi pelado y los cabellos ralos que en otro tiempo se habían erizado rebeldes en la cabeza del fauno: tan suaves, tan suaves al tacto de su mano. Se acercó más y atrajo hacia sí la cabeza adorada, que no opuso resistencia, y la recostó contra su cadera. El rostro no se movía bajo la caricia de la mano femenina, y mirando también el crepúsculo que él estaba mirando, volvió a saborear las amargas cenizas de su antiguo dolor. Se inclinó, de pronto, sobre la cabeza herida besando los cabellos y sin poder contener un quejido sordo y lejano que nacía de la planta de los pies.

El pastor se agitó en la oscuridad haciendo rechinar la silla.

—¿Eres tú, Emmy?

—La cena está en la mesa —anunció con tranquilidad.

La señora Powers y Gilligan estaban subiendo los escalones de piedra en la terraza de la rectoría.

El doctor Gary podía bailar el vals con un vaso de agua sobre la cabeza y sin derramar una gota. No gustaba de las danzas modernas, tan agitadas. «Todo saltos y meneos..., como los monos», solía decir en todas partes. «¿Para qué quieren hacer lo que una bestia hace mejor? Pero un vals... un vals es otra cosa. ¿Puede bailar un vals un perro o una vaca?». Era un hombre pequeño, cuadrado, calvo y con vivos ojillos negros. A las mujeres les gustaba mucho. «Tiene modales tan amables, tan delicados cuando nos atiende», solían decir. Por eso era muy solicitado tanto profesional como socialmente. El también había estado en Francia, de servicio en un hospital militar en 1914, 15 y 16. «¡Como en el infierno!», decía para describir aquellos años. «Una larga galería de excrementos y pintura roja».

Luego de ver a Donald, bajaba rápidamente las escaleras seguido de Gilligan, alisando las solapas de su americana y limpiándose las manos con un pañuelo de seda. El pastor apareció por la puerta del despacho frotándose las manos y exclamando:

—¡Bueno, doctor...!

El doctor Gary se detuvo al pie de la escalera para hacer un cigarrillo con el tabaco que extrajo de una bolsa de seda roja que luego guardó en el puño. Cuando llevaba la bolsa en otras partes de su vestimenta, se le deformaba el traje, según explicaba él mismo. Encendió un fósforo.

—¿Quién le da de comer?

Empezó a echar bocanadas de humo perfumado mientras el pastor respondía muy sorprendido:

—Emmy le ha estado dando de comer... ayudándolo, quiero decir.

—¿Poniéndole los alimentos en la boca?

—No, no. Sencillamente le guía la mano. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Quién lo viste y lo desnuda?

—El señor Gilligan, aquí presente, pero ¿por qué...?

—Lo tiene que vestir y desnudar como a un niño, ¿no es verdad? —preguntó el doctor volviéndose repentinamente hacia Gilligan.

—Sí, algo por el estilo —admitió el soldado, muy a su pesar. La señora Powers apareció en la puerta del despacho y el doctor la saludó con una leve inclinación de la cabeza. El pastor estaba diciendo:

—Discúlpeme si insisto, doctor, pero ¿por qué hace usted esas preguntas?

El médico le lanzó una mirada vaga e irritada.

—¿Por qué, por qué? —Se volvió hacia Gilligan—. ¡Dígaselo usted!

El pastor movió los ojos con mucha lentitud para fijarlos en los de Gilligan,

suplicantes y llorosos. «¡No! ¡No lo digas!», parecían pedir obligándole a bajar la vista. Quedó sin saber qué hacer, moviendo la punta de un pie de un lado al otro para dar motivo a sus ojos a mantenerse bajos. El doctor dijo abruptamente:

—El muchacho está ciego. Se ha quedado completamente ciego desde hace tres o cuatro días. No entiendo cómo no se han dado cuenta.

Tomó el sombrero de la percha.

—¿Por qué no lo dijo? —preguntó a Gilligan—. Es indudable que usted ya lo sabía, ¿verdad? Bueno. Ya está hecho. De todas maneras vendré mañana por aquí. Buenos días, señora. Buenos días.

La señora Powers se hallaba cogida al brazo del pastor.

—Cómo detesto a ese hombre —comentó—. Un esnob despreciable. No se preocupe, tío Joe; acuérdesse de que el doctor de Atlanta nos advirtió que perdería la vista. Además, los médicos saben poco; tal vez cuando Donald mejore y se fortalezca, recobre la vista.

—Sí, sí, es verdad —exclamó el pastor con su inveterada costumbre de asirse a las briznas de paja como si fueran vigas de roble—. Hagamos lo posible por restablecer su salud. Después, veremos.

Dio cariñosos golpecitos en el hombro de la señora Powers y regresó a su despacho. Ella y Gilligan quedaron mirándose en silencio durante largo rato.

—Me da tanta lástima él pobre viejo, Joe, que quisiera echarme a llorar.

—Yo también... si sirviera de algo —respondió con aire sombrío—. ¡Si por lo menos no viniera nadie a verlo!

—He tratado de impedir que vengan, pero es difícil negarles la entrada. Llaman a la puerta con las mejores intenciones y se muestran tan amables y bondadosos...

—¿Amables y bondadosos? ¡Un demonio! Todos son como ese endiablado chiquillo Saunders: vienen para verle la cicatriz. Entran para mirarlo, se agitan a su alrededor y le preguntan cómo le hirieron y si le dolió mucho. ¡Cómo si él lo supiera o le importara!

—Tienes razón. Te prometo que haré lo posible para no dejarlos entrar en su cuarto; te lo prometo. Les diremos que no se siente bien o cualquier cosa.

Entró rápidamente en el despacho. El pastor estaba sentado frente al escritorio con una pluma entre los dedos y una hoja de papel immaculado frente a él. No había escrito ni una sola letra; tenía la cara apoyada sobre su enorme puño y sus ojos abiertos, perdidos en sueños dolorosos, estaban fijos en el muro opuesto. Ella se acercó hasta quedar a su lado y le puso la mano sobre el hombro. Se estremeció y la miró asustado, sin reconocerla en el primer momento.

—Tenía que suceder y usted lo sabía —dijo la señora Powers.

—Sí, lo esperaba. Todos lo esperábamos, ¿no es cierto?

—Sí, todos —concedió ella.

—Pobre Cecily. Precisamente estaba pensando en ella. Sera un golpe muy duro. Gracias a Dios, su afecto por Donald parece sincero, profundo y muy hermoso. ¿No es verdad, señora Powers?

—Sí. Por supuesto.

—Lástima que no sea una muchacha fuerte, pues si no podría venir a verlo todos los días. Usted ya sabe que está algo delicada.

—Sí. Estoy segura de que vendrá tan pronto como pueda. —Yo también. Mientras tanto doy gracias a Dios de que por lo menos ella le queda a mi pobre Donald y porque será ella quien lo salve.

Sus manos, cruzadas sobre el papel blanco, temblaban levemente. La señora Powers, dándole una palmada cariñosa en la espalda, se acercó a la puerta.

—Perdóneme, tío Joe, que haya venido a interrumpirlo. Usted estaba escribiendo su sermón. No lo sabía.

—No, no. No se vaya. Puedo escribir después.

—Mejor será que escriba usted ahora. Subiré a hacerle compañía a Donald. El señor Gilligan está arreglándole una silla para sacarlo al jardín. ¡Hace un tiempo tan hermoso! Desde la puerta miró hacia atrás. El pastor no estaba escribiendo. Nuevamente tenía recostada la cara sobre su enorme puño y la mirada perdida en el muro de enfrente.

El teniente Mahon estaba sentado en una de esas sillas plegables que se colocan en la cubierta de los barcos. Llevaba puestos los lentes de vidrios azules y la visera de su gorra de aviador le ocultaba la frente. Su mayor gusto era que le leyeran, aunque nadie sabía si las palabras tenían algún significado para él. Tal vez no fuera más que el sonido de la voz lo que le gustaba. Ahora se trataba de la «Historia de Roma», de Gibbons, y Gilligan había entrado de lleno en el grueso volumen, tartamudeando atrozmente las palabras polisílabas, cuando la señora Powers se reunió con ellos. Gilligan había traído también una silla para ella y se acomodó, callada, mirando al cielo, oyendo la lectura, aunque sin prestar atención, dejando —como Mahon— que la voz monótona del soldado apaciguara los sobresaltos de sus pensamientos. Sobre su cabeza, las hojas se mecían, moviéndose apenas para no perturbar el silencio de un cielo inefablemente sereno; las hojas arrojaban lunares de sombra sobre su vestido. Los tréboles habían vuelto a crecer entre el césped recién cortado y las abejas los hacían blanco de sus feroces ataques; las abejas eran vibrantes flechas de oro con puntas de miel. En el campanario y su aguja, las palomas se arrullaban, remotas y desapasionadas, como el sueño.

Un ruido extraño la sobresaltó y Gilligan dejó de leer. Mahon seguía recostado sin que se moviera un solo nervio en todo su desesperado e inerte cuerpo. Cruzaba el prado una negra vieja y flaca, seguida por un muchacho negro, alto y desgarrado. Venían directamente hacia ellos y desde lejos la voz de la mujer se elevaba, cálida y

gimiente, en la tarde adormecida.

—¡Caaaalla el pico, sucio Lush! —decía con su típico hablar de suaves cadencias—. No llegará el día en que mi niño no quiera ver a su vieja Carolina. ¡Donald, dulce *sior* Donald! Aquí viene su vieja Callie a verlo, querido niño.

Aceleró al máximo sus viejas piernas para dar los últimos pasos y Gilligan se puso de pie ante ella para impedir que se arrojara sobre el herido.

—Un momento, señora. Está dormido. No le moleste ahora.

—¡Aaaah! ¡Eso sí que no! Mi Donald no querrá dormir cuando sus gentes vienen a verlo. —Su voz se había elevado de nuevo en agudo tono de lamento y el teniente Mahon se movió—. ¡Ahí está! ¿Qué le he dicho? Está despierto: mírelo. ¡Donald, querido niño mío!

Gilligan la sujetó por un brazo mientras la vieja se debatía como un perro atado.

—¡Bendiiiito sea Dios que no le das la espalda a tu *mammy*! ¡Sí, Jeesús! Todos los días rezaba y mi *Sior* me oyó. —Volviéndose hacia Gilligan suplicó—: Suélteme por favor, *sior*.

—Déjala, Joe —rogó la señora Powers, y el soldado soltó a la vieja negra, que cayó de rodillas ante la silla de Donald poniéndole las negras manos sarmentosas sobre la cara. Lush se había quedado atrás y miraba la escena con desconfianza.

—¡Donald, niño mío, mírame! ¿No sabes quién es? Es tu Callie, que te ponía en la cama. ¡Niño! Mira *pa'acá, pa'mí*. ¡Siiiioor! Los blancos te arruinaron, pero no importa; aquí está tu *mammy* para cuidar a su niño querido. ¡Tú, Luuush, negro sucio! —todavía arrodillada se volvió para llamar a su nieto—. Ven *pa'acá p'hablar* con él, con el *sior* Donald. Acá, donde pueda verte. Donald, mi Donald; aquí está ese desgraciado negro hablándote. Míralo en esos vestidos de soldado.

Lush dio tres pasos hacia delante y se cuadró saludando militarmente.

—*Sior* tooniente, *sior*: el cabo Nelson se alegra de ver..., el cabo Nelson se alegra de ver bien al tooniente.

—¡Mooreno! No te quedes ahí parado moviendo los brazos delante de tu *sior* Donald. Ven *p'acá*, negro, y habla con él como te enseñaron tus padres.

Lush perdió inmediatamente su porte militar y quedó convertido en el mismo muchacho que Mahon había conocido años atrás, antes de que el mundo se volviera loco. Se aproximó con sus andares desgarbados y, respetuosamente, tomó sus manos entre las suyas.

—*Sior* Donald —dijo suavemente.

—¡Eso es! —aprobó su abuela.— *Sior* Donald, *sior*. Este es Lush, que le está hablando, *sior* Donald.

Mahon volvió a agitarse en su silla y Gilligan levantó por un brazo a la vieja negra.

—Está bien. Basta ya. Si quiere verlo vuelva mañana.

—¡Siiiiiooor! —protestó la negra—. ¡Que no llegue a ver el día en que un blanco me diga que mi niño Donald no quiere verme!

—Naturalmente que quiere verla —explicó la señora Powers—. Es que ahora está enfermo. Cuando esté bien, usted y Lush tendrán que venir todos los días.

—Sí, *siora*. Así es. No hay agua en los siete mares que me aparte de mi niño. Volveré para cuidarte, Donald, mi niño.

—Llévesela, Lush —murmuró la señora Powers al oído del joven negro—. Está muy enfermo, ¿comprende?

—Sí, *siora*. Si hay un hombre enfermo en todo el mundo, es él. Si me necesitan para algo cualquier hombre negro puede decirle dónde encontrarme. Sí, *siora* —agarró por el brazo a su abuela—. Venga conmigo, *mammy*. Ya nos vamos.

—Voy a venir otra vez, Donald, niño querido. No te voy a dejar.

Se fueron alejando por el prado y sus voces se apagaron en el silencio de la tarde. El teniente Mahon abrió la boca tres veces y luego dijo:

—Joe.

—¿Qué dices, tooniente?

—¿Cuándo me voy?

—¿Adonde, tooniente?

Mahon quedó inmóvil y silencioso mientras Gilligan y la señora Powers se miraban angustiados, esperando; al cabo de unos minutos habló nuevamente:

—Quiero ir a casa, Joe.

—¿Para qué quieres ir a casa, tooniente?

Pero ya había perdido el hilo del pensamiento y, tras otro nuevo silencio, preguntó:

—¿Quién estaba hablando, Joe?

Le explicó detalladamente quién había venido y le describió la visita de los negros. Él escuchaba inmóvil, recostado en su silla y alisando con su mano sana la solapa de su americana gris (el traje que le había comprado Gilligan). Después dijo:

—Adelante, Joe.

Gilligan recogió el libro, se sentó e inmediatamente su voz reanudó el soporífero ronroneo. Mahon quedó inmóvil y, al cabo de un momento, Gilligan dejó de leer. Como el herido no se movía, se levantó y fue a mirar de cerca los vidrios azules de sus lentes.

—Nunca se sabe cuándo duerme y cuándo no —dijo irritado.

Capítulo 5

1

El capitán Green, de quien podía decirse que había amamantado la compañía que estaba a su mando, alcanzó su puesto debido a la poderosa ayuda del gobernador de su estado natal. Pero ahora estaba muerto. Hubiera sido un buen oficial; hubiera sido cualquier cosa; por cierto que siempre se acordaba de sus amigos. Sabía que se le había dado el nombramiento de capitán como un favor, o mejor dicho, además de darle aquel nombramiento por maniobras políticas, tenía conocimiento de que el gobernador había concedido dos o tres puestos más en la misma forma, y, por tanto, consideró que si él nombraba primer sargento a su amigo Madden, no haría sino un acto de justicia, enteramente al alcance de su mano. Así lo hizo.

Por todas estas razones, cualquier interesado podía verle, reluciente de barras y estrellas doradas y cintas multicolores, y podía ver también a Madden, siempre a su lado, esforzándose por adquirir el hábito de decirle: «Señor». Luego estaban Fulano, Zutano y Mengano, con quienes ambos la habían corrido, habían jugado y habían bebido whisky, tratando de recordar que había gran diferencia, no sólo entre ellos y Green y Madden, sino también entre Madden y Green.

—¡Al diablo! —se decían entre sí los soldados en los campos de entrenamiento y campamentos militares—. Está haciendo todo lo posible: hay que esperar a que se acostumbre. Sólo sirve para los desfiles, ¿eh, sargento?

—Es natural —respondió Madden—. El coronel no deja de darnos la lata sobre nuestra indumentaria y presencia. ¿Es que no podemos presentarnos mejor?

Pero en Brest era otra cosa.

—¿Quién demonios se cree que es? ¿El mismísimo Pershing? —preguntaban los soldados.

—¡Cállense y a trabajar! ¡Maldita sea! Al primero que me diga una palabra, lo pongo a patadas en presencia del capitán Green.

También él había cambiado desde su llegada a Brest. Durante la guerra se vive al día. El ayer se ha ido y el mañana quizá no llegue. «Esperad hasta que estemos en combate —decían los soldados, cuchicheando entre ellos—. ¡Entonces mataremos al hijo de perra!». Alguno, horrorizado, preguntaba: «¿Os referís a Madden?». Los otros se limitaban a mirarlo con desprecio. «¡Por Cristo!», comentaba alguien con tono de disgusto.

Pero el Destino, utilizando como instrumento al Ministerio de Guerra, los engañó de cabo a rabo. Cuando el sargento Madden se presentó ante su actual capitán y antiguo compañero de juergas, halló sólo a Green.

—¡Siéntate, maldita sea, y no me saludes ni me digas señor! —gritó el capitán al verlo parado en la puerta—. No hay nadie y no vendrá ninguno. Ya sé lo que vienes a decirme: de todas maneras, me voy, esta misma noche me dan los papeles. ¡Espera, no digas nada! —exclamó, como si Madden le hubiera interrumpido—. Si quiero mantener mi puesto tengo que trabajar mucho. En esos malditos campos de entrenamiento te dicen que se producen oficiales ya entrenados. Bueno, conmigo fallaron; yo no soy un oficial con entrenamiento. ¡Ah, cómo quisiera que fuera otro el que tuviera que cargar con esta condenada compañía! ¿Sabes dónde quisiera estar ahora? Ahí fuera, con ellos, siendo como ellos y llamando a alguien hijo de perra, como me llaman a mí ahora. ¿Crees que me divierto mucho con esto?

—¡Oh, diablos! ¡Déjalos que hablen! ¿Qué esperabas?

—Nada. Sólo que prometí a las madres de cada uno de esos hijos de perra que los cuidaría y que no dejaría que los hirieran. Y ahora, no hay uno solo de esos bastardos que no esté dispuesto a darme un balazo por la espalda si se le presenta la oportunidad.

—Pero ¿qué diablos esperabas de ellos? ¿Qué demonios quieres? Esto no es una merienda campestre, ¿sabes?

Frente a frente y sólo separados por la superficie pulida de la mesa, ambos quedaron en silencio. Tanto la cara de uno como la del otro se veían avejentadas, agotadas, y las cavernas de los ojos se hacían más hondas por la cruda luz de la bombilla eléctrica. Los dos estaban pensando en el hogar, en tranquilas calles sombreadas por olmos que soportaban el traqueteo de carros arrastrados por muías en los días polvorientos y el ruidoso ir y venir de jóvenes que volvían del cine o iban a tomar un refresco en la «droguería»; pensaban en la paz y en la quietud de todas las cosas familiares, de todas las cosas de una época en que no había guerra.

Sus pensamientos se remontaban a los días, no muy lejanos, en que sintieron la vaga intranquilidad de la más completa satisfacción física: pensando en su fuerza joven, en la sensualidad y en la lujuria; comparándolas con las capas de merengue que cubren las tortas y las hacen más dulces... Fuera, rodeándolos, estaba la Bretaña y el lodo, una ciudad equívoca y doblemente extraña; lujuria en lengua extranjera. Mañana habremos de morir.

Con tono amable preguntó, por fin, el capitán Green:

—¿Tú estás bien?

—¡Diablos, sí! ¡Perfectamente! Hasta hace poco insistían en que debía bajar de peso, pero ya me han dejado tranquilo. Green abrió la boca dos veces, como un pez, y Madden dijo:

—Sí, ya sé. No te preocupes. Yo cuidaré de ellos.

—¡Eh! ¡No creas que me preocupo por esos hijos de perra! Entró un joven ordenanza haciendo el saludo; Green se lo devolvió y el joven, manteniéndose rígido

y mirando a la pared, comunicó su mensaje rápidamente y partió.

—Ahí lo tienes —dijo el capitán.

—¿Mañana te vas, entonces?

—Sí. Así lo espero —respondió mirándole con vaguedad en el momento que se levantaba.

—Bueno. Creo que me voy a dormir. Estoy endiabladamente cansado.

Green también se puso de pie y los dos se contemplaron a través de la mesa, como si no se conocieran.

—¿Vendrás a despedirte de mí por la mañana?

—Creo que sí. Sí. Vendré.

Madden quería irse y Green quería que se fuera, pero ambos se quedaron de pie mirándose en silencio con las manos apoyadas sobre la mesa.

Green dijo:

—Ya sabes que te estoy muy agradecido.

Dentro de sus cavernas, los ojos de Madden brillaban intrigados.

—Porque me ayudaste, ¿te acuerdas? De no ser por ti, me hubieran llevado ante el Tribunal Marcial.

—Era lo menos que podía hacer.

—Sí, nada menos —respondió Green, y Madden siguió hablando como si no le hubiera oído.

—¿Por qué no dejas tranquilas a esas mujeres? Ya sabes que están podridas...

—Es muy fácil decirlo. —Green rio sin ganas—. Al menos para ti.

Las manos de Madden, que desde hacía rato se movían intranquilas, palparon los bolsillos superiores de la guerrera en busca de cigarrillos, pero después cayeron y quedaron colgando de los brazos. Hubo otro prolongado silencio y luego repitió:

—Bueno. Me voy.

El capitán dio vuelta a la mesa con paso rápido y con la diestra extendida.

—Bueno. ¡Adiós!

Madden no tomó la mano que se le ofrecía.

—¿Adiós?

—Puede ser que no vuelva a verte —explicó el otro sin mucha convicción.

—¡Diablos! ¡Ni que fueran a mandarte a casa! No pienses en tonterías. Estos pájaros no tienen la intención de prescindir de tus servicios. Si te mandan a otra parte para que te adiestres, quiere decir que harás exactamente lo mismo que aquí o que más allá.

Green quedó mirando su cerrado puño sobre la mesa y pudo observar que los nudillos empalidecían a fuerza de oprimirlo.

—No quería decir eso. Pensaba en que... —se interrumpió porque no podía decir... «tal vez me maten». Un hombre no dice esas cosas—. Creo que irás al frente

antes que yo.

—Tal vez. Pero te aseguro que hay sitio para todos.

Por alguna razón inexplicable, la lluvia había cesado y en el aire húmedo se oía débilmente ese ruido inconfundible que hacen los batallones y los regimientos cuando descansan; un silencio ordenado, más agudo que el clamor de un tumulto. Ya fuera, Madden sintió en sus pies la presencia familiar del lodo, reconoció la mojada oscuridad, el olor de excrementos y de sueño de hombres bajo un cielo remoto, demasiado lejano para que pudiera distinguirse la paz o la guerra.

2

Muchas veces pensó en el capitán Green mientras cruzaba el territorio de Francia. Solía pensar en él mientras contemplaba la plateada cortina de la lluvia, siempre acompañada de álamos, a la manera de un friso eterno para un eterno telón semitransparente que dejaba adivinar paisajes hermosos y fecundos: caminos y canales y aldeas donde los tejados brillaban violentamente; torres y árboles, caminos, aldeas; aldeas, poblaciones, una ciudad; aldeas; aldeas y después, camiones y tropas y camiones y tropas en los cruces de los caminos. Solía pensar en él viendo a la gente que iba a la guerra, agitada, febril, como hombres de negocios en las grandes ciudades; viendo a los soldados franceses jugando al «croquet» con sus manchados uniformes azules; vio a los soldados norteamericanos que lo estaban mirando jugar y regalándoles cigarrillos; vio, también, a soldados ingleses y norteamericanos luchando entre sí, pero sin que nadie se preocupara por ello. Aparte, los M. P. (Policía Militar). Se necesita que a un hombre le falte un tornillo para convertirse en M. P. o en general negro. Zona de guerra. Las cosas siguen como de costumbre. La edad de oro de los no combatientes.

Sí. Muy a menudo pensaba en el capitán Green, preguntándose por dónde andaría; se lo preguntaba incluso después de haber conocido al nuevo comandante de la compañía, un hombre muy distinto de Green. Había sido instructor en un colegio militar y explicaba a cualquiera dónde, cuándo, cómo y por qué habían cometido sus errores tácticos Alejandro Magno, Napoleón y el general Grant. Era un hombre de carácter suave; su voz apenas se oía en los ejercicios o en un desfile, y todos los hombres que estaban bajo su mando cuchicheaban entre sí: «Espera hasta que estemos en el frente. Entonces arreglaremos las cuentas con ese hijo de perra».

Sin embargo, el sargento Madden se llevaba muy bien con los oficiales y en especial con un teniente llamado Powers. También con los soldados. Aun después de un breve período de entrenamiento y ejercicios, con balas y bombas falsas, defendiendo casamatas de cartón, se llevaba bien con ellos. Para entonces, se habían acostumbrado al tronar lejano de los cañones (que estaban disparando contra

hombres) y al siniestro relampagueo en el horizonte, por las noches; habían sido ametrallados por un aeroplano alemán mientras estaban en fila frente a la cocina, esperando el rancho, ante el personal de una disimulada batería francesa, que los miraba sin interés desde las casamatas y trincheras; además, habían recibido muchos y valiosos consejos de los soldados que volvían del frente.

Ahora, por fin, iban todos juntos y valiéndose por sí mismos, después de un inconmensurable espacio de tiempo en que habían vagado sin rumbo, de aquí para allá. Tal vez por eso, el tronar de los cañones, a pesar de que no se oía más cerca, había dejado de ser impersonal. Caminaban a tropezones por las noches, dejando que sus pies se hundieran hasta sentir que el lodo les absorbía los zapatos. De pronto, sentían elevarse la tierra y se encontraban en una trinchera. Era como si se enterraran a sí mismos, como si bajaran a sus propias tumbas, en las entrañas de la tierra negra y mojada, en una oscuridad tan densa que oprimía el pecho, ahogaba el corazón. Chocaban unos contra otros en la oscuridad.

De entre los muchos consejos gratuitos que habían recibido, recordaban particularmente que debían dejarse caer a tierra al escuchar el trueno de un cañón o el silbido de una bomba; así fue como, en el instante en que una ametralladora inició su tableteo, allá por el flanco derecho, haciendo saltar el podrido fango que los enterraba, alguien echó cuerpo a tierra, otro tropezó con él y luego todos se arrojaron al suelo como un solo hombre. Alguno de los oficiales los maldijo con palabras soeces y otros soldados les dieron de patadas para que se pusieran en pie. Después, cuando estaban parados junto al muro de tierra mojada, apretujados en la oscuridad, oliendo la muerte, el teniente iba y venía corriendo ante la fila de hombres, echándoles un discurso breve y amargo.

—¿Quién diablos les ha dicho que echaran cuerpo a tierra? Las únicas armas de fuego que hay en tres kilómetros a la redonda, son esos rifles que llevan ustedes colgados a la espalda. ¡Tóquenlos! ¡Mírenlos! ¡Mírenlos! ¿Ven esto? —daba de palmadas contra la culata de su rifle—. Esto es un rifle. ¡Sargento, emprendamos la marcha, y si otro hombre se deja caer, que los demás sigan andando y lo pisen hasta dejarlo enterrado en el lodo!

Siguieron abriendo surcos en el fango, respirando con fatiga, lanzando maldiciones entre dientes. De pronto se encontraron en medio de otros hombres y uno de ellos, veterano de cuatro días, sintiendo el efluvio de los bisoños en la batalla, comentó en la oscuridad:

—¡Caramba! Miren a los soldaditos que vienen a pelear en la guerra.

—¡Cállate, tú! —replicó la voz de un soldado. Un sargento llegó saltando hasta ellos preguntando:

—¿Dónde está el oficial de esta compañía?

Los hombres que abandonaban la trinchera los apretaban contra el muro de tierra

mojada, se pegaban a ellos al pasar y se iban a perder en la densa noche. Una voz, una voz perversa y llena de ironía, les advirtió en un murmullo perfectamente audible para todos:

—¡Cúidense del gas!

La palabra gas pasó de boca en boca y la autoridad tuvo que ordenar:

—¡Silencio!

Pero el mal ya estaba hecho.

Gas. Las balas significaban muerte y condenación. ¡Pero el gas...! Se les había dicho que parecía una niebla, una bruma ligera. Sin darte cuenta, ya estás en él. Después... Adiós...

El silencio fue interrumpido por movimientos intranquilos impregnados de lodo y respiración. Hacia el Este, el cielo empalidecía impalpablemente, más semejante a la muerte que al nacimiento de cualquier cosa; todos miraban hacia adelante, entrecerrando los ojos, sin ver nada. En aquel lugar no parecía haber guerra, a pesar de que, a la derecha, surgió un rumor gutural de cañones que terminó en un eructo espeso, sonando insolente en el fatigado amanecer. Powers, el oficial, había recorrido la fila hablando con cada uno de los muchachos. Nadie debía disparar. Había una patrulla por allí, en la oscuridad. El amanecer se hizo gris y lento; transcurrió el tiempo y la tierra adquirió forma vaga, y entonces, uno de los hombres que había visto una mancha de menor oscuridad, gritó:

—¡Gas!

Powers y Madden saltaron sobre ellos, que se debatían ciegamente, arrancándose del cuello los estuches de las máscaras de gas, dando manotazos, pisándose unos a otros, pero eran impotentes. El teniente Powers empezó a propinar puñetazos tratando de hacerse oír, y el hombre que había dado la voz de alarma, de pie sobre el escalón que daba acceso a la puerta de la trinchera, giró, encontrándose cara a cara con él; su cabeza y sus hombros se destacaban nítidamente contra el cielo triste del amanecer.

—¡Condenado! —gritó en el colmo del histerismo—. ¡Nos has matado! —y disparó su rifle sobre la cara del oficial, que estaba a pocos centímetros de distancia.

3

El sargento Madden volvió a pensar en el capitán Green algunos días después mientras avanzaba con sus hombres entre las alambradas, cerca de Cantigny, diciendo:

—¡Adelante, adelante, bastardos! ¿No queréis morir nunca? Olvidó a Green temporalmente mientras yacía en un agujero junto con un muchacho que le había vendido un par de zapatos, allá en el pueblo, y que estaba ahora encima de él, abrazado a él, en el hueco de una bomba demasiado pequeño para los dos, con una

pierna arrancada por las balas, como rama que rompe la tormenta. Transcurrió el tiempo, llegó la noche, cesó el tiroteo y el muchacho que estaba encima de él murió.

Mientras estuvo en el hospital, vio el nombre del capitán Green publicado en la lista de bajas. También descubrió por aquel entonces que había perdido su fotografía. Preguntó a los ordenanzas y a las enfermeras del hospital por la fotografía de su amigo el capitán Green, pero nadie recordaba haberla visto entre sus efectos personales. Tal vez fuera mejor así. Ella se había casado, mientras tanto, con un teniente que daba clases de táctica militar en un colegio de la patria lejana.

4

Las ropas negras de la señora Burney eran tiesas y parecían blindadas contra el aire, porque resulta que no creía en las ventajas del aire como elemento necesario para respirar. Su marido, un hombre largo, silencioso y de movimientos lentos, cuya única ocupación era la de aserrar tablas lánguidamente y unir las, con parsimonia, por mediación de algunos clavos, pensaba con el cerebro de su mujer, de manera que también él alimentaba aquellas ideas peregrinas respecto del aire.

Iba de visitas, limpia y erecta como un alfiler, disgustada y contenta al mismo tiempo, porque el calor la agobiaba y le aliviaba el reumatismo crónico que padecía. Al pensar en la meta de su caminata y en el cambio fundamental que había experimentado su «status» en la ciudad, sentía un ligero orgullo por encima de su pena sin consuelo; el mismo golpe del destino que la dejara desolada hizo de ella una aristócrata. Las señoras Worthington y las señoras Saunders y todas las señoras más distinguidas del lugar le hablaban ahora de igual a igual, como si anduviera en coche y comprara media docena de vestidos cada año. Su hijo había logrado eso para ella; su ausencia conseguía lo que su presencia jamás consiguió y hubiera podido conseguir.

Sus tiesas ropas negras absorbían el calor y lo conservaban como una infusión alrededor de su regordete y flácido cuerpo; su sombrilla de algodón era incapaz de protegerla de los rayos despiadados. «¡Qué calor para el mes de abril!», iba pensando mientras observaba cuidadosamente los coches abiertos que pasaban por la calle con laxos cuerpos femeninos ligeramente ataviados con telas claras. Otras mujeres iban a pie, cubiertas también con los colores más alegres y delicados, y éstas inclinaban la cabeza al pasar, saludando amablemente a la pequeña señora Burney, que, regordeta y achacosa, seguía su camino con nuevos alientos. Sus zapatos planos, de uso diario, la llevaban firme y orgullosamente hacia delante.

Dio la vuelta en la esquina y el sol, filtrándose por los intersticios que dejaban los árboles, le dio de lleno en la cara. Bajó la sombrilla para protegerse y caminó mirando al suelo. Al poco se detuvo, porque había visto sobre la acera una grieta

donde crecía la hierba y un endeble puente que cruzaba la acequia. Volvió a levantar la sombrilla. Sobre la aguja de la cúpula del campanario, las palomas parecían frías y remotas, ajenas al calor y desapasionadas, como el sueño. Pasó entre verjas y madresevas adormiladas, siguiendo un sendero de piedrecillas grises. La fachada agrietada de la rectoría soñaba bajo la hiedra en la luz vespertina, recostándose en un lecho de geranios. Había un grupo de sillas bajo un árbol. Cruzó por el césped cortado, donde había tréboles florecidos, y vio al pastor, poniéndose de pie, grande como una roca, negro y pesado, adelantándose para saludarla. (¡Ay, pobre hombre! ¡Qué mal debe hallarse! ¡Tan viejo! Tan viejo como yo. ¡Cuán viejos estamos él y yo para que nos sucedan estas cosas! No era bueno, lo sé; pero era mi hijo. Y, ahora, las señoras Worthington y las señoras Saunders y las Wardle se detienen para charlar conmigo de esto y de aquello, mientras mi Dewey está muerto. Ellas no tienen hijos mayores. Ahora su hijo ha vuelto y el mío jamás lo hará. ¡Qué gris tiene la cara! ¡Pobre hombre!).

Debido al calor, respiraba con agitación, como un perro; sentía un dolor terrible en todos los huesos y se precipitó cojeando horriblemente hacia el grupo sentado a la sombra del árbol sin poder distinguir nada, porque el sol lanzaba sus rayos horizontales contra sus ojos, a través de una cortina de hojas. Las palomas del campanario lanzaban gorjeos adormecidos, cual notas líquidas, y brillaban como pinceladas de vivos colores en el cielo pálido. El pastor estaba diciendo:

—Señora Burney, ésta es la señora Powers, una buena amiga de Donald. Donald, aquí está la señora Burney. ¿Recuerdas a la señora Burney? Es la madre de Dewey, tú te acordarás bien de ella, ¿verdad?

La señora Burney se precipitó ciegamente sobre la silla que le ofrecían. Su vestido exhalaba calor; su sombrilla cayó abierta al suelo y cuando quiso cogerla se le escapó como un globo. El pastor la atrapó y la cerró, y aquella otra señora delgada, vestida de oscuro, la dejó sobre una silla. Se limpió los ojos con un pañuelo blanco con cenefa negra.

Donald Mahon se había despertado al oír voces nuevas.

—¡Cuánta amabilidad la suya en haber venido! —decía la señora Powers—. Todos los amigos de Donald se han portado muy bien con él. Especialmente los que tuvieron hijos o parientes en la guerra. Ellos saben lo que es eso, ¿no es cierto?

(¡Ay, pobre hombre! ¡Y tu cara contraída, rota, llena de cicatrices! ¡Madden no me dijo que tu cara estuviera así, Donald!).

Las palomas, como el sueño lento; la tarde, desvaneciéndose en el ocaso, muriendo. La señora Burney en su negro vestido tieso y caliente; el pastor grande, negro y deforme; la señora Burney con una pena inconsolable; la señora Powers («¡Dick. Dick! ¡Qué joven, qué horriblemente joven: mañana no llegará, no debe llegar nunca! Bésame a través de mis cabellos. Dick, Dick. Mi cuerpo huye de mí,

dividiéndose. ¡No me dejes! ¡No! ¡No! ¡Ni tú ni yo nos amamos! ¡No nos amamos! ¡No nos amamos! Estréchame contra ti: fuerte, más fuerte; mi cuerpo está roto, no ve nada; ¡gracias a Dios que mi cuerpo no puede ver! Tu cuerpo es espantoso, Dick. Querido Dick. Tus huesos, tu boca dura y con forma de hueso: rígida. Mi cuerpo se escurre y tú no puedes detenerlo. ¿Por qué duermes, Dick? Mi cuerpo se va, se escurre, se va, se va. Tú no puedes detenerlo porque el tuyo es espantoso, querido Dick... «Puede ser que no vuelvas a saber de mí en mucho tiempo. Escribiré cuando pueda...»).

Donald Mahon se había despertado al oír voces extrañas y se agitó en la silla. Tenía la sensación de una sustancia que no podía ver; oía lo que no podía conmoerlo. «Adelante, Joe».

La tarde proseguía soñando, infatigable. Un negro, con camiseta y pantalones azules, arrastraba la máquina de cortar el césped, y apoyándola en el tronco de un árbol se quedó él también allí, hablando con una mujer a través de la reja. La señora Burney, envuelta en sus rígidas ropas negras: «La señora Worthington me saluda, pero Dewey está muerto. ¡Ay, pobre hombre! Tiene la cara gris. Mi niño está muerto, pero el suyo ha vuelto a casa, ha vuelto a casa... ha vuelto a casa... con una mujer. ¿Qué está haciendo aquí esta mujer? La señora Mitchell dice... la señora Mitchell dice... la hija de los Saunders está comprometida para casarse con él. Ayer andaba de compras, casi desnuda. Todo el sol le daba en la espalda... y en el pecho...». Se enjugó los ojos otra vez con su pañuelo blanco de cenefas negras, bajo la inevitable primavera.

Donald Mahon, al oír voces nuevas: «Adelante, Joe».

—He venido para ver cómo está su hijo y cómo van sus cosas. —(¡Dewey, hijo mío!).

(Te siento extraño como un demonio, Dick. ¡Ay, Dick, Dick!

Tú no dejaste ninguna marca sobre mí. Ninguna. Bésame a través de mis cabellos, Dick, y después no volveremos a vernos. No. Nunca más... ¡No, Dick! ¡No es verdad! Adorado y feo Dick).

(Sí, éste era Donald. Está muerto).

—Está mucho mejor, gracias. Con unas semanas de descanso se pondrá bien del todo.

—Me alegro mucho, mucho —respondió, sintiendo lástima por el pobre viejo y envidiándolo. (Mi hijo murió; era un héroe: las señoras Worthington y las Saunders charlan conmigo sobre tonterías.)— Pobre muchacho, ¿no se acuerda para nada de sus antiguos amigos?

—Sí, por supuesto. —(Este era Donald, mi hijo.)— Donald, ¿no te acuerdas de la señora Burney? Es la madre de Dewey, ¿sabes?

(...«debemos separarnos para siempre. Te deseo ¡toda la suerte del mundo y que

encuentres el amor... Deséame suerte «tú también, Dick!

Donald Mahon, al oír voces: «Adelante, Joe».

«Es verdaderamente escandalosa la manera como esa muchacha persigue a los hombres», pensaba con indignación. «Mi Dewey puede estar muerto, pero doy gracias a Dios de que no esté comprometido para casarse con ella».

—Donald ha vuelto a casa. Tiene usted a su hijo en casa; pronto se casará. Me alegro mucho por usted. ¡Qué bien, qué bien...!

—Vamos, señora Burney —dijo el pastor dándole palmadas en la espalda—. Tiene que venir a verlo a menudo.

—Sí, vendré a menudo —respondió ella a través del pañuelo de cenefas negras—. Me alegro de que haya vuelto a casa, sano y salvo. Otros no volvieron. —(¡Dewey, Dewey!).

Las llamas del sol lamieron la vicaría, buscando los intersticios. Probablemente se encontraría, al regreso, con la señora Worthington en la calle principal. Sin duda alguna se detendría a saludarla y le preguntaría por la salud de su esposo. (Siempre mi reumatismo. Pero ya estoy vieja. Sí, sí. Cuando nos hacemos viejos... Tú también estás vieja, pensaría entonces con malicia reconfortante, mucho más vieja que yo. Viejos, viejos, demasiado viejos para que nos sucedan estas cosas. Siempre fue tan bueno para mí; tan grande, tan fuerte, tan valiente...). Se levantó y alguien le alargó su sombrilla de algodón.

—Sí, sí, por supuesto. Vendré a menudo a verle. —(Pobre muchacho. Pobre hombre: tiene la cara de color gris).

La máquina de cortar el césped comenzó a desgranar sus sonidos de hojalata, lentamente, de mala gana, rompiendo la paz de la tarde. Perturbando a las abejas, la señora Burney cruzaba a ciegas el prado. Alguien se le adelantó para abrirle la verja, y notando una grieta con hierbas en la acera y un puentecillo endeble a través de la acequia, echó a andar, reclinando su abierta sombrilla hacia atrás para protegerse las espaldas blindadas con la rígida tela negra. Sorbiendo plata, las palomas revoloteaban alrededor de la aguja del campanario y parecían pinceladas de pintura suave en un cielo inmaculado y pálido. El sol poniente alargaba la sombra del muro cubierto de hiedra y de viscaria, inundando al grupo de sillas en sombras frescas. Aguardando el ocaso. (¡Dick, mi amor, que yo no amaba! ¡Dick, tu cuerpo feo irrumpiendo en el mío como un ladrón, mientras mi cuerpo se escurría, se iba limpiando todas las huellas del tuyo...! Bésame y olvídame; tan sólo recuérdame para desearme mucha suerte. Querido Dick, muerto espantoso...).

(Este era mi hijo Donald. Ha muerto).

Gilligan, que volvía cruzando el prado, preguntó:

—¿Quién era ésa?

—La señora Burney —contestó el pastor con premura—. A su hijo lo mataron. Es

posible que tú hayas oído hablar de él en la ciudad.

—Sí. Ya me han hablado de él. Era aquel que estaba preso por haber robado 50 kilos de azúcar y a quien dejaron en libertad para que se fuera de soldado. ¿No era ése?

—Se decían muchas cosas... —la voz del pastor desapareció con él dentro de la casa.

Donald Mahon, al escuchar el silencio:

—¿Te has detenido, Joe?

Gilligan estaba junto a él, acomodando los lentes de vidrios azules sobre sus ojos.

—Sí, tooniente. ¿Quieres más «Roma»?

La sombra del muro los abarcó completamente e incluso entonces respondió:

—Adelante, Joe.

5

Ya le extrañaba no haber visto a la señora Worthington, cuando la vieja dama salió apresuradamente de la tienda de Price y subiendo a su coche, sola en el asiento de atrás, se alejó en dirección a su casa. La cabeza del chófer negro era redonda como una bala de cañón y la señora Burney se la quedó mirando mientras el automóvil se alejaba dejando tras sí un fuerte olor a gasolina. La sombra del edificio del Palacio de Justicia era como una cortina de espeso humo de tabaco, llenando todo un costado de la plaza, y parado ante la puerta de una tienda, vio a un conocido, un amigo de su hijo. Aquel hombre había estado en la compañía de Dewey; había sido un oficial o cosa por el estilo, pero a él no lo habían matado, a él no. ¡Como para confiar en los generales! (¡No, no! Lejos de mí tales sentimientos. Estoy segura de que se portó lo mejor que pudo y no es culpa suya si no fue tan valiente como para que lo mataran, como mi Dewey. De cualquier manera, todos le tienen celos; no quieren siquiera hablar de él, sino para decir lo que debía hacer. ¡Hizo lo que debía! ¡No iba a saberlo yo! ¡Dewey, Dewey! ¡Tan joven como era, tan grande, tan valiente! Hasta que vino aquel Green para llevárselo y lo mató).

Sentía piedad por el pobre hombre. Abrigaba una secreta ternura hacia él. Le tenía lástima. Se detuvo a su lado. Sí, señora, sí. Estuvo bien hasta el fin. Sí. Los otros muchachos se portaron bien.

—Pero es que a usted no le mataron —explicaba ella—. No todos los soldados fueron como Dewey: tan valiente... Yo siempre le dije que no dejara a ese hombre, ese Green que...

—Sí, señora —concedía el otro mirando atentamente sus ropas negras, que parecían planchas de acero.

—¿Estuvo bien hasta el fin? ¿No le faltaba nada?

—No. Estaba muy bien —le aseguró.

El ocaso se les echaba encima. Los gorriones, en su delirio final, levantaban polvo de oro en los olmos, mientras los últimos carros se iban traqueteando hacia el campo.

—Los hombres no saben, nunca pueden saber —afirmó ella con amargura—. Es posible que ninguno de ustedes hiciera por él lo que debía hacer. Aquel hombre, aquel Green..., yo siempre desconfié de él.

—¿Sabe usted que también ha muerto? —recordó el hombre. (No quiero aparecer injusta ante sus ojos).

—Usted también era un oficial o cosa así, ¿verdad? Me parece que usted podía haber cuidado mejor de un muchacho que conocía tan bien.

La plaza, vacía de carros, había quedado tranquila. Algunas mujeres iban lentamente entre los reflejos del sol para esperar a sus maridos que salían del trabajo y acompañarlos a casa para comer. Sintió las agudas llamadas de sus huesos reumáticos, ahora que el aire había refrescado, y empezó a agitarse inquieta dentro de su envase negro.

—Bueno. Usted, según me dijo, vio su tumba... ¿Está seguro de que todo está en orden? —(¡Era tan grande y tan fuerte; tan bueno para mí!).

—Sí, señora. Todo está bien.

Madden observó su figurilla regordeta, limpia y erecta como un alfiler, encorsetada y negra, perdiéndose entre las sombras de la calle. La sombra del edificio del Palacio de Justicia había invadido media ciudad, como un ejército mudo y victorioso que no hubiera disparado un tiro. Los gorriones completaron su polvoriento delirio final entre los olmos y se fueron, a través de la tarde hacia la mañana, retrocediendo meses: un año. Aquél se había encaramado en el escalón que daba salida a las trincheras, gritando: «¡Gas!», y el oficial saltaba entre sus hombres, golpeándolos, implorándoles. Después vio la cara del oficial como en un bajorrelieve iluminado con luz roja, cuando el hombre que se hallaba encaramado en el escalón, recortando su silueta contra el lívido cielo del alba, se dio vuelta gritando: «¡Tú nos has matado!», y le disparó a boca de jarro sobre la cara.

6

*San Francisco, California
14 de abril de 1919*

Querida Margaret:

Recibí tu carta y tenía la intención de responderla inmediatamente, pero estuve ocupado haciendo muchas cosas. Te diré que sí, que no era una muchacha mala

después de todo. Me divertí mucho con ella. No, no es muy bonita, pero es fotogénica y cuando la retratan sale preciosa; por eso quiere meterse en el cine. Un director le dijo que en las fotografías sale tan bien como ninguna muchacha de las que él ha visto. Tiene automóvil y baila muy bien, pero ¡claro!, yo sólo quiero divertirme con ella, es muy joven para mí. Para casarme con ella, quiero decir. No, todavía no he empezado a trabajar. Esa muchacha va a la Universidad y está hablando de que yo tengo que ir también el próximo año. Tal vez le haga caso. Bueno, no tengo más noticias. He volado un poco, pero más que nada he bailado y paseado. Ahora me tengo que ir a una fiesta, de lo contrario te escribiría más. La próxima vez seré más extenso. Da recuerdos a todos los que conozco.

Tu sincero amigo,

Julián

7

A Mahon le gustaba la música, de manera que la señora Worthington envió su automóvil para buscarlo. Vivía en una hermosa y enorme casa antigua que su esposo, convenientemente muerto, había comprado, habiendo sido amueblada y decorada por un primo de la señora Worthington. Este vivía en ese caserón y era un hombre descolorido con dientes postizos y ninguna ocupación conocida. Su articulación bucal era deficiente (le habían golpeado en la boca durante una partida de dados en Cuba, en tiempo de la guerra hispano-norteamericana); tal vez por eso no hacía nada.

La señora Worthington comía demasiado y sufría ataques de gota y de laxitud de voluntad, de manera que sus relaciones con el templo metodista eran un verdadero infortunio para el ministro metodista y sus feligreses. Pero tenía dinero —esa panacea para todas las enfermedades de la carne y del espíritu—, creía en los derechos de la mujer, siempre y cuando se dejara a las mujeres dictar como derecho lo que fuera conveniente para ellas.

—Una a veces ignora por completo las relaciones con el hombre, pero otras veces le tiene compasión.

Esta vez había enviado su coche a la rectoría y el vehículo regresaba ya con la señora Powers en el asiento de atrás, y Gilligan, junto con el chófer negro, en el de delante. El automóvil los arrastraba plácidamente bajo los olmos y ellos veían las estrellas, en el cielo claro, olían las rosas que crecían a su alrededor y oían un acompasado ritmo lejano que luego se convirtió en música.

8

En aquella primavera de 1919 se celebraba el «Día del Joven», es decir, el día dedicado a aquel ser humano de tan poca fortuna que no tenía edad suficiente para alistarse en el ejército cuando estalló la guerra. Durante los dos últimos años, aquel infortunado las pasó tan negras como si hubiera estado en el frente de batalla. Naturalmente las chicas lo habían utilizado durante la escasez de hombres, pero siempre con indiferencia, de una manera impersonal. ¡Oh, uniforme! ¡Oh, vanidad! Las muchachas los habían utilizado a fondo, es verdad, pero tan pronto como apareció un uniforme, los dejaron con un palmo de narices.

Hasta aquel entonces, los uniformes triunfaban en toda la línea; se les veía en todas partes, andando de aquí para allá, exhibiéndose, y no sólo se les consideraba «de moda» y románticos, sino que ellos mismos se mostraban muy dispuestos a gastar el dinero que traían, y, por tanto, iban demasiado lejos y demasiado de prisa para que los infortunados jóvenes pudieran seguirlos.

Ciertamente era una estupidez aquello de que un uniforme tuviera que saludar respetuosamente a otro uniforme, pero también eso agradaba a las muchachas, especialmente si el uniforme que habían atrapado era uno de los saludados y no de los que saludaban. Y sólo Dios sabe el estrago que hacían entre los corazones femeninos las alas de plata de algún piloto en las reuniones y en las fiestas:

Muchachas hermosas, castas y sencillas (norteamericanas), discretamente ataviadas con vestidos de tarde o de noche (sin duda bajo órdenes militares), se veían repentinamente capturadas en trincheras de cartón por un grupo de brutales húsares prusianos (con pases firmados por Belasco) en uniforme de gala. Las cortesanas, modeladas por vestidos que vinieron de París, desmoralizaban a los miembros del Estado Mayor, seguidas por un cortejo de subalternos acicalados y con pantalones sin arrugas —a quienes los generales consideraban espías alemanes— y apuestos generales maduros —a quienes los subalternos calificaban de espías alemanes— que cruzaban entre sí miradas chispeantes sobre cuerpos lánguidos, mientras una «troupe» de cabos comediantes entretenía a las enfermeras de la Cruz Roja (norteamericanas) que tenían piernas muy bonitas, pero que no servían para nada más. Las mujeres francesas que se hallaban presentes eran marquesas, prostitutas o espías alemanas, abarcando a veces dos y hasta tres rangos. A las marquesas se las podía identificar inmediatamente porque todas usaban zuecos, ya que habían dado al ejército francés todos sus zapatos, junto con el resto de sus ropas, conservando sólo un par de pendientes con diamantes de cuarenta quilates. Todas tenían uno o más hijos aviadores, que se hallaban en patrulla desde el martes último y por eso las marquesas estaban un poco distraídas. Las prostitutas patrocinaban benévolamente a las marquesas, mientras las espías alemanas hacían el amor a los generales.

La cosa terminaba cuando una cortesana (que sin duda se hallaba también bajo órdenes militares) salvaba el sector amenazado gracias a su «sex appeal», después del

sonoro fracaso de la pólvora, y así aquel simulado y trágico combate concluía con una especie de «garden party» dentro de una fortaleza de cartón, donde el ejército se sentaba sobre cajones de balas y barriles de pólvora, fumando cigarrillos con las marquesas, las prostitutas y las espías alemanas y, entretanto, los vencidos guardias prusianos se mordían los bigotes detrás de sus correspondientes trincheras de cartón.

—¿Cuál es la diferencia —preguntaba una muchacha cubierta de pintura y de frivolidad al serio James Dough, que durante dos años había sido piloto en una escuadrilla de caza francesa— entre un as norteamericano y un aviador francés o británico?

—Más o menos seis rollos de película —respondía James Dough con aire sombrío. (¡Qué tipo tan aburrido! ¿De dónde lo habrá sacado la señora Wardle?). Porque él mismo había derribado 13 aparatos enemigos y el suyo se había estrellado dos veces, dando oportunidad a los médicos del hospital para que le cerraran once heridas antes de que se evaporara por ellas.

—¡No me diga! Pero ¿es posible? Eso quiere decir que también en Francia tenían cine.

—Sí. Para entretenernos en nuestro tiempo libre.

—Sí, es cierto. Estoy segura de que ustedes lo pasaron muy bien —la muchacha le ofrecía su perfil abstraído— mientras nosotras trabajábamos como esclavas enrollando vendas. Espero que las mujeres podamos ir a pelear en la próxima guerra; yo, personalmente, prefiero marchar y disparar rifles que coser. ¿Cree usted que nos dejarán luchar en la próxima guerra? —preguntó, mirando a un jovenzuelo que bailaba retorciéndose como un gusano.

—Ojalá tengan ustedes que ir a pelear, si tanto desean que estalle otra guerra —replicó James Dough levantando su pierna artificial para cruzarla y sobándose disimuladamente el brazo derecho, entre cuyos huesos había pasado una bala.

—Sí.

Ansiaba estar en los brazos de aquel joven ágil y esbelto, bailando abrazada a aquel cuerpo juncal que se dejaba adivinar firme y musculoso bajo la tela del traje. Tenía el cabello cuidadosamente adherido al cráneo. La cara pálida, de mejillas hundidas, recién afeitadas, se arrugaba bajo una capa de polvos mientras él y su compañera, una rubia de vestidos breves, se deslizaban, giraban y se balanceaban como en un sueño. El corneta negro extendió sus manos sobre los cráneos de los otros sudorosos músicos, como si los bendijera solemnemente, y el asalto sonoro cesó con brusquedad mientras los asaltantes se desbandaban en franca retirada, dejando las murallas del silencio a merced de los inconquistados defensores de la charla. Los jóvenes de ambos sexos se paseaban del brazo, meciéndose, balanceándose, iniciando pases de baile y aguardando ansiosos a que reanudara la música. El joven ágil que se movía al bailar como un gusano, inclinándose impecablemente, dijo:

—¿Quieres bailar?

—¡Hoooolaaa! —respondió ella arrastrando dulcemente la palabra—. ¿Conoces al señor Dough? El señor Rivers, el señor Dough. El señor Dough se halla de visita en nuestra ciudad.

El señor Rivers saludó con arrogante condescendencia al señor Dough, y luego repitió:

—¿Bailas o no bailas el próximo?

Y todo eso porque había pasado un año entero estudiando en la Universidad de Princeton.

—Lo siento mucho. El señor Dough no baila y yo me quedaré con él —respondió la señorita Cecily Saunders.

El señor Rivers, echando mano de la buena educación con que se había beneficiado al pasar un año en tan importante centro de estudios y de cultura, volvió su cara pálida hacia la joven con un gesto enteramente vacuo.

—¡Aaaaauuu, vamos! —mugió—. No pensarás quedarte sentada toda la noche, ¿verdad? ¿Para qué has venido?

—No, no. Quizá más tarde. Pero ahora quiero hablar con el señor Dough.

El jovencuelo se la había quedado mirando con los mismos ojos vacíos, y después dijo:

—¿Ah, sí? Discúlpame —y se fue arrastrando las piernas.

—No lo haga usted por mí, se lo ruego —comenzó a decir el señor Dough—. Si quiere usted bailar...

—Calle usted. Por supuesto que no. He tenido que estar prendida a esos... a esos niños todos los días por espacio de dos años. Si quiere usted saber la verdad, le diré que es un alivio encontrar a alguien como usted que quiera hacer algo más que bailar y... bailar. Cuénteme algo de usted. ¿Le gusta Charlestown? Se puede ver que usted está acostumbrado a vivir en grandes ciudades; pero ¿no es cierto que estas poblaciones pequeñas tienen un encanto especial?

La vanidad halagada consiguió brillantar los ojos vacíos del señor Rivers, que había descubierto a dos muchachas bonitas que le estaban mirando y posando para él invitadoramente; sin embargo, sus pasos no se dirigieron hacia ellas, sino hacia un grupo de hombres que se hallaban de pie y sentados en la escalera, arreglándoselas para dar la impresión de ser participantes y espectadores al mismo tiempo. Era evidente que todos eran de la misma clase y de la misma calidad. De ellos se desprendía la igualdad de opiniones, sentimientos, profesión y gustos como un color común, como una osada arrogancia que quería pasar inadvertida. «Flores de pared» se llama a las mujeres que nadie saca a bailar en una fiesta; ellos también eran una especie de «flores de pared» masculinas, que servían para charlar con la dueña de la casa, hacer un poco de ruido, exhalar humo, bailar con las verdaderas «flores de

pared» y dejar transcurrir el tiempo. Ahora, hasta la locuaz anfitriona los había abandonado. Uno o dos de ellos, los más osados, se paraban detrás de las muchachas, esperando que empezara la música para tomarlas por asalto; mientras que los restantes permanecían agrupados junto a la escalera, sentados o de pie, pero apretados uno contra otro, para protegerse mutuamente. El señor Rivers oyó frases en un francés incomprensible al acercarse a ellos y entró decididamente en el grupo, consciente de su elegante «smoking», que realzaba la blancura de su camisa.

—¿Podría hablar contigo dos palabras, Madden?

El aludido, sin quitarse el cigarrillo de los labios y con pasos muy lentos, se desprendió del grupo. No era un hombre alto, y, sin embargo, de toda su persona se desprendía algo grande, pesado y tranquilo; la sensación de una cabal inercia después de una prodigiosa actividad.

—Desde luego —dijo.

—¿Quieres hacerme un favor?

—¿Qué? —preguntó el otro sin comprometerse.

—Allí hay un tipo que no puede bailar, es sobrino de la señora Wardle. Ese tipo que hirieron en la guerra. Cecily, quiero decir la señorita Saunders ha estado con él toda la noche. Quiere bailar.

El otro lo estaba mirando con sarcasmo velado por una tranquilidad inmutable, y de repente el señor Rivers perdió sus aires superiores.

—Para decirte la verdad, yo quiero bailar con ella. ¿Tienes inconveniente en ir a sentarte junto a él un rato? Te estaré muy agradecido si lo haces.

—¿Quiere bailar la señorita Saunders?

—Ya lo creo. Ella misma lo ha dicho.

La mirada del otro era tan penetrante y severa que el jovencuelo sintió la humedad del sudor sobre la frente, y extrayendo su pañuelo se dio unos leves golpecitos para no desarreglarse el cabello.

—¡Maldita sea! —gruñó después—. Vosotros, los soldados, queréis ser los dueños de todo.

Dos columnas que querían ser dóricas sostenían un remoto balcón, alto y oscuro, y a varias parejas que esperaban en el jardín a que se reanudara la música, oyendo frases, risas y movimiento dentro de la casa, distorsionados por la transparencia engañosa de las cortinas. A lo largo de la baranda de la terraza brillaban los tenues puntos rojos de los cigarros; una muchacha, deteniéndose e inclinándose como un avestruz, tiraba de sus medias, y la indiscreta luz de una ventana encontró su joven pantorrilla. El cometa negro, que en treinta años había aprendido un siglo de la lujuria del blanco, hizo parpadear sus ojos desapasionados, como si hubiera chasqueado los labios, y condujo a su cuadrilla a un nuevo asalto. Las parejas, diseminadas, invadieron el salón, se abrazaron y bailaron: Vagas manchas descoloridas, apretadas

una contra otra, se advertían sobre el césped del jardín, más allá de la luz.

*... bailando el tío Juan y tía Teresa
tiemblan como el flan sobre la mesa.*

La cólera pueril que embargaba al señor Rivers le hacía sentirse como una paja arrastrada por la corriente. Decidió salir al jardín a refrescarse, y entonces, casi al llegar a la gran puerta, vio la figura delicada de Cecily envuelta en una túnica de plata, frágil como un objeto de cristal. Llevaba un abanico de plumas verdes en la mano, y la tela metálica de su vestido se apoderaba de la luz en cada turgencia de su cuerpo, formando con ella líneas de brillante azul que dibujaban su preciosa figura y le colmaban a él de intranquilidad. La luz, indiferente, la bañaba entera, destacando su brazo desnudo, su pecho alto, sus piernas virginales...

*... Ya tiene ochenta y tres la tía Pilar
y ha dejado su bastón para bailar*

El doctor Gary se deslizaba por el salón sin el consabido vaso de agua en la cabeza y ella lo esquivó en un violento giro del vals, mirando asustada el pecho fuerte con que había chocado.

—¡Ay, señor Madden! ¿Cómo está usted?

Le dio la mano y, tirando de él, lo llevó para presentarlo al señor Dough.

—Me siento verdaderamente honrada de que se haya usted decidido a hablar conmigo. ¿O es que alguien ha tenido que empujarlo para que viniera? Sí. Eso es. Pensaba dejar pasar la noche sin dirigirme la palabra y usted sabe por qué. Naturalmente, yo no pretendo hacer la competencia a esas mujeres francesas...

Madden protestó convencionalmente y ella se apretujó contra el señor Dough para hacerle sitio en el diván.

—Siéntese aquí. El señor Dough también fue soldado, ¿sabe usted?

El señor Rivers, que inopinadamente se hallaba detrás de ellos, dijo de pronto:

—Estoy seguro que ahora el señor Dough te perdonará si lo dejas por un momento. ¿No quieres bailar? Ya casi es hora de regresar a casa, ¿sabes?

Ella se hizo la desentendida y el señor Dough se levantó la pierna artificial para cruzarla.

—Le suplico, señorita Saunders, que baile cuanto quiera. No me perdonaría haberle estropeado la noche.

—¿Ha oído usted, señor Madden? El caballero me echa de su lado. ¿Sería usted capaz de hacer eso conmigo?

Sus ojos centellearon eficazmente, mirándole de soslayo. Después se volvió hacia

Dough con un movimiento gracioso, un impulso perfectamente imitado:

—Yo todavía le hablo de usted y le llamo señor Madden, a pesar de que nos conocemos desde hace años; pero siempre le he tenido respeto. Además, él estuvo en la guerra y yo no. Por otra parte, es muy serio y tiene... tiene gran experiencia, ¿comprende usted?, mientras que yo no soy más que una muchacha de pueblo. Si yo hubiera sido un hombre, aunque tuviera la edad de Lee, del señor Rivers, me hubiera ido al frente y habría conseguido llegar a teniente con botas relucientes, y quién sabe si, para estos momentos, ya sería general o algo por el estilo.

Los movimientos de su cuerpo, siguiendo el ritmo de su charla implacable, eran verdaderamente graciosos, impulsivos, llenos de frágil espontaneidad.

—Madden, sencillamente, no puedo seguir llamándole señor. ¿Tiene algún inconveniente?

—¡Oh, vamos a bailar de una vez! —gruñó el joven señor Rivers, de pésimo humor y golpeando el suelo con el pie, al compás de la música. Bostezó sin taparse la boca—. ¿Bailamos o no?

—Me llamo Rufus —dijo Madden.

—¡Rufus!

—Sí, señorita.

—Rufus. Está bien. Pero usted tampoco debe llamarme señorita en lo futuro, ¿entendido?

—Sí, se..., quiero decir, sí.

—Ahí tiene usted. Ha estado a punto de olvidarlo...

—Vamos a bailar —repitió el señor Rivers.

—... pero no volverá a hacerlo, ¿eh?

—No. Lo tendré presente.

—Señor Dough; dependo de usted para que no lo deje olvidado.

—Perfectamente. Vaya usted a bailar ahora con ese ti... señor.

—¡Ah! ¿Lo dice usted en serio, señor Dough? —exclamó la muchacha levantándose—. Se ve que no me quiere a su lado —agregó con fingida humildad, y luego, encogiéndose de hombros, otro de sus gestos estudiados, siguió diciendo—: Ya sé que las muchachas de por aquí no tenemos el atractivo de las mujeres que ustedes conocieron en Francia; pero de todas maneras creo que por ahora tendrán que conformarse con nosotras. Este pobre de Lee Rivers no conoce a ninguna francesa y todavía podemos gustarle, pero mucho me temo que a ustedes, los soldados, no lleguemos a satisfacerles después de lo que han visto.

—Está usted equivocada. Si permitimos que el señor Rivers se la lleve es con la condición de que vuelva con nosotros lo más pronto posible.

—Eso ya está mejor, ¿ven ustedes?, aunque no dejo de comprender que lo dicen únicamente por cortesía.

—No se trata de eso. Si usted no baila con el señor Rivers, cometerá una grave falta de educación, porque se lo ha pedido varias veces.

—¿Así es que tengo que bailar? —preguntó alzando otra vez los hombros con impaciencia perfectamente simulada—. Cuando quieras, Lee, a menos que tú también hayas cambiado de idea y ya no me quieras de compañera.

—¡Diablos! —exclamó, agarrándola por la mano—. Ven aquí y lo verás.

Todavía se detuvo un momento, como si no quisiera dejarse arrastrar a la pista de baile, y con su más exquisito giro del torso preguntó a los dos soldados, que también se habían levantado:

—¿Me esperarán los dos? ¿Me lo prometen?

Le aseguraron que la esperarían toda la noche si fuera necesario, y por fin se entregó a los brazos del señor Rivers y a los giros del vals. El chirrido de la rodilla artificial del señor Dough se perdió en el bullicio y sólo Madden, que se sentaba a su lado, pudo oírlo. Mientras se acomodaban al ritmo, el joven Rivers, creyendo soñar, la apretaba contra sí.

—¿Qué diablos quieres hacerle a ese hombre?

—¿Hacerle...?

—¡Al diablo! ¡Vamos a bailar!

Estrechamente unidos se deslizaban, se balanceaban, giraban siguiendo el ritmo de la música, jugando con él, eludiéndolo, buscándolo otra vez, navegando a la deriva por el mar pulido del salón, como un sueño roto.

9

Bajo la protección de las sombras nocturnas y las plantas del jardín, George Farr la observaba detenidamente. Observaba su esbelto cuerpo dividido en dos por un brazo masculino; contemplaba su cabeza al lado de otra cabeza, veía sus muslos estirando la plateada tela de su vestido, anticipándose al movimiento de los muslos de su compañero; veía el arco luminoso de su brazo apoyado en los negros hombros, y su abanico colgando de la muñeca. Oía las notas arrastradas, obscenas, del saxófono y miraba las sombras vagas sobre el césped, oliendo la tierra y lo que en ella crece. Una pareja pasó a su lado y una voz femenina preguntó:

—¿Eres tú, George? ¿No entras?

Él contestó:

—No —dejándose arrastrar por toda la apasionada desesperación de la primavera, de la juventud, de los celos, obteniendo de todo ello una angustia exquisita.

Su amigo, el empleado del mostrador de refrescos de la droguería, que se hallaba a su lado, escupió su cigarrillo.

—Vamos a tomamos otro trago —dijo.

Dentro de la botella que se había traído de la droguería había una mezcla de alcohol y jarabe. Por un momento quemaba la garganta, pero el ardor pasaba, dejando en su lugar una tibieza dulce, que era la parodia del valor.

—¡Que se vayan al diablo! —masculló George.

—¿Vas a entrar? —preguntó su amigo.

Bebieron otro sorbo. La música salía a borbotones por las ventanas abiertas y se remontaba hacia la oscuridad entre las hojas jóvenes, subiendo, subiendo hasta más allá de la muda cacofonía de las estrellas. La luz que salía del salón de baile se perdía inmediatamente en la densidad de las sombras; la casa recortaba su mole enorme contra el cielo: una roca que recibiera el embate de olas de árboles para siempre inmóviles: y las estrellas eran unicornios dorados pastando en silencio sobre praderas azules a las que horadaban con sus cascos agudos y centelleantes como el hielo. El cielo —tan remoto, tan triste—, poblado por unicornios de oro que galopaban por él en silencio desde el ocaso hasta el alba, los había visto, la había visto —su cuerpo frágil, acostado y desnudo sobre la hierba como un charco estrecho que se dividiera suavemente: dos arroyos de plata de una sola fuente...

—No. No voy a entrar —respondió alejándose.

Los dos cruzaron el jardín lentamente y, entre las sombras, vagas manchas luminosas que parecían plantas con flores, tenían sonidos de respiración y se dividían en dos.

—¡Diablos, no! ¡No voy a entrar! —repitió George.

10

Aquel era el «Día del Joven» de ambos sexos.

—¡Míralos, Joe! —exclamaba la señora Powers—. Sentaditos en hilera como almas condenadas esperando entrar en el infierno.

El automóvil de la señora Worthington se había detenido frente a la terraza para que sus ocupantes pudieran ver sin necesidad de bajar.

—A mí no me parece, ni mucho menos, que estén sentados —comentó Gilligan con entusiasmo—. ¡Mira a esos dos; mira dónde le ha puesto la mano! ¿Esto es lo que llaman un baile decente? Yo no aprendí a bailar así; me hubieran echado a patadas de todos los sitios donde he bailado si hubiera hecho eso. Pero, naturalmente, yo tuve una juventud muy desgraciada: nunca me invitaron a los bailes de la gente bien.

Enmarcada por el denso follaje de las magnolias gigantescas, la terraza, sobre el fondo iluminado del salón de baile, parecía un escenario donde desfilaban los bailarines abrazados en parejas, recibiendo y eludiendo la luz, sucesivamente.

... sacúdelo, agítalo,

no lo dejes ir...

Estaban sentados a lo largo del barandal de la terraza, como pájaros en una rama, con su aire de arrogancia beligerante que quería pasar inadvertida. «Flores de pared».

—No, Joe. Me refiero a esos ex soldados que están sentados allí, esperando no sé qué. Míralos, sentaditos sobre el barandal, charlando en su incomprensible francés aprendido en las trincheras y engañándose a sí mismos. ¿Para qué habrán venido, Joe?

—Para lo mismo que hemos venido nosotros. Este es un verdadero espectáculo, ¿no te parece? ¡Oye! ¿Cómo sabes que son soldados? ¡Diablos! ¡Mira a aquellos dos muchachos! —exclamó de pronto como un niño admirado ante las piruetas de un trapecista. La pareja se deslizaba, se balanceaba, giraba, perdía deliberadamente el compás para buscarlo, encontrarlo de nuevo y perderlo otra vez. Los muslos se eludían mutuamente, los de ella se anticipaban al movimiento de los de él: un roce leve, como un suspiro, y luego la huida y la persecución, porque los muslos de él eran también rápidos. Tocarse y separarse; sin necesidad...— ¡Aaiii! Se diría que esa música no se detiene nunca.

—Vamos, Joe, si es muy fácil conocerlos, y más todavía para mí. Acuérdate que cotidianamente los veía en los salones de la Cruz Roja: los mismos que están allí; pobres muchachos; tan buenos, tan jóvenes, tan tristes porque se iban a la guerra: y sólo porque se iban a la guerra las muchachas éramos buenas con ellos. Pero ahora no tienen guerra adonde ir y mira cómo los tratan. Los han abandonado.

—¿Cómo dices? —preguntó Gilligan, que estaba distraído mirando a la pareja—. ¡Uf! Si el tooniente pudiera ver esto, seguramente se despertaría.

Mahon estaba recostado sobre el asiento del automóvil, al lado de la señora Powers, y Gilligan, torciendo la cabeza por encima del respaldo del asiento delantero, miró la tranquila figura de su amigo. La cadencia de la música los rodeaba como un pulso, una reiteración de viento y cuerdas, movediza y constante, como el agua. Ella se inclinó sobre la figura recostada.

—¿Te gusta, Donald?

Se estremeció y levantó la mano hacia sus lentes de vidrios azules.

—¡Eh, tooniente! —advirtió Gilligan—. No toques esos lentes. Se te pueden caer y aquí los perderíamos. —Mahon había detenido su mano al oír la voz de su amigo y luego la bajó lentamente—. ¿Te gusta la música, tooniente?

—Me gusta la música, Joe.

Gilligan se concentró de nuevo en mirar a los bailarines y dijo:

—La música es lo de menos. ¡Mira a esos dos! ¡Pero míralos...!

... al, ay, ¿adónde habrá ido

De pronto giró sobre su asiento y, mirando fijamente a la señora Powers, dijo:

—¿Sabes quiénes son esos dos que están bailando?

Ella se inclinó, alargó el cuello y vio al doctor Gary que pasaba girando al compás del vals, pero sin el vaso de agua en la cabeza, y luego un abanico verde semejante a un sauce en el atardecer y el arco luminoso de un brazo de mujer sobre el hombro, cubierto ritualmente de negro, de su pareja. Distinguió dos cabezas juntas, mejilla contra mejilla, sin expresión y sin vida, como máscaras sacudiéndose al compás de la cadencia de las piernas.

—Es la chica de los Saunders —explicó Gilligan.

Alargó más el cuello para admirar los movimientos graciosos de la muchacha y su delicado abandono, evidentemente contenido, y Gilligan siguió hablando:

—Oye: creo que voy a bajarme para charlar un poco con esos soldados y ver esto más de cerca.

Le acogieron con la efusividad de los que se reúnen por una invitación, pero no están seguros de ser bien recibidos ni de si las sorpresas que les depare esa invitación serán de su agrado. Lo recibieron como a un aliado, como a uno de ellos, con extrema cordialidad, porque en este caso los hombres de aquel grupo eran los eternos campesinos o provincianos de una nación espiritual, perdidos en aquella atmósfera relativamente metropolitana y completamente ajena a ellos. Sentirse campesino o provinciano quiere decir vivir de acuerdo con reglas de conducta un tanto convencionales que, inexplicablemente, han pasado de moda. Fuera de toda duda, Gilligan era de los suyos.

Lo recibieron con exuberante cordialidad. El ex soldado los conocía a casi todos y con ellos se sentó en el barandal de la terraza. Se le ofrecieron cigarrillos y bebidas, que aceptó, e inmediatamente se unió a la charla ruidosa y risas altas con que ahogaban la intimidación de los bailarines a quienes no podían imitar y el reto de las muchachas que en otro tiempo habían suplicado sus favores y ahora los abandonaban; con sus charlas y sus risas estruendosas, acallaban el hastío de la guerra en una sociedad que la vomitaba. Azorados y perdidos. ¡Pobres diablos! No hacía mucho tiempo que en la sociedad la bebida de moda era la guerra; por todas partes se bebía el licor embriagante, hasta se amamantaba con guerra a las criaturas para que llegaran a la edad madura con inclinación bien definida hacia ella; pero, ahora, la sociedad había olvidado su bebida predilecta, cambiándola por otra que ellos no podían beber.

—¿Has visto a esos muchachos que crecieron mientras nosotros estábamos fuera? ¿Los has visto? —preguntaba uno de ellos con vehemencia—. Te aseguro que a las muchachas no les gusta esa nueva manera de bailar, pero ¿qué pueden hacer las pobres? Apuesto a que ninguno de nosotros sabe bailar así. Es otro movimiento,

completamente distinto. Creo que lo podríamos aprender, pero es tan... es... es... — buscó afanosamente la palabra, y como no la encontraba, siguió diciendo—: Después de todo, tiene gracia. ¡Las cosas increíbles que aprendimos con las mujeres de Francia! No pretenderéis decirme que estas chicas saben esas cosas, ¿verdad? ¡Imposible! ¡No pueden haber cambiado tanto!

—¡Naaaoo! —respondió Gilligan con énfasis—. A ellas no les gustaría eso. Pero ¿habéis visto a esos dos?

—¡Es claro que no les gustaría! Estas son muchachas decentes. Serán madres de la generación futura. Es claro que no les gusta.

—Aunque habrá alguna a quien sí le guste... —insinuó Gilligan.

El doctor Gary pasó bailando suavemente con eficacia y decoro, disfrutando plenamente de sí mismo al deslizarse y girar por el salón. Su compañera, una jovencita de vestido breve, se entregaba también al baile con pasión y se veía que estaba bailando aquella pieza con el doctor Gary sencillamente porque era la pieza que tenía que bailar con él, aunque nadie sabía por qué razón. Era una muchacha consciente de su libertad física, de su cuerpo joven, que no necesitaba corsé porque estaba provisto de carnes firmes y se complacía en la holgura y el movimiento, como si la holgura y el movimiento fueran agua que acariciara sus duras carnes con una fugaz e intermitente oleada de sedas. Sus ojos se asomaban por encima del hombro del doctor Gary (Ese hombre —¿por qué hombre; tan sólo porque está vestido con traje de etiqueta?— baila muy bien); mientras sus piernas se habían detenido para buscar un compás deliberadamente perdido, sus ojos seguían tenazmente los giros y los movimientos de la otra pareja, sin ver a la mujer. (Si hay justicia en el cielo, yo bailaré con él la próxima pieza).

—El bailar con usted —decía el doctor Gary— es como leer los versos de un poeta llamado Swinburne. —Su poeta preferido era Milton y en sus libros tenía todos los pasajes señalados como en un diario íntimo.

—¿Swinburne? —preguntó ella sonriendo con mucho cuidado para no desprender los ojos de la otra pareja, para no perder el compás y para no estropearse la pintura. Su rostro estaba retocado con habilidad para dar la impresión de exotismo y dulzura; era completamente artificial, como una orquídea. (Yo podría asegurar que ese muchacho está pensando en una bailarina famosa: en Ella Willcox o en Irene Castle. Baila demasiado bien. Se necesita ser un buen bailarín para arrastrar a ese palo de Cecily)—. Mi poeta favorito es Kipling; lo encuentro muy simpático. —(Qué vestido más raro trae esta noche).

Gilligan miraba a los bailarines.

—¿Qué? —preguntó.

El otro prosiguió con su charla:

—... estaba en una base francesa... Sí... No era ése... Yo lo vi hace dos o tres

años. Era un buen chico. Aunque no podía bailar como éstos.

Luces, movimiento, ruido: nada sólido. Una apasionada urgencia que se desvanece apenas aparecida. Una primavera exterior, a manera de mujer que se embriaga de dicha y no puede sentir el dolor.

*... sacúdelo contra el suelo,
ay, pero no lo pierdas...*

... no olvidaré nunca su expresión cuando me dijo: «¡Jack, la mía tiene sífilis!». Vivía con ella en...

*... sacúdelo contra la pared,
ay, ay, pero no lo pierdas...*

... la primera noche que estuvimos en París... después, la otra...

ay, ay, pero no lo pierdas...

... sí, con una pistola..., veinte dólares perdidos en una noche..., no quería...

*... me pregunto, ¿dónde está
mi caballero?, ¿dónde está...?*

—¡Es claro! —concluyó Gilligan. Estaba pensando por dónde andaría Madden (un tipo como hay pocos) y no quería preguntar a nadie para darse el gusto de encontrarlo. (Allí estaba otra vez aquella... mujer. Su abanico de plumas verdes parecía un sauce en el ocaso; llevaba el brazo desnudo colgando del hombro de su caballero, cubierto ritualmente de negro, formando un arco luminoso; sus muslos virginales bajo la tela de plata...; pero Gilligan, que no era Jehová ni mucho menos, dijo para sí: «La muy descocada», deseando ardientemente que fuera Donald el que estuviera bailando con ella. Puesto que no era así, dio gracias a Dios porque no podía verla).

La música se detuvo dejando inmóviles a los bailarines, que quedaron como si esperaran que ésta se reanudara inmediatamente. La dueña de la casa reapareció charlando interminablemente, y lo mismo que ante una plaga, la gente se dispersó ante su avance. Gilligan quedó atrapado, hundido bajo la avalancha de palabras, y echaba fugaces miradas a las parejas que escapaban de la terraza hacia el oscuro jardín. Estaba pensando: «Qué suavidad la suya, la de su cuerpo; sus hombros

estrechos y sus caderas...»; pero decía: «Sí, señora» y «No, señora», alternativamente. En la primera pausa se fue y la dejó hablando. Encaminó sus pasos hacia el diván donde había visto a Madden sentado con un desconocido.

—¡Hola! Este es el señor Dough —dijo el ex sargento saludándole—. ¿Cómo está Mahon?

Gilligan dio la mano al señor Dough.

—Está ahí fuera, con la señora Powers.

—¿Está aquí? Mahon estuvo con los ingleses —explicó a su compañero—. Era aviador.

El otro dejó traslucir cierto interés.

—¿En la R. A. F.?

—Sí —afirmó Gilligan—. Lo hemos traído aquí esta noche para que oyera música.

—¿Lo han traído?

—A Mahon le dieron en la cabera, ¿sabes? No anda muy bien de memoria —informó Madden al otro, y después preguntó a Gilligan—: ¿Dices que la señora Powers está con él?

—Sí. Ella también ha venido. ¿Por qué no salimos para hablar con ellos?

Madden miró a su compañero y Dough cambió de posición su pierna de corcho,

—Yo no voy —dijo—. Le espero aquí.

Madden se levantó.

—Venga usted también —insistió Gilligan—. La señora Powers se sentirá encantada de conocerlo. Es de lo mejorcito que hay, como puede decírselo Madden.

—No, no. Los espero aquí. Pero vuelvan sin falta.

Madden leyó el pensamiento no expresado.

—Ahora está con su pareja. Regresaré antes de que vuelva. Lo dejaron encendiendo un cigarrillo. El corneta negro había bendecido a sus hombres antes de su dispersión y tanto el pórtico como la terraza estaban desiertos a no ser por el inmovible grupo de ex soldados que seguían encaramados sobre el barandal. La dueña de la casa había reconquistado aquel sector con renovado optimismo.

Gilligan y Madden cruzaron el césped dejando la luz tras el follaje de las magnolias.

—Margaret, aquí tienes al señor Madden, ¿lo recuerdas?

No era un hombre corpulento, pero de él se desprendía algo grande, pesado y tranquilo; un estado de completa inercia después de una extraordinaria actividad. Madden vio su cara pálida flotando en la oscuridad interior del coche, los destellos de su cabello negro y la boca, como una cicatriz. A su lado, inmóvil y distante, estaba Mahon, recostado en espera de una música que tal vez pudiera oír y tal vez no.

—Buenas noches, señora —dijo Madden estrechando la mano firme que ella le

alargaba, y al oprimirla entre las suyas recordó nítidamente la silueta de la cabeza y los hombros de un soldado, recortándose sobre el cielo violeta del amanecer, gritando: «¡Nos han matado!» y disparando a boca de jarro contra la cara de otro hombre, una cara que había quedado plasmada en el bajorrelieve, amarga e iracunda, ante el reflejo rojo del fogonazo, en la naciente luz del amanecer.

11

Mediante sucesivos retos a la competencia, Jones había bailado con ella dos veces; la primera seis pasos, la segunda, nueve. No podía decirse que bailaba con la suavidad de muchas otras muchachas que había en el salón, y tal vez por eso los hombres la buscaban con tanto afán. Abrazar a las muchachas más hábiles para el baile era muy agradable, ciertamente, pero tenían la sensación de estar bailando con jovenzuelos ágiles. Por esto los hombres se disputaban el honor de bailar con ella.

Jones, que había pensado en eso desde que fue invitado a la fiesta y había hecho ya diez inútiles tentativas para separarla de su pareja, decidió recurrir a las tácticas de los guerrilleros y terroristas, siguiéndola constantemente con sus ojos amarillos, oculto entre la multitud, hasta que se le presentó la oportunidad de lanzarse al asalto, metiendo el brazo entre ella y un jovenzuelo vestido de negro y cabello brillantado, que levantó hacia él una cara con gesto de sorpresa y enojo. Haciéndose el desentendido, metió su corpachón entre ambos y se la llevó hasta un rincón donde la retuvo acorralada presentando la espalda a los ataques de la competencia.

Sus ventajas eran sólo temporales, de manera que habló rápidamente y en forma concisa.

—Tu amigo anda por aquí esta noche.

El abanico de plumas verdes le acarició la nuca. Movi6 la rodilla buscando la suya, pero ella la esquiv6 hábilmente tratando de hallar la manera de salir de aquel rinc6n. Alguien que quer6a bailar la importunaba con leves golpecitos en la espalda y ella, ligeramente exasperada, indic6:

—Acuérdese que estamos bailando, se6or Jones. El lugar es muy amplio. ¿Por qu6 nos quedamos aqu6?

—Tu amigo Donald ha venido al baile. ¿Por qu6 no bailas con 6l? —dijo sintiéndola debatirse entre sus brazos, notando la agitaci6n de sus nerviosos hombros. Nuevos golpecitos inoportunos sobre la espalda, y ella levant6 la cara para mirarlo de frente. El cabello apilado descuidadamente sobre la cabeza le daba un aspecto m6s frágil, como una estatuilla de porcelana. Bajo la luz tamizada por los cortinajes, su boca pintada adquir6a tonos de púrpura.

—¿Está aqu6? ¿Bailando?

—Con sus dos Niobes. Yo he visto a la Niobe hembra y me imagino que el Niobe

macho andará por ahí.

—¿Niobes?

—Esa señora Powers, o como quiera que se llame.

Echó atrás la cabeza con un sacudimiento de sus rizos para verle los ojos.

—Estás mintiendo.

—No. Aquí están todos.

Siguió mirándola. Pudo sentir sobre su espalda el roce del abanico de plumas que se balanceaba colgando de su arqueada muñeca y, de nuevo, los golpecitos de un importuno que quería bailar.

—Él ha estado sentado, ahí fuera, en un coche —agregó rápidamente.

—¿Con la señora Powers?

—Sí. ¡Cuidado, niña, que te lo quitan!

—Si no va usted a bailar, señor Jones...

Repentinamente, se desprendió de él.

El que la estaba importunando por la espalda incrementó la fuerza y el ritmo de sus golpecitos.

—¡Oh! ¿Eres tú, Lee? —preguntó ella—. El señor Jones no baila.

—¿Puedes concederme esta pieza? —murmuró convencionalmente el jovenzuelo rodeándole el talle con su brazo. Jones quedó parado en medio del salón mirando con sus ojos amarillos los balanceos del abanico verde sobre la espalda negra de su compañero, como un chorro de agua detenido; su cuello arqueado y su brazo cruzando el hombro negro, adquirirían una cálida luminosidad; el reflejo de la luz sobre sus muslos era como peces de plata, evadiéndose, acercándose, anticipándose a los movimientos de los muslos de su compañero, como en un sueño interrumpido.

—¿Tiene un fósforo? —preguntó a un hombre que estaba sentado solo en un diván.

Encendió su pipa y se alejó, con su beligerancia lenta y gorda, hacia un grupo de hombres sentados en hilera sobre el barandal de la terraza como pájaros sobre una rama. El corneta negro había reclutado a sus hombres y ahora los alentaba con gestos rituales para que reanudaran su tarea; los instrumentos se apagaron y un coro quejumbroso de voces sin sexo mantuvo la endeble melodía hasta que los instrumentos, ya despiertos, la tomaron por asalto, destrozándola completamente. Chupando la pipa y con ambas manos metidas en los bolsillos de la americana, siguió caminando lentamente cuando, de pronto, un brazo delgado se introdujo en el arco que formaba el suyo.

—Espérame un momento, Lee. —La mirada oblicua de Jones reconoció el abanico verde y la fragilidad cristalina del vestido—. Tengo que ver a unos amigos que acaban de llegar.

La cara del jovenzuelo era una máscara de incomodada fatuidad sobre el cuello

inmaculado.

—Déjame ir contigo.

—No, Lee. Espérame. El señor Jones me llevará; tú ni siquiera los conoces. Ve a bailar mientras vuelvo, ¿quieres?

—Pero, oye...

—No y no. ¿Me esperas?

Él prometió esperarla sin bailar con nadie, así tardara un siglo, y quedó cruzado de brazos viéndola alejarse, descender las escaleras, pasar bajo el arco de las dos magnolias y perderse luego en la oscuridad poblada de manchas vagas con voces y respiraciones, donde su vestido de plata se convirtió en otra mancha más, circundada por los tonos pardos del traje masculino y el césped inocente. Al cabo de un momento, echó a andar iracundo por la terraza. «¿De dónde habrá salido ese gordinflón?», iba pensando al encontrarse con las miradas invitadoras que estaban posando para él. «¡Cualquiera puede entrar en este baile!».

Mientras dudaba entre ir a bailar o esperar de pie a Cecily, apareció la dueña de la casa charlando interminablemente, pero él la esquivó mediante una hábil maniobra laberíntica aprendida a fuerza de práctica y fue a dar a un rincón oscuro donde estaba un hombre solo sentado en un diván. Se aproximó a él y, antes de que pudiera pedirle nada, el otro le alargó una caja de fósforos.

—Gracias —murmuró sin expresar la menor sorpresa. Encendió su cigarrillo y siguió caminando mientras el otro jugueteaba con la caja de fósforos entre los dedos, cavilando en quién sería el tercero que viniera a pedirle fuego.

12

—¡No y no! Primero vamos con ellos.

Se detuvo firmemente y, luego de luchar un poco, consiguió desasir su brazo. Mientras estaban parados sobre el césped, muy juntos el uno al otro, pasó una pareja y la muchacha se inclinó hacia ella murmurándole al oído:

—Tu vestido se transparenta. No te pongas contra la luz.

La pareja siguió su camino y ella se los quedó mirando. «¡La muy envidiosa! —pensó—. ¡Está claro: con ese vestido tan horrible que lleva! ¡Y qué piernas! Pobre muchacha».

Pero, estando temporalmente en compañía de Jones, no tenía tiempo para especulaciones personales, de manera que insistió:

—¡No y no!

Haciendo un esfuerzo logró arrastrarlo hacia el automóvil que se hallaba en dirección opuesta a la que iban. La señora Powers, que estaba hablando con Madden, los vio venir por encima de la cabeza del soldado.

Jones dejó escapar la frágil fortaleza de sus dedos y ella caminó delicadamente sobre el césped seguida por los grávidos pasos de su caballero. Apoyó las manos — las manos pequeñas y nerviosas donde se entrelazaban algunas plumas sueltas de su abanico verde— sobre la portezuela del automóvil.

—¡Ah! ¿Cómo está usted? No tenía la más remota idea de que fuera a venir. De haberlo sabido le hubiera buscado compañeros para el baile. Estoy seguro de que usted baila divinamente. Aunque ya sé que, cuando los muchachos la vean, no le faltarán compañeros.

(¿Qué diablos querrá ésta ahora? Vigilarme sin duda. No está tranquila cuando estoy sola con él).

—El baile está animadísimo. ¡Aquí está también el señor Gilligan! —(¿Para qué viene ahora a molestarlo? Malditas las ganas que tiene de verlo cuando él está en su casa sin hacer nada.)— Es natural. Sencillamente, no se puede ver a Donald sin ver también al señor Gilligan. Debe ser un encanto ganarse de esa manera su afecto. ¿No le parece, señora Powers? —Se reclinó apoyando los codos sobre el marco de la portezuela y dando oportunidad a su traje para que revelara mejor la curva de las caderas—. ¡Rufus! ¡También está aquí Rufus! —(Sí, es bonita. Es una imbécil, pero... es bonita.)— Me ha abandonado por otra mujer. No me lo niegue usted, que lo estoy viendo. He llegado a suplicarle que bailara conmigo, señora Powers, pero él no ha querido. Tal vez usted tenga mejor suerte. —Su pierna doblada daba realce a la fragilidad cristalina de su vestido de plata y mayor movilidad a los peces inquietos de sus muslos—. ¡Oh! No necesita disculparse ni decir nada. Ya sabemos los atractivos que tiene la señora Powers. ¿No es cierto, señor Jones?

Sus ojos adquirieron tonalidades negras y duras.

—Me había dicho usted que estaban bailando —acusó.

—Donald no puede bailar —dijo la señora Powers—. Lo hemos traído para que pudiera oír un poco de música.

—El señor Jones me ha dicho que usted y él estaban bailando y yo le he creído, como una tonta. Es que yo sé muy poco, mucho menos que otras personas, sobre las costumbres y habilidades de Donald. Pero, es claro, está enfermo y... no se acuerda de sus viejos amigos ahora que tiene tantos nuevos.

(¿Se echará a llorar? No me extrañaría. ¡La muy taimada!).

—No es usted justa con él. ¿No quiere usted sentarse aquí, a su lado? Señor Madden, si me hace el favor...

Ya éste había abierto la puerta.

—No, por favor, no se molesten. Si ha venido para oír la música yo sólo serviría de estorbo. Seguro que preferirá estar con la señora Powers, siempre tan callada.

(Sí, tiene la intención de hacer una escena).

—Por favor. Sólo un momentito. Él no la ha visto a usted desde hace mucho.

Dudó todavía unos segundos, Jones pidió un fósforo a Gilligan. Ya no se oía la música y bajo el arco de las dos magnolias, la terraza y los pórticos del salón eran como un escenario deslumbrante. La cabeza del chófer negro era redonda como una bala de cañón, con gorra: tal vez estaba dormido. Cecily subió y se dejó caer en el asiento oscuro, al lado de Mahon, que seguía inmóvil y resignado. La señora Powers empezó a hablar:

—¿No baila usted, señor Madden?

—Sí, algo —admitió.

Bajó del automóvil y al volverse para cerrar la portezuela se encontró con el rostro asombrado de Cecily.

—La dejo charlando con Donald mientras bailo una o dos piezas con el señor Madden. —Tomó el brazo que le ofrecía el ex soldado—. ¿Vienes, Joe?

—Creo que no —respondió éste—. La competencia es demasiado fuerte para mí. Algún día te enseñaré en privado a bailar conmigo para que después puedas invitarme en algún salón.

Cecily, exasperada, vio a la otra mujer robándole parte de su auditorio. Pero todavía quedaban Jones y Gilligan. El primero subió al coche para acomodarse en el asiento sin que nadie lo invitara. Después de lanzarle una mirada iracunda, le dio la espalda e inmediatamente sintió su brazo apoyado contra la cintura, oprimiéndosela ligeramente.

—Donald, querido mío —empezó diciendo con estudiada dulzura mientras rodeaba con sus brazos la figura inmutable de Mahon. Como no podía verle la cicatriz, acercó su cara a la suya y acarició sus mejillas con las manos. Al oír la voz y al sentir la caricia, el teniente Mahon se estremeció—. ¡Amor mío! Soy Cecily, Donald —dijo todavía con mayor dulzura.

—Cecily —repitió él sin ninguna emoción.

—Sí, tu Cecily. Abrázame como antes, querido mío.

Su cuerpecillo frágil se agitaba nerviosamente, pero el brazo de Jones seguía oprimiéndole el costado como si lo llevara pegado con ventosas, como el tentáculo de un pulpo. Precisamente, tratando de librarse de aquel abrazo, se apretó convulsivamente contra Mahon y el pobre enfermo levantó la mano hacia sus lentes de vidrios azules y se encontró con su cara y los cabellos suaves y sueltos.

—¡Cuidado, tooniente! —advirtió Gilligan y Mahon bajó la mano.

Entonces, Cecily se apretó más contra él y lo besó con fuerza en la mejilla, soltándolo después y sentándose correctamente.

—¡Ay! Ya empieza la música y yo tengo prometido este baile. —Asomó la cabeza por la ventanilla escrutando la oscuridad. Un «smoking» que hacía resaltar el blanco immaculado de la camisa, pasó por allí casualmente, fumando un cigarrillo—. ¡Ah, Lee! —gritó con alivio—. Estoy aquí. Abriendo la portezuela saltó hacia el césped,

mientras que el jovenzuelo venía en su busca con paso rápido. Jones descendió detrás de ella, pesadamente, y quedó parado tirando de la americana sobre las amplias caderas mientras lanzaba miradas amarillas a Gilligan, al señor Rivers y al cuerpo encantador de Cecily, que tomaba del brazo a su compañero y con el quiebro gracioso de su cintura se volvía hacia Gilligan para preguntarle:

—¿No bailará usted ni una sola pieza?

—No. Yo no puedo bailar así —respondió—. De donde yo vengo se necesita un permiso especial para bailar en esta forma.

Su aguda risa constaba de tres notas y la sacudía como un álamo joven. Los ojos, semiocultos por sus párpados bajos, los dientes entre los labios púrpura, lanzaron centelleos incomprensibles.

—Hace usted muy bien, señor Gilligan. No aprenda las danzas modernas. El señor Jones tampoco baila, de manera que sólo me queda Lee.

Lee —el señor Rivers— estaba muy tieso, esperándola, cuando se oyó la voz bronca de Jones:

—Este baile es mío.

—Lo siento mucho, le había prometido a Lee bailar con él —respondió con dulzura—. Usted puede intervenir cuando quiera.

La mano pequeña y nerviosa se posó un momento sobre las solapas de Jones, que estaba contemplando con ojos amarillos al azorado Lee y que repitió, con más fuerza:

—Este baile es mío.

El señor Rivers le miró y luego desvió la vista rápidamente.

—¡Oh!, discúlpeme. ¿Es suyo?

—¡Lee! —dijo ella apretándole el brazo. El señor Rivers volvió a encontrarse con la mirada amarilla de Jones.

—Discúlpeme —murmuró—. Yo bailaré con ella después.

Se desprendió de su brazo y echó a andar por el césped sintiendo los ojos airados de la muchacha sobre su espalda. Esta, que efectivamente lo estaba mirando, se encogió de hombros y se volvió hacia Jones. Su cuello, su brazo, su muslo bajo el vestido de plata absorbieron la luz. Se prendió al brazo de su compañero.

—¡Caramba! —murmuró Gilligan viéndola alejarse hacia el salón.

—Así es la guerra —masculló el chófer negro volviendo a dormirse inmediatamente.

13

La señora Powers obtuvo un pequeño triunfo: todos los hombres que estaban sentados sobre el barandal de la terraza se enamoraron de ella; hizo volar a los

pájaros de la rama. Comenzaron por admirarla diciéndole: «¡Vaya! ¡Mira lo que ha conseguido Rufus!», dándose codazos mutuamente y, mientras la dueña de la casa se detenía ante la recién llegada, examinando su sencillo vestido oscuro y envolviéndola en su efusiva volubilidad, dos de ellos, murmurándose al oído, hicieron señas a Madden para que se acercara.

—¿Powers? —preguntaron alarmados cuando los hubo informado, pero él los acalló con signos desesperados.

—Sí. El mismo. Pero que no se hable de eso, ¿entendido? —Su mirada severa recorrió a la hilera de hombres sentados sobre el barandal.

—Ni una palabra. Con ello no le haríamos ningún bien...

—¡No diremos nada, qué diablos! ¡Powers! ¿Eh?

Y así fue como todos bailaron con ella: primero, uno o dos de los más osados, y después todos los demás, que ya habían apreciado su manera firme y eficaz de bailar y aguantar los tropezones de los más ineptos bailarines. Y así fue como, de pronto, se encontraron envueltos en una alegre competencia, siguiéndola por el salón mientras bailaba con alguno de los suyos, importunándola entre pieza y pieza. Algunos llegaron hasta el extremo de ir a buscar a ciertos «buenos chicos» que ellos conocían, al jardín o entre la gente del salón, para que no perdieran la oportunidad de bailar con ella.

Madden se limitaba a mirar porque, después de haber dado con ella algunos pasos pronto interrumpidos, se convenció de que sus compañeros eran verdaderamente incansables y en extremo asiduos. Observándola, comprobó que se las arreglaba para no quedarse demasiado con los que bailaban peor y que aceptaba, con una singular mezcla de tacto y mala gana, todas las copas de ponche helado que le ofrecían.

El interés que su persona despertó en el sector masculino, trajo consigo la consiguiente cosecha de especulaciones entre las otras mujeres. Se criticaron sus ropas, el corte, la tela y el color de su vestido, se opinó sobre su vida privada y sobre su moral; se comentó que se necesitaba «atrevimiento» para venir a una fiesta como aquella en traje de calle; que se necesitaba ser verdaderamente cínica para presentarse allí en primer lugar. «Vive en una casa donde hay dos hombres jóvenes, uno de los cuales no es de aquí». «En esa casa no hay otra mujer que ella... y una sirvienta». «También de ésa se habló mucho hace tiempo, aunque nadie sabe lo que sucedió». «Sin embargo, la señora Wardle ha estado hablando con ella». «Bueno, pero es que la Wardle habla con cualquiera que no pueda huir a tiempo». Y Cecily Saunders... bailando con todos, quedándose en medio del salón entre pieza y pieza porque sabía que su vestido transparentaba, hablando con el primero que se le ponía a tiro, charlando como un loro con aquella voz gruesa y nerviosa que tenía y poniendo los ojos en blanco delante del primer hombre que pasaba a su lado, hablaba y hablaba... El negro desencadenó de nuevo la energía infatigable de sus hombres y la terraza se

llenó de parejas abrazadas.

La señora Powers, que había conseguido acercarse a Madden, le dijo:

—Quiero irme. Si tengo que beber otra copa de ese ponche, no sé qué será de mí.

Abriéndose paso entre los bailarines llegaron hasta los escalones de la terraza, seguidos por un cortejo de admiradores insatisfechos e irritados. Pero, evidentemente, estaba decidida a partir y se vieron obligados a despedirse apretándole la mano, citándola para los días siguientes y expresando su gratitud, su respeto y admiración.

—Ha sido como en otros tiempos... —afirmó alguno, y ella bajó la cabeza, conmovida al parecer. Muchos juraron haber visto sus ojos francos, velados por las lágrimas.

—¿Verdad que sí? —dijo—. ¡Como en otros tiempos! Espero que volvamos a reunimos pronto. ¡Adiós! ¡Hasta la vista! Todos se quedaron en los escalones de la terraza mirándola alejarse del brazo de Madden, hasta que su vestido oscuro se unió a las sombras, más allá del arco que formaban las dos magnolias. La música entraba en un delirio que de pronto se apagaba, dejando una melodía endeble en las voces sin sexo de un coro que la sostenía hasta que los instrumentos la recuperaban.

—¿Ya estás de vuelta? —preguntó Gilligan preocupado, tan pronto como ella llegó hasta el automóvil. Madden abrió la portezuela e hizo el gesto inútil de ayudarla a subir.

—Estoy cansada, Joe. Vámonos.

La cabeza del chófer negro, que parecía una bala de cañón con gorra, se sacudió: no estaba dormido. Madden tuvo que apartarse al oír el rugido del motor y quedó de pie al borde del césped viéndolos partir por el sendero de piedrecillas grises hacia la verja del oscuro jardín.

¡Powers...! Un hombre saltando como un enajenado a lo largo de una trinchera llena de hombres desmoralizados. ¿Powers...? Un rostro que había pintado el escupitajo de la llama de un rifle; un hilillo de humo blanco que se elevaba perezoso en la lividez de un triste amanecer: un hombre muerto.

14

George Farr y su amigo, el empleado del mostrador de refrescos, caminaban bajo los árboles que, vistos por ellos en movimiento contrario, parecían caer silenciosamente hacia atrás por encima de sus cabezas. Las casas eran grandes bloques negros, o bien masas deformes levemente iluminadas por dentro, aplastadas, menos oscuras que la tierra en los lugares donde no había árboles. Las gentes dormían en ellas, los hombres se entregaban al sueño, temporalmente libres de su carne. Otros, en otras partes, bailaban bajo el cielo primaveral. Las muchachas bailaban con unos jóvenes mientras otros tenían que caminar por las calles oscuras,

solos, solos...

—Vaya —indicó su amigo—. Nos quedan dos buenos tragos todavía.

Bebió con furia, dejando que el fuego del alcohol ardiera en su garganta y se convirtiera después en tibia brasa interna, complaciéndose en aquel calor como en un apasionado éxtasis muscular. (El doctor Gary bailará con ella, le pondrá los brazos alrededor del talle; todos pueden tocarla. Pero tú no, imbécil: ni siquiera habla contigo, que la has visto plateada... con la luz de la luna sobre su cuerpo como agua que corre dulcemente y se separa en dos arroyos de plata, mármol y junco sin la mancha de una sombra, la dulzura apasionada de sus brazos apretados que, al unirse, ocultaban su cuerpo a la luna y el agua desaparecía por la acción adherente de su boca...).

—Oye: ¿por qué no vamos a la tienda a bebemos otra botella?

George no respondió y su amigo repitió la pregunta.

—¡Lárgate! ¡Déjame solo! —estalló de pronto, brutalmente.

—¡Condenado imbécil! No te estoy haciendo ningún mal... —repuso el otro con ira justificada.

Se detuvieron en una esquina, donde otra calle se alejaba, bajo los árboles, hacia la oscuridad. Los dos se quedaron parados en incómoda intimidad. (Lo siento: soy un imbécil, es cierto. Me estoy portando como un tonto. No sé por qué me enojo contigo, que no tienes culpa de nada). Le dio un golpecito sobre el hombro.

—Bueno, creo que voy a acostarme. No me siento bien esta noche. Te veré mañana.

Su amigo aceptó las disculpas no expresadas.

—Sí. Mañana nos veremos.

La figura de su amigo, con la americana en la mano, se perdió en las sombras y, mientras se desvanecía también el ruido de sus pasos, se sintió solo y creyó tener la ciudad, la tierra, el mundo entero con todas sus tristezas para él solo. La música le llegaba débil, semejante a un rumor inquietante: un anhelo sin sosiego y sin esperanza. (¡Oh Dios! ¡Oh Dios!).

Capítulo 6

1

Cansado, después de innumerables intentos, George Farr desistió de verla. Una y otra vez la había llamado por teléfono, siempre en vano; una y otra vez, hasta que el teléfono dejó de ser un medio para convertirse en un fin. Había llegado a olvidar para qué quería comunicar con ella por teléfono. Por último confesó que la detestaba, que la odiaba y, por fin, adoptó firmemente la decisión de partir. Por fin, había llegado el momento en que se tomaba tantos trabajos para evitar encontrarse con ella, como antes se los había tomado para encontrarla. Por esta causa solía uno hallarlo por las calles, andando con aires de criminal perseguido, mirando con precaución a todas partes para no tropezar con ella de buenas a primeras, y sintiendo que se le detenía el corazón cuando, a lo lejos, veía su figura inconfundible. Por las noches se quedaba acostado en la oscuridad con los ojos abiertos, sin poder conciliar el sueño, hundiendo a veces la cabeza en la almohada para ahogar los gemidos, las maldiciones, los denuestos que exhalaba al comprobar que no podía dejar de pensar en ella. Se levantaba desnudo para pasear por la habitación como una fiera enjaulada y, a veces, se echaba unas ropas encima y salía a las solitarias calles para detenerse frente a su casa en tinieblas, mirando con desesperación la ventana de su dormitorio, donde ella estaba reposando, suave y tibia. Después, regresaba a su cuarto vacío y a su cama deshecha para dormir con el sobresalto de llegar a soñarla.

Cuando, por fin, llegó su nota, experimentó un alivio profundo, agudo, amargo, como había sido su dolor. Abrió ansioso el sobre que le había llegado y cuando reconoció su escritura nerviosa y fina como un cortejo de arañas, sintió algo así como un golpe secreto y mudo en la base del cráneo. «No iré», fue lo primero que dijo, sabiendo que no dejaría de ir y releendo varias veces la breve nota, al tiempo que se preguntaba si podría soportar volverla a ver, si sería capaz de hablarle y de tocarla otra vez.

Mucho antes de la hora de la cita ya estaba en la droguería buscando una mesa donde estuviera a salvo de las miradas indiscretas: la encontró en un rellano de la escalera. Estaba encajonada por dos altos barandales de madera tallada que escondían la mesita del rellano, pero desde allí, levantando la cabeza, se podía ver todo el túnel luminoso de la droguería con sus olores mezclados de desinfectantes y jarabes; una pureza sintética y medicinal.

Desde que entró por la puerta principal hasta que llegó a la mitad del salón se mantuvo oculto; luego asomó la cabeza sobre el barandal y ella se detuvo al verlo. Fue solamente un instante; en seguida, como en un sueño, se acercó, apresurando el

paso y dejando que la luz jugara con su vestido. Él se había dejado caer sobre la silla, temblando, y, cuando recuperó el uso de los pulmones, levantó los ojos para verle la cara y ella, sin pausa, se le echó en los brazos como un pájaro que se lanza desde la rama del árbol.

—¡Cecily, Cecily, Cecily...! —repitió como un autómata tomando sus besos hasta que retiró su cara, y dijo muy serio—: Estaba muriéndome.

Con gesto rápido, ella aproximó su rostro al suyo y puso su mejilla contra la suya, murmurando palabras de amor. Él la abrazó estrechamente y ambos permanecieron inmóviles durante largo tiempo, hasta que él susurró a su oído:

—Te vas a estropear el vestido si seguimos así.

Pero ella sólo sacudió la cabeza contra la suya y, luego de estrecharse más contra él, se separó, se arregló el vestido y se sentó correctamente ante la mesita.

—¿Has pedido esto para mí? —preguntó tomando uno de los vasos que había sobre la mesa. Tomó el otro vaso y se lo entregó y él cerró los dedos alrededor del vidrio, sin separar sus ojos de los de ella.

—Ahora tendremos que casarnos —dijo, por fin, con cierto aire de suficiencia.

—¿Sí? —preguntó ella bebiendo el líquido dulzón.

—¿No? —Estaba verdaderamente sorprendido.

—Querido, estás viendo las cosas al revés. Ahora, precisamente, es cuando no debemos casarnos.

Lanzó una rápida mirada a su rostro y, al ver su gesto de asombro, se echó a reír. La rudeza, el cinismo, la grosería de aquella muchacha, en completo contraste con su fragilidad y sus aires delicados, siempre habían sorprendido y disgustado a George, porque él, como la mayoría de los hombres, era un gazmoño, comparado con las mujeres. Por eso, en vez de unirse a su risa, le dirigió una mirada severa y quedó en silencio, desaprobando su actitud. Ella, por su parte, terminó de beber y, luego de dejar el vaso sobre la mesa, se inclinó sobre él con mucho desenfado, apoyándole los pechos sobre el brazo.

—George.

Vencido una vez más, le echó los brazos al cuello, pero ella le rehusó la boca e hizo esfuerzos por apartarse y él, creyéndola domada, la soltó.

—Pero, oye: ¿es que no vamos a casarnos?

—Amor mío, ¿no estamos ya casados? ¿Dudas de mí o es que necesitas una licencia matrimonial para mantenerme fiel a tu cariño?

—Sabes que no se trata de eso. —No podía decirle que eran celos, que no confiaba en ella—. Es que...

—¿Qué?

—Que si no quieres casarte conmigo es porque no me amas.

Se apartó de él violentamente. Sus ojos se tiñeron de azul oscuro.

—¡Cómo puedes decir eso! —Bajó la cabeza para evitar mirarlo e hizo un movimiento que era, en parte, temblor de disgusto y, en parte, indiferente encogimiento de hombros—. Debí habérmelo imaginado. Bueno, ya está hecho. He sido una tonta. Tú... estabas divirtiéndote conmigo, eso es todo.

Y él, tratando de tomarla entre sus brazos, tartamudeó: «Sis, Cecily, Sis...», pero ella se apartó y acabó por levantarse.

—No, George. Tú no tienes la culpa. Supongo que lo mismo habría hecho cualquier otro hombre en tu lugar. ¡Sí, sí! ¡No mientas! Eso es lo que los hombres han buscado en mí siempre, de manera que es lo mismo que haya sido contigo como con cualquier otro. Sólo me apena, George, que no me lo hayas dicho a tiempo y francamente... porque yo creía que tú eras diferente...

Le volvió la espalda estremecida por los sollozos.

«¡Qué delicada, qué pequeña, qué frágil es! ¡Yo le he hecho daño...!», pensaba George, sintiendo un agudo dolor que lo impulsó a ponerse en pie y acariciarle los brazos desmañadamente y sin tener en cuenta que alguien podía verlos desde abajo.

—No, George, no. Es inútil —protestó volviéndose con rapidez. Sus ojos tenían de nuevo el suave tono verde—. Siéntate, George. Pueden vernos.

—No me sentaré hasta que retires todo lo que has dicho.

—Siéntate, por favor. ¡Siéntate, siéntate, George, por favor! Se le oscurecieron los ojos y él, creyendo ver un gesto de auténtico temor en su rostro, abrió los brazos y fue a sentarse.

—Prométeme no hacer eso nunca más, George. ¡Nunca más! ¡Nunca más!

Se lo prometió débilmente y sólo entonces fue a sentarse a su lado, introduciendo su mano entre las suyas y mirándolo con ternura.

—¿Por qué me tratas así, George?

—¿Cómo?

—¿Por qué dices que no te amo? ¿Qué mayor prueba quieres de mí? ¿Qué otra prueba puedo darte? Dime: trataré de hacerlo para darte gusto.

Lo estaba mirando con delicada humildad.

—Cecily, perdóname —rogó, abyecto y vencido por completo.

—Ya te he perdonado. Olvidar es lo que no puedo prometer. No dudo de ti, George. Si dudara, no me habría entregado a ti. —Su voz se había ido apagando y ahora se apretaba las manos nerviosamente. De pronto exclamó—: Tengo que irme.

George se precipitó hacia ella tomándola de la mano; estaba flácida y fría.

—¿Podré verte más tarde?

—No. Esta tarde no puede ser. Tengo que coser muchísima ropa.

—¡Vamos, deja la costura! No vuelvas a tratarme como lo has hecho hasta hoy. He estado a punto de volverme loco. Te juro que he estado a punto de volverme loco.

—Amor mío, no puede ser. Sencillamente, no puedo. ¿No comprendes que yo

quiero verte y estar contigo tanto como tú deseas estar conmigo? ¿No sabes que yo vendría hoy mismo si pudiera?

—Entonces, déjame que vaya a tu casa esta noche.

—¡Chist! —dijo ella descendiendo las escaleras.

—Iré esta misma noche —repitió él con terquedad.

Ella miró rápidamente hacia los cuatro ángulos de la tienda y de pronto todo su cuerpo se estremeció. Allí, sentado en una mesa, muy cerca de la escalera, estaba aquel indecente gordo de Januarius Jones con un vaso vacío ante él.

En un momento conoció el terror y, mientras miraba su cabeza redonda, toda la sangre abandonó su corazón y quedó helada. Se apoyó con ambas manos sobre la baranda de la escalera para no caer. Después el terror se desvaneció dando paso a la cólera. Aquel hombre era una Némesis. Desde que lo había visto por primera vez, aquel día en casa de tío Joe, la había injuriado, vejado, perseguido con diabólica habilidad. Y ahora, si había oído...

George se había levantado y la seguía, pero ante sus gestos frenéticos y su rostro deformado por el miedo, retrocedió rápidamente y fue a sentarse ante su mesa, escondiéndose. En aquel momento, la expresión del rostro de Cecily cambió con la facilidad con que se cambia un sombrero. Sonriendo, terminó de bajar la escalera.

—¡Oh, buenos días, señor Jones!

El interpelado levantó la cabeza con su acostumbrada flema, se puso de pie de mala gana e hizo una pesada reverencia. Ella lo estaba mirando fijamente, alerta a cada gesto o movimiento que pudiera delatarlo, con la fijeza de un animal acorralado, pero su cara era impenetrable como la de un ídolo.

—¡Muy buenos días, señorita Saunders!

—Veo que también usted tiene la mala costumbre de tomarse un refresco por la mañana. ¿Por qué no ha subido a sentarse conmigo?

—Le aseguro que no me perdonaré el haberme perdido esa oportunidad, pero yo no sabía que estuviera usted sola. —Su mirada amarilla era tan impersonal como el líquido amarillento que llenaba las botellas de jarabe sobre los estantes y, de nuevo, el corazón de Cecily sufrió un vuelco.

—Yo no le he visto ni le he oído entrar, pues de lo contrario le hubiera llamado.

—Se lo agradezco. El que ha salido perdiendo he sido yo. Inesperadamente, Cecily cambió de táctica.

—¿Querría usted hacerme un favor, señor Jones? Tengo mil cosas que hacer esta mañana. ¿Quiere usted venir conmigo para ayudarme a recordarlas? Si no tiene inconveniente.

En sus ojos, la coquetería jugaba sus últimas cartas. Los de Jones, en cambio, la miraban con una inexpresividad amarilla, como el aceite.

—Encantado —dijo.

—Entonces, termine de beberse eso.

El hermoso rostro de George Farr, retorcido por los celos o por la tortura mental que le causaba la incomprensible actitud de Cecily, asomó por encima del barandal. Esta lo vio, pero no hizo ningún gesto, ninguna indicación. Sin embargo, en toda su actitud se adivinaba un miedo tan espantoso que hasta la mente poco viva de George comprendió, y por eso bajó la cabeza y se ocultó tras el barandal, mientras Jones respondía:

—Dejemos la bebida tal como está. En verdad no sé por qué insisto en beber estos insípidos líquidos. Tal vez para imaginar que estoy bebiéndome un «highball».

Se dejaron oír las tres notas de la risa de Cecily.

—Gustos tan delicados no se pueden satisfacer en un pueblo de mala muerte como éste. En Atlanta es otra cosa.

—Sí, por supuesto. En Atlanta pueden hacerse muchísimas cosas que aquí no se harían.

Rio de nuevo con más gusto, y juntos avanzaron lentamente por el túnel antiséptico de la droguería hacia la puerta de entrada. Cecily era capaz de reírse de tal modo que, al más inocente comentario, le daba un doble sentido. Cualquier interlocutor, al oír su risa, hubiera admitido inmediatamente que había dicho algo muy gracioso, muy fino o muy picaresco, sin recordar de qué se trataba. La mirada de ídolo de Jones sonreía bondadosamente mientras tomaba buena nota de la manera cómo articulaba su cuerpo, de cómo movía la cara nerviosa y encantadora y las manos pequeñas, mientras George Farr, devorado por una rabia ciega e impotente, los veía por detrás de las maderas labradas del barandal, parados frente a la puerta, como una doble silueta de papel pegada a los cristales de la puerta. Después salieron —ella menuda y frágil como una estatuilla de Tanagra, él pesado, fofo y deforme— y, cogidos del brazo, desaparecieron de su vista.

2

—¡Eh! —exclamó el joven Robert Saunders—. ¿También usted fue soldado?

Januarius Jones, comiendo lentamente para completar su almuerzo, hablando con mucha deferencia y actuando con su más pesada cortesía, había conquistado enteramente a la señora Saunders. De su esposo no estaba tan seguro, pero tampoco le interesaba su opinión o sentimiento hacia su persona. El señor Saunders había olvidado al nuevo invitado al descubrir que, prácticamente, no sabía nada de cuestiones monetarias, de cosechas o de política, y Jones se había entregado por entero a hablar de trivialidades con la señora Saunders. Cecily se había comportado perfectamente: haciendo uso de su reconocido tacto, le dejaba hablar, fingiendo interesarse profundamente en la conversación. Sin embargo, el joven Robert

Saunders estaba interesado en otras cosas.

—Oiga —repitió por tercera vez, siguiendo con admiración de adolescente cada uno de sus movimientos—, ¿también usted fue soldado?

—Calla, Robert —dijo su madre.

—Sí, mamá. ¿Fue usted soldado?

—Robert; deja tranquilo al señor Jones.

—Sí muchacho, fui soldado y hasta luché un poco —respondió Jones.

—¡Ah! —exclamó inopinadamente la señora Saunders—. ¿Estuvo usted en la guerra? ¡Qué interesante!

Pero ya había perdido el interés por las proezas militares de Januarius Jones, y preguntó:

—Cuando estuvo en Francia, ¿no tropezó por casualidad con el teniente Donald Mahon?

—No señora, no. Disponía de tan poco tiempo para hablar con los demás, que no recuerdo haber tenido una conversación agradable durante la contienda —respondió gravemente, a pesar de que nunca había estado en Francia y ni siquiera había visto la estatua de la Libertad.

—¿Qué hacía cuando era soldado? —insistió el infatigable muchacho.

—Sí, naturalmente —decía la señora Saunders suspirando—. La guerra fue algo terrible. ¿Salimos?

Jones se puso de pie para retirarle la silla a la dueña de la casa, y el joven Robert repitió sin tregua:

—¿Qué hizo en la guerra? ¿Puede decirme si mató a muchos enemigos?

El señor y la señora Saunders pasaron a la terraza para descansar un poco al fresco, y Cecily, con un gesto de cabeza, indicó una puerta por la que entró Jones seguido del muchacho, que todavía lo importunaba. El aroma del cigarro que fumaba el señor Saunders penetraba en el salón y llegaba hasta la salita donde se habían sentado. El joven Robert, que había reanudado su letanía, se detuvo al advertir los ojos duros y fríos del señor Jones clavados en su persona como los de una serpiente. Sintió un escalofrío y, sin quitar su vista de él, se acercó a su hermana como buscando refugio.

—Basta, Bob —dijo ésta—. Vete al jardín. ¿No sabes que a los soldados de verdad no les gusta hablar de todo lo que hicieron?

No podría decirse que sintiera disgusto al ver que lo echaban. Repentinamente quiso estar al aire libre y bajo el sol, porque en aquella reducida habitación sentía frío. Mirando con fijeza a Jones, pasó junto a él al dirigirse hacia la puerta.

—Bueno —accedió—. Ya me voy.

Cuando se hubo ido, Cecily interpeló a Jones.

—¿Qué le has hecho a ese pobre muchacho? —preguntó.

—¿Yo? Nada. ¿Por qué?

—Lo has asustado. ¿No te has fijado de qué forma te miraba?

—No. No me he dado cuenta.

Empezó a llenar su pipa con parsimonia.

—Tal vez; pero no me negarás que sabes asustar a la gente.

—No tanto como quisiera, te lo aseguro. Muchos que realmente quisiera atemorizar, saben eludirme.

—Sí, es claro. Pero ¿para qué quieres atemorizarlos?

—Porque muchas veces ésa es la única manera de obtener lo que uno quiere.

—¡Ah...! Eso tiene un nombre, ¿sabes? Creo que se llama coacción... o chantaje, si prefieres.

—¡Vaya! No lo sabía. ¿Es chantaje?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Lo sabes, ¿por qué lo preguntas?

Llegó un momento en que no pudo soportar sus miradas amarillas y le volvió la espalda. ¡Cuánta quietud había en el jardín bajo el hechizo de la tarde! Los árboles sombreaban la casa y la pequeña habitación estaba oscura y fresca. Los muebles eran anchos y tranquilos y en la pared, el joven Robert Saunders, reproducido a la edad de sesenta y cinco años, estaba enmarcado encima de la chimenea. «Estoy seguro de que ése es el abuelo de Cecily», se decía Jones.

Ella estaba deseando ardientemente la presencia de George. Debería estar allí para ayudarla. Aunque nada podía hacer. «¿Se puede hacer algo?», consideró, con la amplia tolerancia que las mujeres tienen hacia determinados hombres. ¿Cómo se podría vivir con ellos de otra manera, concediendo que, después de todo, el tan cacareado «macho dominante» no es más que un payaso, un títere, un niño sin tacto? Le examinó detenidamente y pensó: «¡Parece un gusano!».

Al cabo de un largo silencio preguntó otra vez:

—¿Para qué me lo preguntas a mí si ya lo sabes?

—No, no te lo pregunto. ¿No es cierto que a ti nunca te han asustado?

Ella continuó mirándolo sin contestar.

—Tal vez sea porque tú nunca has hecho nada que pueda causarte temor, ¿verdad?

Fue a sentarse en un diván, frente a él, sin quitarle los ojos de encima; se recostó con los brazos extendidos y las palmas de las manos hacia arriba, sobre los muslos. Jones se levantó de pronto y al mismo tiempo toda la laxitud, la flojedad del cuerpo de Cecily, se convirtió en un nervioso estado de alerta, en una rigidez vigilante y defensiva. Pero, al parecer, sólo iba a frotar un fósforo en los hierros de la chimenea. Sorbió la llama con las chupadas que daba a la pipa, dejando que ella mirara la carnosa convexidad de sus mejillas y el fulgor de la llama reflejado en sus ojos. Echó

el fósforo en la chimenea y volvió a su asiento. La tensión de Cecily no disminuyó.

—¿Cuándo tendrá lugar tu matrimonio? —inquirió Jones de repente.

—¿Matrimonio?

—Sí. ¿No está ya todo arreglado?

Sintió que la sangre le subía lenta, lentamente a la garganta y que le calentaba las muñecas; parecía llenar un intervalo que no pasaba, que no pasaría nunca. Jones, examinando los efectos de la luz en su cuello, permanecía recostado en el amplio sillón, pesado y amarillo como un ídolo. Por fin, quizá compadecido, puso en claro sus palabras.

—Por lo menos así lo está esperando ese pobre muchacho —dijo.

La sangre, al recuperar su movimiento en las venas, se enfrió y tuvo la sensación de que toda su piel se le erizaba. Apenas pudo pronunciar:

—¿Por qué crees que lo espera? Está demasiado enfermo para tener esperanzas.

—¿Quién está enfermo?

—Me has dicho que Donald espera ca...

—Mi querida señorita, lo que yo he dicho es que...

La luz formaba un nimbo alrededor de su pelo y realzaba todo su cuerpo, reclinado en el sillón oscuro, pero no se le podía ver la cara. Jones se levantó. Ella no se movió cuando vino a sentarse a su lado. El diván se hundió con un leve resoplido bajo su peso acogiénolo casi con sensualidad. Ella continuó inmóvil; los brazos caídos con las palmas de las manos hacia arriba, apoyadas contra sus muslos. Una de sus manos cayó sobre el diván, entre él y ella.

—¿Por qué no me preguntas qué es lo que he oído en la droguería?

—¿Has oído algo? ¿Cuándo?

Su actitud expresaba el más ingenuo interés.

A pesar de que Jones no podía verle la cara con claridad, la adivinaba examinándolo con tranquila especulación y posiblemente con desprecio. Pensó en colocarse en otra parte, a fin de obligarla a volver el rostro hacia la luz y dejar el suyo en las sombras; pero la iluminada curva de su mejilla le impidió alejarse de ella. En ese momento, la mano que había colocado entre los dos pareció crecer hasta adquirir proporciones monstruosas.

—Está oscureciendo, ¿no es cierto? —comentó, viendo cómo entre las hojas de los árboles el mediodía se estaba convirtiendo en tarde, levemente cansado y teñido de oro.

Su mano era una barrera, cristalina y frágil, que los separaba irremediablemente.

—¿Sabes lo que sucede? Que le has dado demasiada importancia a un beso —comenzó Cecily cautelosamente.

Él se atrevió a poner su mano sobre la de ella, pero ésta no respondió a la caricia.

—Eso es muy extraño en ti.

—¿Por qué en mí?

—Porque imaginaba que tendrías más experiencia y que varias mujeres se habían enamorado de ti; ¿me equivoco?

—¿Qué es lo que hay en mí que te haga creer semejante cosa?

—No sabría decirlo. Será la forma en que tu... ¡Todo en ti, vaya!

Por cierto que no podría dar una opinión concreta sobre Januarius Jones, quizá porque lo femenino predominaba en él y lo que le quedaba era felino: una mujer con cuerpo de hombre y naturaleza de gato.

—Debes tener razón. Tú eres una autoridad entre las de tu especie.

Jones soltó la mano, pidiéndole excusas, y encendió nuevamente la pipa. La mano había caído floja e inerte sobre el diván, al lado de su muslo, formando una barrera impersonal entre los dos; podría haber sido un pañuelo. Lanzó el fósforo hacia la chimenea y preguntó:

—¿Por qué has dicho que yo daba mucha importancia a un beso?

En sus cabellos la luz formaba una corona como el borde de una moneda de plata; el diván la abrazaba silenciosamente y la luz seguía la inmóvil pendiente de sus piernas. La brisa movió las hojas frente a la ventana, haciéndolas chocar y debatirse, susurrando. El mediodía estaba lejos.

—Sólo quería decir que puedes haber imaginado que una mujer siempre quiere darle a entender algo al hombre cuando le besa o dice algo de carácter íntimo. Si es como digo, te equivocas.

—No, mujer, no me equivoco. Cuando vosotras besáis siempre lo hacéis con algún propósito determinado. Es claro que muchas veces el pobre diablo que recibe el beso no sabe lo que queréis, pero siempre queréis algo.

—Siendo así, nadie puede culpar a la mujer de que los hombres prefieran creer una cosa que nosotras ni imaginábamos al darles un beso.

—¿Por qué no? Este mundo sería un caos si se tuviera que pensar siempre en que la gente no dijo lo que en realidad quería decirnos. Tú, por ejemplo, sabías condenadamente bien lo que yo quería cuando aquel día dejaste que te besara.

—Sigues equivocándote, porque yo ni pensé en que tú quisieras otra cosa que besarme, y yo, también, sólo eso quería cuando me dejé besar. Tú eres el que...

—¡Que me condenen si tú no lo sabías! —interrumpió Jones—. Si dices lo contrario, mientes inútilmente.

—Me parece que estamos hablando demasiado personalmente —replicó ella con un gesto, de disgusto.

—¡Claro que sí! ¿En qué otra cosa nos interesamos tú y yo sino en ti y en mí?

Jones chupó su pipa y ella cruzó las piernas.

—Te aseguro que nunca en mi vida...

—¡Por Dios te lo pido: no lo digas! Lo he oído en labios de tantas mujeres, que de

una como tú, tan vana y hueca como yo, esperaba algo mejor.

«Sería un tipo bastante aceptable si no estuviera tan gordo —pensó Cecily—. También podría teñirse los cabellos de otro color». Luego dijo:

—Vamos a precisar. ¿Qué es lo que quiero, persigo o busco cuando digo algo o cuando doy un beso?

—No sabría decirlo, porque tú procedes tan de prisa que no puedo seguirte. Dudo de que yo pueda llegar a saber a cuántos hombres has besado y a cuántos has mentido; por lo tanto, es imposible que pueda llegar a saber lo que querías decir en cada caso. Estoy seguro que ni tú misma podrías decirlo.

—En resumen: tú no puedes imaginar que alguien te bese y te diga cosas que no significan nada, absolutamente nada.

—No, no puedo imaginármelo. Yo siempre busco algo cuando digo o hago algo.

—¿Por ejemplo?

Su voz era un tanto irónica.

Nuevamente pensó en moverse para que el rostro de Cecily quedara en la luz y el suyo en las sombras; pero el solo pensamiento de alejarse de ella le dejó petrificado. Quizá por eso contestó groseramente:

—Con aquel beso que te di, ¿recuerdas?, quería decirte que mi intención era la de poseerte. ¿Está claro?

—¡Ah! —exclamó ella sin inmutarse en lo más mínimo y con su voz más dulce—. Ahora puedo entender el éxito que obtienes con las mujeres. Es sólo cuestión de voluntad, ¿no es eso? Mirarlas a los ojos y ¡pum!, ya está: es tuya. Imagino que esa técnica debe ahorrarte mucho de tu valioso tiempo e innumerables molestias, ¿no es cierto?

La mirada de Jones, además de tranquila e imperturbable, era osada y contemplativa, amarilla y obscena como la de un chivo.

—¿Crees que no puedo si quiero? —preguntó.

Cecily se encogió de hombros delicadamente, con algo de nerviosidad, y su mano, caída con lasitud sobre el diván, entre los dos, creció de nuevo como una flor: era como si todo su cuerpo entrara en ella. Parecía derretirse en la suya, pero se dejaba acariciar sin la voluntad de devolver la caricia: su mano, no despierta, yacía en la suya, y su cuerpo, todavía dormido, suavemente aprisionado entre sus vestidos frágiles. Aquellas piernas largas no estaban hechas para caminar, sino para el estudiado fin de un ritmo llevado a su parte más armoniosa; eran el mero anhelo de avance, el sueño del movimiento; su cuerpo, su cuerpo también creaba un sueño para que los hombres lo soñaran. Un álamo vano y flexible que ensayaba una actitud tras otra y un gesto tras otro, como una muchacha casquivana que se prueba uno y otro y otro vestido, perpleja, pero contenta. Un nimbo luminoso insinuaba las líneas de su cara y su cuerpo, que no era un cuerpo, arrugaba el sueño de un vestido. Un cuerpo

que no estaba hecho para la maternidad, ni siquiera para el amor; una cosa para el placer de los ojos y de la mente. «Epiceno», pensó Jones, dejando que su mano apretara los huesecillos frágiles de sus dedos y la nerviosidad amarga que latía en su carne.

—Creo que si te estrechara entre mis brazos, apasionadamente, pasarías por mí como un fantasma —aseguró, abrazándola levemente.

—Me parece difícil —comentó ella con su característica voz gruesa—. ¿Por qué estás tan gordo?

—¡Calla! ¡No echas a perder estos momentos!

«¡Cállate! —se dijo a sí mismo tanto como a ella—. ¡Cállate! No hay que echar a perder estos instantes».

A poco se apagaron las trompetas de su sangre y la sinfonía del vivir enmudeció. La arena dorada de las horas, acosada por el día, iba huyendo por el cuello estrecho del tiempo hacia la esfera cristalina de la noche para que después se invirtiera el aparato y la arena volviera a huir. Tenía la sensación de que la arena negra del tiempo iba marcando despiadadamente el avance de su vida.

—¡Calla! —repitió— ¡no echas a perder estos instantes!

En ella, los centinelas de la sangre se hallaban recostados quietamente, pero estaban apoyados contra los baluartes y las almenas con las armas en la mano en espera del inevitable «¡Alerta!», mientras ambos permanecían sentados y abrazados en la media y cerúlea luz de la habitación. Jones, un Mirándola gordo entregado a una casta ninfolepsia platónica, a una orgía sentimental con traje «sport» gris claro, modelando con yeso húmedo articulaciones falsas, que tal vez le faltaran al antiguo, al imperecedero deseo, y Cecily Saunders, preguntándose qué y cuánto había oído, sentíase atemorizada, pero fortalecida por la determinación. ¿Qué clase de hombre era aquél?, pensaba, deseando que George estuviera allí para que pusiera en claro la situación. ¿Pero cómo? No podía saberlo. Meditaba si su ausencia tenía o no significado.

Frente a la ventana, las hojas se agitaron llevadas por la brisa y gimieron débilmente. El mediodía estaba lejos; había partido tiempo atrás y el cielo pálido, acosado por el viento, los árboles, las hierbas, las colinas y los valles y, en alguna parte el mar, lo añoraban aliviados.

La posición de Cecily no había cambiado. Seguía el diván envolviéndola con su abrazo impersonal. La luz formaba un nimbo, semejante al borde de una moneda de plata, alrededor de su cabeza, y no se distinguían los rasgos de su cara y de sus piernas, sólo las líneas largas de las arrugas del vestido. Su mano yacente, delgada y frágil, estaba entre los dos. Jones no la veía.

—Dime lo que has oído —murmuró Cecily.

Él se puso en pie.

—Adiós —dijo—. Gracias por la comida, el almuerzo o lo que me hayáis dado.

—Almuerzo —indicó ella—. Somos gente sencilla.

También se levantó y se reclinó estudiadamente contra el respaldo del diván, y los ojos amarillos de Jones la inundaron en un baño tibio y claro. «¡Maldita seas!». Volvió a sentarse, porque ella se hallaba ya sentada nuevamente, reclinándose contra el rincón del diván. Le pareció que no se había movido, pero estaba ya pegada a él.

—Dime lo que has oído.

Lento y amoroso fue el abrazo de Jones, y cuando ella se movió ligeramente, supo que le estaba ofreciendo los labios.

—¿Cómo prefieres que haga la propuesta? —preguntó.

—¿Cómo?

—Sí. ¿Cómo quieres la propuesta? En los últimos días has recibido dos o tres, ¿no es cierto?

—¿Vas a proponerme que me case contigo?

—Esa era mi humilde intención. Lamento mi torpeza.

—Ya veo. De manera que si no puedes conseguir a la mujer que deseas en forma más sencilla, te casas con ella, ¿no?

—¡Caramba! ¿Crees que todo lo que un hombre puede desear de ti es tu cuerpo?

—En vista de que ella no respondía, prosiguió—: Por otra parte, no temas, yo no diré nada. —Su cuerpo tenso y su silencio hosco eran dos interrogantes—. Me refiero a lo que he oído...

—¿Crees que me importa? Tú mismo comentabas no hace mucho que las mujeres queremos decir otra cosa cuando decimos algo, de manera que no tengo por qué preocuparme sobre lo que hayas oído o hayas dejado de oír. Tú mismo lo has dicho. —Su cuerpo se convirtió en un reto y, no obstante, estaba quieto—. ¿No es verdad que lo has dicho?

—No sigas por ese camino —advirtió Jones con tono irritado. (¿Por qué será tan hermosa, tan perturbadora y tan condenadamente tonta?).

—¿Eh? ¡Oye, no tengo costumbre...!

—¡Bah, dejémoslo! No puedo explicarlo y si lo hiciera tú no lo entenderías. Tengo plena conciencia de que temporalmente estoy actuando como un imbécil, pero si me lo dices soy capaz de matarte.

—¿No es posible? Quién sabe si no me gustará probarlo.

Su voz gruesa y acariciante no denotaba intranquilidad.

La luz en sus cabellos, su boca en movimiento, la forma vaga y aplastada de su cuerpo, hizo decir a Jones:

—Atis.

—¿Cómo me has llamado?

Respondió algo, pero ella no parecía escucharle y, seguramente, no oyó ni una

sola palabra de lo que él dijo.

—Dime qué ha sido lo que has oído en la droguería —volvió a pedir tan pronto como dejó de hablar. El contacto de su cuerpo producía una sensación de frío quemante; él se retiró, pero ella le siguió como el agua—. Dime lo que has oído.

—¿Qué importancia puede tener que yo haya oído una cosa u otra? Te aseguro que no quiero mezclarme en tus asuntos. Puedes quedarte con tus Georges y tus Donalds. Consérvalos a todos si te place. ¡A mí qué me importa tu cuerpo! Si pudiera introducir esta idea en tu hermosa cabecita, si me dejaras tranquilo, no volvería a desearte nunca más.

—Pero ¿no acabas de proponerme que me case contigo? ¿Qué es lo que quieres de mí?

—No lo entenderías si tratara de explicártelo.

—Entonces, si me casara contigo, ¿cómo tendría que actuar ante ti? Creo que estás loco.

—Eso es lo que he estado tratando de decirte —repuso Jones apretando los dientes para calmar su furia—. Ante mí no tienes que actuar de ninguna manera; yo me ocuparé de eso. Deja las actuaciones para tus Georges y tus Donalds, ya te lo he dicho.

En la penumbra del cuarto, el cuerpo de Cecily respiraba una luminosidad tan tenue que parecía una bombilla eléctrica a la que acabaran de cortarle la corriente.

—Creo que estás loco —repitió.

—Ya sé que estoy loco. —Se levantó—. ¡Adiós! ¿Debo ver a tu madre o la saludarás tú en mi nombre?

—Ven aquí.

Había murmurado la orden sin moverse.

En el salón podían oírse los gemidos de la mecedora de mimbres bajo el peso del señor Saunders, que se balanceaba en la terraza. A través de la puerta de entrada podían verse los árboles, el prado y la calle. Cecily repitió la orden. En aquellos momentos era una mancha blanca sin forma y débilmente luminosa en la penumbra de la habitación, adonde Jones volvió a entrar para ver la luz como el filo de una moneda gastada, coronándole los cabellos.

—Si no me voy significará...

—No puedo casarme contigo —interrumpió— puesto que ya estoy comprometida.

—¡Adiós! —repitió Jones furioso y dando la vuelta.

Desde el salón podían oírse los murmullos del cuchicheo que se desarrollaba en la terraza entre el señor y la señora Saunders, pero en el saloncito que acababa de dejar, Jones oía el ruido de un leve movimiento, más agudo y dominante que cualquier otro de los sonidos. Pensó que vendría tras él, pero al volverse encontró la puerta del

saloncito vacía y oscura y, cuando se acercó a ella para mirar adentro, la advirtió recostada en el diván, en la misma posición en que la había dejado. Ni siquiera podía asegurar que lo estuviera mirando.

—Creí que te habías ido —murmuró.

Tras un largo silencio, él preguntó:

—¿No es verdad que los hombres te han mentado siempre?

—¿Por qué dices eso?

Se acercó a ella y se la quedó mirando largo rato, luego volvió la espalda y echó a andar hacia la puerta principal.

—¡Ven aquí! —repitió ella con presteza.

Sufrió su abrazo sin hacer ningún otro movimiento que el de volver ligeramente la cara.

—No temas que vaya a besarte.

—No estoy muy segura.

Sin embargo, el abrazo de Jones era completamente impersonal.

—Óyeme bien: eres una tonta incurable y te comportas como tal, pero al menos haces lo que se te dice. Por lo tanto, escucha: déjame en paz. No quiero que me molestes más con eso de lo que he oído o he dejado de oír, ¿comprendes? Espero que, por lo menos, te quede un poco de sentido común; úsalo. No pienso hacerte ningún daño, incluso ni quiero volver a verte. De manera que me dejarás en paz con ese asunto. Si algo he oído, ya está olvidado, y que me condenen si no es verdad que actos tan decentes como éste los hago poquísimas veces. ¿Me has oído?

Entre sus brazos, el cuerpo era fresco y flexible como un árbol joven; tenía la cabeza inmóvil contra su mejilla.

—Dime qué es lo que has oído —suplicó.

—Si así lo quieres...

Con el brazo izquierdo la agarró por los hombros, apretándola contra él y reteniéndola; con la otra mano le cogió la cara, dándole vuelta lentamente para tenerla de frente. Ella resistió agitando la cabeza entre la mano gruesa que la apretaba cada vez más.

—¡No, no...!

Le levantó la cara con brutalidad y ella murmuró:

—Me haces daño, me haces daño...

—¡No me importa! Utiliza esa treta con George, no conmigo.

La miró directamente a los ojos, que se le iban oscureciendo. Vio la boca y las marcas rojas de sus dedos sobre las mejillas. Retuvo la cara aprisionada entre sus dedos gordos y todavía la torció hacia la izquierda para que la luz le diera de lleno, examinándola lentamente. De pronto, sus ojos cambiaron y se aclararon iluminados por el terror. Mirándolo aterrorizada murmuró:

—¡Déjame! Viene papá. ¡Suéltame!

Pero fue la señora Saunders quien se detuvo ante la puerta del saloncito, y para entonces Jones estaba ya en posición correcta, tranquilo, circunspecto y remoto como un ídolo.

—Vaya, aquí se está verdaderamente bien, ¿no les parece? Pero qué oscuro. ¿Cómo pueden permanecer despiertos? —La señora Saunders hablaba entrando lentamente en el saloncito—. Yo he estado varias veces a punto de quedarme dormida allá en la terraza, pero el reflejo del sol era verdaderamente insoportable. Robert se ha ido a la escuela sin el sombrero, ¿no me explico lo que hará!

—Es posible que en la escuela no haya terraza —observó Jones.

—Vaya, pues no me acuerdo. Nuestra escuela es bastante moderna. Se construyó en... ¿Cuándo la construyeron, Cecily?

—No sé, mamá.

—Es muy nueva. ¿Fue el año pasado o el anterior, querida? —No sé, mamá.

—Le he dicho que se llevara el sombrero para protegerse de los rayos del sol, pero, como de costumbre, lo ha olvidado. ¡Es tan difícil educar a los hijos! ¿Era usted muy travieso de niño, señor Jones?

—No, señora —respondió Jones, que tenía una madre innombrable y que hubiera podido reclamar un número cualquiera de posibles padres—. Yo era una criatura muy tranquila, que no daba molestias a mis padres. Que yo recuerde, sólo cuando tenía trece años me sentí, durante un momento, agitado por la pasión de la ira, el día en que descubrí la desaparición de mi tarjeta de clasificaciones escolares, cuando ya era inminente el anuncio de nuestra anual jira campestre. En las clases dominicales se daban premios de asistencia y aplicación y yo ostentaba orgulloso, en mi tarjeta, cuarenta y una estrellas cuando desapareció.

Habiendo crecido en un asilo para huérfanos sostenido por las monjas, pudo emular a Henry James, dando verosimilitud a su relato.

—¡Qué atrocidad! —exclamó la señora Saunders—. ¿Pudo usted encontrarla?

—Sí, señora; la encontré a tiempo para asistir a la excursión campestre. Mi padre había anotado en ella el nombre del caballo al que había apostado un dólar y, cuando fui a buscarlo al lugar donde efectuaba sus negocios para advertirle, como de costumbre, que debía regresar conmigo a casa, oí que uno de sus socios estaba preguntando: «¡Eh! ¿No es tuya esta tarjeta?», y yo reconocí inmediatamente mis cuarenta y una estrellas. Así la recuperé y recogí, de paso, veintidós dólares que me pagaron por la apuesta.

—¡Qué interesante! —comentó la señora Saunders sin interesarse para nada—. Me gustaría que Robert asistiera también a las clases dominicales.

—Estoy seguro que asistirá si le pagan veintidós por uno.

—Sí, claro. ¿Me disculpa? —añadió. Cecily se levantó—. Querida, cuando se

vaya el señor Jones acuéstate un poco. Te veo cansada. ¿No le parece, señor Jones?

—Sí, por cierto, señora. Ya se lo había dicho yo.

—Vamos, mamá —protestó Cecily.

—Señora, le quedo muy agradecido por su almuerzo —dijo Jones acercándose a la puerta, y la señora Saunders respondió en forma convencional, preguntándose por qué no hacía algún esfuerzo para rebajar de peso. (Aunque tal vez ya lo esté haciendo, pensó con benigna tolerancia). Cecily salió del saloncito tras él.

—Vuelva usted pronto, señor Jones.

—¿Qué es lo que has oído? —murmuró Cecily con franca desesperación—. Tienes que decírmelo.

Jones se inclinó pesadamente desde la puerta hacia la señora Saunders y de nuevo envolvió a la joven en su insondable mirada amarilla. Se hallaba de pie a su lado, frente a la puerta, y la tarde caía con su fresca fragilidad.

—Vendré esta noche.

Ella musitó muy bajito: «¿Qué», y él repitió la frase. Cecily volvió a murmurar: «¿Esto es lo que has oído?». Sus labios se movían formando las palabras contra su cara pálida.

—Eso he dicho.

«¿Eso has oído?».

La sangre fluyó nuevamente bajo su piel y una nubecilla opaca cubrió el brillo oscuro de sus ojos. «No. No vendrás esta noche», murmuró mientras él la miraba tranquilamente sintiendo temblar su mano, apoyada en su brazo. «¡Por favor!», imploró. Luego de esperar en vano que él respondiera, agregó: «Se lo diré a papá».

—Vuelva usted pronto —volvió a decir la señora Saunders, mientras la boca de Jones, moviéndose ante los ojos de Cecily, formaba esta frase: «No te atreverás». Los ojos de la muchacha miraban con desesperación y chispazos de odio—. Hemos tenido mucho gusto en verle —seguía diciendo la señora Saunders, al tiempo que los ojos de Cecily se agrandaban aterrorizados—. Hija, es mejor que te acuestes inmediatamente; no estás bien. Cecily no es una muchacha fuerte, señor Jones.

—Sí, señora, tiene usted razón. Se ve que no es fuerte.

La puerta comenzó a cerrarse y lo último que vio fue su boca moviéndose para formar la imploración: «No vengas».

Pero no respondió nada. Al descender los escalones, echó a andar bajo los árboles, rumorosos de abejas atareadas. Las rosas parecían manchas de pintura caídas sobre la maleza verde, rosas rojas como la boca de las cortesanas, rojas como la boca de Cecily moviéndose para decir: «No vengas». Cecily, por su parte, miró alejarse la figura pesada y el traje gris claro hasta que llegó a la reja del jardín y a la calle. Después se volvió adonde su madre la aguardaba con impaciencia para ir a librar sus carnes flácidas del corsé que las oprimía. A espaldas de la muchacha quedaba la luz

entrando por los vidrios de la puerta, de modo que su madre no podía verle la cara, pero algo había en su actitud, en la tensión de su cuerpo, que la alarmó y la obligó a avanzar penosamente hacia ella.

—¡Cecily!

La muchacha le puso una mano sobre el hombro y su madre la abrazó. La respetable dama que, como de costumbre, había comido demasiado, respiraba fatigosamente, molesta por la opresión del corsé y contando los minutos que le faltaban para librarse de él.

—¿Qué sucede?

—¿Dónde está papá?

—Ya sabes que ha ido a la ciudad. ¿Qué sucede, niña? —repitió la dama—. ¿Qué ocurre?

Cecily se abrazó desconsoladamente a ella. Era como una roca, como estar asido a una roca con el aliento alterado; algo indestructible que no respondía a la pasión ni al miedo. Algo sin corazón.

—Tengo que verlo —gimió—. Tengo necesidad de verlo.

—Vamos, hija. Si quieres sentirte mejor sube a tu cuarto y descansa un rato. —Suspiró profundamente—. No me extraña que te sientas mal. ¡Esas patatas nuevas en el almuerzo! ¿Cuándo aprenderé a dejar de comer lo que no debo? Pero si no es una cosa es otra. Querida, ¿no te importa subir conmigo para que me ayudes a desatar el corsé? Creo que yo también me echaré un rato en la cama antes de vestirme para visitar a los Coleman.

—Sí, mamá. Subiré contigo —respondió Cecily, anhelando la presencia de su padre, de George o de alguien que pudiera defenderla y ampararla.

3

George Farr, que andaba como un malhechor pegado a los muros de las calles, trepó a un alto cerco cuando se inició el éxodo del público cinematográfico. A pesar suyo, no podía actuar como si hubiera salido a dar un paseo, sino que vagaba a la deriva o bien subía y bajaba ostensiblemente por la misma calle, con obstinada terquedad. Estaba demasiado nervioso para meterse en cualquier parte y estar de regreso a tiempo. Tenía los nervios de punta y no era capaz de entrar en cualquier lado y permanecer allí oculto, de manera que decidió no preocuparse por los comentarios que podía llegar a suscitar. Recorrió las calles hacia arriba y hacia abajo, hasta que escaló el alto cerco, cuando empezaba el éxodo del público cinematográfico.

La gente estaba sentada en las terrazas y en los jardines, meciéndose y charlando en voz baja, disfrutando de la tibieza de abril; la gente joven y vieja, hombres y mujeres, entraban en los oscuros túneles de árboles de las calles silenciosas, poblando el aire con ruidos suaves, ininteligibles, reconfortantes como los del ganado que regresa al establo. Minúsculos puntos rojos pasaban, a la altura de la boca, dejando tras ellos el dulce y penetrante olor a tabaco quemado. En las esquinas, las lámparas del alumbrado público revelaban a los transeúntes cuyas sombras elásticas esquivaban momentáneamente los reflejos de la luz. Los coches cruzaban bajo las lámparas del alumbrado público y él reconocía a sus amigos: jóvenes con sus inevitables compañeros del momento, cabellos largos o cortados y manos delgadas que aleteaban continuamente alrededor de la cabeza para mantenerlos en orden... Los automóviles cruzaban, metiéndose en la oscuridad para entrar de nuevo en la luz y en la oscuridad.

Las diez

El rocío sobre el césped, el rocío sobre las pequeñas rosas inalcanzables, endulzándolas y dándoles olor. Sin el rocío carecían de perfume y sólo tenían el hedor lujurioso de la juventud y el crecimiento, así como las muchachas no tienen atributos particulares fuera de la hermandad de su juventud y su crecimiento. Rocío sobre el césped para que éste adquiriera una débil luminosidad, como si hubiera aprisionado la luz del día y la humedad de la noche viniera a liberarla para que el mundo la disfrutara de nuevo. Las ranas croaban entre los árboles y los insectos zumbaban entre la hierba. Decían los negros que las ranas contenían veneno. Moría siempre aquel a quien escupían. Cuando él se movía, las ranas callaban (quizá preparándose a escupir), pero cuando se quedaba quieto, comenzaban a vomitar el monótono sonido de flauta herrumbrosa que les hinchaba la garganta, poblando la noche con la inminencia del verano. La primavera, semejante a una muchacha que se quitara el vestido... La gente pasaba espaciadamente, sola o en grupos. Las palabras llegaban hasta él semejantes a fragmentos incomprensibles. Las luciérnagas no habían llegado todavía.

Las manchas difusas que se habían estado meciendo en las hamacas de las terrazas se levantaron y se metieron en las casas, entraron en sus habitaciones y las luces se encendieron, aquí y allá, bajo los transparentes cortinajes de las ventanas. George Farr, agachado como un ladrón, cruzó un jardín desierto para ocultarse tras un tronco de magnolia. Allí, murmurando en una oscuridad tan densa que, en comparación, el resto del mundo parecía perfectamente visible, se encontró con una llave de agua. Las gotas se escapaban del tubo, mojando su pie, y un pájaro se agitó siniestramente entre las ramas y, de repente, salió volando en la noche. Entonces él se inclinó para beber, mojando con deleite su boca seca y caliente. Luego se enderezó

pegándose al tronco de árbol de magnolia. Cuando permaneció quieto otra vez, las ranas y los insectos comenzaron de nuevo a molestar al silencio, con mucha suavidad para no romperlo enteramente. Mientras tanto, las pequeñas rosas sin perfume se abrían bajo el rocío y dejaban que se esparciese su olor como si ellas mismas hubiesen aumentado el doble de su tamaño.

Las once

El reloj del Palacio de Justicia, solemnemente encaramado en su torre, mirando con sus cuatro caras a los cuatro puntos cardinales de la ciudad, como un dios benigno e insomne, dejó caer once sonidos bien marcados de sus campanas de oro. El silencio se los llevó hacia la tiniebla y, ambos, los arrastraron luego por las calles, dejando que sacaran chispas luminosas a las ventanas dormidas, haciendo vibrar los cristales, tanteando, como las manos del carterista tantean en sus bolsillos las carteras y pañuelos robados para aplastarlos más. Un automóvil abierto pasó rápidamente. Las muchachas decentes debían estar en su casa a las once. La calle, la ciudad, el mundo, se había vaciado para dejarlo solo.

Estaba echado de espaldas, dejando descansar sus músculos, consciente de sus hombros, de sus caderas y de sus piernas, extendidos sobre el suelo. Tanta era la tranquilidad nocturna, que no se atrevía a fumar por temor a turbarla; sin embargo, encendió un cigarrillo, tomando toda clase de precauciones para que no se viera demasiado la luz del fósforo. De nuevo se recostó sobre el césped, y luego dobló la pierna y alargó el brazo para rascarse el tobillo. Una vida especial o el sentimiento de una vida —que era lo mismo— le corría por la espalda. Restregó sus omóplatos contra la tierra y cesó la irritación. Ya debían de ser las once y media. Esperó durante un lapso que, según él, comprendía cinco minutos, para levantar el brazo y moverlo de aquí para allá, tratando de leer la esfera del reloj. Pero en cualquier posición, las manecillas se confundían con las sombras y, según ellas, podría ser cualquier hora y cualquier minuto. Precavidamente encendió otro fósforo. Eran las doce y catorce minutos. ¡Diablos!

Se recostó de nuevo acunando su cabeza entre los brazos cruzados. Desde aquella posición la bóveda del cielo se extendía y se transformaba en un plano, como la tapa de una caja de laca azul, claveteada de bronce. Mientras la miraba, le pareció como si se fuera ahondando, ahondando, hasta estar flotando sobre el fondo del mar y que las algas marinas, semejantes a cintas negras, lo ataban y lo izaban hacia la superficie no perturbada por corriente alguna; le parecía estar echado sobre su estómago con la cara pegada a la superficie del agua, donde su cabello de gorgona, como cintas negras, flotaba inmóvil y enmarañado. Eran las once y media.

Su cuerpo se había perdido; ya no podía sentirlo. La visión fue un solo ojo sin cuerpo, suspendido en el espacio azul oscuro; un ojo sin pensamiento que miraba sin

sorpresa al mundo extraño donde las estrellas caprichosas galopaban y pastaban como manadas de unicornios en una infinita pradera azul... Después, como el ojo gigantesco no tenía párpados que cerrar ni concavidades donde esconderse, cesó de ver y él se despertó creyendo que lo estaban torturando, que le aplastaban el brazo y se lo arrancaban del cuerpo. Soñó que había gritado y, al descubrir que al mover el brazo el dolor era tan insoportable como si lo dejaba donde estaba, hizo rodar su cuerpo, apretando los labios. Toda la sangre se le encendió; el dolor se convirtió en un éxtasis embriagante que iba desvaneciéndose lentamente. Sin embargo, continuó teniendo la sensación de que aquellos brazos eran de otro, hasta que el dolor desapareció completamente. Ni siquiera podía ver el reloj. Empezó a pensar que no podría saltar el alto cerco que lo separaba de la calle. Convencido de que era ya medianoche, escaló el alto cerco. A esa hora se apagaban los faroles del alumbrado público y las calles, que aguardaban la inminencia de su soledad, lo recibieron ariscas, permitiendo que caminara por ellas, pero haciéndole sentir más que nunca su semejanza con un criminal, aunque no había nadie que lo viera. Quizá se sentía tan culpable porque la empresa que se había propuesto cumplir estaba en marcha. Siguió andando, mientras trataba de alentar su valor moral, esforzándose por no adoptar la apariencia de un negro perseguido, pero, a pesar de sus esfuerzos, le parecía que cada casa oscura y tranquila ocultaba mil ojos que lo vigilaban estrechamente, y a causa de ello sentía un escalofrío recorrerle la espina dorsal. «¿Qué importa si me ven? ¿Estoy acaso haciendo algo que nadie ha hecho? Sencillamente, estoy caminando a lo largo de una calle solitaria después de medianoche. Eso es todo». Pero sus razonamientos no impidieron que el cabello de su nuca se le erizara.

Su aliento se hizo más breve, sin detenerse por completo. Junto al tronco de un árbol advirtió un movimiento; una oscuridad más densa. Su primer impulso fue el de retroceder, pero luego se maldijo, llamándose imbécil, impresionable y sentimental. Aun suponiendo que fuera alguien, él tenía tanto derecho a andar por la calle como el otro, e incluso más si estaba escondiéndose como parecía. Siguió avanzando con paso largo y firme, sin tratar de ocultarse. Cuando pasó frente al árbol, la sombra más densa desapareció lentamente. Quienquiera que fuese, era evidente que no quería ser visto. Era indudable que le temía más que él, de manera que pasó frente al árbol, valiente y pisando fuerte. Miró hacia atrás una o dos veces, pero no vio nada.

La casa de Cecily estaba envuelta en sombras, pero recordando que alguien podía estar siguiéndolo, continuó caminando sin detenerse en aras de una prudente precaución. Después de caminar una manzana más, se detuvo para oír. Nada, fuera del pacífico silencio nocturno. Cruzó la calle y se detuvo de nuevo a escuchar. Nada.

Ranas, grillos y nada más. Caminó sobre el césped, por el borde del asfalto, deslizándose silencioso, como una sombra, hasta la esquina que formaba la verja del jardín de Cecily. La escaló y, agachado, tal como había caído en el salto, avanzó a lo

largo de un soto que lo llevó a la parte posterior de la casa, donde, otra vez, se detuvo. La mansión estaba silenciosa, sin luces, reposando ancha y maciza en su sueño. Salió de la oscuridad del soto, corriendo hacia la sombra de la terraza en el sitio donde una amplia ventana abierta podía darle acceso al interior. Se sentó sobre un macizo de flores, reclinando la espalda contra la pared.

Las flores aplastadas llenaron la oscuridad con el aroma de tierra fresca, algo amistoso y personal en un mundo de formas vagas, que sólo se distinguían por su mayor o menor oscuridad. La noche y el silencio eran completos y profundos; una región sin formas, llena de olor de tierra fresca y el mesurado tictac de su reloj de pulsera. Al poco tiempo sintió la tierra suave y húmeda a través de sus pantalones, contra las nalgas, y se removió, agitado por una lenta satisfacción física ante su intimidad con la tierra. Esperaba un sonido cualquiera de la casa para obrar en consecuencia. Efectivamente, se oyó un sonido, pero no venía de la casa, sino de la calle. Se irguió, tranquilo y silencioso.

Con la inconsistencia de los de su especie, se sentía más seguro en aquel lugar, donde no tenía por qué estar, que en la calle, donde estaba en su derecho, ya anduviera, se sentara o permaneciese acostado. El sonido se aproximaba y, de pronto, se convirtió en dos formas vagas: Tobi y la cocinera pasaron a lo largo del sendero hacia su casita, en el fondo del jardín, murmurando quedamente entre ellos... Pronto, la noche fue otra vez vaga, vasta y vacía y de nuevo se identificó con la tierra, con la oscuridad, con el silencio y con su cuerpo y con el cuerpo de ella... como si un pequeño y estrecho charco de agua se dividiera en dos... Había tierra removida y jacintos a lo largo de la terraza, balanceando sus mudas campanillas. ¿Cómo podía haber senos tan diminutos como los suyos y ser senos todavía...? El apagado brillo de sus ojos en la ranura de los párpados entrecerrados, el mortecino brillo de sus dientes en sus labios entreabiertos, sus brazos, elevándose como las alas de un sueño. Su cuerpo. Aspiró profundamente el aire y lo retuvo. Algo lento y sin forma atravesó el prado, avanzando directamente hacia él, más y más, hasta llegar al borde del macizo de flores donde se hallaba sentado reteniendo la respiración. Al tiempo que dejaba salir el aire de sus pulmones, saltó y cayó sobre el intruso, jadeando. El otro aceptó la lucha y ambos quedaron abrazados en el suelo, dándose manotazos silenciosos para no hacer ruido. Como estaban tan estrechamente unidos y era tan densa la oscuridad, los bofetones que se propinaban no hacían daño y tampoco podían, sin verse, desarrollar su mutua habilidad para la lucha, de manera que quedaron allí abrazados, jadeantes, y agitándose lentamente, balanceándose más que rodando por el suelo, pensando en otras cosas antes que en pegarse y ajenos a cuanto los rodeaba, hasta que Jones, sacando la cabeza bajo el brazo de George Farr, susurró:

—¡Cuidado, alguien viene!

Ambos se detuvieron y se sentaron abrazados todavía, como si estuvieran

practicando la primera posición de una danza sedentaria. Inesperadamente, una luz se encendió en una de las ventanas bajas y, de común acuerdo, ambos se levantaron y se lanzaron hacia las sombras del pórtico, hundiéndose en los macizos de flores cuando el señor Saunders salía a la terraza por la amplia puerta del salón. Aplastados contra el muro de ladrillos, yacían los dos compartiendo el anhelo de ocultarse y oyendo las pisadas sobre las losas. Retuvieron al aliento y cerraron los ojos, como avestruces, mientras el dueño de la casa se acercaba a los escalones y se detenía precisamente ante los grandes tiestos que ocultaban a los dos intrusos. Alargó el brazo hacia los tiestos y sacudió la ceniza de su cigarro sobre la oculta cabeza de Jones. Después escupió sobre una mata de geranios... Transcurrieron minutos que parecieron siglos y, al fin volvió a la casa. Jones permaneció todavía unos minutos inmóvil y George Farr lo imitó. La luz se había apagado y la casa, devuelta a la oscuridad, dormía, ancha y maciza, entre los árboles. Los dos hombres se levantaron y echaron a andar de puntillas hasta llegar al jardín, y cuando lo cruzaron, las ranas y los grillos reanudaron su monótono concierto.

—Bueno... —dijo George Farr tan pronto como pisaron la calle.

—Cállate —interrumpió Jones—. Espera hasta que estemos más lejos.

Caminaron uno al lado del otro y fue George Farr quien se detuvo cuando calculó que se hallaban a una distancia prudente. Jones también se paró y, al girar, ambos quedaron frente a frente.

—¿Qué diablos estabas haciendo allí? —preguntó George. Jones tenía tierra sobre la cara y el cuello de su camisa aparecía roto. La corbata de George Farr se había corrido y parecía la cuerda de un ahorcado, con el nudo bajo la oreja. Se limpiaba la cara con su pañuelo.

—¿Y tú qué hacías? —interrogó Jones a su vez.

—¡A ti qué te importa! —replicó el otro acaloradamente—. Lo que yo te pregunto es qué demonios significa encontrarte rondando esa casa.

—Puede ser que ella me haya pedido que viniera. ¿Qué te parece?

—¡Mentira! —gritó George Farr arrojándose sobre él. Lucharon de nuevo en la oscuridad, bajo el arco silencioso de los olmos. Jones era como un oso y George Farr, sintiendo que se ahogaba bajo aquel abrazo amplio y suave, empezó a patalear para desprender sus piernas, que se habían entrelazado con las de su enemigo. Ambos cayeron, pero Jones encima de George, que quedó inerte, sin aliento, mientras el otro le retenía la espalda en el suelo.

—¿Qué dices ahora? —preguntó pensando en darle un puñetazo en la mandíbula—. ¿Tienes bastante?

Como respuesta, se agitó y, debatiéndose, dio manotazos al aire, pero Jones continuó encima de él y lo retuvo contra el suelo, golpeando la cabeza rítmicamente contra una piedra de la acera.

—Vamos, vamos, vamos. No te portes como un niño. ¿Para qué estamos peleando?

—¡Tienes que tragarte lo que has dicho de ella! —respondió George jadeante. Luego quedó inmóvil, maldiciendo entre dientes, mientras Jones, inmóvil y sin conmovirse, repetía:

—¿No tienes bastante? ¿Te quedarás quieto? ¿Me lo prometes?

Hizo un último intento, arqueando la espalda y sacudiendo todo el cuerpo para desprenderse de la voluminosa carga, como un potro salvaje se desembaraza de su jinete, pero todos sus esfuerzos fueron vanos y, por fin, prometió, con voz temblorosa y casi llorando de rabia, no luchar más. Entonces, Jones se puso de pie y dejó que se sentara en el suelo.

—Es mejor que te vayas a casa —aconsejó—. Vamos. Levántate.

Le agarró por el brazo y tiró de él.

—¡Suéltame, maldito bastardo!

—¡Tiene gracia la manera cómo salen las cosas! —observó Jones soltándole y viendo cómo se levantaba pesadamente—. Vete. Ya es hora de que vuelvas a casa. Incluso has tenido una pelea. ¿No estás satisfecho?

George Farr, jadeando, echó a andar sacudiéndose las ropas y arreglándose el cuello. Jones caminaba a su lado.

—¡Buenas noches! —dijo éste por fin.

—¡Buenas noches!

Ambos se detuvieron mirándose con fijeza y, al cabo de un momento de silencio, Jones repitió:

—¡Buenas noches! He dicho «buenas noches».

—Ya te he oído.

—¿Qué sucede? ¿No vas a casa?

—¡Diablos! ¡Claro que no!

—Bueno. Yo, sí. —Le volvió la espalda y echó a andar—. Ya nos veremos. — George Farr echó a andar también para seguirlo hasta que su sombra voluminosa se detuvo—. ¿Vives ahora por aquí? Te habrás mudado recientemente...

—Por esta noche vivo donde vivas tú —respondió George.

—Hombre, te lo agradezco, pero sólo tengo una cama y no quiero compartirla contigo. Otra vez será.

Siguieron caminando lentamente bajo los árboles negros. El reloj del Palacio de Justicia dio la una y la solitaria campanada tuvo una larga agonía en el silencio. Después de andar más de una manzana, Jones se detuvo otra vez.

—Oye: ¿para qué me estás siguiendo?

—Ella no te dijo que fueras a verla esta noche.

—¿Cómo lo sabes? Si te invitó a ti, pudo haber invitado a otro.

—Óyeme bien —dijo George Farr apretando los dientes—. Si no dejas tranquila a esa mujer, te mataré. ¡Lo juro!

—*Salut* —murmuró Jones. *Ave Caesar...* ¿Por qué no le dices eso a tu padre? Quizá te permita instalar una garita en el jardín para protegerla. Ya está bien vete y déjame tranquilo, ¿entiendes? —George quedó inmóvil, mirándolo con terquedad—. ¿Quieres que vuelva a romperte el hocico?

—Me gustaría que lo intentaras —murmuró George apasionadamente y con la garganta seca.

—Vaya. Los dos hemos perdido esta noche inútilmente. Ya es demasiado tarde. ¿Por qué no te vas?

—Yo soy el que va a romperte el hocico. ¡Voy a matarte! Ella no te ha dicho que fueras a verla. Tú me estabas siguiendo. Yo te he visto detrás de un árbol. ¡Déjala tranquila!

—¡Vaya por Dios, hombre! ¿No ves que por el momento sólo quiero irme a dormir? ¡Vámonos a casa de una vez!

—¿Me juras que te vas directamente a casa?

—Sí, sí. Te lo juro. Buenas noches.

George Farr se quedó mirando su sombra deforme, que se alejaba, hasta que se confundió con las otras sombras de la calle. Entonces echó a andar en dirección contraria lentamente, mascullando maldiciones para acallar su rabia, su amargo desengaño y su deseo. Aquel maldito idiota había intervenido en esta ocasión. Tal vez interviniese siempre. O quizá, quizás ella cambiara de parecer respecto a él, quizá... ya que esta noche no había acudido a la cita... ¡Hasta el Destino le robaba esta felicidad, esta insoportable felicidad!, pensó con amargura. Bajo la arcada de árboles que sostenía el cielo tranquilo, la primavera se quitaba las ropas lánguidamente... su cuerpo, como un charco estrecho, dulcemente... «Creí haberte perdido, te encuentro de nuevo y ahora ése...». Se detuvo repentinamente asaltado por una sospecha, una intuición. Dio la vuelta y casi corriendo regresó a la casa de Cecily.

Se quedó de pie junto a un árbol, en el jardín de la casa de los Saunders, y no había pasado mucho tiempo cuando vio la sombra deforme moviéndose cautelosa a lo largo del soto. Dando grandes zancadas salió de la sombra del árbol y el otro lo vio. Se detuvo, pero luego avanzó a su encuentro y, dándole unas palmaditas en la espalda, murmuró:

—¡Diablos! —y ambos se quedaron parados, uno al lado del otro.

—¡Bueno! —dijo George Farr al fin, como lanzando un reto. Salieron a la calle y Jones fue a sentarse sobre la acera.

—Fumemos, mientras tanto —sugirió con ese tono impersonal que adopta la gente cuando está en un velatorio.

El otro se sentó a su lado y Jones le ofreció el fósforo para que encendiera su

cigarrillo, después de lo cual encendió su pipa. Suspiró envolviendo su cabeza con un invisible perfume de tabaco. George Farr suspiró también, reclinando la espalda contra el tronco de un árbol. Las estrellas siguieron flotando en el cielo como lucecillas de los mástiles de escuadras que cruzaran un río oscuro, siempre avanzando. Oscuridad y silencio y un mundo que se revolvía en la sombra para escaparse hacia un nuevo día... La corteza del árbol tenía unas rugosidades muy incómodas, el suelo estaba duro. Tenía un vago deseo de poseer gruesas nalgas como las de Jones, por un momento nada más...

... Después, al despertar, vio que el alba era inminente. Ya no sentía la dureza de la tierra ni la rugosidad del árbol, si no se movía. Le pareció que sus nalgas estaban lisas como una tabla y que sus espaldas se hallaban labradas con depresiones para que en ellas encajaran las rugosidades del árbol como un engranaje.

Hacia el Este se observaba un rubor de luz, más allá de su casa y de la ventana de su dormitorio, donde yacería envuelta en la suave y familiar intimidad del sueño, semejante a una espiga animada por la tenue brisa. Pronto, la perspectiva volvió al mundo misterioso y, en vez de ser una gran sombra voluminosa entre sombras menos densas, Jones fue un joven gordo vestido de gris claro, pálido y patético, roncando con la cabeza apoyada en el tronco del árbol.

George Farr, al despertarse, lo vio dormido cerca de él y observó las manchas de tierra sobre sus manos, su cara y la débil incandescencia del rocío. También él tenía manchas de tierra en la cara, en las manos y en las ropas, y su corbata torcida parecía la cuerda de un ahorcado, con el nudo bajo la oreja. La rueda del mundo, que había girado lentamente durante las horas de la oscuridad, cruzó el punto muerto y su giro ganó en velocidad y fuerza. Jones abrió los ojos gruñendo. Estiró los miembros, se levantó trabajosamente, quedó tieso, se estiró de nuevo, bostezó y escupió.

—Me parece que es hora de irnos a casa —dijo.

George Farr saboreó su saliva amarga y al moverse sintió un millón de agujas clavándosele en el cuerpo; por toda su espalda corrían dolores minúsculos como hormiguillas. También él se levantó y los dos quedaron de pie, uno al lado del otro, sin mirarse. Ambos bostezaron al mismo tiempo. Jones dio unos pasos inciertos, cojeando un poco.

—¡Buenas noches! —dijo.

—Buenas noches.

Crecieron los rojos y los amarillos por el Este y el día llegó definitivamente al mundo, rompiendo el sueño de los gorriones.

envuelta en la oscuridad de su habitación, oía los apagados ruidos de la noche, olía los perfumes de la primavera y el aroma inquietante de las cosas oscuras en pleno crecimiento, veía la rueda del mundo, la calma terrible e inevitable de la vida, girando lentamente a través de las horas de oscuridad hasta pasar el punto muerto y girar luego, más de prisa, arrastrando las aguas del amanecer desde las vastas cisternas del Este, rompiendo el sueño de los gorriones.

5

—¿Puedo verlo? —suplicaba al borde del histerismo—. ¿Puedo? ¡Oh, si pudiera verlo! ¡Por favor!

La señora Powers, viendo el descompuesto rostro, dijo con dulzura:

—Vamos, muchacha. ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa, querida?

—Solo. Que esté solo, por favor. ¿Puedo verlo? ¿Puedo?

—Naturalmente.

—¡Gracias! ¡Gracias! —echó a correr por el salón y cruzó el despacho como un pájaro—. ¡Donald, Donald! ¡Soy Cecily, amor, Cecily! ¿No conoces a tu Cecily?

—Cecily —repitió él mecánicamente, pero ella le tapó la boca con la suya, colgándose a su cuello.

—Me casaré contigo, me casaré hoy contigo. Me casaré. Mírame, Donald. Tú no puedes verme, es claro. ¿Puedes verme, Donald? Me casaré contigo hoy, mañana, cuando quieras: Cecily se casará contigo, Donald. ¿No puedes verme, Donald? ¡Cecily! ¡Cecily!

—¿Cecily? —repitió él como un autómata.

—¡Ay, tu pobrecita cara, tu cara, tu cara ciega y llena de cicatrices! Pero aun así me casaré contigo. Me dicen que no podría, que no debo, pero sí, Donald, sí. Me casaré contigo. ¡Donald, amor mío!

La señora Powers, que la había seguido, la levantó del suelo y la sostuvo de pie, desprendiendo sus brazos del cuello de Donald.

—Puedes hacerle daño, ¿sabes? —dijo.

Capítulo 7

1

—Joe.

—¿Qué pasa, tooniente?

—Me voy a casar, Joe.

—Seguro, tooniente. Algún día...

Se interrumpió dándose golpecitos en el pecho con la punta de los dedos.

—¿Qué dices, Joe?

—Digo que te deseo buena suerte. Te vas a llevar una linda muchacha.

—¿Cecily..., Joe?

—¡Hum!

—¿Se acostumbrará a mi cara?

—¡Ya lo creo! ¡Que la condenen si no! Tu cara está muy bien. Es de las mejores que he visto. ¡Eh! ¡Ten cuidado! No tires los lentes. ¡Déjalos quietos!

El otro bajó las manos inhábiles, apoyándose en sus muslos.

—¿Para qué tengo que usar lentes, Joe? ¿Puedo casarme sin ellos? ¿Puedo?

—¡Que me condenen si lo sé! Voy a preguntárselo a Margaret. Queremos saber por qué te obligan a usarlos. ¡Eh, dámelos! —agregó quitándoselos bruscamente—. Es una vergüenza que te obliguen a llevarlos. ¿Qué tal? ¿Te sientas mejor?

—Adelante, Joe.

2

San Francisco, California

24 de abril de 1919

Margaret, queridísima mía:

¡No sabes cómo te echo de menos! Si tan sólo pudiéramos vernos y hablarnos de vez en cuando... Sentado a solas en mi habitación, pienso en ti como en la única mujer que existe para mí. Las otras no son como tú; uno no se puede fiar de ellas porque son demasiado jóvenes o demasiado tontas. Espero que tú también sufras por no tenerme a tu lado y quieras verme tanto como yo, querida mía. Aquella vez que te besé supe que eras la única mujer que existe para mí, Margaret. En las otras no se puede confiar. A ésa, de la que ya te he hablado, le he dicho una y otra vez que ese tipo con el que anda sólo la está engañando y que no conseguirá ningún puesto en el

cinematógrafo. Por eso estoy sentado a solas en mi habitación mientras la vida sigue igual que siempre, a pesar de que tú y yo estamos separados por miles y miles de millas. Te aseguro que siento grandes deseos de verte y que no ceso de pensar en lo felices que podíamos ser. Todavía no le he dicho nada a mi madre porque estoy esperando que tú me digas si ya debo decírselo. Si es así, ella te invitará a que vengas a casa y podremos estar juntos todo el día, montando a caballo, nadando, bailando y hablando. Si puedo arreglar mis asuntos, iré a buscarte lo más pronto posible. Es un infierno vivir sin ti, porque te quiero con toda el alma.

Julián

3

Había llovido durante toda la noche, pero la mañana estaba limpia y suave como una brisa. Los pájaros, describiendo parábolas entre uno y otro árbol del prado, se mofaban de él, que lo cruzaba lentamente, balanceándose pesado y flojo, dentro de su amplio traje «sport» gris claro. Pasó ante un árbol pequeñito que había junto a la esquina de la terraza, un árbol que volvía incesantemente hacia arriba sus hojas de vientre blanco, queriendo asemejarse a un velo sutil de plata, sobre una fuente para siempre detenida, como agua esculpida.

Vio a la mujer de negro en el jardín, entre las rosas, echando humo sobre ellas con los labios salientes, inclinándose y oliéndolas; se acercó a ella con felina lentitud y premeditada malicia, despojándola mentalmente de su sencillo vestido oscuro hasta dejárselo enrollado en las firmes y aplanadas caderas. Al oír sus pasos sobre las piedrecillas grises del sendero, miró por encima del hombro sin demostrar sorpresa. Entre sus labios sostenía el cigarrillo, que se balanceaba exhalando una temblorosa columna de humo.

—He venido para acompañarla a llorar.

Ella se enfrentó con su mirada sin hablar. Sus manos se tendieron sobre el mosaico rojo y verde de los rosales, quietas y serenas, dando fe de un reposo tan absoluto que absorbió todo movimiento del ambiente que la rodeaba, hasta el punto de que incluso el humo de su cigarrillo formó una columna rígida, como un lápiz que se deshiciera por la punta para convertirse en nada.

—Me refiero a su mala suerte al perder a su prometido —explicó Jones.

Se quitó el cigarrillo de los labios y exhaló una bocanada de humo. Él se aproximó perezosamente, dejando que su costosa americana, descuidada desde hacía mucho tiempo, se balanceara al empuje de sus brazos pesados, moldeándole las caderas. Los ojos osados y tardíos eran claros como los de un chivo. La señora Powers tuvo en aquel momento la impresión de conocer a fondo aquella inteligencia

brillante, esclava del vicio innato; el gato con instintos de mujer y que, como hombre, sabe lo que quiere y lucha por conseguirlo.

—¿De dónde viene usted, señor Jones? ¿Quién es su gente? —preguntó tras un silencio prolongado.

—Soy el hermano menor del mundo. Desde luego, es posible que tenga una mancha siniestra en mis blasones. La libido mía parece haberse convertido en un complejo en lo que se refiere a decencia.

«¿Qué significará todo esto?», pensó la señora Powers, y en voz alta preguntó:

—¿Cuáles son, pues, sus blasones?

—Dos paquetes de periódicos viejos y arrugados, *couchant* y *rampant*, la piedra de un escalón sobre campo *noir* y espantosamente *froid*. Como emblema: *Quand mangerai-je?*

—¡Ahí! ¿Cómo un niño expósito? —y exhaló de nuevo una bocanada de humo.

—Creo que ése es el hombre que me conviene. Lástima que seamos contemporáneos, porque si usted me hubiera adoptado yo sería feliz y él no la hubiera desdeñado.

—¿Desdeñado?

—Naturalmente que nunca se puede decir hasta qué punto están muertos esos soldados. ¿No es cierto? Además, existe el inconveniente de que, cuando uno cree que ya ha atrapado algo, interviene de pronto el diablo, haciendo gala de una idiotez semejante a la de cualquier persona cuerda y normal, echándolo todo a rodar.

Con mucha habilidad desprendió la brasa del cigarrillo, dejándola caer, y después lanzó la colilla describiendo un arco blanco, mientras deshacía la brasa contra el suelo con la punta de su zapato.

—Si eso que acaba usted de decirme tenía la intención de ser un cumplido...

—Sólo los imbéciles sugieren un cumplido; los hombres sensatos lo dicen a quemarropa. Podría, sí, insinuar una crítica, pero siempre y cuando la víctima no pudiera oírla.

—Me parece que la suya es una doctrina bastante endeble, sobre todo para uno como usted que, si me perdona, no es precisamente del tipo agresivo.

—¿Agresivo?

—Sí. Un hombre de lucha, si usted quiere. No puedo imaginármelo resistiendo mucho tiempo un encuentro cuerpo a cuerpo con... con el señor Gilligan, por ejemplo.

—¿Quiere usted decir con eso que ha adoptado al señor Gilligan como... protector?

—Quiero decir tanto eso como que esperaba cumplidos de parte suya, señor Jones. Tiene usted inteligencia, pero carece absolutamente de habilidad para tratar a las mujeres.

Su mirada remota, amarilla e inescrutable se clavó en su boca.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, la señorita Saunders —respondió ella con calculada malicia—. Tengo entendido que la dejó escapar de entre sus brazos, ¿no es así?

—¡La señorita Saunders! —repuso Jones con fingida sorpresa, pero admirando la forma en que aquella mujer había vuelto la situación en su contra y sin recurrir para nada a las tretas del sexo—. ¡Mi querida señora! ¿Puede usted imaginarse pretendiendo a la señorita Saunders? ¡Epiceno! Claro que las cosas cambian con un hombre que ya está prácticamente muerto, a quien no le interesa mucho con quién se casa ni si se casa o no.

—¿Qué me dice, señor Jones? De acuerdo con su conducta desde que llegué a esta casa, me había atrevido a pensar que usted tenía puestos los ojos en la señorita Saunders.

—Muy bien. Se lo concedo. Tenía los ojos puestos en Cecily Saunders. Pero, ahora, usted y yo estamos en las mismas condiciones.

Tomándola por el tallo, separó una rosa roja del rosal para admirarla mientras sentía muy cerca el cuerpo voluminoso de Jones. Sin volverse, dijo:

—Veo que ha olvidado lo que he dicho antes, señor Jones. —Él no respondió nada limitándose a observar cómo arrancaba la rosa y se alejaba algunos pasos—. Le he indicado que no tiene habilidad para la seducción. ¿No ve usted que ya lo he comprendido todo y sé lo que se propone con estas maniobras? Su idea es que usted y yo deberíamos consolarnos mutuamente, ¿no es así? Respecto a eso debo decirle que me resulta demasiado pueril, aun viniendo de su parte. Ya he tenido ocasión de vérmelas con muchísimos acrósticos sexuales y con jóvenes a quienes respetaba, aunque no me gustaran.

La rosa que había cortado formaba una mancha violeta contra su vestido oscuro. La estaba sujetando con un alfiler.

—Déjeme darle un consejo —siguió diciendo un tanto secamente—. La próxima vez que trate de seducir a alguien, no recurra a las palabras. Sobre eso, nosotras las mujeres sabemos mucho más de lo que ustedes puedan llegar a saber. Y sabemos también lo poco que significan casi siempre. Jones desvió la mirada amarilla. Su próxima actitud fue decididamente femenina; sin decir palabra le dio la espalda y se alejó contoneándose. Había visto a Emmy al fondo del jardín, colgando de una cuerda la ropa lavada. La señora Powers, que había quedado mirando con enfado su voluminosa figura, exclamó «¡Bah!» con tono de irritación e inmediatamente contempló a la muchacha colgando sábanas sobre la cuerda con gestos decididos y rápidos. Su rostro aparecía entre los lienzos blancos como una máscara griega.

Observó las maniobras de Jones y lo vio acercándose a Emmy. Esta, al oír los pasos, levantó sobre sus hombros una sábana enrollada en actitud amenazante,

inclinando la cabeza en sentido contrario a su cuerpo torcido, quizá con la intención de dar mayor ímpetu al golpe. «¡Bestia inmunda!», se dijo la señora Powers, dudando entre intervenir o no. «De nada me servirá porque volverá después y, además, Emmy no tiene necesidad de cancerberos...». Dejó de observarlos y sus ojos se encontraron con los de Gilligan, que venía presuroso hacia ella, hablando sin poder contenerse:

—¡Esa condenada muchacha! ¿Sabes lo que estoy pensando? Creo que...

—¿Qué muchacha?

—Esa Saunders. Me parece que está asustada. Tiene un miedo horrible a algo. Todos sus actos revelan que la muy taimada está metida en un lío, no quiero ni imaginármelo, y se esfuerza en arreglar las cosas a su manera. En su plan entra el casamiento con el tooniente y lo más pronto posible. Eso se ve en seguida. Está asustada. Inquieta como un pez en la pecera.

—Tú no la quieres bien, Joe. Tú no quieres que se case con Donald.

—No se trata de eso. Me irrita y me enfurece verla cambiar de parecer cada veinte minutos.

Ofreció un cigarrillo, que ella rehusó, y luego encendió uno para él. Tras un breve silencio, agregó:

—Sí, creo que estoy celoso y disgustado al ver que el tooniente se casa sin que él ni ella lo deseen, mientras que yo no puedo conseguir a la esposa que quiero.

—Vamos, Joe. ¿Tú, casado?

—No me digas eso. —La miraba con fijeza y mucha seriedad—. Sabes a qué me refiero.

—¡Ay, Señor! ¡Dos veces en una hora!

Los ojos de Gilligan la miraban con tanta gravedad y tan serenamente, que fue ella la que bajó los suyos sintiéndose avergonzada.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Gilligan, dejándola que se acercara y le pusiera en la solapa la rosa que se había desprendido del vestido.

—Joe, ¿por qué anda rondando siempre por aquí ese animal?

—¿Quién? ¿Qué animal? —Siguió la dirección de sus miradas—. ¡Ah! ¡Ese tipo! El día menos pensado le voy a romper el hocico. Me es condenadamente antipático. No me gusta nada.

—A mí tampoco. Quiero estar presente cuando le rompas el hocico.

—¿Te ha estado molestando? —preguntó rápidamente, pero ella le contuvo con su mirada serena.

—¿Le crees capaz de molestarme?

—Tienes razón —admitió Gilligan echando una ojeada hacia el sitio donde se hallaban Jones y Emmy—. Otra de las cosas raras que suceden es que la chica Saunders permita que ese tipo asqueroso ande alrededor de ella. Me parece una porquería tan sólo que le escuche.

—No digas tonterías, Joe. Es joven y un poco tonta, sobre todo en lo que a hombres se refiere.

—Esa es tu delicada manera de presentar la cuestión. Estoy de acuerdo contigo. Sus ojos se demoraron en la mejilla blanca cortada por el ala negra del cabello.

—De todos modos, estoy seguro de que si tú hubieras hecho creer a un hombre que te ibas a casar con él, no cambiarías de idea y de actitud continuamente.

Ella estaba mirando absorta el jardín, y él repitió:

—Tú no harías eso, ¿verdad, Margaret?

—También tú eres un tonto, Joe. Pero un tonto encantador. Se encontró con sus ojos brillantes y vio su boca moviéndose para formar su nombre, con un ligero temblor. Le puso la mano suave y fuerte sobre el brazo.

—¡No, Joe, por favor!

Suspirando, él se metió las manos en los bolsillos y echó a andar en dirección a la casa. Ambos caminaron en silencio.

4

En forma de brisa suave, la primavera jugueteaba con los hilillos blancos que coronaban la cabeza del pastor, que se asomaba erguida y desafiante por la puerta principal de la rectoría, como la de un viejo caballo de combate que vuelve a oír las trompetas, cuando creía que las guerras habían terminado. Llevados por un golpe de viento, los pájaros trazaban parábolas de un árbol al otro y, en la esquina de la terraza, un arbolillo trastornaba sus hojas de vientre blanco formando un apasionado y contenido tumulto. El pastor y el arbolillo se enfrentaron estáticos, y un amigo de casa se aproximó caminando pesadamente, cruzando el sendero de piedrecillas grises, porque había salido por la puerta de la cocina.

—¡Buenos días, señor Jones! —exclamó el pastor, dispersando a los gorriones que descansaban en las enredaderas. Ante el trueno de su voz, el arbolillo de plata adoptó una actitud todavía más estática y sus hojas temblaron y giraron sobre sí mismas, formando la ilusión de un remolino plateado escapando constantemente hacia el cielo.

Jones, que venía frotándose una mano, respondió a los buenos días con mucha parsimonia, con tono ronco y colérico. A regañadientes subió los escalones de la terraza para recibir el baño de exuberante cordialidad con que lo inundó el pastor.

—¡Ya se ha enterado de las buenas noticias el señor Jones, y viene a felicitarnos! ¿Eh? ¡Muy bien, muchacho! Gracias. Muy bien, muy bien, muy bien. Sí; todo se ha arreglado por fin. ¡Adelante, adelante!

Emmy hizo una entrada ruidosa y beligerante en la terraza.

—¡Tío Joe! —dijo, lanzando a Jones una mirada candente. Este, que seguía

acariciándose una mano, la miró fijamente sin que sus ojos amarillos revelaran otra cosa que un profundo disgusto. (¡Condenada bestia! ¡Ya me las pagarás!).

—¿Qué pasa, Emmy?

—El señor Saunders ha llamado por teléfono y quiere saber si usted puede recibirlo ahora mismo. —(Te voy a enseñar, cochino. Te voy a enseñar a jugar conmigo).

—¡Ah, sí! El señor Saunders tiene prisa en discutir conmigo los proyectos para la boda, señor Jones.

—Sí, señor. —(Me las pagarás).

—¿Qué le digo? —(Quisiera ver si te atreves a intentarlo de nuevo. Hasta ahora no has conseguido nada, nada. Gusano, asqueroso, puerco).

—Dile que venga inmediatamente, que venga cuando quiera, y dile que yo también tenía intención de llamarlo esta mañana. Así es; yo mismo iba a llamarlo. ¡Ah, señor Jones, en esta mañana espléndida es necesario que nos felicite!

—Sí, señor. —(Grandísima imbécil).

—Dile que será bien venido en esta casa, Emmy.

—Muy bien. —(Te he advertido que te rompería el hocico. Te he dicho que conmigo no ibas a jugar. ¿No te lo he advertido? ¿No te lo he dicho?).

—¡Ah, Emmy! El señor Jones se queda a almorzar. Tenemos que celebrar esto. ¿Verdad, señor Jones?

—Sin duda, sin duda. Todos tenemos algo que celebrar. —(Lo que más me irrita es que ya me había advertido que lo haría, yo no lo creía y he dejado que lo hiciera. ¡Condenada bestia! ¡Cerrarme la puerta sobre la mano! ¡Maldita buscona! ¡Que el diablo la lleve!).

—Muy bien. Que se quede si quiere. —(Que se vaya al infierno). Lanzó otra mirada fulminante al cabizbajo Jones y se fue, poniendo punto final con un sonoro portazo a sus irritados pensamientos.

El pastor se tambaleaba por la terraza, a punto de saltar de júbilo, como un niño que comienza a andar.

—¡Ah, señor Jones, señor Jones! ¡Ser joven como él; tener la vida circunscrita, limitarse a seguir de aquí para allá las veleidades y vacilaciones de esas deliciosas importunas! ¡Mujeres, mujeres! Su encanto reside, precisamente, en no saber nunca lo que quieren. Es delicioso no saber lo que se quiere. En cambio, nosotros los hombres estamos siempre seguros de lo que hacemos. ¡Qué monotonía, qué aburrimiento, señor Jones! Quizá por eso nos gustan tanto y por eso tampoco podemos soportarlas por mucho tiempo. ¿No le parece?

Jones, mohíno y silencioso, agitaba su mano herida y dejó transcurrir varios segundos antes de responder:

—No sé qué decirle. Creo que su hijo ha tenido una suerte extraordinaria en los

asuntos sentimentales.

—¿Sí? —preguntó el pastor, interesado—. ¿Por qué lo dice?

—Bueno. («El mismo me dijo que Donald estuvo enredado con Emmy. Ojalá no me equivoque»). Por una parte, ya no se acuerda de Emmy. («¡Maldita sea su alma! ¡Machacarme la mano con la puerta!»). Y por otra, está a punto de casarse con una muchacha preciosa a la que ni siquiera tiene que mirar. ¿Qué más se puede pedir?

Sin perder su bondad acostumbrada, la mirada del pastor se hizo aguda.

—¿Sabe usted, señor Jones? Todavía conserva usted muchas de las características de la juventud.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó asumiendo sus aires beligerantes y poniéndose a la defensiva.

Un automóvil se detuvo ante la verja del jardín y volvió a partir después de que el señor Saunders bajó de él.

—Una en particular: la de mostrarse inútil y puerilmente brutal ante las cosas más insignificantes, ante meras pequeñeces que carecen de importancia. ¡Ah —exclamó luego mirando al jardín—, aquí tenemos al señor Saunders! Discúlpeme, por favor. Tal vez pueda encontrar a la señora Powers y al señor Gilligan en el jardín.

Las últimas palabras las dijo por encima de su hombro, porque se adelantaba para recibir a su invitado.

Jones, rumiando su cólera y sus ansias de vengarse de Emmy, los vio con disgusto mientras se estrechaban la mano y, mirándolos despreciativamente, pasó a su lado con estudiada lentitud, balanceándose y retardándose para buscar su pipa. Como no la encontrara inmediatamente, lanzó varias maldiciones entre dientes y golpeó furiosamente los bolsillos.

—Estaba a punto de llamarlo para que nos reuniéramos —decía el pastor al señor Saunders, conduciéndolo por el brazo con grandes muestras de afecto—. Pase usted, pase usted.

El padre de Cecily se dejó arrastrar por la terraza después de murmurar un saludo convencional, y permitió que le envolviera en su exuberante amabilidad mientras pasaban bajo el ventanal de cristales mortecinos en forma de abanico, a través del salón oscuro y hasta la puerta del despacho. No decía nada, y el pastor, cegado por la dicha, no advertía el aire de incómoda reserva que había adoptado. Le acercó una silla y él fue a acomodarse en su lugar, frente al escritorio. Por la ventana podía contemplar una estrecha porción del arbolillo que, no visto pero sugerido, lanzaba hacia el cielo su vuelo estático de hojas con el vientre de plata. La silla giratoria del pastor protestó con leves chillidos, mientras su dueño se agitaba en ella diciendo:

—¡Ah, es verdad, es verdad! Usted fuma cigarros, si mal no recuerdo. Los fósforos están a su lado.

El señor Saunders estuvo dándole vuelta al cigarro entre los dedos durante más

tiempo del necesario, y no interrumpió el pesado silencio hasta que se decidió a encenderlo, alentando al pastor para que hablara.

—¡Muy bien! Parece que los chicos quieren hacerse cargo del asunto sin nuestra intervención, ¿eh? —el anciano hablaba sin quitarse la pipa de la boca—. Ahora puedo decir abiertamente que desde hace mucho tiempo lo deseaba y, para decirlo todo, lo esperaba con ansia. Si no había insistido antes era porque conocía el estado de Donald; pero ahora que la misma Cecily ha expresado su deseo...

—Sí, sí. Ciertamente —concedió el señor Saunders a regañadientes, lo que también pasó inadvertido para el pastor.

—Ya sé, amigo mío, ya sé que usted ha sido siempre un leal abogado de nuestra causa. La señora Powers me repitió la conversación que tuvo con usted.

—Sí. Así es.

—Y ¿sabe usted? Yo cuento con ese matrimonio, dependo de esa unión porque estoy seguro de que es la mejor medicina para mi hijo. Y no es sólo idea mía —agregó a manera de rápida explicación—. A decir verdad, yo me había mostrado bastante escéptico, pero la señora Powers y Joe, el señor Gilligan, fueron los primeros en meterme esa idea en la cabeza, y luego el médico cirujano que vino desde Atlanta terminó por convencernos a todos. Nos aseguró que Cecily podía hacer por él mucho más que todos nosotros. Esas fueron sus palabras. Y ahora, puesto que ella lo desea y que usted y su madre lo aprueban... —le dio una sonora palmada en la espalda—. ¿Sabe usted, amigo mío?, si fuera un jugador apostaría ahora mismo todo mi dinero a que, dentro de un año, no conoceremos a Donald.

El señor Saunders parecía verse en apuros para que su cigarro encendiera como es debido. Le mordió la punta brutalmente y luego, escudando su cabeza tras el humo, tartamudeó:

—Parece ser... parece ser que... la señora Saunders tiene todavía ciertas dudas, ciertas objeciones.

Usando la mano como abanico, disipó el humo y pudo ver las alteraciones que sus palabras produjeron en la cara del pastor, que se había vuelto gris y severa.

—No, no son precisamente objeciones, como usted comprenderá —agregó con excesivo apresuramiento, como si quisiera disculparse. (Condenadas mujeres. ¿Por qué no ha venido ella misma en vez de mandarme a mí?).

El pastor hizo chasquear la lengua.

—¡Malo, malo, malo! —exclamó—. Eso no lo esperaba.

—Vamos; estoy seguro de que entre usted y yo podremos convencerla, sobre todo teniendo a Cecily de parte nuestra. Se había olvidado de sus propios escrúpulos, y no recordaba que la sola idea de que su hija se casara le repugnaba.

—Malo, malo —repetía el pastor sin esperanzas.

—Mi esposa no puede negar su consentimiento —mintió con poca destreza—. Lo

que sucede es que no está plenamente convencida sobre la validez de este matrimonio, considerando la juventud de Do... de Cecily... la juventud de Cecily. Yo creo todo lo contrario —terminó diciendo—, y si he traído este desagradable asunto a colación, ha sido para que podamos entendernos con toda claridad desde un principio. ¿No le parece a usted mejor que conozcamos todos los hechos?

—Sí, por supuesto.

El pastor se hallaba también en dificultades con su pipa, y dejándola sobre un cenicero la alejó de su persona. Se levantó y empezó a caminar a grandes zancadas a lo largo del despacho, sobre la parte más gastada de la alfombra.

—Lo siento muchísimo —dijo el señor Saunders.

(Este era Donald, mi hijo. Está muerto).

—Pero vamos a ver, vamos a ver. Estamos ahogándonos en un vaso de agua —exclamó por fin el pastor sin ninguna convicción—. Como usted acaba de decir, si la muchacha quiere casarse con Donald, seguramente su madre no negará el consentimiento. ¿Qué le parece si vamos a verla ahora mismo? Quizá no comprenda bien la situación; tal vez no comprenda que los dos muchachos se quieren mucho. Ella no ha visto a Donald desde que regresó, y ya sabe usted cómo corren las habladurías sobre... sobre su...

(Este era Donald, mi hijo. Está muerto).

Se detuvo ante el señor Saunders, gigantesco y deforme dentro de su severa americana negra, mirándolo bondadosamente desde arriba. El visitante se levantó y el pastor lo agarró prontamente del brazo como si temiera que se escabullera.

—Sí, sí. Creo que es lo mejor. Iremos a verla juntos y hablaremos largamente de la cuestión antes de tomar una decisión final. Sí, sí, sí, sí... —repetía el pastor como para convencerse a sí mismo, azotando su adormecido convencimiento para que despertara y aceptara lo imposible—. ¿Puedo ir esta tarde?

—Esta tarde —accedió el señor Saunders.

—Sí, eso es lo que conviene. Estoy seguro de que hay algo que su esposa no comprende bien. Usted está de acuerdo conmigo en que ella no entiende cómo está la cuestión, ¿verdad?

(Este fue Donald, mi hijo, que está muerto).

—Sí, señor. Así es —afirmó el señor Saunders para no quedarse callado.

Jones, vagando a solas por el jardín, encontró por fin su pipa y la encendió, complacido, echando bocanadas de humo.

Acababa de encontrarse con la señora Worthington en el mercado, y ambas charlaron un rato mientras acomodaban ciruelas en los cestos. Después, aquélla dijo

adiós y se alejó cojeando hacia el automóvil que la esperaba en la puerta. El chófer negro la ayudó a subir con un movimiento eficaz y cerró la puerta sin hacer demasiado ruido.

«Yo puedo andar mucho mejor que ella», pensaba la señora Burney observando sus movimientos lentos y gotosos. «A pesar de que tiene coche y es rica, yo ando mejor que ella», se dijo después, para sentir el alivio que siempre le producía, un alivio tan grande que hasta desaparecían momentáneamente los dolores de sus huesos. Por eso, cuando salió del mercado caminaba mucho más erguida y veloz que la ricachona y brillaban regocijados sus ojillos azules cuando vio que se le acercaba aquella extraña mujer que vivía en la casa del reverendo Mahon, aquella que había venido con el pobre Donald y con otro hombre para que toda la ciudad hablara de ella y con razón. Todos decían que Donald iba a casarse con ella, pero, a fin de cuentas, la había desplazado aquella descocada muchacha de los Saunders.

—¡Vaya, vaya! —exclamó con reconfortante curiosidad echando miradas escrutadoras sobre el rostro blanco y sereno de aquella mujer alta de cabellos negros, vestida de oscuro y con immaculados cuello y puños blancos—. Me he enterado de que pronto habrá boda en su casa. Es una verdadera fortuna para Donald. Él la quiere mucho, ¿verdad?

—Sí. Estaban prometidos desde hace tiempo.

—Sí. Hace mucho, aunque la gente de por aquí nunca creyó que ella lo esperaría y, mucho menos, que fuera a casarse con él ahora, enfermo y deformado como está. Desde que se prometió con él ha tenido muchísimos pretendientes, y la gente dice que no los ha rechazado plenamente a todos.

—La gente dice y se imagina muchas cosas que no son ciertas —respondió la señora Powers; pero la Burney seguía obstinadamente su pensamiento y el hilo de sus palabras.

—Sí, sí —repitió—. Tenía muchos pretendientes y se le ofrecieron muy buenos partidos, pero, naturalmente, Donald también tuvo por su parte todas esas ventajas o más, ¿no le parece?

El doble filo de la pregunta no escapó a la señora Powers, que se limitó a responder escuetamente:

—Yo no sé, señora. Hace muy poco tiempo que lo conozco.

—¡Ah! ¿Lo conoce desde hace poco? Aquí todos creíamos que eran ustedes viejos amigos.

La señora Powers bajó la cabeza sin decir nada y quedó mirando sus negras y tías ropas, preguntándose si efectivamente impedirían la entrada del aire, como todos decían. La vieja dama suspiró:

—Bueno, de cualquier manera, las bodas son muy hermosas. Mi hijo no tuvo ocasión de casarse. Si estuviera vivo, ahora ya estaría casado; todas las muchachas se

volvían locas por él. Se fue a la guerra tan joven...

Su insaciable curiosidad la abandonó momentáneamente para dar lugar a la ternura que la invadía cuando hablaba de su hijo:

—¿Ha oído usted hablar de él? —preguntó con voz anhelante.

—Sí, desde luego. El reverendo Mahon me ha hablado más de una vez. Fue un buen soldado, ¿no es cierto?

—¡Ya lo creo! Fue un buen soldado. Fue bueno y dejaron que lo mataran; había muchos hombres a su alrededor y lo mataron. No hubo nadie que hiciera algo por él. Creo que podían haberlo llevado a una casa, a un lugar donde hubiera mujeres que supieran cuidarlo. Los otros volvieron derechos y orgullosos. No se puede uno fiar de los oficiales y de esa gente para evitar que lo maten a uno.

El azul desteñido de sus ojos se paseaba lentamente por el panorama de la plaza. Pasaron varios segundos antes de que preguntara:

—¿No perdió usted ningún ser amado en la guerra?

—No —respondió gentilmente la señora Powers.

—Ya me parecía a mí —declaró la otra con irritación—. Usted no parece haber tenido penas, tan alta, tan fuerte, tan hermosa. Pero nosotros sufrimos y perdimos mucho. Era joven y fuerte como un toro. Era valiente y alto...

Se quedó mirando la sombrilla que le temblaba en las manos. Luego agregó, con brusquedad:

—El joven Mahon regresó. Ese regresó de todas maneras. Ya es algo. Y ahora tendrá una esposa, muy bonita por cierto.

Se despertó la curiosidad desplazando a la ternura y trajo consigo un factor de obscenidad.

—Dígame, ¿está bien ese muchacho?

—¿Bien?

—Quiero decir que si está bien para el matrimonio.

—¡Buenos días, señora! —contestó la otra bruscamente, dejándola con la boca abierta y los ojos llorosos, porque empezaba a sentir agudos dolores en los huesos. Permaneció parada tiesa y minuciosamente blindada en sus amplias ropas negras, enarbolando su sombrilla de algodón como si fuera una bandera indicadora de que el fuerte todavía estaba defendiéndose tercamente.

6

—¡Idiota! ¡Me sacas de quicio! ¡Tonta, tonta! ¿Cómo puedes casarte con un ciego, con un hombre que está prácticamente muerto?

—¡No es cierto! ¡No es cierto!

—¿Qué es, entonces? El otro día estuvo aquí la vieja Callie Nelson, que conoce

muy bien a los Mahon, y me dijo que los blancos habían matado a su niño.

—Sabes bien que la charla de los negros nada significa. Es posible que no la dejaran molestarlo y por eso dice que...

—¡No digas tonterías! La vieja Callie ha criado más niños de los que yo pueda contar, y te aseguro que si dice que está enfermo, es que está enfermo.

—¡Bueno, no me importa! De todos modos me voy a casar con él.

El suspiro que exhaló la señora Saunders fue tan profundo, que la silla de mimbre donde se hallaba sentada se sacudió con suaves crujidos. Cecily estaba ante ella, ruborizada por la cólera y erguida por la obstinación.

—Escúchame, hija, querida mía: si te casas con ese hombre serás desgraciada durante toda la vida; será como si te arrojaras por la ventana con todas las brillantísimas oportunidades que has tenido y que puedes tener, con toda tu juventud y tus encantos. Es un desprecio para los hombres a quienes gustas; hombres que...

—No me importa —repitió pertinazmente.

—Piénsalo. Hay tantos y tanto puedes tener en cambio: una boda suntuosa en Atlanta con todas tus amigas como damas de honor, ropas, alhajas, un espléndido viaje de luna de miel... Pero, sobre todo, entregarte en esa forma es una afrenta que haces a tu padre y a mí. Siempre hemos querido lo mejor para nuestra única hija.

—He dicho que no me importa y que voy a casarme con él. —Pero ¿por qué, por qué? ¿Le amas acaso?

—¡Sí!

—¿Incluso con su horrible cicatriz?

Hasta el sonrojo de la cólera desapareció del rostro de Cecily. Sus ojos, fijos en los de su madre, se oscurecieron y levantó una mano hacia el cuello de su característico gesto de disgusto. La señora Saunders se inclinó en la silla, tomó su mano y la atrajo hacia ella sentándola sobre su regazo. Cecily protestó débilmente y a su madre no le costó trabajo retenerla e incluso apoyarle la cabeza sobre el hombro y acariciarle el cabello.

—Lo siento, queridita mía; créeme que no quería llegar a decirte eso. Pero tú, ¿no quieres decirme lo que te pasa?

Su madre no luchaba con lealtad. Lo comprobó al tiempo que la rabia crecía en ella. Sus tácticas sinuosas derribaban siempre sus defensas de ira; sabía que de un momento a otro se echaría a llorar y, entonces, todo estaría perdido.

—¡Suéltame! ¡Déjame, mamá! —exclamó debatiéndose y sintiendo un principio de desprecio por aquella mujer que fingía ternura para obligarla a hablar.

—¡Chist, chist! Reposa aquí conmigo, hija. Recuéstate sobre mi hombro y dime lo que sucede. Debes tener alguna razón. Explícame.

Dejó de luchar y quedó exhausta, recostada con flojedad sobre ella.

—No tengo ninguna razón. Sencillamente quiero casarme con él. Por favor,

suéltame, mamá.

—Dime, Cecily: ¿ha sido tu padre quien te ha metido esa idea en la cabeza?

Sacudió la cabeza obstinadamente y su madre, poniéndole la mano sobre la mejilla, le levantó la cara.

—¡Mírame de frente, hija!

Ambas quedaron mirándose largo rato, y la señora Saunders repitió:

—Dime qué razones tienes para hacer eso.

—No. No puedo.

—Es decir, que no quieres.

—¡No puedo! ¡No puedo decírtelo!

Consiguió levantarse del regazo de su madre, pero ésta la retuvo con fuerza por la cintura y finalmente la obligó a arrodillarse a su lado.

—¡No puedo, no diré nada, nada! —gritaba la muchacha debatiéndose, pero aun así la sostenía con increíble fuerza—. ¡Madre, me estás haciendo daño!

—¡Dime!

Cecily hizo un esfuerzo supremo y consiguió librarse de aquellos brazos gordos y fofos que la retenían como los tentáculos de un pulpo. Se puso de pie, enfrentándose iracundo con ella.

—¡Sabes que no puedo decírtelo! Es necesario que me case con él y me casaré.

—¿Es necesario? ¿Qué quieres decir con eso?

La miraba con asombro, recordando paulatinamente antiguos rumores sobre la conducta del joven Mahon, chismes que había olvidado.

—¿Es necesario que te cases con él? ¿Qué significa eso de que tú, una hija mía, tenga que casarse con un hombre ciego, un hombre que no tiene nada, un miserable...?

Cecily la miraba con ojos llameantes.

—¿Qué? ¿Te crees...? Lo has dicho ya... ¡Vamos! ¡Tú no eres mi madre! ¡Eres otra persona, eres...!

Repentinamente se echó a llorar como una niña pequeñita, abriendo la boca y sin esconder la cara. Gimiendo y atragantándose con las palabras, dijo:

—No vuelvas a hablarme en toda tu vida —y girando vertiginosamente, huyó por el salón y subió las escaleras, llorando a gritos.

Una puerta se cerró con estruendo.

La señora Saunders permaneció tranquila, meciéndose en la silla y dando golpecitos regulares en sus dientes con una uña. A poco se levantó dificultosamente y, entrando en el salón, tomó el teléfono para llamar a su marido, que estaba en la oficina.

VOCES

La Ciudad:

Me gustaría saber lo que piensa esa extraña mujer que vino con él, ahora que tomará a otra por esposa. Si yo fuera Cecily Saunders, no aceptaría como marido a un hombre que podría decirse trajo consigo otra mujer hasta el mismo lecho de bodas. ¿Y qué hará ahora esa mujer? Se irá, seguramente, y buscará hombre. Espero que haya aprendido algo y elija uno bueno esta vez... ¡Qué cosas más extrañas suceden en aquella casa! Aun cuando el reverendo sea de la Iglesia Episcopal, las cosas tienen su límite... ¡Si no fuera un hombre tan bueno...!

George Farr:

¡No es posible! ¡No es verdad! ¡Cecily, querida mía, amor mío! ¡No es posible! ¡Tú no puedes hacer eso...!

La Ciudad:

He oído decir que Donald Mahon, que volvió de la guerra, y esa chica de los Saunders, van a casarse. Muchos dicen que no habrá boda, pero yo sostengo que...

Burney:

Los hombres no saben nada de nada. En primer lugar, debían haberlo cuidado mejor. ¡Venir a decirme que no le faltó nada...!

George Farr:

¡Cecily, Cecily...! ¿Será esto la muerte?

La Ciudad:

Y allí está ese soldado que vino con el joven Mahon; yo creo que la mujer de oscuro se quedará ahora con él. Aunque tal vez no haya ninguna necesidad, porque él puede haber estado aprovechándose también. ¿Qué hay? ¿No harías tú lo mismo en su lugar?

El sargento Madden:

¿Powers? ¡Powers...! La cara de un hombre que recibe un escupitajo de llamas. Powers... Mala suerte para ella...

La señora Burney:

¡Dewey! ¡Hijo mío...!

El sargento Madden:

No, señora. Estaba bien. Hicimos todo cuanto pudimos...

Cecily Saunders:

Sí, Donald, sí. ¡Lo haré, lo haré, lo haré! Me acostumbraré a ti y a tu pobre cara desfigurada, Donald. ¡George, amor mío! ¿George? Mi amor, querido mío: sácame de aquí, George.

El sargento Madden:

¡Sí! Estuvo bien, sí. ¡Estaba perfectamente...! Un hombre en el umbral de la puerta, gritando de horror.

George Farr:

Cecily, ¿cómo puedes hacerme eso? ¿Cómo puedes?

La Ciudad:

¡Esa muchacha...! Ya era tiempo que alguien se hiciera cargo de ella. Se le ha visto recorriendo la ciudad casi desnuda. Es mejor que esté ciego, ¿no es cierto?

Margaret Powers:

¡No, no! ¡Basta ya! ¡Adiós!, ¡querido muerto Dick, Dick, muerto espantoso...!

Joe Gilligan:

Se está muriendo y consigue a una mujer que ni siquiera puede ver; ¿por qué no estaré yo agonizando...? ¡Margaret! ¿Qué es lo que debo hacer? ¿Qué es lo que puedo hacer? ¿Qué te diré?

Emmy:

¿Ven aquí, Emmy? ¡Ah, sí! ¡Ven a mí, Donald! ¡Pero si está muerto...!

Cecily Saunders:

George, mi amante, mi pobre amor. ¡Pobrecillo, querido mío...! ¿Qué hemos hecho, George?

La señora Burney:

¡Dewey, Dewey! ¡Tan valiente, tan fuerte, tan joven...!

El pastor:

Este era Donald, mi hijo. Está muerto.

8

Curiosamente observada por la señora Saunders, la señora Powers subió con presteza las escaleras. Había sido recibida poco antes con aires altaneros, fríos, casi insultantes, pero había sabido defender su terreno y ahora subía las escaleras por indicación de la otra, para llamar en la habitación de Cecily. Golpeó por segunda vez en la puerta y llamó:

—Señorita Saunders.

El mismo silencio tenso llenó el intervalo de susurros hasta que la voz de Cecily llegó apagada a través de la puerta:

—Váyase.

—Atiéndame, por favor —insistió—. Seré sólo un momento. —No, no. Váyase.

—Necesito verla. —No hubo respuesta, y agregó—: Vengo de hablar con su madre y con el reverendo Mahon. Déjeme entrar un momento, ¿quiere?

Pudo oír el leve ruido de sus movimientos dentro del cuarto, luego el silencio volvió a llenar un intervalo de murmullos. «La muy tonta se estará poniendo polvos en la cara. Aunque yo hubiera hecho lo mismo». La puerta se abrió al empuje de su mano.

Los polvos hacían resaltar la huella de sus lágrimas y, como Cecily lo sabía, se volvió de espaldas tan pronto como la vio entrar en la habitación. En la cama había quedado la huella del cuerpo y la almohada, doblada en dos, había sostenido una desesperada y llorosa cabeza y había sido rodeada por dos brazos nerviosos. Como no se le ofreció una silla, la señora Powers fue a sentarse al pie de la cama, mientras Cecily, desde el otro extremo de la habitación, reclinada en una silla y mirando por la ventana, preguntó secamente:

—¿Qué quiere?

«¡Cómo se parece a ella su dormitorio!», pensó la visitante, observando los muebles claros, la triple luna del espejo, la colección de botellitas, tubos y frascos que había sobre la mesa y las prendas delicadas dispersas por el cuarto, sobre las sillas, en el suelo. Sobre una cómoda había una fotografía enmarcada.

—¿Puedo ver esa fotografía? —inquirió, sabiendo de antemano de quién era.

Cecily, inmóvil en su silla, presentando tercamente la espalda cubierta con una leve gasa por la que se filtraba la luz de la ventana, revelando su torso delgado, guardó silencio. La señora Powers tomó la fotografía y vio a Donald Mahon sin sombrero, con la camisa desabrochada, despeinado, ante un muro de láminas de cinc

acanaladas y sosteniendo a un perrillo por el cuello, como si llevara una maleta.

—Me imagino que ésa era una pose típica en él —comentó. Cecily repitió secamente y con altanería:

—¿Qué quiere usted de mí?

—Eso es precisamente lo que me ha preguntado su madre. Ella, tanto como usted, cree que quiero intervenir.

—¿No es así? Nadie le ha pedido que venga.

Se levantó, reclinando su cadera sobre el marco de la ventana.

—No creo que sea intervenir si se me da la comisión de venir a hablar con usted.

—¿Quién? ¿Quién le ha dicho que viniera? ¿Ha sido Donald? No, no puede ser. Usted sólo quiere asustarme. No necesita decirme que Donald le ha pedido que venga a deshacer nuestro compromiso. Sería una mentira.

—Pero es que no vengo a eso. No tengo esa intención. Quiero ayudarlos, eso es todo.

—Vamos. Usted está en contra mía. Todos están contra mí, excepto Donald. Y usted lo mantiene encerrado como un preso.

Le dio la espalda rápidamente y apoyó la frente contra los vidrios de la ventana.

La señora Powers permaneció sentada en la cama, examinándola tranquilamente, estudiando su cuerpo frágil que se revelaba plenamente bajo la transparente bata, una tela sutil como tela de araña y pegada al cuerpo de manera que, en vez de vestir, desnudaba provocativamente y que, como complemento de la procacidad del conjunto, dejaba traslucir el brillo extenso y acerado de sus medias... Al verla así, pensaba que si Cellini hubiera sido un monje ermitaño, la habría soñado exactamente igual durante sus tentaciones. En aquellos momentos tenía un deseo vago e incierto de poder verla completamente desnuda para darse cuenta del artificio. Por fin se levantó del lecho y avanzó hacia la ventana. Cecily mantenía su cara tercamente pegada a los cristales, y ella, esperando ver la suavidad de las lágrimas, le tocó con mucha delicadeza el hombro.

—Cecily —murmuró.

Los ojos verdes de la muchacha estaban secos, parecían piedras preciosas que la miraban altivas mientras su dueña cruzaba la habitación con pasos breves y rápidos. Se quedó rígida, sosteniendo la puerta abierta; pero ella permaneció en la ventana sin admitir la muda expulsión. «¿Se olvidará alguna vez de sí misma esta muchacha impúdica?», preguntábase, al tiempo que observaba la gracia estudiada de todos los movimientos de su cuerpo levemente torcido, con una pierna adelantada y mostrando en primer plano la línea de la cadera. Cecily devolvió la mirada con otra que quería ser altiva y dominante.

—¿Por qué no sale usted de una habitación privada cuando se le pide? —preguntó agresiva.

Su tono ronco era estudiadamente medido y frío.

La señora Powers, diciéndose para sus adentros: «¡Diablos! ¿De qué sirve todo esto?», se fue caminando lentamente hasta la cama para apoyar una cadera en los barrotes y mirarla desde allí con tranquilidad. Cecily, sin cambiar de posición, movía la hoja de la puerta para indicar que estaba esperando.

Serena y silenciosa, la señora Powers seguía observando su fingida fragilidad (sus piernas son bastante bonitas, admitió, pero ¿qué objeto tendrán todas esas poses que hace para mí? Yo no soy un hombre). Al mismo tiempo acariciaba con ambas manos la madera pulida de los barrotes del lecho. Repentinamente, la otra cerró de golpe la puerta y regresó a su puesto en la ventana. Entonces la siguió.

—Cecily, ¿por qué no hemos de hablar tranquilamente de este asunto?

No respondió, pero sus manos asieron las cortinas con gestos nerviosos.

—Escuche, señorita Saunders.

—¿No podría dejarme en paz?

Sus ojos llameantes la miraron de arriba abajo.

—No quiero hablar con usted de ese asunto; ¿para qué ha venido a verme?

Los ojos se oscurecieron y su mirada dejó de ser dura.

—Si quiere quedarse con él, quédese en buena hora. Usted ha tenido y tiene cuantas oportunidades quiera para robármelo, manteniéndolo encerrado para que ni siquiera yo pueda verlo.

—Pero es que yo no lo quiero. Únicamente deseo arreglar bien sus cosas. ¿No comprende usted que de haberlo querido me hubiera casado con él antes de traerlo a casa?

—Lo intentó y no pudo; por eso no se casó con él. Por favor, no lo niegue, que no lo creería.

Hablaba con precipitación, como si la otra hubiera dicho algo.

—Me di cuenta desde el primer día. Supe inmediatamente que usted lo estaba buscando. Si no fuera así, ¿por qué sigue usted en su casa?

—Usted sabe que todo es mentira —respondió la señora Powers con toda calma.

—Entendámonos de una vez. Si no está usted enamorada, ¿qué es lo que tanto le interesa en él?

(Esto no tiene arreglo). Alargó tímidamente la mano y la puso sobre el brazo de Cecily, que se estremeció retirándose hacia el lecho, donde volvió a adoptar su postura provocativa, apoyando la cadera contra los barrotes y torciendo ligeramente la cintura. La señora Powers habló con voz tranquila:

—Su madre está en contra del matrimonio, que el padre de Donald anhela como una salvación. ¿Qué armas puede usted esgrimir contra su madre? —(¿Contra ti misma?).

—A usted no le pediría consejo de ninguna manera, y le aseguro que no lo

necesito.

Desvió sus miradas. Era evidente que su altanería y su cólera habían desaparecido, dando lugar a una desesperación aguda como un puñal. Su voz, sus movimientos, todo en su actitud había cambiado.

—¿No está usted viendo que sufro? —preguntó quejumbrosamente—. No quería portarme con tanta grosería con usted, pero es que estoy confundida; no sé qué hacer. ¡No lo sé...! Es todo una enorme confusión. Algo horrible me ha sucedido. ¡Por favor...!

La señora Powers, al ver la expresión verdaderamente aterrorizada de su rostro, fue hacia ella con los brazos abiertos poniendo ambas manos sobre los hombros frágiles, pero ella la esquivó huraña.

—Déjeme sola. Váyase, por favor.

—Dígame lo que ha sucedido.

—No. No puedo. ¡Por favor!

Las dos quedaron inmóviles y en silencio, escuchando los pasos que se acercaban y se detenían ante la puerta: golpes nerviosos y la voz de su padre llamándola por su nombre.

—¿Qué sucede?

—El reverendo Mahon está aquí. ¿Puedes bajar?

Las dos mujeres se miraron sin pestañear.

—Vamos —ordenó la señora Powers.

Los ojos de Cecily se oscurecieron de nuevo y murmuró:

—No, no; no puedo. No.

Estaba temblando.

—¿Oyes, Sis? —volvió a decir su padre desde afuera.

—Responda —murmuró la señora Powers.

—Sí, papá. Ya voy.

Los pasos se fueron retirando hasta apagarse, mientras la señora Powers la empujaba hacia la puerta. Pero se resistía como una fiera.

—¡No puedo! ¡No puedo ir, así como estoy! ¡No! —gritaba, al borde del histerismo.

—Sí, sí puede. Está muy bien. ¡Vamos!

Cuando las dos bajaron las escaleras y entraron en el despacho del señor Saunders, su esposa, encorsetada, erguida, sentada con aires militares frente al pastor, estaba diciendo:

—¿Puedo preguntar qué tiene que ver esa... esa mujer con todo esto?

El señor Saunders daba vuelta entre los dedos a un cigarro. La luz de la tarde, cayendo sobre la cara del pastor, la modelaba como una máscara de barro gris. Cecily corrió hacia él, gritando:

—¡Tío Joe!

—¡Cecily! —exclamó su madre con indignación—. ¿Cómo te atreves a bajar así? El pastor levantó su estructura negra y maciza para besarla en la frente.

—Vamos a ver, Robert —empezó diciendo la señora Saunders con mucho énfasis, pero el pastor la interrumpió:

—Cecily —dijo éste levantándole la cara, que la muchacha sacudió para mantenerla oculta en su pecho.

—¡Robert! —exclamó la señora Saunders.

El pastor habló con voz grave e imponente:

—Cecily: hemos estado hablando del asunto y creemos... tu padre y tu madre creen...

La joven se agitó dentro de sus gasas.

—¡Papá! —gimió mirando al señor Saunders, que rehuyó sus miradas bajando los ojos hacia el cigarro que temblaba entre sus dedos.

El pastor siguió hablando con dificultad:

—Creemos que tú, querida niña... que tú... Me dicen que Donald va a morir muy pronto, Cecily —terminó precipitadamente.

Rápida como un pájaro, la muchacha retrocedió poniendo las manos sobre ambos brazos del pastor, e inclinándose hacia atrás para mirarle fijamente la cara, gimoteó:

—¡Ay, tío Joe! ¡También tú estás en contra mía!

9

George Farr se había mantenido en un estado de profunda embriaguez durante toda la semana. Su amigo, el empleado de la droguería creyó que se había vuelto loco. En aquellos siete días funestos, llegó a convertirse en una tradición, y aún los beodos más renombrados de la ciudad empezaron a mirarlo con respeto, llamándolo por su nombre, tuteándolo y jurándole eternamente devoción.

Su borrachera había estado caracterizada por períodos de beligerancia, de silencio mohíno, de exuberante locuacidad y de adormecida sensibilidad, pero entre uno y otro de aquellos períodos conoció varios intervalos de desesperación devastadora, como el bombardeo de cien mil aviones, como la agonía del animal enjaulado o del hombre que sufre una tortura lenta para morir: una monotonía del dolor. Sin embargo, por regla general se las arreglaba para mantenerse lo bastante borracho como para no enterarse de nada. Su cuerpo estrecho, desnudo, abriéndose dulcemente... dame otro trago... te mataré si te vuelvo a ver rondando su casa... mi muchacha, ¡ay!, mi muchacha... su cuerpo estrecho... ¡oh Dios mío, Dios mío...!, abriéndose dulcemente para otro... quiero beber, ¡qué demonios me importa!, ay, ¡oh Dios, oh Dios, oh Dios, oh Dios...!

A pesar de que la gente «decente» ya no le hablaba por la calle, estaba cuidado y protegido en cierta manera por los amigos y conocidos, negros y blancos, viejos y jóvenes, que en las ciudades pequeñas forman lo que se llama «clases inferiores».

Permanecía sentado con los ojos vidriosos, entre olores a frituras y ruidos frente a una mesa cubierta con un mantel de hule. «Flo-oooooooooooo de tre-eeeeebol, flooooooooooooo de treeeeeebol», cantaba una voz nasal, y la melodía se interrumpía a espacios irregulares por causa de un sonido pequeño y monótono como una bomba de reloj siempre a punto de estallar.

A su lado estaban sentados dos de sus nuevos compañeros, disputando, escupiendo, cogidos de las manos y llorando uno en los hombros del otro a causa de la resquebrajada interminabilidad de los discos fonográficos. «Flo-ooooorrr de tre-eeeeeebo-ooool», repetía una y otra vez con pasión azucarada. Cuando la cosa subía de tono se iban al callejón pestilente que se hallaba detrás de la cocina, no menos sucia que el callejón, y allí dejaban el whisky de George Farr. Después, regresaban y volvían a tocar el disco agarrándose de las manos y abrazándose mientras sinceras lágrimas corrían por sus mejillas, que no habían conocido más agua que la de aquellas lágrimas. «Floooooo-oooo deeeee treee-eeeebooooool...».

El verdadero vicio es un estado aburrido; ningún otro estado del hombre requiere tanta fuerza moral y física como el vicio, no hay camino más duro que el llamado «camino de los placeres». Ser bueno es mucho más fácil.

«Flooo-oor de treee-ebol».

... Transcurrido cierto tiempo le llamó la atención el hecho de que alguien había estado molestándolo desde hacía rato. Tras considerables esfuerzos enfocó sus ojos y, por fin, reconoció al dueño por el delantal blanco con el que debía haber secado los platos durante cuatro semanas por lo menos. «¿Qué demonios quiere?», preguntó con débil beligerancia líquida, y aquel hombre del delantal blanco explicó que alguien le llamaba por teléfono en la farmacia vecina. Se levantó, sacudiendo y meneando los brazos para reunir los pedazos de su cuerpo. «Flo-oo-oor-rrr de tre-eebol». Transcurrieron años antes de que pudiera apoderarse del aparato telefónico, procurando mantenerse erguido, mirando sin interés un globo de luz que sobre el mostrador describía círculos concéntricos.

—¿George? —Algo había de siniestro y doloroso, en aquella voz desconocida que estaba pronunciando su nombre. Era una angustia tan palpable que disipaba hasta las brumas del alcohol—. ¡George!

—¡Sí! ¡Aquí, George...! ¡Qué hay...!

—¿George? Soy Cecily... Cecily...

Como una ola que se retira, la embriaguez lo dejó de golpe. Pudo sentir cómo se le detenía el corazón y luego latía con fuerza extraordinaria, ensordeciéndolo, cegándolo con su propia sangre.

—¡George...! ¿Me oyes? ¡Ah, George! ¿Cómo puedes estar borracho ahora? (¿Cecily? ¡Ah, Cecily!).

—¡Sí, sí! —Agarraba el aparato como si ello bastase para impedir que la voz escapara—. Sí, Cecily. ¿Cecily? Soy George.

—Ven a mí, ahora. Ven, ahora. Ven inmediatamente.

—Sí, sí. ¿Ahora?

—¡Ven, George, amor mío! ¡Apresúrate! ¡Ven!

—¡Sííí! —gritó otra vez—. ¡Escucha, escucha...!

No se oía ninguna respuesta. Esperó aún, pero la línea telefónica estaba muerta. Su corazón latía, latía y latía. Podía sentir el sabor de su sangre tibia y amarga en la garganta. (¡Cecily! ¡Oh, Cecily!).

Se fue tambaleándose por el túnel luminoso de la farmacia, y mientras un hombre de mediana edad que estaba preparando un medicamento se detenía en sus tareas para observarlo, él se despojó de la camisa y, en un frenesí de actividad, metió la cabeza en una barrica de agua destilada.

10

Sentado en la cabecera de la mesa, picoteando los alimentos sin probarlos, se le veía viejo y acabado como si las fibras más íntimas hubieran perdido ya su resistencia. Gilligan comía sin ceremonias, con su acostumbrado apetito, y Donald y Emmy, sentados uno al lado del otro, para que ésta le ayudara a comer, permanecían silenciosos, entregados a la difícil tarea de alimentarse. Ella disfrutaba de aquellas comidas y le encantaba hacer de nodriza ahora que no podía tenerlo como amante. Cuando la señora Powers se había ofrecido para ayudarla en aquella tarea, protestó enérgicamente y no quiso ceder un ápice de sus derechos. El Donald que había conocido estaba muerto; éste no era más que un triste sustituto, pero —como suelen hacer las mujeres— estaba dispuesta a sacar el mejor partido de la situación. Ya se había acostumbrado a tomar sus alimentos fríos, después de darle de comer a él.

La señora Powers los estaba observando. La mata de cabellos incoloros de Emmy pegada a la cabeza casi calva de Donald, como si los dos estuvieran orando; la mano ajada de la mujer parecía tener un ojo propio, porque servía al ciego con rapidez, con ternura, se anticipaba a sus deseos y guiaba la mano que llevaba el alimento que ella misma había preparado exclusivamente para él. En aquellos momentos se preguntaba si Emmy amaba más al Donald de antes que al de ahora y se decía que, con seguridad, ya había olvidado completamente al otro, reteniéndolo sencillamente en su memoria como un símbolo del dolor. Entonces pensó que Emmy era la mujer ideal para casarse con él.

«¡Claro!», exclamó para sus adentros. «¿Cómo no ha pensado alguien antes en

eso?». Luego se dijo que, en realidad, nadie había pensado nada sensato sobre aquel asunto, que se había ido solucionando sin emplear la inteligencia. «¿Por qué dimos por sentado que debía casarse con Cecily y no con otra mujer? Sí, todos lo aceptamos como un hecho arbitrario y nos lanzamos a la lucha con los ojos cerrados y la boca abierta, como perros de caza».

«Pero, ¿lo aceptará Emmy? ¿Quedará tan asustada ante la idea que después se sienta inclinada a tratarlo con respeto y no pueda cuidarlo con tanta habilidad como lo hace ahora? ¿No será causa de confusión en su mente al verse atada a dos Donald distintos, un amante y un inválido? Me pregunto lo que pensará Joe de todo eso».

Miró a Emmy, impersonal como la Omnipotencia, ayudándole con modesta eficacia, como si lo envolviera completamente, pero sin tocarlo. «De todas maneras, voy a preguntárselo», concluyó mientras sorbía su té.

La noche había llegado. Las ramas de los árboles, recordando la lluvia de la noche precedente, reanudaron su monótono rezo de un rosario de sonoras cuentas líquidas; las hojas agudas de las hierbas y los árboles, perdiendo sus formas sólidas, ganaban formas sonoras. El suelo se preparaba para el sueño y se oía el quieto suspiro de la tierra. Las flores, que durante el día eran vasos de colores, se convertían con la noche en vasos de perfume; el arbolillo plateado en la esquina de la terraza murmuraba su éxtasis, nunca logrado, de lanzarse al cielo. Ya los sapos empezaban a saltar por el pavimento y las baldosas, bebiendo el calor aprisionado por la piel de sus gruesos vientres colgantes.

Repentinamente, el pastor escapó de su sueño.

—¡Bah! —murmuró—. Como de costumbre, estamos ahogándonos en un vaso de agua. Si ella quiere casarse con Donald, tengo la seguridad de que sus padres no negarán eternamente el consentimiento. ¿Por qué ponen objeciones a que su hija se case con mi hijo? ¿Lo sabe usted?

—¡Chist! —exclamó la señora Powers. El pastor levantó la cabeza, mirándolo sorprendido, y luego, advirtiéndole su gesto de alarma en dirección a la incierta cabeza de Mahon, comprendió. También ella vio los ojos muy abiertos y asombrados de Emmy clavados en los suyos y se levantó apresuradamente—. ¿Ha terminado usted? —preguntó al pastor—. ¿Por qué no pasamos al despacho?

Donald Mahon seguía sentado tranquilamente, masticando. No se podía saber si había oído o no. Pasó detrás de Emmy y se inclinó para murmurarle al oído:

—Necesito hablar contigo. No le digas nada a Donald.

El pastor, precediéndola, encendió las luces en el despacho.

—Es necesario tener cuidado cuando se habla delante de él y en lo que se dice en su presencia —advirtió la señora Powers a manera de explicación.

—Sí —dijo el pastor disculpándose—. Estaba concentrado en mis pensamientos.

—Ya lo sé. Creo que no es necesario decirle nada a Donald hasta que él lo

pregunte.

—Eso no sucederá nunca. Cecily le ama: no dejará que sus padres le impidan casarse con él. Por regla general no estoy en favor de tales procedimientos, ni me gusta instigar a una joven a que se case sin el consentimiento de sus padres, pero en este caso... Usted no cree que procedo injustamente, que me muestro parcial porque mi hijo está envuelto en el asunto, ¿verdad?

—No. Por cierto que no.

—¿No está de acuerdo conmigo en que Cecily debe insistir para que se celebre la boda?

—Sí, por supuesto. —(¿Qué otra cosa puedo decir?).

Gilligan y Mahon se habían ido y Emmy estaba limpiando la mesa cuando ella regresó al comedor. La sirvienta se volvió tan pronto como la vio entrar.

—¿No se casará con él? ¿Qué es lo que estaba diciendo tío Joe?

—Sus padres no quieren que se case. Esto es todo. Ella no ha dicho que no todavía, pero creo que más vale no contar con ella, Emmy. Ha cambiado de parecer tantas veces que nadie sabe lo que hará.

Emmy le dio la espalda, inclinándose sobre la mesa, bajando la cabeza mientras sus manos se ocupaban en vaciar el contenido de un plato en otro. La señora Powers observaba los movimientos de sus codos, oyendo el sonoro tintineo de la porcelana y la plata. Un ramo de rosas blancas se deshojaba lentamente en el centro de la mesa.

—¿Tú qué dices, Emmy?

—No sé qué decir —repuso sin volverse—. Ella no es de las de mi clase. No la entiendo ni sé nada de lo que hace.

La señora Powers se acercó a la mesa.

—Emmy —dijo, pero ésta no se movió ni levantó la cabeza. Entonces le puso las manos sobre los hombros y suavemente hizo girar su recio cuerpo.

—¿Te casarías con él, Emmy?

En el mismo instante se enderezó como una serpiente; con una mano apretaba un plato y con la otra un tenedor.

—¿Yo? —preguntó acalorada—. ¿Casarme yo con él? ¿Tomar yo las sobras de la otra? —(¡Donald, Donald!)— ¡Y nada menos que las sobras de esa... de esa que ha corrido detrás de todos los hombres del pueblo, vestida con sus sedas de colores...!

La señora Powers se retiró en silencio y Emmy continuó vaciando los restos que había en los platos con gestos furiosos. El que tenía en la mano lo veía confusamente; parpadeó y vio caer una gota de agua sobre él. «¡No me verá llorar!», murmuró apasionadamente, inclinando más la cabeza en espera de que la señora Powers le pidiera otra vez que se casara con Donald. (¡Donald, mi amor...!).

Cuando era niña iba a la escuela, en la primavera, vistiendo ropas burdas y zapatos de lona, mientras las otras niñas vestían de seda y se calzaban con zapatos

suaves: no era hermosa, mientras que las otras niñas lo eran...

Cuando salía de la escuela, se iba caminando a casa, donde la esperaba el rudo trabajo, mientras que otras niñas iban en coche o se detenían a tomar helados o a charlar con los muchachos. A veces iban a bailar con ellos, que ni siquiera la habían mirado: en algunas ocasiones —muy raras— aparecía él, caminando a su lado, callado, rápido, y entonces olvidaba las sedas y los coches.

Y cuando nadaban juntos o se iban a pescar y a pasear por los bosques, olvidaba que no era hermosa. Porque él era hermoso con su cuerpo tostado, veloz y tranquilo..., ella se sentía hermosa también.

«¿Casarme con él? ¡Sí, sí! Aunque esté enfermo. Así lo quiero: yo lo curaré, yo lo cuidaré». Si era un Donald que se había olvidado completamente de ella, no importaba, porque ella no se había olvidado de él y todavía podía recordar bastante para ambos. «¡Sí! ¡Sí!», gritaba en sus entrañas, amontonando platos en espera de que la señora Powers se lo pidiera de nuevo. Sus manos enrojecidas estaban ciegas y las lágrimas caían gruesas y pesadas sobre sus puños. «¡Sí! ¡Sí!», volvió a pensar con tanta fuerza que le parecía imposible que la otra no lo oyera. «No me verá llorando», murmuró de nuevo. Pero se había quedado en la puerta y le miraba la espalda sin decir nada. De manera que recogió lentamente los platos, y, como no había razón para demorarse más tiempo, los amontonó en sus brazos y se fue caminando muy lentamente hacia la puerta de la cocina con la cara inclinada y ella salió del comedor ostentando su orgullo, que le impedía enseñar sus lágrimas a la otra.

11

El despacho estaba hundido en las sombras cuando cruzó frente a la puerta, y, sin embargo, pudo advertir la vaga silueta de la cabeza y los hombros del pastor, recortándose contra la oscuridad que se advertía detrás de la ventana. Pasó lentamente frente a la puerta del despacho y con la misma lentitud salió a la terraza. Su cuerpo largo se reclinó contra una de las columnas, en la tiniebla tranquila, más allá del abanico de cristales mortecinos de la ventana, escuchando los mil ruidos apagados de la noche: las voces lentas de los hombres que pasaban invisibles por las calles no vistas; oyendo los ruidos lejanos de aquellos pares de ojos luminosos de los automóviles que vagaban por la oscuridad como insectos inquietos. Uno de ellos dobló por la esquina rompiendo la oscuridad, se paró ante la reja del jardín y una figura avanzó por el sendero pálido, con pasos breves y rápidos. Se detuvo en la mitad de un paso y lanzó una exclamación apagada, apresurando luego la marcha hacia los escalones de la terraza, donde se detuvo nuevamente. La señora Powers avanzó también hacia los escalones.

—¡Oh! —murmuró Cecily Saunders levantando una mano frágil hacia su cuello

—. ¿La señora Powers?

—Sí. Pase usted.

Subió con gracia nerviosa los escalones.

—Me ha asustado una rana —explicó—. He estado a punto de pisarla. —Se estremeció y parecía que una débil llama ardiera bajo su vestido oscuro—. ¿Está en casa tío Joe? ¿Podría...? —su voz se apagó inesperadamente.

—Está en su despacho —respondió la señora Powers.

«¿Qué le habrá sucedido?», pensó. Cecily permanecía de pie, con la cabeza baja, de tal manera que la luz del salón, saliendo por la puerta, la alumbraba plenamente, a excepción de su rostro. Sin embargo, en toda su actitud se advertía una débil desesperación, una tristeza inútil. Permaneció así largo tiempo. Luego dijo: «Gracias, gracias», repetidas veces, precipitada, casi histéricamente, y se fue corriendo hacia el salón. La señora Powers, que se la había quedado mirando, la siguió murmurando para su coleteo: «Esta se escapa». Cecily, con sus andares de pájaro, se metió en el oscuro despacho.

La silla giratoria del pastor chirrió sonoramente.

—¿Eh?

La joven, semejante a un murciélago, oscura en la oscuridad, atravesó velozmente la habitación y se desplomó a los pies del anciano, abrazándose a sus piernas.

—¡Tío Joe, tío Joe! ¡Perdóneme...!

—Sí, hija, sí. Ya sabía yo que vendrías hacia nosotros. Ya les había dicho...

—¡No, no! Es que yo... yo... Usted ha sido siempre muy bueno, muy razonable conmigo y he venido porque no puedo... —Se abrazaba a sus piernas frenéticamente.

—¿Cecily, qué sucede? Vamos, vamos, no llores. ¡Levántate, hija! ¿Qué sucede?

Con la sensación de una desgracia quemándole el pecho, levantó con sus dos manos el rostro de la muchacha para leer en él lo que esperaba.

—Lo diré todo, tío Joe, pero primero dígame que me perdona. ¿No quiere perdonarme, tío Joe? Dígalo entonces. Dígalo. Si no me perdona, no sé lo que será de mí.

Las manos del pastor cayeron del rostro de la joven hacia sus hombros delicados.

—Naturalmente que te perdono, hija,

—¡Gracias, gracias! Es usted tan bueno, tan bueno...

Le tomó la mano y la retuvo contra sus labios.

—¿Qué sucede, Cecily? —preguntó quedamente.

—Me voy —respondió ella levantando la cabeza.

—Entonces, ¿no te casarás con Donald?

Nuevamente bajó la cabeza y la hundió en las rodillas del pastor, apretándole la mano entre sus dedos frágiles y reteniéndola contra su mejilla mojada por las lágrimas.

—¡No puedo, no puedo! —gimió—. Soy una... Ya no soy una muchacha buena, querido tío Joe. Perdóneme, perdóneme...

El pastor desprendió su mano de la húmeda presión de los dedos de Cecily y ésta dejó que la levantaran del suelo los dos brazos poderosos, aceptando el refugio del ancho cuerpo oscuro.

—Vamos, hija, vamos. —Sus manazas parecían suaves como las de una niña sobre su pelo—. No llores.

—Tengo que irme —dijo por fin.

Él la soltó. Cecily se apoderó nuevamente de su mano, besándosela nerviosamente y soltándola luego de repente.

—¡Adiós! —pronunció, y salió corriendo silenciosa como un pájaro, graciosa y frágil, dejando el ruido de su taconeo. Pasó ante la señora Powers, que estaba en la terraza, y sin verla bajó corriendo los escalones. Aquélla quedó mirando la figurilla frágil y nerviosa hasta que desapareció en las sombras... Tras un intervalo, el automóvil que se había detenido en la esquina del jardín encendió las luces y partió...

La señora Powers encendió las luces antes de entrar en el despacho. El pastor la miraba fijamente a medida que se acercaba al escritorio. Sus ojos estaban tranquilos, pero muertos.

—Cecily ha roto el compromiso, Margaret. La boda no se realiza.

—¡Pamplinas! —respondió ella casi groseramente al tiempo que le ponía una mano firme sobre el hombro—. La boda se realizará lo mismo. Yo me casaré con él. Siempre he querido casarme con él. ¿No lo sospechaba usted?

12

San Francisco, California

25 de abril de 1919

Idolatrada Margaret:

Anoche se lo dije todo a mi madre, y, como es natural, piensa que somos muy jóvenes todavía. Yo le expliqué que los tiempos han cambiado desde que terminó la guerra y le hice ver cómo la guerra hace que la gente crezca más de prisa que antes. Le dije que he visto a muchos tipos de mi edad que no hicieron el servicio en la aviación —que por sí misma es toda una educación— y los veo como a niños chiquitos, porque ya tengo experiencia y he encontrado, por fin, a la mujer que quiero. De manera que mis días de niño han pasado. Después de conocer a tantas mujeres, encontrarte a ti, tan lejos y cuando no te esperaba, me parece un sueño. Mi madre dice que debo trabajar y ganar dinero si tengo la esperanza de que una mujer como tú se case conmigo; de modo que mañana mismo empezaré. Ya tengo elegido el

lugar y todo. No pasará mucho tiempo antes de que te vuelva a ver y te tenga en mis brazos por fin y para siempre. ¿Cómo puedo decirte cuánto te amo? ¡Eres tan distinta de las otras! Amarte ha hecho de mí un hombre serio que está al corriente de sus responsabilidades. Todas las otras son muy tontas comparadas contigo, y siempre están hablando de «jazz» y de ir aquí y allá, a esos lugares donde me invitan para las fiestas, pero yo no voy porque prefiero sentarme a solas en mi habitación, pensando en ti y, a veces, poniendo mis pensamientos en el papel, dejando que las otras se diviertan con sus tonterías. Yo pienso en ti siempre y, si no te causara ninguna molestia, te pediría que siempre pensaras en mí. Pero no quisiera hacerte infeliz ni por un segundo. De modo que piensa en mí y recuerda que te amo a ti solamente, que te amaré a ti solamente y que te amaré siempre. Siempre tuyo,

Julián

>

13

El ministro de la Iglesia Bautista, un derviche con corbata blanca, que era el que estaba más a mano, vino, cumplió con su deber y se fue. Era muy joven, consciente de sus deberes y responsabilidades y ansioso de hacer el bien, hasta el extremo de que se convertía en una molestia constante. Tenía algo de soldado y quería y respetaba al reverendo Mahon, negándose a creer que, sencillamente porque era de la Iglesia Episcopal, iría al infierno inmediatamente después de su muerte.

Los felicitó y se fue, rápidamente, respondiendo a sus oscuros impulsos internos. Todos quedaron mirando sus espaldas anchas y enérgicas hasta que desapareció. Entonces, Gilligan ayudó al teniente Mahon a bajar las escaleras y, tomándolo por el brazo, lo condujo a través del jardín hacia su asiento favorito, bajo los árboles. La flamante señora de Mahon caminaba silenciosa detrás de ellos. El silencio era su refugio, pero no era el refugio de Gilligan. A pesar de no haber dicho una sola palabra. Ahora, caminaba a su lado, alargó el brazo y puso su mano sobre el hombro fuerte y leal. Gilligan la miró con tanta severidad, con tanta tristeza, que ella sintió por primera vez una rebelión interna, un asco de todo, que la hizo suspirar. (¡Dick, Dick! ¡Qué bien te las has arreglado para salirte de este lío!). Desvió los ojos rápidamente y miró hacia el jardín, más allá del campanario y su aguja, donde las palomas se arrullaban en la tarde, desapasionadas como el sueño. Se mordió los labios. Estaba casada, recién casada, y nunca se había sentido tan sola.

Gilligan dejó al teniente Mahon sobre su silla con aparente descuido al que no escapaba ningún detalle que pudiera contribuir a la comodidad del enfermo. Este dijo: —Bueno, Joe. Por fin estoy casado.

—Sí —respondió Gilligan. Su descuidada espontaneidad había desaparecido. Hasta él notó su brusquedad.

—Oye, Joe...

—¿Qué pasa, tooniente?

Guardó silencio y su esposa vino a ocupar el asiento de costumbre, recostando la cabeza en el respaldo y mirando hacia las hojas del árbol. Pasó bastante tiempo antes que el teniente Mahon dijera:

—Adelante, Joe.

—¡Ahora no, tooniente! No tengo ganas de leer. Creo que voy a dar un paseo —respondió nervioso al sentir los ojos de la señora Mahon clavados en su rostro. Lo alzó para enfrentarse combativamente con su mirada.

—Joe —murmuró ella muy quedito, con amargura.

Gilligan, que estudiaba la palidez de su rostro, la oscuridad dolorida de sus ojos, el temblor de la cicatriz de su boca, sintió vergüenza. Las líneas duras de su semblante bonachón se ablandaron.

—Muy bien, tooniente —dijo en voz baja, igualando su tono al de ella y con una huella de su antigua ligereza en el timbre—. ¿Qué haremos ahora? ¿Conquistaremos unos cuantos imperios menores?

Sólo una huella vaga, muy vaga, pero allí estaba. La señora Mahon volvió a mirarlo con gratitud y con reflejos de aquella felicidad serena que él conocía tan bien, sin sonreír pero contenta; una expresión de reposo interno, de completa paz, que desde hacía mucho no asomaba a sus ojos, desde hacía mucho, mucho tiempo; y su mirada fue tan serena y tan firme, como si hubiera puesto la mano sobre su brazo. Él desvió los ojos para no seguir mirando su cara; estaba triste y feliz; la amargura había desaparecido.

—Adelante, Joe.

Capítulo 8

1

San Francisco, California

27 de abril de 1919

Mi adorada:

Sólo unas líneas para anunciarte que ya estoy trabajando y tengo un empleo en el Banco, donde gano dinero para ir a buscarte, para que puedas tener en el mundo la posición que te mereces y una casita para nosotros dos. El trabajo consiste en estar en las oficinas, hablando con tipos que no saben nada de aviación. Las mujeres no piensan en otra cosa que ir a bailar con los hombres. Cada día que pasa es uno menos para que llegue el momento en que podamos estar juntos. Todo mi amor.

Tuyo para siempre,

Julián

2

Los sucesos sensacionales de los que se habla durante nueve días, noventa días o novecientos días, tienen la facultad de pasar al olvido cuando agotan, tarde o temprano, todas las invectivas del hombre. El olvido es como una especie de desagadero que protege al mundo de las inundaciones. Se dice con mucha ligereza que eso es obra de Dios, pero tuvo que haber sido una mujer quien lo hizo, porque ningún hombre puede ser tan materialista y utilitario. Pero igualmente es cierto que las mujeres conservan las cosas que pueden utilizarse otra vez algún día, de modo que esta teoría también fracasa.

Transcurrido un tiempo prudencial, ninguno de los curiosos de la ciudad llamaba a las puertas de la rectoría; transcurrido un tiempo prudencial, todos aquellos que habían dicho: «Te lo advertí», cuando la señorita Cecily Saunders anunció que se casaría con el hijo del pastor y que repitieron: «Te lo advertí», cuando al fin de cuentas no se casó con el hijo del pastor, olvidaron completamente el asunto. Había muchas otras cosas en que pensar y de qué hablar: la depresión del K. K. K. y el período de auge del señor Wilson, un caballero democrático que vivía en Washington, D. C.

Ya todo se hallaba en orden. La señorita Cecily Saunders estaba seguramente casada, aunque nadie sabía dónde por qué no se la había vuelto a ver desde el día en

que partiera de la ciudad en el automóvil de George Farr y se supo que al día siguiente los casó, como es debido, un sacerdote de Atlanta. (Pero es claro; yo siempre te había dicho que esa muchacha acabaría mal). Todos esperaron que sucediera lo peor. Y esa señora de Tal y Tal, esa mujer alta de cabellos negros que vivía en casa de los Mahon, se había casado por fin con alguien poniendo punto final a una situación equívoca.

Y así, abril se convirtió en el mes de mayo y hubo días claros en los que el sol, calentándose y calentándose, bebía, al levantarse, todo el rocío de la noche. Las flores estallaron con toda su esplendor, como las muchachas que van al baile y se agostan en la plenitud del calor, como cabezas agobiadas por la jaqueca, como las muchachas fatigadas después del baile; cuando la tierra, como una mujer gorda, caprichosa y vana, se probó sin cesar, sin satisfacerse, un sombrero tras otro, viendo si le favorecían los adornos de manzanas, los de pera y los de duraznos, recurrió a los narcisos, junquillos y pensamientos, sin quedar satisfecha, de manera que las primeras flores se abrieron y pasaron, y otras se abrieron y cayeron, dando lugar a otras más que llegaban retardadas. Las flores se habían ido de los árboles frutales y las peras se olvidaron; los que en otro tiempo habían sido altos candelabros, con ramas de plata, se convirtieron en altos candelabros de jade, con ramas de hojas bajo la bóveda azul del cielo, por cuyas naves cruzaba de continuo la callada procesión de las nubes, como monaguillos con sobrepellices blancas.

Las hojas se alargaron y su verde se hizo más oscuro hasta que desaparecieron de ellas los postreros rumores de azul y plata y rosa; los pájaros cantaron, se amaron, se unieron y formaron nidos en los árboles y el arbolillo que estaba en la esquina de la terraza continuó agitando incansablemente sus hojas con vientre de plata, formando un éxtasis anhelante de cielo que nunca podía alcanzar; las abejas despedazaron los tréboles del prado, interrumpidas a veces por la máquina de cortar el césped y su lánguido conductor. Pero su modo de vivir no había cambiado. El pastor no era feliz, aunque tampoco desgraciado; no estaba resignado, pero tampoco protestaba. Con más frecuencia que antes se las entendía con algún sueño personal y permanecía silencioso. En el túnel de roble de la iglesia realizaba sus servicios, mientras sus fieles murmuraban entre ellos o dormitaban entre uno y otro himno dejando que las palomas expusieran sus arrullos rituales o su sueño sonoro en la aguja del campanario que, arqueándose en la bóveda del cielo, seguía a la inversa el movimiento de las nubes jóvenes, creando la impresión de lento e inminente derrumbamiento. Casó a dos parejas y enterró a un hombre. Gilligan opinó, en voz alta, que esta proporción era injusta. La señora Mahon pensó que semejante discusión era tontería y así lo dijo en voz alta.

De vez en cuando, la señora Worthington les enviaba el automóvil e iban a pasear por el campo para ver el verde suave de los árboles. Los tres se sentaban a menudo

bajo el gran árbol del jardín y mientras uno de ellos balbuceaba polisílabos, el otro permanecía sentado sin moverse, sin estar dormido y sin estar despierto. Nunca podía decirse si oía o no. Tampoco podían saber si se daba cuenta de que estaba casado ni con quién se había casado. Tal vez no le importaba. Emmy, amable, hábil y eficaz, lo mimaba como una madre y a veces se la veía fatigada y triste. Gilligan seguía durmiendo en su cama de campaña, a los pies del lecho del teniente, para el caso de que lo necesitara.

—Tú y Emmy sois los que os debíais haber casado con él —indicaba la señora Mahon, con leve ironía.

3

La señora Mahon y Gilligan habían reanudado su antigua camaradería y su inocente compañerismo. Se sentían felices estando juntos y ahora que él no esperaba casarse con ella le otorgaba —quién sabe por qué— mayor libertad y franqueza en el trato.

—Tal vez fuera esto lo que necesitábamos, Joe. De todas maneras puedo decirte que nunca había conocido a nadie que me gustara tanto como tú.

Paseaban lentamente por el jardín, a lo largo de la avenida de las rosas, que pasaba bajo un puente formado por dos encinas gigantescas, más allá del cual, contra el muro, una cortina de álamos en fila inquieta enmarcaba las columnas de un templo griego.

—Te conformas con poco —respondía Gilligan con una actitud fingida. No tenía necesidad de decirle lo mucho que ella le gustaba.

—Pobre Joe —lamentaba ella—. Dame un cigarrillo.

—Pobre de ti —contestaba complaciéndola—. Yo estoy bien. No estoy casado.

—Sin embargo, no siempre vas a permanecer soltero. Eres demasiado hermoso..., demasiado bueno; demasiado sólido para no sostener a una familia; ¿soportarás las avalanchas...?

—¿Hacemos un trato, entonces? —preguntaba.

—Basta por hoy, Joe...

A poco, él la detenía por un brazo.

—Escucha.

Ambos quedaron parados y ella lo miró con desconfianza.

—¿Qué?

—Ahí está otra vez ese condenado pájaro. ¿Lo oyes? ¿Por qué tendrá que cantar siempre?

—Tiene mucho por qué cantar. Abril se convertirá en mayo y todavía la primavera no habrá recorrido la mitad de su camino. Escucha...

Emmy se había convertido en una obsesión para Januarius Jones, una obsesión de tal magnitud que, habiendo sobrepasado los límites del reino del sexo, pasó al de las matemáticas; era un estado paranoico. Buscaba oportunidades para verla; la acechaba y esperaba oculto, como un ladrón de caminos, suplicaba, amenazaba, usaba con ella de la fuerza física y, siempre, siempre era rechazado. La cosa había llegado a tal punto que, si ella hubiera aceptado sus requerimientos repentinamente, él se hubiera sentido paralizado o quizá muerto porque se le habría privado de un impulso motor, de su impulso elemental para vivir. Sin embargo, comprendía que si no lograba pronto sus favores, se volvería loco o se declararía imbécil públicamente.

Al poco tiempo, su obsesión asumió la magia de los números. Había fracasado dos veces: a la tercera el éxito tenía que coronar su empresa o se derrumbaría todo el sistema cósmico, arrastrándolo aullante hacia la oscuridad donde no había oscuridad, hacia la muerte donde no había muerte. Siendo turco por naturaleza e inclinación, se estaba transformando también en oriental. Estaba seguro de que su número tenía que salir del fichero y por el hecho de no salir, lo estaba convirtiendo en un idiota.

Por las noches soñaba con ella, confundía a otras mujeres con ella y a otras voces femeninas con la suya; se le veía rondando por la rectoría y sus alrededores a todas horas, harto preocupado para entrar allí donde pudiera conversar razonablemente con las personas razonables. Algunas veces el pastor, paseando ancho y ajeno, sumido en sus sueños, lo rozaba con sus ropas negras al pasar por oscuros y ocultos rincones, y a veces, solía encontrarlo en los lugares más inesperados, sin demostrar sorpresa.

—¡Ah, señor Jones! —exclamaba en aquellas ocasiones, mirándolo como un elefante desconcertado—. Buenos días.

—Buenos días, señor —respondía humildemente, con los ojos fijos en la casa.

—¿Ha salido usted a dar un paseo?

—Sí, señor. Sí, señor —y caminaba presuroso en dirección opuesta a la que llevaba el pastor mientras éste, entrando en su sueño, seguía su camino.

Emmy le había contado todo a la señora Mahon, empleando un tono de disgusto.

—¿Por qué no se lo dices a Joe o por qué no dejas que yo se lo diga? —preguntó ésta.

Emmy levantó las narices, sintiéndose repentinamente fuerte.

—¿Para qué aplaste a ese gusano? No. Yo me ocuparé de él. Me gusta resolver mis asuntos.

—Apuesto a que siempre los resuelves bien.

Y Emmy contestó, sonrojándose:

—A mí me parece que sí.

Abril se había transformado en mayo.

Días claros y días húmedos en los que la lluvia corría con sus lanzas de plata sobre el césped, en que la lluvia se destilaba hoja por hoja, mientras los pájaros cantaban en la silenciosa penumbra verde y mojada, se hacían el amor, construían nidos y todavía cantaban; en que la lluvia se hizo lenta y monótona y fina como el dolor de una jovencita que sufre tan sólo por el dolor en sí.

Desde hacía varios días Mahon apenas se levantaba del lecho. Se le había comprado una cama con ruedas y en ella yacía horas enteras, a veces dentro de la casa, a veces en la terraza alumbrada por las llamas invertidas de la viscaria, mientras Gilligan leía. Ya habían conquistado el antiguo imperio de Roma y ahora nadaban en los tediosos encantos de las «Confesiones» de Rousseau, para contento de Gilligan, que disfrutaba de aquellas lecturas como un niño.

Contados vecinos bondadosos vinieron a informarse sobre la salud del muchacho: el especialista de Atlanta hizo el viaje una vez porque se le avisó y otra por iniciativa propia, quedándose a charlar, como un amigo de la casa, dirigiéndose siempre a Gilligan como a un colega, llamándole doctor y hablando seriamente con la señora Mahon. Cuando se fue, ésta descubrió que ambos se apreciaban profundamente. El doctor Gary vino también una o dos veces, los insultó con sus modales rudos y se fue, fumando sus largos cigarrillos hechos a mano. La señora Mahon y el doctor Gary no se miraban con buenos ojos. El pastor apenas hablaba, puesto que siempre estaba soñando; su cabello se volvió completamente blanco, y su rostro, completamente gris; no era feliz ni desdichado, no protestaba, pero tampoco estaba resignado.

—Esperemos hasta el mes próximo. Para entonces estará más fuerte. Este es un mes muy pesado para los enfermos e inválidos. ¿No te parece? —preguntaba a su nuera.

—Sí —solía responder ella, tomándolo del brazo y mirando con él hacia el mundo verde, hacia la dulce, dulce primavera—. Sí, sí, sí.

6

Era una sencilla tarjeta postal, de esas que se compran por un centavo con sello y todo. Las oficinas de Correos proporcionan gratuitamente el material de escritura.

>

«Recibí tu carta. Escribiré después. Da mis recuerdos a Gilligan y al teniente Mahon».

Julián

Mahon estaba durmiendo en la terraza y los otros tres se hallaban sentados alrededor del árbol, en el jardín, mirando la puesta del sol. Hubo un momento fascinante, cuando el disco rojo medio oculto por el horizonte quedó cortado, como una rebanada de queso, por el enrejado de madera que sostenía la viscaria y se vio a los capullos y las flores, perdido el calor, agitándose como un millar de minúsculas campanas en la agonía de la tarde. Muy pronto haría su aparición sobre la punta del álamo la estrella vespertina, a manera de punto de exclamación; la estrella inmaculada e inefable y el álamo, vano como una mujer joven, continuaría su éxtasis apasionado y suspendido para siempre, en la oscuridad. La mitad de la luna era una moneda rota desechada; cerca del cenit y en el extremo del prado las primeras luciérnagas semejaban chispas lentamente aventadas por el viento desde una hoguera fría. Una mujer negra que pasaba por la calle iba rezongando una melodía religiosa, dulce, desapasionada, triste.

Los tres se hallaban sentados bajo el árbol, hablando quedamente. El césped se estaba tiñendo de gris por el rocío y a través del cuero de los zapatos se sentía la humedad de la noche. Inesperadamente, Emmy apareció corriendo por la esquina de la casa, saltó sobre el sendero de piedrecillas pálidas, subió de un brinco los escalones y entró en la casa como una saeta.

—Pero qué es lo... —empezó a decir el pastor, cuando los tres vieron a Jones, como un sátiro gordo, que saltaba por el mismo camino que había seguido Emmy, pero muy lejos de ella.

Al ver al grupo detuvo inmediatamente su carrera y se fue acercando al árbol arrastrando los pies y balanceándose como siempre. Sus ojos amarillos se habían hecho opacos y ahora aparecían perfectamente tranquilos, pero Margaret notó los jadeos de su respiración. Atragantándose para no echarse a reír, pudo al fin hallar su voz:

—Buenas tardes, señor Jones.

—Oiga —exclamó Gilligan con tono de curiosidad—. ¿Qué demo...?

—¡Calla, Joe! —interrumpió la señora Mahon.

Los ojos de Januarius Jones, claros, amarillos, obscenos, madurados en el pecado como los de un chivo, vagaban sobre el grupo.

—Muy buenas tardes, señor Jones —dijo el pastor percatándose súbitamente de su presencia—. ¿Paseando de nuevo?

—Corriendo —corrigió Gilligan, y el pastor miró sorprendido a los dos.

La señora Mahon le indicó una silla vacía.

—Siéntese, señor Jones. Me imagino que debe de estar muy cansado.

Jones miraba de continuo hacia la casa, pero haciendo un esfuerzo apartó sus ojos de la puerta de entrada y fue a sentarse donde le indicaban. El mimbre crujió bajo su peso y él se levantó cargando con la silla para darle vuelta de manera que, sentado en ella, pudiera ver la casa.

—Oiga —repitió Gilligan—. ¿Qué estaba haciendo?

Jones le lanzó una ojeada breve y pesada.

—Corría —repuso con frialdad.

—¿Estaba corriendo? —preguntó el pastor.

—Eso ya lo sé —repuso Gilligan—. Lo he podido ver desde aquí. Lo que quiero saber es por qué estaba corriendo.

—¿Quiere adelgazar? —inquirió la señora Mahon con tranquila malicia.

La mirada amarilla de Jones se posó sobre ella, fría y pesada. La penumbra se concentraba rápidamente alrededor del árbol. El inesperado visitante era una masa deforme vestida de claro.

—Sí, estaba corriendo para enflaquecer, pero no para cansarme.

—No estoy muy segura de que sea así —replicó ella—. Un noviazgo de esa naturaleza le dejaría a usted en los huesos muy pronto.

—Sí —intervino Gilligan—. Si ésta es la única manera que usted emplea para conseguir esposa, le recomiendo que busque otra que no sea Emmy. Se necesita mucha rapidez para alcanzarla. Es decir —agregó—, si piensa cortejarla a pie.

—¿Qué sucede? —preguntó el pastor.

—Tal vez el señor Jones estaba simplemente inspirándose para escribir un poema. Quería vivirlo antes, ¿comprenden? —La señora Mahon ofreció esta salida a Jones, pero él se limitó a mirarla con agudeza—. ¿Atalanta? —preguntó entre las sombras...

—¿Atalanta? —repitió Gilligan—. ¿Qué...?

—La próxima vez pruebe con una manzana, señor Jones —aconsejó ella.

—O con un puñadito de sal, señor Jones... —agregó Gilligan afinando la voz.

Luego, con su voz natural:

—Pero ¿qué tiene que ver Atalanta con...?

—O con una cereza, señor Gilligan —interrumpió Jones perversamente—. Pero es que yo no soy Dios, ¿saben ustedes?

—¡Cállese! —dijo Gilligan muy serio.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar el pastor, y Jones, volviéndose hacia él, trató de explicarle:

—Sucede, reverendo, que el señor Gilligan está bajo la impresión de que su astucia mental es de tanta importancia para mí como mis acciones son de importancia para él.

—No. Conmigo, no —protestó Gilligan con calor—. Usted y yo no compartimos pensamientos sobre nada.

—¿Por qué no habría de ser así? —inquirió el pastor—. Es natural creer que las acciones y los pensamientos de uno son tan importantes para los demás como lo son para uno mismo; ¿me equivoco?

Gilligan decidió concentrar toda su atención en el asunto, que se estaba complicando demasiado para su entendimiento. Pero Jones era algo demasiado tangible y ya lo había elegido como blanco de todo lo malo que pudiera suceder.

—Naturalmente —concedió éste con aire protector—. Es evidente que existe una hermandad entre los instrumentos que usa la humanidad en sus acciones, sus pensamientos y sus emociones. Napoleón (pensaba que sus acciones tenían mucha importancia, Swift consideraba muy importantes sus emociones y Savonarola estaba convencido de que sus creencias eran importantísimas. Los tres tenían razón. Aquí entra en discusión el señor Gilligan.

—¡Eh! —comenzó diciendo el aludido.

—Muy bien expuesto, señor Jones —murmuró la señora Mahon por encima del triángulo sugerido por su cuello y sus puños blancos—. Un soldado, un pastor y un dispéptico.

—Oigan —volvió a decir Gilligan—. ¿Quién es ese Swift? Ahí es donde se me ha perdido el hilo.

—De acuerdo con sus propias declaraciones, Swift es el señor Jones —dijo la señora Mahon—. Tú, Joe, eres Napoleón.

—¿Así que éste es Swift? Pues no se ha mostrado muy ligero para atrapar a la muchacha. ¡Qué manera de correr detrás de Emmy! Oiga: debería comprarse una bicicleta.

—Ahí tiene su respuesta, señor Jones —dijo el pastor, y el aludido miró la indistinta figura de Gilligan con impaciente desprecio, como habría podido mirar un noble espadachín a un lerdo campesino que lo hubiera desarmado con una horquilla.

—Eso le sucede por asociarse con el clero —manifestó exasperado.

—¿Qué pasa? —preguntó Gilligan—. ¿He dicho alguna barbaridad?

La señora Mahon se inclinó y le apretó el brazo con cariño.

—No, Joe. No has dicho ninguna barbaridad; al contrario, has estado muy bien.

Jones gruñó algo inaudible en la oscuridad.

—A propósito —dijo luego—. ¿Cómo está hoy su esposo?

—Igual que siempre, gracias.

—¿Soporta bien la vida matrimonial como era de esperarse? —Ella ignoró esta observación. Gilligan le estaba contemplando con muchas ganas de propinarle una bofetada en la primera ocasión que se presentara. Él prosiguió hablando—: ¡Lástima! ¡Usted que había esperado tan grandes cosas del matrimonio! Lo creía una especie de milagroso rejuvenecimiento, ¿no es cierto?

—Vale más que calle —advirtió Gilligan—. ¿Qué diablos quiere decir con todo

esto?

—Nada, señor Galahad, absolutamente nada. Sólo hacía una pregunta amable... Lo cual demuestra que cuando un hombre se casa, no termina con sus molestias cotidianas, ¿verdad?

—Entonces usted no tiene por qué preocuparse por sus molestias cotidianas —replicó Gilligan con tono exasperado.

—¿Qué?

—Que si usted no tiene mejor suerte que en los dos intentos que yo conozco...

—Vamos, Joe, para uno de sus fracasos tiene una buena excusa —terció la señora Mahon.

Los dos hombres miraron hacia el sitio de donde venía su voz. El cielo estaba palpitando entre una luz quieta y dispersa que no proyectaba sombras, y las ramas de los árboles estaban rígidas, como los corales en el fondo de un mar poco profundo y sin mareas.

—Sí —prosiguió diciendo la señora de Mahon—, porque el señor Jones dice que hacerle el amor a la señorita Saunders resulta epiceno.

—¿Epiceno? ¿Qué diablos es eso?

—¿Se lo digo, señor Jones, o se lo dice usted?

—Dígaselo usted, ya que ésa era su intención desde un principio.

—Epiceno es algo que se quiere y no se puede conseguir, Joe. Jones se levantó violentamente.

—Si me lo permiten, me retiro. ¡Buenas noches!

—Es claro —repuso Gilligan con presteza y levantándose también—. Voy a acompañarle hasta la puerta del jardín. Tengo miedo que se equivoque y vaya a parar a la cocina. Es posible que Emmy también sea una de esas epicenas.

Sin apresurarse, al parecer, Jones desapareció repentinamente de vista. Gilligan fue en pos suyo. Jones, oyendo sus pasos, se volvió en la penumbra y Gilligan saltó sobre él.

—Ten la seguridad —dijo alegremente— de que recibes esta tunda como consecuencia de haber querido jugarle una mala pasada al buen predicador.

Cuando los dos cayeron abrazados al suelo, estaban jadeantes.

Rodaron un rato por tierra y el codo de Jones le pegó con fuerza debajo del mentón. Entonces se puso de pie, y Gilligan, chupándose la lengua mordida, saltó en su persecución.

Pero Jones mantuvo su ventaja.

—Alguna le habrá enseñado a correr —gruñó—. Creo que habrá practicado mucho con Emmy. Quisiera ser ella ahora, bueno, hasta que lo agarre.

Jones, ocultándose en las paredes de la casa, se adentró por el jardín de rosas y se metió tras las matas. Gilligan, siguiéndolo, dobló por la esquina y entró también en el

jardín donde estaba oculto su enemigo, pero no vio nada. Las rosas se mecían quietamente ante la inminencia de la noche y los jacintos balanceaban sus pálidas campanas esperando otro día. La penumbra era un sueño de tiempo detenido, que un pájaro trataba de deshacer y, por doquier, las flores se echaban a dormir aguardando la mañana. Pero Jones había desaparecido.

Todavía se detuvo a escuchar en el sendero de piedrecillas pálidas, entre el perfume de las rosas, viendo la moneda rota de la luna que adquiría mayor brillo contra el cielo indiferente. Maldiciendo, para acallar su respiración agitada, escuchó. No oía nada. Luego inició una búsqueda sistemática espantando a las luciérnagas de cada arbusto que pudiera servir de escondrijo y no dejó una planta sin revisar. Pero Jones se había esfumado; las anchas manos de la penumbra se lo habían llevado tan limpiamente, como las manos del prestidigitador hacen desaparecer un conejo dentro de un sombrero de copa.

Quedó parado en medio del jardín, maldiciendo en voz alta para que le oyera, si es que andaba por allí cerca. Luego, muy lentamente, volvió a la casa, envuelto en la violeta luz crepuscular. Pasó ante la casa oscura, donde Emmy se hallaba ocupada en sus quehaceres, y en la esquina de la terraza se detuvo a contemplar al arbolillo que temblaba extático, arremolinando sus hojas para lanzarse hacia el cielo. Mahon dormía en su cama movable y la noche se tendió sobre el jardín como un barco de velas color cera, soñando sobre el mundo.

Las sillas ya no eran sillas, sino manchas deformes bajo el árbol, y la presencia de la señora Mahon se insinuaba únicamente por la sombra menos densa de su cuello y sus puños. Al acercarse, pudo ver confusamente al pastor, inclinado en el sueño, y distinguió también el vestido oscuro de ella modelando vagamente su cuerpo largo contra el gris claro de la lona de su silla. Su cara estaba pálida, más pálida que de costumbre. El cabello le formaba en las sienes dos alas negras que la hacían volar hacia la noche. Cuando llegó a su lado, levantó la mano.

—Está durmiendo —dijo, y Joe, silenciosamente, fue a sentarse junto a ella.

—Se ha escapado el muy ladino —dijo exasperado.

—Lástima. Te deseo mejor suerte la próxima vez.

—Desde luego puedes estar segura de que habrá una próxima vez tan pronto como vuelva a verlo.

La noche había llegado. La luz, toda la luz, salió del mundo y dejó quietas a las hojas. La noche había llegado, pero no del todo; el día se había ido, pero no del todo. Sus zapatos estaban mojados por el rocío.

—Ha dormido durante largo tiempo —dijo ella rompiendo el silencio—. Tendremos que despertarlo para la cena. Gilligan se movió, haciendo crujir la silla de mimbres y, mientras ella hablaba todavía, el pastor se irguió repentinamente y abandonó el asiento.

—Espera, Donald —dijo alargando una mano hacia la noche y, con presteza femenina, se alejó caminando por el prado hacia la casa envuelta en las más densas sombras.

—¿Qué ha sido eso? ¿Ha llamado Donald?

Los dos hablaron al mismo tiempo, impulsados por el mismo presentimiento. Se irguieron en sus sillas como si fueran a levantarse y quedaron mirando hacia la casa, luego observaron mutuamente sus rostros indistintos.

—¿Has dicho tú algo?

La pregunta quedó flotando entre ellos, en la oscuridad, y la estrella vespertina floreció milagrosamente sobre la punta del álamo. El árbol juncal parecía una apasionada Atalanta coronada de follaje, que depositara su manzana de oro sobre el cielo.

—No. ¿Has dicho tú algo? —repuso él.

—Estaba soñando —explicó la señora Mahon.

—Sí —confirmó Gilligan—. Estaba soñando.

8

Donald Mahon yacía plácidamente en su cama movible, consciente de la primavera invisible y olvidada, del verde que invadía el mundo no recordado ni olvidado. Al poco tiempo, la nada en que vivía lo envolvió de nuevo, pero no completamente. Era como un mar al que no podía entrar del todo, pero del que tampoco podía desprenderse por entero. El día se había hecho tarde y la tarde crepúsculo y noche inminente; la noche, como un barco de velas color cera, soñaba oscuramente con el mundo navegando hacia la oscuridad. De repente descubrió que estaba pasando de un mundo oscuro, en el que había vivido tanto tiempo que ya no podía recordar, hasta un día luminoso que había pasado ya, que ya había sido gastado por los que vivieron, lloraron y murieron; pero así, recordándolo, aquel día fue suyo solamente; el único trofeo que había podido arrancar al tiempo y al espacio. *Per ardua ad astra*.

«No creía que pudiera cargar tanto combustible», pensó con una ubicuidad sin sorpresa, mientras dejaba atrás una oscuridad que no recordaba por un día, su día, su día familiar, que se estaba aproximando al mediodía. «Deben de ser las diez de la mañana, porque el sol está casi encima de mi cabeza a varios grados detrás de mí, porque puedo ver la sombra de mi cabeza cortando en dos, familiarmente, la mano que maneja la palanca de control. También veo la sombra del marco de la cabina que sostiene la mica del parabrisas posterior, sobre mis piernas, mientras el sol cae directamente sobre mi otra mano, que yace inútil sobre el borde del fuselaje». Incluso la deteriorada ala inferior estaba parcialmente cubierta por la sombra del ala superior.

«Sí, deben de ser las diez», se dijo con un agradable sentido de familiaridad. Muy pronto tendría que ver el reloj y saber exactamente qué hora era, pero ahora... Con la pericia que da la práctica y la costumbre, oteó el horizonte con una sola mirada breve, abarcando de paso la bóveda del cielo, inclinándose ligeramente para ver hacia atrás. Todo limpio. No había señales del enemigo. Las únicas naves visibles estaban muy lejos, hacia la izquierda —algún grupo de aviones de observación o aparatos de combate, haciendo ejercicios de artillería; una mirada experta reveló un par de aviones de patrulla que volaban por encima de ellos y sabía que, sobre éstos, volaban otros dos aviones de patrulla.

«No estaría de más echar una mirada», pensó, sabiendo instintivamente que eran alemanes, calculando *in mente* si podría o no llegar a terreno seguro antes de que le vieran y a tiempo para que las patrullas protectoras lo ampararan. «No, creo que no», se dijo por fin. «Mejor será que regrese. El combustible escasea», determinó fijando la mirada en la aguja de su compás.

Frente a él y a la derecha, lejos, lejos, lo que había sido Ypres parecía una grieta sangrienta en una vieja llaga; alrededor había otras llagas brillantes, violáceas, como las que aparecen en un cadáver al que no permiten que acabe de morir... Pasó por encima de las llagas, solitario y remoto como una gaviota.

Entonces, repentinamente, un viento helado pasó sobre él. «¿Qué será?», se preguntó. Era que el sol había sido repentinamente velado. Sin embargo, el mundo a sus pies estaba vacío, y el cielo, lleno de la perezosa luz de la primavera. Pero no obstante, el sol que había caído directamente sobre él, había sido eliminado como por una mano que limpiara el firmamento. En el momento en que se dio cuenta de esto, maldiciendo su estupidez, se dejó caer en picado, inclinándose un poco hacia la izquierda. Cinco cuerdas de vapor pasaron entre los aviones más altos y los más bajos, apuntando todas a su cuerpo; después dos golpes precisos en la base del cráneo y la visión le fue arrebatada como si alguien hubiera oprimido un botón con ese fin. Su mano, guiada por la práctica, alzó la máquina y su misma mano, temblando entre las palancas, halló el botón de la ametralladora. Desde las sombras disparó hacia la suave mañana vibrante y veteada ante la inminencia del mes de marzo.

Su vista relampagueó de nuevo, como si fuera una lámpara eléctrica con los contactos flojos; vio una serie de agujeros perforando el fuselaje de su aparato, como una viruela maravillosa, y mientras se elevaba más y más, disparando la ametralladora hacia el cielo, una de las carátulas del tablero de instrumentos estalló con un chasquido breve. Sintió el fuego en su mano, vio abrírsele el guante, vio sus huesos desnudos. Después, la vista falló otra vez y se sintió sacudido y lanzado, cayendo, cayendo hasta que repentinamente un cinturón le apretó el abdomen. Entonces notó que algo le roía su hueso frontal, como ratones que mordieran y desmoronaran.

«Te romperás los malditos dientes si te caes ahí», se dijo abriendo los ojos.

El rostro de su padre colgaba sobre él en la penumbra, como el de un César asesinado.

Conoció de nuevo la visión y supo de una nada inminente más profunda que cualquier otra de las que había conocido, mientras admiraba la noche, como un barco con velas color cera entre la tormenta, navegando por encima del mundo, poniendo lentamente la proa hacia un mar inconmensurable.

—Así fue como sucedió —dijo mirándolo.

Capítulo 9

1

Sexo y muerte: la puerta principal y la puerta posterior del mundo. ¡Cuán indisolublemente están asociados en nosotros! En la juventud nos elevan por encima de la carne; en la vejez nos reducen otra vez a la carne: uno para engordarnos, la otra para desollarnos, para darnos a los gusanos. ¿Cuándo se responde mejor y más rápidamente a los impulsos sensuales que durante las épocas de hambre, peste, incendio, inundación y guerra?

Jones, vagando a solas por la calle, divisó por fin la costa libre. (Primero, había pasado una guardia uniformada, guiada por un subalterno con tres «V» de plata sobre el brazo y un cometa «boy scout» que había proporcionado el joven ministro bautista, un derviche con ojos de fuego, y que había estado ensayando en el Y. M. C. A).

Entonces, gordo y arrogante como un gato, se introdujo silenciosamente por la verja del jardín.

(El último de los automóviles se alejaba lentamente por la calle y la plebe, reunida por curiosidad —la ciudad debería elevar un monumento a Donald Mahon, con las efigies de Margaret Mahon-Powers y Joe Gilligan sirviendo de cariátides—, incluyendo a los borrachos consuetudinarios y a los pilluelos negros y blancos, entre los que se encontraba el joven Robert Saunders, que había venido para provocar la ira del joven corneta, comenzaron a dispersarse).

Todavía como un gato, Jones subió los escalones de la terraza y se metió en la desierta casa. Sus ojos, amarillos como los de un chivo, quedaron vacíos de toda expresión, cuando se detuvo a escuchar. Luego, caminó con tranquilidad hacia la cocina.

(La procesión avanzaba con mucha lentitud por la plaza. La gente del campo, que había venido a la ciudad de compras, se detenía para mirar, indiferente; los mercaderes, los doctores y los abogados, salían a las puertas y a las ventanas para curiosear; los padres de la ciudad, dormitando en el patio del Palacio de Justicia, como ya habían sobrepasado al sexo y habían llegado al punto en que la muerte cuidaba de ellos en vez de preocuparse ellos por la muerte, despertaron, miraron y volvieron a dormir. En una calle, entre caballos y mulas uncidas a los vagones, pasó la procesión hacia otra calle bordeada por miserables tiendas de negros y oscuros talleres. Allí estaba Lush, muy tieso, haciendo el saludo militar mientras pasaba. «¿Qui'es, Lush?». «El señor Donald Mahon». «¡Bueno! ¡Jeesús, uno u otro día iremos todos por ese camino! ¡Todos los caminos llevan al cementerio!»).

Emmy estaba sentada frente a la mesa de la cocina, tenía la cara apretada entre los

brazos, que apoyaba de codos en la madera dura, dejando que sus manos formaran un dosel al unirse sobre su cabello. No sabía cuánto tiempo hacía que estaba sentada en la misma posición, pero tenía noción de haber oído que se lo llevaban de la casa y recordaba que había puesto las manos sobre las orejas para no escuchar. Sin embargo, había oído, a pesar de tener cerradas las orejas a los sonidos inútiles, ensordecedores, horriblemente desconcertantes: el roce apagado de los pasos tímidos, el golpe sordo de la madera contra la madera, los pasos que al alejarse dejaban tras sí un olor insoportable de flores podridas —como si las mismas flores, oyendo rumores de muerte, se corrompieran—, toda la intolerable ceremonia que se lleva a cabo para disponer de la carroña humana. Lo había oído todo, pero no pudo oír a la señora Mahon hasta que le tocó el hombro. (Yo hubiera podido curarlo si lo hubieran dejado que se casara conmigo y no con ella). Levantó su rostro hinchado, porque no podía llorar. (Si tan sólo pudiera llorar. Tú eres mucho más bonita que yo, con tu cabello negro y la boca pintada. Por eso fue).

—Vamos, Emmy —dijo la señora Mahon.

—¡Déjame tranquila! ¡Vete! —respondió con ferocidad—. ¡Tú lo has matado; entiérralo ahora!

—A él le hubiera gustado que fueras a acompañarlo, Emmy —pronunció suavemente.

—¡Vete y déjame en paz! ¡Te digo que te vayas!

Dejó caer su cabeza entre sus brazos, que no la sostuvieron, y golpeó la mesa con la frente...

No quedó ningún otro ruido en la cocina más que el del reloj. Vida, muerte, vida, muerte, vida, muerte, vida, muerte. Por los siglos de los siglos. (¡Si tan sólo pudiera llorar!). Escuchaba el gorjeo de los gorriones e imaginaba que podía ver las sombras alargándose sobre el césped. «Pronto será de noche», pensó, recordando otra noche, hacía mucho, mucho tiempo, la última noche que viera a Donald, su Donald —no, ése que ha muerto!— y que había dicho: «Ven aquí, Emmy», y ella había ido. Su Donald había muerto hacía mucho, mucho, mucho tiempo... El reloj seguía murmurando: vida, muerte, vida, muerte. En sus mejillas sentía un endurecimiento frío, como un lienzo húmedo en el invierno. (La procesión se movía bajo arcos de letras metálicas. Descansa en Paz, en modelada repetición. Nuestro lema es uno para todos los cementerios, un solo cementerio para todos en el país. De lejos siguiendo el cortejo, había dedos de sol metidos entre los cedros; las palomas se mostraban frías y desapasionadas entre los muertos).

—¡Vete! —repitió Emmy al sentir que la tocaban de nuevo en el hombro y creyendo que había soñado—. ¡Ha sido un sueño! —pensó, y el endurecimiento frío de su mejilla desapareció, dejándola aliviada y convirtiéndose en lágrimas. Era Jones el que la había tocado en el hombro, pero cualquiera que se hubiera acercado a ella en

aquel momento, habría conseguido lo mismo. Se volvió hacia él impulsada por la pasión del llanto, abrazándose a su pecho.

(Yo soy la Resurrección y la Vida, dijo el Señor...).

La mirada amarilla de Jones la envolvía en ámbar, notando su cabello descolorido por el sol y el hueso de su nuca saliente y brillante y la cadera aplanada que sostenía como un pilar la reciedumbre de la espalda sacudida por el llanto. (Cualquiera que crea en Mí, aunque estuviera muerto...). «¡Dios mío! ¿Cuándo acabará de llorar? Primero me moja los pantalones y ahora la americana. Esta vez tendrá que secármela o se las verá conmigo».

(...vivirá. Y quienquiera que viva en Mí y que crea en Mí, no morirá jamás...).

Los sollozos de Emmy cesaron; la sensación de languidez y cálida dicha, el vacío, el reposo, la llenaban por entero y no se inmutó en lo más mínimo cuando Jones le alzó la cara y la besó.

—Vamos, Emmy —dijo levantándola por los sobacos.

Se puso de pie obediente, recostándose contra su pecho, tibia y vacía, y él la condujo a través de la casa solitaria, escaleras arriba, hacia su habitación. Fuera de la ventana, la tarde se convirtió súbitamente en lluvia, sin previo aviso, sin rumor de vientos ni sonidos de trompetas que la anunciaran.

(El sol se había ido, se había recogido, tan rápidamente como la nota de un usurero, y las palomas quedaron en silencio o se fueron volando a otro campanario. El joven «boy scout», que había enviado el derviche bautista, se puso la cometa entre los labios, llevando el compás con el pie).

2

—¡Eh, Bob! —gritó una voz familiar, la de un compañero—. Vamos adonde Miller. Se está jugando fuerte por allí.

Miró a su amigo sin responder siquiera al saludo, y su expresión era tan singular que el otro preguntó:

—¿Por qué tienes esa cara? ¿No estás enfermo, verdad?

—No tengo por qué jugar si no quiero jugar, ¿no es cierto? —contestó Bob inesperadamente acalorado.

Siguió caminando mientras el otro muchacho se le quedaba mirando con la boca abierta, hasta que él también se volvió y echó a andar en dirección contraria, deteniéndose una o dos veces para mirar hacia atrás, preguntándose por qué su amigo se había vuelto tan raro. Luego siguió caminando hasta perderlo de vista y se olvidó de él.

¡Qué extrañas se veían las cosas! Aquella calle, aquellos árboles familiares. ¿Era aquella la casa donde estaban su padre y su madre, donde había vivido Sis, donde él

comía y dormía, cobijado con seguridad y solidez, donde la oscuridad era benigna y dulce para el sueño? Subió los escalones de piedra y entró con el anhelo de ver a su madre. Pero no estaba porque todavía no había regresado de... Se asombró al verse corriendo por el amplio salón hacia una voz que se elevaba en reconfortante cántico. Allí estaba una amiga, monumental como una montaña, dentro de su percal azul, con sus nalgas elefantinas ondulando graciosas como el último coche de un tren, mientras se removía entre la mesa y la estufa.

Interrumpió su canción dulce y monótona, exclamando:

—¡Que Dios bendiga a mi dulce niño! ¿Qué sucede?

Pero él no lo sabía. Simplemente se abrazó a sus voluminosas y reconfortantes enaguas en un arranque de irrefrenable tristeza, mientras ella se limpiaba en un trapo los restos de masa de bizcochos que tenía en las manos. Después lo tomó en sus brazos fuertes y negros, sentándose con él en el regazo, sobre una silla dura, meciéndose hacia atrás y hacia delante y reteniéndole contra los globos de sus pechos, hasta que su fiebre de llanto se calmó.

Fuera de la ventana, la tarde se convirtió súbitamente en lluvia, sin previo aviso, sin rumor de vientos ni sonidos de trompetas que la anunciaran.

3

No había nada de violento en aquella lluvia. Era gris y serena como una bendición. No por ella dejaron de cantar los pájaros y el occidente siguió tiñéndose de oro húmedo.

El pastor, con la cabeza desnuda, caminaba lentamente, ajeno a la lluvia y a las gruesas gotas que caían de los árboles, al lado de su nuera. Cruzando el jardín en dirección a la casa subieron los escalones de piedra y juntos pasaron bajo el ventanal de cristales mortecinos en forma de abanico. En el salón se detuvo, dejando que el agua resbalara por la cara y ropas, cayendo al suelo con una serie de sonidos breves. Ella lo tomó del brazo y lo condujo al despacho y hacia su silla giratoria frente al escritorio. Se sentó obediente y ella extrajo el pañuelo del bolsillo interior de su gruesa americana negra y enjugó la lluvia que retenían sus sienes y rostro. Él la dejaba hacer, buscando su pipa a tientas.

La mujer le miró mientras derramaba tabaco sobre el escritorio, tratando de llenar la cachimba hasta que se la quitó de las manos sin decir nada.

—Pruebe esto. Es más sencillo —dijo alargándole un cigarrillo que había extraído del bolsillo de su vestido. Se acercó a él para ponérselo en la boca—. ¿Nunca había fumado ninguno?

—¿Eh? ¡Oh! Muchas gracias. Nunca se es demasiado viejo para aprender, ¿eh?

Ella misma se lo encendió, y rápidamente fue al comedor para traer un vaso.

Arrodillándose al lado del escritorio, abrió un cajón tras otro hasta encontrar la botella de whisky. Él parecía haberse olvidado de ella, hasta que sintió el frío cristal del vaso en su mano.

Entonces la miró desde el fondo de una profunda angustia, y ella se dejó caer confiada en el brazo de la silla giratoria, obligándolo a que apoyara la cabeza sobre su pecho. El anciano tenía el vaso en una mano y en la otra el cigarrillo, que dejaba escapar una columna de humo. Transcurrieron algunos minutos hasta que cesó la lluvia y quedaron las gotas de los árboles sumándose al húmedo silencio, espaciándolo, y el sol, rompiendo a través del occidente la cortina de nubes, echó una última mirada sobre la tierra antes de ocultarse.

—De manera que te irás —dijo él por fin, repitiendo su no anunciada decisión.

—Sí —respondió ella acariciándole los hilillos blancos de la cabeza.

4

Ante ella, en rápida pendiente, bajaba la colina cruzada por las luciérnagas. Abajo, entre los árboles oscuros, había agua y hacia allí se dirigió Emmy, descendiendo lentamente para que las altas hierbas mojaran su vestido y prendieran sus faldas.

Bajó y bajó, encontrándose de pronto entre árboles que, si ella se movía, temblaban por encima de su cabeza, como barcas oscuras que navegaban por el río lleno de estrellas del cielo, dejando que las aguas divididas se unieran de nuevo detrás de ellas, sin una arruga. La laguna brillaba siniestramente en la oscuridad: árboles y cielo sobre ella, cielo y árboles detrás de ella. Se sentó sobre la tierra mojada, viendo la luna a través de las ramas, observándola mientras aumentaba su brillo en el cielo, cada vez más oscuro. Un perro la había visto y aulló; un aullido prolongado y ronco que se extendía limpiamente por el silencio de la colina, pero que al mismo tiempo parecía quedarse en ella como el rumor de una lejana desesperación.

Los troncos de los árboles bebían la luz de la luna y el agua robaba trozos enteros. Casi podía imaginarse que lo veía al otro lado del estanque, con ella a su lado; inclinándose sobre el agua, casi era posible verlo junto a ella; sus dos cuerpos rápidos, alargados, desnudos, pasando por encima del agua y brillando heridos por la luna.

Empezó a sentir la tierra introduciéndose por la ropa, contra sus muslos, su vientre y sus codos... El perro aulló de nuevo, sin esperanza, y su aullido fue muriendo, muriendo en la lejanía... Después se levantó lentamente, sacudiendo el mojado vestido y pensando en el largo camino que tenía que recorrer para volver a la casa. Mañana era día de lavado.

—¡Maldita sea! —lamentó la viuda de Mahon mirando el tablero del horario de trenes.

Gilligan, acomodando en el andén las maletas de cuero, preguntó escuetamente:

—¿Tarde?

—Treinta minutos. ¡Qué mala suerte!

—Bueno. No tiene remedio. ¿Quieres regresar a casa y esperar?

—No, no quiero. No me gustan las partidas frustradas. Búscame el billete, por favor.

Le dio su bolso y se puso de puntillas para ver su reflejo en el vidrio de una ventanilla, ajustándose el sombrero.

Después echó a andar a lo largo del andén, para admiración de esa multitud de curiosos que siempre se encuentran en las estaciones ferroviarias de cualquier rincón de los Estados Unidos, pese a que la propaganda continental haya creado la ilusión de que los norteamericanos siempre están trabajando.

La libertad se produce por la decisión; nunca espera inmóvil. La señora Mahon se sentía mucho más libre, más en paz consigo misma que durante toda su vida anterior. «Pero no quiero pensar en eso», se dijo deliberadamente. «Es mejor ser libre, limpia y sencillamente, sin meterse ideas en la cabeza y en el subconsciente. Sentirse consciente de algo crea una comparación, un lazo con la antítesis. Lo mejor es vivir en un sueño sin llegar a realizarlo, pues de lo contrario se llega a la saciedad. O a la tristeza, que es peor. ¿Por qué será? El reverendo Mahon y su sueño; perdido, encontrado, perdido otra vez. Hasta puede tener gracia para algunos. Y Donald, con su cicatriz y su mano tesa, acostado en la tierra caliente, en la tierra tibia y oscura, donde nadie puede hacerle daño y donde no necesita de nada. ¡No hay sueños para él! Aquellos con los que ahora duerme no se ocupan de si su cara es repugnante o no. *Per ardua ad astra...* Y Jones. ¿Cuáles serán sus sueños?».

—Espero que no sean pesadillas —dijo en voz alta. Y uno de los desocupados, escupiendo tabaco, pronunció:

—Sí, señora —con mucho interés.

Gilligan reapareció con el billete.

—Eres un buen muchacho, Joe —dijo recuperando su bolso.

—Ven. Caminemos por el andén —propuso él.

—¿Estarán seguras mis maletas?

—Sí, mujer.

Echó una mirada a su alrededor y luego hizo signos a un negro para que se acercara.

—¡Eh, muchacho!

El negro respondió: «¿Qué desea?», sin moverse de la posición en que se hallaba, reclinado sobre un cable de acero que corría desde el suelo hasta un poste del teléfono.

—¡Levántate, muchacho! Ese blanco te está hablando —dijo uno de sus compañeros, que estaba recostado contra la pared. El muchacho se levantó de su cama estrecha y Gilligan le lanzó una moneda describiendo un arco de níquel.

—Vigila esas maletas hasta que vuelva —le dijo.

—*¡Mu bien ca'tan sior!* —afirmó el muchacho acercándose a las maletas, ante las cuales entró en éxtasis, quedándose inmóvil, tal vez dormido como un caballo.

—¡Qué tipos! —comentó Gilligan—. Siempre hacen lo que se les dice, pero lo dejan a uno sintiéndose mal, con una especie de... de...

—¿Desasosiego? —sugirió ella.

—Eso. Como si uno fuera un niño y con aires de saber hacer las cosas, para indicar que ellos nos cuidarán, aunque uno no sepa cómo ni para qué.

—Eres extraño, Joe. Extraño y bueno. Demasiado bueno para perderte. —Su perfil se recortaba nítidamente contra una puerta abierta hacia la oscuridad de una bodega—. Te estoy dando una oportunidad para que no me pierdas.

Se agarró de su brazo y ambos caminaron lentamente hasta bajar de andén, siguiendo a lo largo de las vías. Los rieles corrían como hilos de acero que fueron estrechándose y perdiéndose en curvas entre los árboles. De haber estado rectos se les hubiera podido ver hasta donde alcanzaba la vista, más allá de donde alcanzaba la vista...

—¿Eh? —preguntó Gilligan caminando a su lado.

—Mira la primavera, Joe, mírala en los árboles: el verano está llegando.

—Sí. El verano está llegando. Tiene gracia, ¿verdad? Yo siempre me sorprendo al descubrir que las cosas ocurren siempre igual, a pesar nuestro. Creo que la Naturaleza sabe demasiado para atreverse a sorprendernos con cosas nuevas, no sea que empecemos a creernos los tipos superiores que siempre hemos querido ser.

Cogida de su brazo, caminaba por encima de un raíl.

—¿Qué clase de tipos crees que somos, Joe?

—No sé a qué clase perteneces..., quiero decir qué clase de mujer te crees y no sé qué clase de tipo creo ser yo, pero te conozco y he tratado de ayudar a la Naturaleza para hacer una buena obra, sin tener mucho éxito en mi empresa.

Cada una de las hojas encerraba gotas de sol, y los árboles parecían incendiarse con el mediodía. Allí había un puentecillo endeble cruzando un arroyo, seguido por un sendero que trepaba por la colina.

—Sentémonos sobre el puente —sugirió ella arrastrándole por las piedras y tambaleándose de tal manera que él tuvo que sostenerla casi en vilo para depositarla

sana y salva sobre el puente—. Fumemos un cigarrillo.

Fue ella la que sacó un paquete de su bolso y él aceptó el cigarrillo, ofreciendo a cambio un fósforo encendido.

—¿Quién ha tenido éxito contigo? —preguntó él.

—¿Quién tiene éxito en este mundo?

—El tooniente, por ejemplo.

—No. Él tampoco. Cuando te casas, eres feliz o infeliz, pero cuando te mueres no eres ni una cosa ni otra: eres nada.

—Es cierto. Ya no tiene que preocuparse por su suerte... Su padre ha tenido suerte sin embargo,

—¿Por qué lo dices, Joe?

—Bueno: si has tenido mala suerte y tu mala suerte pasa, ¿no puedes darte por satisfecho?

—No sé, Joe. No te entiendo muy bien.

—¿Y qué me dices de esa muchacha? El tipo tiene dinero, según me han dicho, y no puede decirse que tenga cabeza. Es una muchacha con suerte.

—¿Crees que está satisfecha? —Gilligan la miró atentamente sin responder—. Piensa en lo mucho que hubiera gozado al enviudar, tan románticamente y tan joven. Te apostaría lo que quieras a que en estos instantes está maldiciendo su suerte.

Gilligan la miraba con admiración.

—Desde niño soñaba con llegar a ser un pájaro —dijo—. Pero, ahora, me gustaría ser una mujer.

—¡Por Dios, Joe! ¿Para qué?

—Ahora, mientras estás en tu papel de sibila, háblame de ese otro pájaro que es Jones. ¿Es un tipo con suerte?

—¿Qué clase de suerte?

—Bueno. Consigue lo que quiere, ¿no es verdad?

—No ha conseguido a la mujer que quiere.

—No, precisamente. Pero, claro, no puede conseguir a todas las mujeres que él quiere. Que yo sepa ha fracasado dos veces. Pero los fracasos no parecen preocuparle. Eso es lo que yo entiendo por suerte. —Sus cigarrillos formaron un arco doble hacia el arroyo, donde se perdieron silbando—. Me parece que la audacia da tan buen resultado como muchas otras cosas con las mujeres.

—¿Quieres decir la estupidez?

—No. Estupidez es la mía. Esa es la razón por la que yo no puedo conseguir a la mujer que quiero.

—Tú no eres ningún estúpido, Joe —dijo poniéndole la mano sobre el brazo—. Pero tampoco eres osado.

—¿Puedes imaginarme tomando en consideración los sentimientos de los demás

cuando ellos tienen algo que yo quiero?

—Yo no puedo imaginarte haciendo algo sin tener en consideración los sentimientos de los demás.

Sintiéndose ofendido, se hizo impersonal.

—Naturalmente, tú tienes derecho a sostener tus opiniones. Pero yo sé que no soy audaz como aquel tipo del cuento, ¿lo conoces?, el tipo que abordó a una mujer en la calle. Ella iba con su marido y éste le pegó. Entonces un transeúnte que vino a ayudarle le dijo: «Merecido lo tiene por molestar a las señoras», y él respondió: «Pero si yo sólo quería preguntar la hora».

La señora Mahon sonrió.

—¿Por qué no intentas hacer lo mismo, Joe?

La miró tranquilamente durante largo rato y ella aguantó su mirada sin parpadear. Al fin se puso de pie y la levantó, rodeándola con sus brazos.

—¿Qué significa esto, Margaret?

No respondió nada, pero le puso las manos sobre los hombros.

—¿No te dice nada esto? —insistió él tocando su boca con la suya. Su abrazo se aflojó.

—Así no, Joe.

—¿Cómo, entonces? —preguntó irritado.

Por toda respuesta ella le bajó la cabeza, levantó la suya y le dio un beso apasionado y fogoso, largo y lento. Entonces, ambos comprendieron que, después de todo, eran extraños el uno para el otro. Él se apresuró a hablar para llenar el desconcertante silencio.

—¿Quiere decir que me quieres?

—No puedo casarme contigo, Joe.

Quedó fría entre sus brazos.

—Pero, ¿por qué no, Margaret? Nunca me has dado una razón.

Permaneció en silencio, de perfil, contra el verde herido de sol.

—Si no me gustaras tanto no te lo diría. Es a causa de tu nombre. Yo no puedo casarme con un hombre llamado Gilligan.

Él se sintió verdaderamente herido.

—Lo siento —dijo tontamente, y ella puso su mejilla contra la suya.

En la cresta de la colina, los troncos de los árboles formaban una parrilla tras la cual los fuegos de la tarde se estaban apagando.

—Podría cambiarlo —sugirió.

A través de la tarde llegó un sonido largo.

—Ahí está tu tren.

Ella se alejó un poco para verle la cara.

—Joe, perdóname. Ya sabes que lo he dicho en broma...

—No tiene importancia —interrumpió él, dándole palmaditas en la espalda—. Ven, regresemos a la estación.

La locomotora apareció negra y potente en una curva de las vías; venía coronada de vapor, como un caballero medieval con su sombrero de plumas, y al avanzar se hacía más y más grande. Se movía inexorablemente y a su debido tiempo entró rugiendo en la estación. El tren rechinó jadeante antes de detenerse y vomitó una erupción de camareros negros con chaquetillas blancas.

Ella volvió a abrazarlo tiernamente, para edificación de los curiosos.

—Joe, no he querido ofenderte. Pero es que no entiendes. Ya he estado casada dos veces, con tan mala suerte, que me da miedo. No tengo el valor de arriesgarme una tercera vez. Si pudiera casarme con alguien, ¿no sabes que lo haría contigo? ¡Bésame, Joe! —Él obedeció—. ¡Qué Dios te bendiga, querido mío! Si me casara contigo, morirías dentro de un año, Joe. Todos los hombres que se casan conmigo mueren.

—Me arriesgaría —dijo muy serio.

—Yo, no. Me siento muy joven todavía para enterrar a tres maridos.

La gente que bajaba de los coches pasó a su lado; llegó otra y, sobre el murmullo de las voces, resonó la competencia vocal de los cocheros.

—Joe, ¿te duele que me vaya?

Él la miró sin decir nada.

—¡Joe! —gritó ella cuando pasaba a su lado una pareja. Era el señor George Farr y su esposa: los dos vieron la cara asombrada de Cecily, hundiéndose graciosa y frágil entre los brazos de su padre, y vieron también al señor Georges Farr, hermoso y vacío, parado detrás de ella, sin que nadie le hiciera caso—. ¿Qué te había dicho yo? —preguntó sacudiéndole el brazo.

—Tienes razón —respondió él, atragantado por su propia emoción—. El pobre diablo debe de haber tenido una amarga luna de miel.

El grupo se alejó por la esquina de la estación y ella volvió a mirarle con ternura.

—Joe, vente conmigo.

—¿Al registro civil? —preguntó con naciente esperanza.

—No. Tal como estamos. Luego, cuando nos cansemos, podemos hacer lo que buenamente nos parezca e ir donde nos plazca. —Él la estaba mirando, sorprendido e indignado—. ¡Maldita sea tu alma presbiteriana, Joe! Ahora estás pensando que soy una mala mujer.

—No, no. Pero yo no puedo hacer eso...

—¿Por qué no?

—No sé; sencillamente no puedo.

—Pero ¿qué diferencia hay?

—Ninguna, si fuera sólo tu cuerpo lo que yo quisiera. Pero yo quiero... quiero...

—¿Qué es lo que quieres, Joe?

—¡Diablos! ¡Vamos al tren!

—¿Vienes, entonces?

—Sabes que no. Ya lo sabías al proponérmelo.

Recogió sus maletas y acudió inmediatamente un camarero, que se las arrebató silenciosamente de la mano. La ayudó a subir al coche y la acompañó hasta que estuvo sentada sobre el terciopelo verde. Se quitó el sombrero desmañadamente y le tendió la mano.

—Bueno, adiós.

Su rostro, pálido y tranquilo, enmarcado por sus cabellos, le miraba ansiosamente por encima del cuello inmaculado. Lo dejó con la mano tendida.

—Mírame de frente, Joe. ¿Te he dicho alguna vez una mentira?

—No.

—Entonces sabes que ahora tampoco estoy mintiendo. Siento todo lo que he dicho. Siéntate.

—No, no. Así no puedo hacerlo. Tú sabes que es imposible.

—Sí. No soy capaz de seducirte, Joe. Lo siento. Quería hacerte feliz, aunque fuera por poco tiempo, pero creo que no estaba escrito, ¿verdad?

Levantó el rostro para que él la besara.

—Adiós.

—Adiós, Joe.

«¿Por qué no?», pensaba sintiendo las cenizas duras bajo sus pies. «¿Por qué no tomarla en esa forma? Ya habrá tiempo de convencerla; tal vez antes de que lleguemos a Atlanta». Regresó al andén y saltó a la plataforma de un vagón. No tenía mucho tiempo y, cuando vio que el asiento donde creía haberla dejado estaba vacío, echó a correr por el pasillo del coche con gran excitación. Tampoco estaba en el coche siguiente.

«¿Habré olvidado el coche en que estaba?». No. Aquel era el lugar donde la había dejado, porque allí estaba todavía el muchacho negro, parado ante la ventanilla. Regresó corriendo al otro vagón para mirar de nuevo. Sí, allí estaban sus maletas. Corrió tropezando con otros pasajeros, por el pasillo del tren. No estaba en ninguna parte.

«Ha cambiado de parecer y ha bajado para buscarme», pensó sufriendo la indecible. Abrió y cerró una puerta y saltó del tren cuando empezaba a moverse. Sin cuidarse de los tropezones y las observaciones de los empleados, entró como un loco en la sala de espera: estaba vacía; una rápida mirada por el andén le confirmó que allí tampoco se hallaba, y entonces se volvió para mirar desconsoladamente al tren en marcha.

«¡Tiene que estar allí!», dijo con furia, maldiciendo su estupidez al no haberse quedado en el asiento hasta que ella hubiera reaparecido. Ahora el tren iba muy de

prisa y todas las puertas estaban cerradas. Luego, el último vagón pasó balanceándose y la vio parada en la plataforma donde había ido para verlo otra vez y donde él no había pensado en buscarla.

—¡Margaret! —gritó con toda la voz tras el arrogante monstruo de acero y corriendo en vano por las vías, viéndolo alejarse—. ¡Margaret! —gritó otra vez alargando los brazos hacia ella y oyendo el apoyo vocal de los mirones.

—¡Corra un poco más, señor! —aconsejó una voz amiga.

—¡Apuesto diez contra uno a favor del tren! —dijo otro. Nadie aceptó la apuesta.

Por fin se detuvo, llorando por la rabia que le producía su estúpido fracaso. Todavía podía ver su figura, con su vestido oscuro, sencillo, con el cuello y los puños blancos; su figura, que se hacía más y más pequeña con la distancia, arrastrada por el tren, que dejaba atrás un burlón silbido y una prolongada nube, que parecía un insulto soez; el tren que la arrastraba entre dos cuerdas de acero, que se la llevaba lejos de su vista y de su vida.

... Por fin dejó las vías, saltando un cerco de alambres, para internarse en el bosque, donde la primavera, languideciendo ante el verano, se volvía dulcemente hacia la noche, a pesar de que el verano no llegaba todavía.

6

En lo más enmarañado de la maleza, donde la noche se disolvía lentamente, un tordo graznó sus cuatro notas líquidas. «Como la forma de su boca», se dijo, y sintió que la tibieza de su dolor se enfriaba como si estuviera en el crepúsculo. El arroyuelo, ocupadísimo en correr por las piedras, murmuraba una lejana salmodia de encantamiento y rosarios de flores se inclinaban sobre él, como otros tantos Narcisos. El tordo, asustado, subió al cielo como una flecha, un modesto relámpago pardusco, más claro que la oscuridad del bosque, y cantó de nuevo. Los mosquitos giraban a su alrededor, imperturbables: parecía sentir un alivio ante su aguda irritación. Algo distinto en qué pensar.

«Yo le hubiera pagado con creces, con creces le hubiera devuelto su amor. Le hubiera pagado todo, todo lo que ella ha sufrido, para que, al recordar las cosas que la hicieron sufrir, se dijera:

«¿Era yo ésa?». «¡Si tan sólo hubiera podido decirle algo importante! Pero ante ella no he sabido abrir la boca. Yo, que hablo tanto, ayuné de palabras...». Sin rumbo, siguió caminando a lo largo del arroyo, hacia su nacimiento o hacia su desembocadura. De pronto, se encontró entre sombras violentas, entre sauces y entre el rumor del agua. Abriendo la cortina de los sauces se halló ante un viejo molino y un pequeño lago que repetía sereno la tranquilidad del cielo y daba vuelta a los árboles oscuros. Vio algunos pescados brillando sobre la tierra y las nalgas de un

hombre.

—¿Ha perdido algo? —preguntó observando los círculos concéntricos que formaban en el lago el brazo sumergido. El hombre se quedó apoyado en sus rodillas y manos, mirando por encima del hombro.

—Se me ha caído la petaca —contestó fríamente—. ¿Trae usted tabaco por casualidad?

—Traigo cigarrillos si le sirven —repuso Gilligan ofreciendo el paquete.

Entonces, el hombre, levantándose del suelo, tomó uno.

—Muchas gracias. Es necesario fumar de vez en cuando, ¿no es cierto?

—Se necesitan muchas cosas en este mundo, de vez en cuando.

El otro rio sin comprender, pero adivinando una referencia al sexo.

—Bueno, de eso no puedo ofrecerle, pero tengo algo tan bueno o mejor. —Se levantó ágil como un galgo y del hueco de un tronco de sauce extrajo una damajuana. Con una ligera reverencia se la tendió—. Siempre la traigo conmigo cuando salgo a pescar —explicó—. Me parece que con ella auestas, los peces pican más y los mosquitos menos.

Gilligan la tomó desmañadamente.

—¿Qué demonios está haciendo con ella? —preguntó el hombre—. Deme: voy a enseñarle cómo se hace. Enganchando el dedo índice en el asa, la levantó, recostada en su brazo arqueado, inclinando la cabeza hasta que encontró la boca. Gilligan pudo ver su nuez moviéndose de arriba y abajo, como una bomba de agua. Terminó de beber y bajó el brazo, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Así —dijo entregándosela.

Hizo un intento con poco éxito, porque sintió el líquido frío corriéndole por el mentón y mojándole la pechera de la camisa, pero la parte que le entraba por la garganta le quemaba dulcemente el esófago y el calor se extendía por las entrañas tan pronto como el líquido llegaba al estómago. Bajó la damajuana tosiendo.

—¡Cristo! ¡Qué es esto!

El otro rio sonoramente, golpeándose los muslos.

—¿No había bebido antes licor de maíz? Pero, ¿qué tal se siente por dentro? Mejor que por fuera, ¿verdad?

Gilligan admitió que el licor estaba mejor dentro que fuera y se dejó llevar por la sensación de sus nervios que parecían haberse convertido en los filamentos eléctricos de una lámpara; no tenía conciencia de nada aparte aquella agradable sensación. De pronto, los filamentos se fundieron, produciendo una nube de calor que le inundó el cuerpo y sintió ganas de reír. De nuevo levantó la damajuana. Esta vez no derramó una gota.

«Mañana iré a Atlanta y allí la encontraré, la encontraré antes de que pueda tomar un tren para cualquier otra parte. Sabré encontrarla. No puede escapárseme siempre».

El otro bebió de nuevo y Gilligan encendió un cigarrillo. El también conoció entonces la sensación de libertad, de pleno dominio sobre el destino. «Mañana iré a Atlanta para buscarla y cuando la encuentre la obligaré a casarse conmigo. ¿Por qué la he dejado marchar? ¿Y si me fuera esta noche? ¡Sí! ¿Por qué no esta misma noche? ¡Puedo encontrarla! Sé muy bien que puedo encontrarla. ¡Hasta en Nueva York la encontraría! ¡Qué raro que no pensara en eso antes!».

Sus piernas y sus brazos no tenían sensaciones, el cigarrillo se escurrió de entre sus dedos insensibles y lo vio caer echando chispas contra el suelo. Quiso agarrarlo y no pudo, porque ya no dominaba su cuerpo. «¡Diablos! ¡No es posible que esté borracho!», pensó, y en voz alta dijo:

—¡Eh! ¿Qué demonios es eso que me ha dado a beber? No puedo estar de pie.

El otro se atragantó con la risa y contestó:

—¿Verdad que es bueno? Yo mismo lo hago. Ya se acostumbrará a él. Tome otro trago.

Bebió como si fuera agua, con verdadera unción.

—¡Que me condenen si bebo más! —dijo—. Tengo que llegar a la ciudad esta noche.

—Quédese a tomar una copita conmigo. Después le acompañaré hasta el camino.

«Si con dos tragos de esto me siento tan bien, con el tercero me pondré a gritar», pensó, y como su nuevo amigo insistiera, bebió otra vez.

—Vámonos —dijo, devolviéndole la damajuana.

El hombre, cargándola sobre la espalda, echó a andar alrededor del pequeño lago, seguido por él, entre cipreses y lodo. Cuando llegaron a un claro apareció un camino abierto en la roja tierra arenosa.

—Aquí está, amigo. Siga este camino derecho. Es menos de una milla lo que tiene que andar.

—Muy bien. Muchas gracias. Le aseguro que tiene ahí una bebida capaz de resucitar a los muertos.

—Es buena, ¿no es cierto?

—Desde luego.

Gilligan le tendió la mano y el otro la tomó entre las dos suyas, estrechándola efusivamente, subiéndola y bajándola.

—¡Cuídese bien! —recomendó.

—Sí, me cuidaré —prometió Gilligan, y echó a andar por el camino rojo, viendo como desaparecía entre los sauces.

El camino se hundía en la tierra, se ensanchaba silencioso y vacío ante él, mientras por el Este surgía una ruborosa promesa de luz lunar. Anduvo en la penumbra que dejaban los grandes árboles, semejantes a manchas de tinta sobre la página clara del cielo, y muy pronto la luna fue algo más que una promesa. Vio

primero el borde perfilado, la copa de los árboles, y después el disco entero, acogedor, como un plato. Las chotacabras parecían monedas perdidas entre los árboles y a veces surgían del polvo, bajo sus pies, como flores aladas. El whisky se fue muriendo en la soledad y llegó un momento en que su apenas aliviada desesperación empezó a inquietarle de nuevo.

No tardó en pasar bajo una señal con una calavera y dos tibias, y en seguida tropezó con las vías del tren. Después de cruzarlas siguió por una hondonada poblada de cabañas, bañadas en el olor íntimo de los negros. En su interior reinaba la oscuridad, pero vibraba el murmullo apagado de las risas y las voces lentas y desapasionadas, alegres y sin embargo llenas de la antigua desesperanza del tiempo y del aliento. Entre ellas, bajo la luna, trenzando con la pasión de la primavera y de la carne, entre paredes enjalbegadas y empapeladas por dentro con diarios viejos, bullía algo pagano, de acuerdo con las convicciones de los blancos, poderoso y apagado, sin tener noción de su enorme fuerza.

Sweet charriot... comin'fe to ca'y me Home...

Tres negros jóvenes pasaron a su lado, arrastrando los pies en el polvo, encorvándose sobre sus propias sombras mudas en el camino polvoriento, dejando un agudo olor de trabajo.

Siguió avanzando por el camino con la luna en la cara mirando de lejos el reloj en una torre, como un dios benigno que velaba sobre la ciudad con sus cuatro caras. Pasó todavía más cabañas, donde las voces dulces de los negros se prolongaban de puerta en puerta. Un perro ladró a la luna que, clara y triste, se remontaba en el cielo y una voz la maldijo marcando mucho las sílabas.

*... sweet charriot comin'fe to ca'y me Home...
yes Jeeesus, comin'fer to ca'y me Home...*

La iglesia extendía su sombra negra por la plaza y ella misma parecía una erguida sombra negra con techo de plata, y, de pronto, se vio cruzando el prado familiar y andando entre muros cubiertos de hiedra. En el jardín, el pájaro que vivía en la magnolia rasgó el silencio y a lo largo del sendero y sobre parches de luna en los muros de la rectoría, vio arrastrarse una sombra deforme.

—¡Qué diablos! —murmuró al verla detenerse frente a la ventana de Emmy.

Saltó por encima de los macizos de flores, y rápido y silenciosamente, cruzó un oportuno trozo de tierra. Jones no le oyó venir hasta que hubo llegado casi a la ventana a la que estaba pegado, Los dos se miraron precariamente colgados, el uno del quicio de la ventana, el otro de un tubo que apenas le sostenía contra la pared.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Gilligan.

—Llegue hasta aquí y se lo diré —contestó Jones enseñándole los dientes amarillos.

—¡Baja de ahí!

—¡Maldita sea tu alma! Aquí está de nuevo el caballero, el paladín de las damas. Todos teníamos la esperanza de que te hubieras ido.

—¿Vas a bajar o tendré que subir para bajarte?

—No sé. ¿Qué te parece?

Por toda respuesta, Gilligan trepó ágilmente por el tubo y se colgó del quicio de la ventana, mientras Jones pataleaba en vano para impedirselo. Con un empujón le hizo perder el equilibrio que había conseguido al apoyarse en un saliente del muro y resbaló, agarrándose a una de sus piernas. Durante un momento los dos se balancearon como un péndulo gigantesco contra el muro de la casa, mas la fuerza de Jones flaqueó y, soltándose de su asidero, cayó encima suyo sobre un macizo de tulipanes. Fue el primero en levantarse y la emprendió a patadas contra él, echando a correr, pero el ex soldado lo alcanzó rápidamente.

Esta vez cayeron sobre los jacintos. Jones peleaba como una mujer, con patadas, arañazos y mordiscos, pero Gilligan consiguió levantarlo del suelo y separarlo de él y le propinó un puñetazo en la mandíbula que lo tiró cuan largo era. Se levantó para que un segundo puñetazo lo tendiera nuevamente. Arrastrándose por el suelo, consiguió derribarle asiéndolo por las rodillas, y aprovechó aquella circunstancia para levantarse y propinarle unas cuantas patadas, huyendo después a toda carrera. Gilligan se sentó sobre los destrozados jacintos, considerando la conveniencia de perseguir a su adversario, pero desechó la idea al ver su figura deforme alejándose a todo correr y saltando sobre las plantas, a la luz de la luna.

Dobló la esquina de la casa a toda velocidad y en la misma forma salió por la verja del jardín. Como advirtiera que nadie le seguía, detuvo su carrera. Bajo los quietos olmos, su respiración se hizo menos agitada. Las ramas de denso follaje estaban quietas contra el cielo poblado de estrellas. Secándose la cara y el cuello con su pañuelo, se alejó caminando lentamente por la calle desierta. En una esquina se paró para humedecer su pañuelo en una acequia que servía de abrevadero a los caballos, mojándose la cara, el cuello y las manos. La frescura del agua alivió el dolor de los golpes y, mientras salía balanceándose de las sombras a la luz de la luna y entraba en las sombras de nuevo, la paz de la noche cayó como un bálsamo sobre sus recientes tribulaciones, aliviándolas completamente. Su mente quedó limpia.

Desde los pórticos oscuros, más allá de las encinas y los alerces, de los olmos y las magnolias, desde más allá de las cortinas de enredaderas, con estrellas de pálidas flores, llegaban fragmentos de charlas apagadas y dulces notas de risas de mujer... Machos y hembras creaban un conjunto múltiple y joven. También él era joven,

«pero, ¡ay!, esta primavera se desvanecerá junto con la rosa. ¡El ruiseñor que entre las ramas canta!, ¡ay!, ¿cuándo y dónde volará de nuevo? ¡Quién sabe...!». Hubiera querido estar con una mujer aquella noche. Suspiró.

La serenidad de la luna era perfecta: «¡Ay!, luna de las Delicias que no conoce el dolor. La luna del cielo se levanta una vez más: ¿cuántas veces la veremos levantarse todavía desde este mismo jardín? ¿Quién la verá después de mí, en vano? ¡Cuán vecina está la primavera del otoño, de la muerte!: mientras el otoño y la luna mortales han arrastrado a la noche, los tristes días largos del verano yacen fríos, y ella, cálida de tristeza, se mece entre los árboles, se vuelve hacia la noche y llora porque anhela morir...». Y en la magia de la primavera y de la juventud y de la noche lunar, elevó su clara y sentimental voz de tenor.

Novia, esposa, amada, mi novia, mi novia, mi novia.

Su sombra lenta borraba los trazos de pluma de los cercos de hierro, pero cuando hubo pasado, los rasgos de pluma se dibujaron otra vez por sí mismos sobre el césped de terciopelo oscuro. Manojos de petunias y claveles interrumpían la suave alfombra del prado y, por encima del follaje bronceado de las magnolias, las serenas columnas de una casa blanca se elevaban en su simplicidad, más hermosas que la muerte.

Apoyó los brazos sobre una verja, mirando su sombra voluminosa tendida a sus pies, aspirando el aroma del jazmín cercano, oyendo el canto de un pájaro oculto en alguna parte, en alguna parte... Suspiró. Era un suspiro de puro *ennui*.

7

Sobre el escritorio del pastor había un sobre dirigido al señor Julián Lowe, calle tal de tal, número tantos, San Francisco, California, donde ella le comunicaba su matrimonio y la muerte de su esposo. La carta había sido devuelta por la oficina de correos con un sello que decía: «Devuelta: se desconoce la dirección actual».

8

Gilligan, que se había quedado sentado en el macizo de jacintos, escenario de su reciente pelea, observó atentamente la huida de Jones.

«No pelea tan mal para estar tan gordo», admitió para sus adentros mientras se ponía de pie. «No hay duda de que la pobre Emmy dormirá sola esta noche».

El pájaro que habitaba en la magnolia, como si hubiera estado esperando que cesaran las hostilidades, cantó de nuevo. «¿A quién demonios cantas?», gritó *in mente* sacudiendo un puño airado en dirección al árbol. El pájaro ignoró su gesto y él se limpió la cara con las manos y sacudió la tierra del traje, prosiguiendo con su soliloquio interno: «De todas maneras, me siento mejor. Sin embargo, me hubiera

gustado pegarle más a ese hijo de p...». Salió al jardín echando una ojeada final al destrozado macizo de jacintos. El pastor, soñando con los ojos puestos en la noche, tropezó con él en la esquina de la casa, detrás de la adormecida pasión del árbol plateado.

—¿Eres tú, Joe? Me ha parecido oír ruidos en el jardín.

—Sí, señor; con seguridad ha oído ruidos. Era yo que estaba rompiéndole el hocico a ese gordinflón, aunque no he podido detener por más al hi..., no he podido detenerlo.

—¿Estabas peleando? ¡Querido hijo mío!

—No ha sido realmente una pelea; el otro estaba demasiado ocupado en escapar. Se necesitan dos tipos para pelear, reverendo.

—Con la lucha no se arregla nada, Joe. Siento mucho que hayas recurrido a ella. ¿Ha quedado herido alguno?

—Desgraciadamente, no —repuso Gilligan con tono rebelde, pensando en sus ropas sucias y en el fracaso de su venganza.

—Afortunadamente, querrás decir. Se diría que los muchachos necesitáis pelear, ¿eh, Joe? Donald tuvo también muchas peleas.

—Es claro que sí, reverendo, ¡maldita sea! Le apuesto a que era un tipo de agallas.

El rostro profundamente arrugado del pastor absorbió toda la luz roja del fósforo que había encendido entre las manos para dar fuego a su pipa. Echando bocanadas de humo caminó muy lentamente a través del prado hacia la reja. Gilligan lo siguió.

—Me siento intranquilo esta noche —explicó—. ¿Caminamos un poco, Joe?

Daban pasos lentos y acompasados bajo el arco de los árboles bañados por la luz de la luna, moviendo sus pies entre sombras de hojas. Bajo el esplendor de la luna, las luces de las casas eran vanidades amarillas.

—Bueno, Joe, las cosas han vuelto a su estado normal. La gente viene y va, pero Emmy y yo permanecemos, como rocas bíblicas. ¿Qué planes tienes?

Gilligan se retrasó deliberadamente en encender su cigarrillo e hizo demasiada ostentación del acto, para ocultar su mortificación.

—Bueno, reverendo..., para decirle la verdad... no tengo ninguno. Si usted no tiene inconveniente, creo que me quedaré con usted por el momento...

—¡Naturalmente, querido muchacho! —respondió el pastor recuperando su exuberante cordialidad. Se detuvo, mirándole de frente, como si fuera a llorar—. ¡Dios te bendiga, hijo! Dime: ¿has decidido quedarte por mí?

Gilligan desvió la vista.

—Bueno, reverendo...

—No, señor. No quiero. Ya has hecho por mí todo lo que has podido. Este no es lugar para un hombre joven, Joe.

La frente amplia del pastor y su nariz ganchuda ofrecían bajo la luna el aspecto de planos cruzados. Sus ojos no se veían, hundidos en profundas cavernas. En aquel momento, Gilligan sucumbió a todos los antiguos dolores y tristezas de la raza —negros, amarillos o blancos— y se asombró de sí mismo, oyendo su voz contándole todo, absolutamente todo lo que sentía por ella.

—¡Toma, toma! —exclamó—. Eso es malo, Joe. —Dejó caer su maciza humanidad sobre el borde de la acera y Gilligan fue a sentarse a su lado—. Las circunstancias se mueven en forma maravillosa, Joe.

—Creía que iba a nombrarme a Dios, reverendo.

—Dios está en la vida actual. A su debido tiempo, la otra vida se cuidará de sí misma. «El reino de Dios es el corazón del hombre», dice el libro.

—¿No es ésa una doctrina extraña?

—Acuérdate de que soy, ante todo, un viejo, Joe. Demasiado viejo para tanteos y amarguras. En este mundo nos creamos nuestro propio cielo o nuestro propio infierno.

—O bien, los demás nos crean nuestro cielo o nuestro infierno.

El pastor le puso su manaza sobre la espalda.

—Ahora estás sufriendo a causa de un desengaño, pero eso también pasará. Lo más triste del amor, Joe, es que no solamente pasa, sino que el dolor que deja se olvida pronto. ¿Cómo eran aquellas palabras? «Los hombres han muerto y los gusanos se los han comido, pero no por amor...». ¡No, no! —exclamó, como si le hubiera interrumpido—. Ya sé que es una doctrina, una creencia insoportable, pero toda verdad es insoportable. ¿Acaso no estamos sufriendo tú y yo en estos momentos a causa de la separación y la muerte?

Gilligan sintió vergüenza. «Venir a molestarlo ahora —se dijo—; venir a contarle mi desengaño». El pastor estaba hablando de nuevo:

—Después de todo, me parece una idea magnífica que te quedes, por lo menos hasta que hayas hecho proyectos para el futuro. Demos por terminado el asunto, ¿eh? Caminemos un poco más..., ¿o estás cansado?

Gilligan se puso de pie enérgicamente y, a poco, la tranquila calle que horadaban los árboles se abrió, transformándose en camino. Dejando atrás la ciudad, bajaron y luego subieron por la pendiente. Caminaron después por la cresta de la colina, bajo la luna, mirando al mundo que se rompía para ellos a lo lejos, en grietas oscuras y arrugas de plata sobre valles donde la bruma yacía adormecida; pasaron al lado de una casita miserable, dormida entre rosales trepadores. Detrás de ella, también dormía el huerto y acunaba a la noche entre sus largos surcos simétricos, anchos y feraces.

—El viejo Willard tiene buena fruta —murmuró el pastor.

El camino bajó de nuevo, descendiendo entre peñas rojas y, a través de una breve

planicie alumbrada por la luna y quebrada por grupos de árboles, les llegó una melodía pura, lejana y trémula, sin palabras.

—Son los negros que están celebrando el servicio religioso —explicó el pastor.

Siguieron caminando sobre el polvo, pasando al lado de casitas pobres y limpias, oscuras de sueño. De vez en cuando se cruzaban con un grupo de negros que llevaban linternas amarillas en las manos, arrojando inútiles llamas mortecinas al aire iluminado por la luna.

—Nadie sabe para qué sirven —respondió el pastor a la pregunta de Gilligan—. Tal vez las usen para alumbrar la iglesia.

El canto se hizo más claro y más cercano y, por fin, ocultos entre los árboles, al lado del camino, vieron la iglesia pequeñita y miserable, con su ilusión de campanario. Alrededor del edificio brillaba un resplandor de petróleo que sólo servía para hacer más densa la oscuridad y más fuerte el calor, provocando la inminencia del sexo después del rudo trabajo en la tierra bañada por la luna; de aquel resplandor inútil salía, como de un pozo, la sonora pasión sumergida de la raza negra. No era nada y lo era todo: salía como un hilo de voz y se hinchaba luego entrando en éxtasis, y abarcando la palabra de los hombres blancos, con la misma omnipotencia con que había acaparado antes el Dios remoto de los blancos, haciendo de Él un Padre personal para los negros.

«Apacienta tus ovejas, oh Jesús». Expresaba todo el anhelo de la Humanidad para lograr la unión con algo en alguna parte. «Apacienta tu rebaño, oh Jesús...». El pastor y Gilligan estaban parados uno al lado del otro, en el camino polvoriento. Este se prolongaba bajo la luz lunar, vagamente, disolviéndose a lo lejos, sin perspectiva. Los campos de entrañas rojas, hastiados de parir, eran sólo manchas alternadas de negro, pardo y plata; cada árbol ostentaba un nimbo, excepto el árbol bajo el cual estaban parados al lado del camino polvoriento, ése no tenía nimbo de luna y se recortaba en el cielo, duro como el bronce.

«Apacienta tu rebaño, oh Jesús». Las voces se elevaban plenas y suaves. No había órgano; no había necesidad de él, porque entre la pasión armónica de las voces graves del bajo o del barítono, surgía como una flecha el cristal de una voz de soprano, seguida de otras voces de mujer, como un vuelo de dorados pájaros celestiales. Estaban de pie uno al lado del otro, al borde del camino polvoriento; el pastor, monumental y deforme dentro de su americana negra, y Gilligan, dentro de su nuevo traje de sarga clara, escuchando, viendo la miserable iglesia, embellecida por el dulce anhelo del canto apasionado y triste. Después, las voces se apagaron y el canto se desvaneció sobre la tierra, bañada por la luna, pletórica de mañanas y endulzada de noches, pletórica de sexo, muerte y condenación: y los dos regresaron, dándole la espalda a la luna, sintiendo el polvo en sus zapatos.



WILLIAM FAULKNER. Escritor estadounidense, William Faulkner es considerado como uno de los más grandes autores del siglo xx, galardonado en 1949 con el Premio Nobel de Literatura y considerado como uno de los padres de la novela contemporánea.

Nacido en el Sur de los Estados Unidos, Faulkner no llegó a acabar los estudios y luchó en la I Guerra Mundial como piloto de la RAF. Como veterano tuvo la oportunidad de entrar en la universidad pero al poco tiempo decidió dedicarse por completo a la literatura.

Tras cambiar habitualmente de trabajo, Faulkner publicó su antología de cuentos *La paga de los soldados* (1926) tras encontrar cierta estabilidad económica como periodista en Nueva Orleans. Poco después comenzaría a publicar sus primeras novelas en las que reflejó ese Sur que tan bien conocía, *El ruido y la furia* (1929) es la más conocida de este periodo. Luego llegarían obras tan famosas como *Luz de agosto* (1932), *¡Absalón, Absalón!* (1936) o *El villorrio* (1940).

Santuario (1931) fue, a la larga, su novela más vendida y la que le permitió dedicarse a la escritura de guiones para Hollywood. Sus cuentos más conocidos de esta época pueden leerse en *¡Desciende, Moisés!* escrito en 1942.

Como guionista, habría que destacar su trabajo en *Vivamos hoy* (1933), *Gunga Din* (1939) o *El sueño eterno* (1946).

En el apartado de premios, Faulkner tuvo un reconocimiento tardío aunque generalizado. Además del ya nombrado Nobel de Literatura también recibió el

Pulitzer en 1955 y el National Book Award, este entregado ya de manera póstuma por la edición de sus Cuentos Completos.

Notas

[1] «Shave-tail», término que los soldados aplican a los oficiales altaneros o atildados.

<<

[2] Se refiere a la frase: «Alas, poor Jorik...», del Hamlet de Shakespeare. <<

[3] Isla vecina a Nueva York con balnearios, recreos y un enorme parque de atracciones. <<